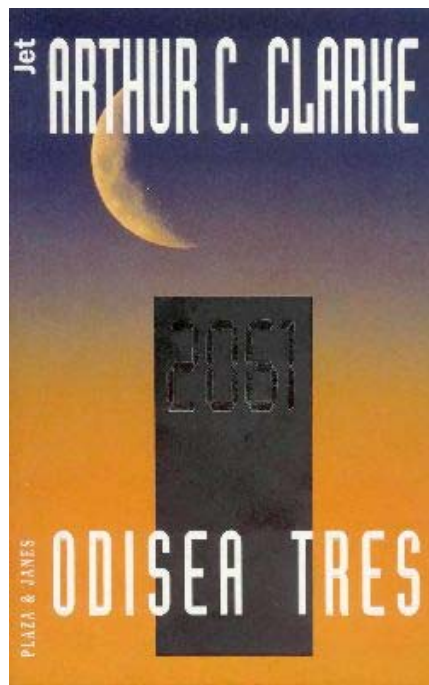


2061 - ODISEA TRES

Arthur C. Clarke



*A la memoria de
Judy-Lynn Del Rey
editora extraordinaria,
que compró este libro por un dólar...
pero nunca supo si su inversión fue fructífera*

NOTA DEL AUTOR

Así como 2010: Odisea II no fue continuación directa de 2001: Una odisea espacial, tampoco este libro es una continuación lineal de 2010, ya que, si bien los tres deben ser considerados como variaciones sobre el mismo tema —variaciones que involucran a muchos de los mismos personajes y situaciones—, no necesariamente se desarrollan en el mismo universo.

Los progresos acaecidos desde 1964 —cuando Stanley Kubrick sugirió (¡cinco años antes de que el hombre descendiera en la Luna!) que debíamos intentar «la proverbial buena película de ciencia ficción»— hacen que la uniformidad total sea imposible, pues las narraciones posteriores incorporan descubrimientos y sucesos que ni siquiera habían tenido lugar cuando se escribieron los primeros libros. 2010 fue posible gracias a los extraordinarios y triunfales vuelos de circunvalación de Júpiter, efectuados por el Voyager en 1979, y yo no tenía la intención de regresar a ese territorio hasta que hubiesen llegado los resultados de la aún más ambiciosa Misión Galileo.

Galileo habría dejado caer una sonda en la atmósfera de Júpiter, al tiempo que habría pasado casi dos años visitando todos sus satélites principales. Estaba previsto su lanzamiento desde el Transbordador Espacial para mayo de 1986, y que alcanzara su objetivo hacia diciembre de 1988. Así que, alrededor de 1990, yo tenía la esperanza de aprovechar la profusión de nueva información procedente de Júpiter y sus lunas...

Pero, ¡ay!, la tragedia del Challenger eliminó ese libreto, y en estos momentos, el Galileo —que ahora reposa en su aséptica sala del Laboratorio de Propulsión por Reacción—1 tiene que encontrar otro vehículo de lanzamiento. Tendrá suerte si llega a Júpiter siete años después de la fecha anteriormente fijada.

He decidido no aguardar.

ARTHUR C. CLARKE

Colombo, Sri Lanka

Abril de 1987

I - LA MONTAÑA MÁGICA

1. LOS AÑOS EN CONGELACIÓN

—Para ser un hombre de setenta años, te encuentras en muy buenas condiciones — observó el doctor Glazunov, mientras alzaba la vista de la salida impresa final de la Medcomp—. No te habría echado más de sesenta y cinco.

—Me alegra oír eso, Oleg... en especial considerando que tengo ciento tres, como sabes perfectamente bien.

—¡Otra vez con eso! Cualquiera pensaría que nunca has leído el libro de la profesora Rudenko.

—¡Querida, entrañable, Katerina! Habíamos planeado encontrarnos en su centésimo cumpleaños. ¡Me dio tanta pena que no llegara a esa edad...! Ése es el resultado de pasar demasiado tiempo en la Tierra.

—Irónico, ya que fue ella quien acuñó ese famoso lema, «la gravedad es la portadora de la ancianidad».

El doctor Heywood Floyd contempló, meditabundo, el siempre cambiante panorama del hermoso planeta, situado a tan sólo seis mil kilómetros y sobre el cual nunca podría volver a caminar. Resultaba aún más irónico que, a causa del accidente más estúpido de su vida, Floyd siguiese gozando de una excelente salud, cuando todos sus antiguos amigos ya estaban muertos.

Hacía apenas una semana que había vuelto a la Tierra cuando, a pesar de todas las advertencias —y de su propia resolución de que nada de eso le ocurriría alguna vez a él—, cayó por el balcón de aquel segundo piso. (Sí, había estado celebrando, pero se lo había ganado: era un héroe en el nuevo mundo al que había regresado la Leonov.) Las fracturas múltiples habían desembocado en complicaciones, y el tratamiento se pudo efectuar en el Hospital Espacial Pasteur.

Eso había sido en 2015. Y ahora —en realidad, no lo podía creer, pero allí estaba el almanaque, en la pared— estaban en 2061.

Para Heywood Floyd, el reloj biológico no sólo había sido retrasado por la gravedad del hospital —que era un sexto de la gravedad de la Tierra— sino que, dos veces en su vida, ese reloj en verdad había ido hacia atrás. Y si bien algunos expertos lo ponían en duda, en esos momentos era creencia generalizada que la hibernación hacía algo más que detener el proceso de envejecimiento: ayudaba a rejuvenecer. En su viaje de ida y vuelta a Júpiter, Floyd en realidad había rejuvenecido.

—¿Así que de veras opinas que resulta seguro que vaya?

—Nada es seguro en este universo, Heywood. Todo lo que puedo decir es que no hay objeciones en cuanto a lo fisiológico. Después de todo, a bordo de la Universe, para todos los fines prácticos, tu ambiente será igual al que hay aquí. Quizá la nave no cuente con todo el nivel de... ah... superlativa pericia médica que podemos brindar en el Pasteur, pero el doctor Mahindran es un buen hombre. Si se le presenta cualquier problema al que no pueda hacer frente, puede ponerte en hibernación una vez más, y despacharte de regreso hacia aquí, con franqueo pagado por el destinatario.

Ése era el veredicto que Floyd había anhelado oír; no obstante, por alguna causa su placer estaba mezclado con tristeza: durante semanas estaría alejado del que había sido su hogar durante casi medio siglo, y de los nuevos amigos de estos últimos años. Y, aunque la Universe era un paquebote de lujo, en comparación con la primitiva Leonov (la que, en la actualidad, se encontraba suspendida sobre Lado Oculto y constituía uno de los principales objetos de exhibición del Museo Lagrange), seguía existiendo cierto elemento de riesgo en cualquier viaje espacial prolongado. Sobre todo en un viaje pionero como éste que ahora se disponía a emprender Heywood...

Aunque quizá fuera eso, precisamente, lo que estaba buscando... aun a los ciento tres años (según el complejo cómputo geriátrico de la difunta profesora Katerina Rudenko, cuando contaba sanos y robustos sesenta y cinco años). Durante la década anterior, Heywood había ido tomando conciencia de que era presa de un creciente desasosiego y una vaga insatisfacción debido a la vida que llevaba, demasiado cómoda y ordenada.

A pesar de todos los emocionantes proyectos que se estaban desarrollando por todo el Sistema Solar —la Renovación de Marte, la instalación de la Base en Mercurio, el Reverdecimiento de Ganimedes—, no había existido ningún objetivo en el que Heywood hubiera podido concentrar de veras su interés y sus todavía considerables energías. Dos siglos atrás, uno de los primeros poetas de la Era Científica había resumido a la perfección sus sentimientos, hablando a través de los labios de Odiseo/Ulises:

Vida apilada sobre vida

fue demasiado poco, y de una
poco queda; pero a cada hora se salva
de ese eterno silencio algo más,
un portador de nuevas cosas; y despreciable fue
durante unos tres soles conservarme y atesorarme,
y este gris espíritu anhelante de deseo
de perseguir el conocimiento como una estrella feneciente,
más allá del supremo confín del pensamiento humano.

«¡Tres soles», claro que sí! Eran más de cuarenta: Ulises se habría avergonzado de él.
Pero la estrofa siguiente que Heywood conocía tan bien— era todavía más adecuada:

Puede ser que las vorágines nos arrastren;
puede ser que hagamos puerto en las Islas Felices,
y veamos al gran Aquiles, a quien conocimos.
Aunque mucho se ha tomado, mucho queda; y aunque
no somos ahora aquella fuerza que antaño
movía cielo y tierra; aquello que somos, somos;
un igual temperamento de corazones heroicos,
vuelto débil por el tiempo y el sino, pero fuerte en la voluntad
de luchar, de buscar, de hallar, y de no cejar.

«De buscar, de hallar...» Bueno, ahora Floyd sabía qué era lo que iba a buscar y a hallar... porque sabía con exactitud dónde habría de estar. Con excepción de algún accidente catastrófico, no había manera de que Floyd evitara lo que buscaba.

No era un objetivo que alguna vez se le hubiera ocurrido de modo consciente, y aun ahora, Floyd no estaba completamente seguro del motivo por el que, de pronto, había empezado a obsesionarle. Siempre se había considerado a sí mismo inmune a la fiebre que, ¡por segunda vez en el transcurso de su vida!, estaba atacando a la especie humana, aunque tal vez estuviera equivocado. También era posible que la inesperada invitación a unirse a la reducida lista de huéspedes distinguidos que irían a bordo de la Universe, hubiera excitado su imaginación y hubiera despertado un entusiasmo que ni siquiera sabía que poseía.

Pero existía otra posibilidad: al cabo de todos esos años, todavía podía recordar cuán decepcionante había resultado ser el encuentro de 1985-1986 para el gran público. Ahora

se presentaba la oportunidad —la última para Floyd, la primera para la humanidad— de compensar ampliamente cualquier decepción anterior.

Hacia el siglo XX, sólo había sido posible la realización de vuelos de circunvalación; pero esta vez tendría lugar un descenso verdadero, investido, a su manera, de un carácter tan pionero como lo fueron los primeros pasos de Armstrong y Aldrin sobre la Luna.

El doctor Heywood Floyd, veterano de la misión a Júpiter efectuada entre los años 2010 y 2015, dejó que su imaginación volara hacia el exterior, hacia el fantasmal visitante que, una vez más, retornaba de las profundidades del espacio, y ganaba mayor velocidad a cada segundo, en tanto se apresuraba a dar la vuelta alrededor del Sol. Y entre las órbitas de la Tierra y de Venus, el más famoso de todos los cometas se encontraría con la aún incompleta cosmonave de línea Universe, que iba a realizar su vuelo inaugural.

Todavía no se había acordado el punto exacto de reunión, pero el científico ya había tomado su decisión: —Halley, allá voy... —musitó Heywood Floyd.

2. PRIMERA VISTA

No es cierto que haya que abandonar la Tierra para apreciar todo el esplendor de los cielos. Ni siquiera en el espacio, el cielo estrellado es más glorioso que cuando se observa desde una elevada montaña, en una noche perfectamente diáfana, lejos de cualquier fuente de iluminación artificial. Pese a que las estrellas aparecen con brillo más intenso cuando se observan más allá de la atmósfera, el ojo no puede en realidad apreciar la diferencia. Y la avasalladora experiencia de capturar la mitad de la esfera celeste de una sola mirada, es algo que ninguna ventanilla de observación puede brindar.

Pero Heywood Floyd estaba más que satisfecho con su vista privada del universo, sobre todo en los momentos en que la zona residencial se hallaba en la cara oscura del hospital espacial, que giraba lentamente sobre su eje. En esas circunstancias, nada había en el campo visual rectangular de Floyd, salvo estrellas, planetas, nebulosas... y, en ocasiones, eclipsando todo lo demás, el incesante resplandor de Lucifer, el nuevo rival del Sol.

Unos diez minutos antes del comienzo de su noche artificial, Heywood apagaba todas las luces de cabina, —incluso la luz roja de emergencia—, a fin de poder adaptarse por completo a la oscuridad. Si bien un poco tarde en la vida de un ingeniero espacial, había aprendido a gozar de los placeres de practicar la astronomía a simple vista, y ahora podía

identificar prácticamente cualquier constelación, aun cuando sólo alcanzaba a ver una pequeña parte de ella.

Casi todas las «noches» de ese mes de mayo, mientras el cometa estaba pasando por el interior de la órbita de Marte, Floyd verificaba su posición en las cartas estelares. Aunque era un objeto fácil de localizar con unos buenos prismáticos, él se había resistido con terquedad a utilizarlos, pues estaba practicando un pequeño juego: ver hasta qué punto sus envejecidos ojos respondían al desafío. Si bien dos astrónomos de Mauna Kea afirmaban haber observado ya el cometa a simple vista, nadie les creía, y aseveraciones similares, hechas por otros residentes del Pasteur, habían sido recibidas con un escepticismo todavía mayor.

Pero para esa noche, se predecía una magnitud de seis, así que Heywood podría estar de suerte. Trazó la línea que iba de Gamma a Épsilon, y fijó la mirada en dirección al vértice superior de un triángulo equilátero imaginario, apoyado sobre aquella línea, casi como si, merced a un mero esfuerzo de voluntad, pudiera enfocar la vista a través del Sistema Solar.

¡Y ahí estaba! Tal como lo había visto por primera vez, setenta y seis años atrás, poco notable, pero inconfundible. De no haber sabido con exactitud dónde mirar, ni siquiera lo habría percibido o lo habría descartado, y habría considerado que era alguna nebulosa lejana.

A simple vista, no era más que una mancha de bruma, diminuta y perfectamente circular. Por más que se esforzó, no pudo descubrir vestigio alguno de cola; pero la pequeña flotilla de sondas que había estado escoltando al cometa durante meses ya había registrado las primeras erupciones de polvo y gas, las que pronto originarían una estela refulgente que se extendería entre las estrellas, y apuntaría en sentido directamente opuesto a la ubicación de su creador, el Sol.

Al igual que el resto de la gente, Heywood Floyd había observado la transformación del núcleo frío y oscuro —mejor dicho, casi negro— a medida que penetraba en el Sistema Solar interior: después de haber estado sometida durante setenta años a temperaturas incluso inferiores a la de congelación, la compleja mezcla de agua, amoníaco y otros hielos estaba empezando a derretirse y a burbujear. Una montaña voladora, de forma y tamaño aproximados a los de la isla de Manhattan, estaba abriendo el grifo como si fuera un salivazo cósmico, cada cincuenta y tres horas; a medida que el calor del Sol se filtraba a través de la corteza aislante, los gases en evaporación hacían que el cometa Halley se comportara como una olla a presión con fugas: chorros de vapor de agua —mezclado con polvo y un brebaje de sustancias químicas orgánicas— surgían con violencia de media

docena de cráteres pequeños; el más grande —casi del tamaño de una cancha de rugby— entraba en erupción de forma regular, alrededor de dos horas después del amanecer local; tenía un gran parecido con un geiser de la Tierra, y pronto fue bautizado con el nombre de Old Faithful.¹

Floyd ya fantaseaba con estar de pie en el borde de ese cráter, aguardando a que el sol se elevara sobre el paisaje oscuro y retorcido que él conocía bien, merced a las imágenes provenientes del espacio. Por cierto que el contrato nada decía acerca de que los pasajeros —a diferencia de la tripulación y del personal científico— salieran de la nave cuando ésta descendiera sobre el Halley. Aunque, por otro lado, en el texto escrito con letra diminuta, tampoco había nada que lo prohibiera de manera específica.

«Les va a costar trabajo detenerme —pensó Heywood Floyd—. Estoy seguro de que todavía me las puedo arreglar con un traje espacial. Y si estoy equivocado...»

Recordó haber leído cierta vez que un visitante del TajMahal había comentado: «Moriría mañana, con tal de tener un monumento como éste.»

Floyd con mucho gusto se conformaría con el cometa Halley.

3. REINGRESO

Incluso prescindiendo de ese embarazoso accidente, el regreso a la Tierra no había sido fácil.

La primera conmoción se había producido muy poco después de la reanimación, al despertarlo la doctora Rudenko de su largo sueño: Walter Curnow estaba vacilante al lado de la doctora, y aun en su estado de semiinconsciencia, Floyd pudo darse cuenta de que algo andaba mal; el placer de sus dos compañeros por verlo despierto era algo exagerado, y no lograba ocultar una sensación de tensión. Pero sólo cuando estuvo del todo recuperado le comunicaron que el doctor Chandra les había abandonado para siempre.

En algún sitio, más allá de Marte y de modo tan imperceptible que los monitores no pudieron localizar con precisión la hora, Chandra sencillamente había dejado de vivir. Dejado a la deriva en el espacio, su cuerpo había continuado, sin reducir su velocidad, a lo largo de la órbita de la Leonov, y ya hacía mucho que lo habían consumido los fuegos del Sol.

La causa de su muerte era desconocida, pero Max Brailovsky expresó una opinión que, aunque desprovista por completo de base científica, ni siquiera la cirujano-teniente del navío Katerina Rudenko se atrevió a refutar:

—No podía vivir sin Hal.

De todos los presentes, fue Walter Curnow quien agregó otra reflexión:

—Me pregunto cómo lo tomará Hal. Algo que hay ahí afuera tiene que estar interviniendo todas nuestras radioemisiones. Más tarde o más temprano, se enterará.

Y ahora, también Curnow se había ido... así como todos los demás, salvo la pequeña Zenia. Hacía veinte años que Floyd no la veía, pero la tarjeta que ella le enviaba llegaba puntualmente cada Navidad. La última todavía estaba prendida con un alfiler sobre el escritorio de Floyd: mostraba una troica cargada de regalos, que avanzaba con celeridad a través de las nieves del invierno ruso, mientras varios lobos, que tenían el aspecto de estar extremadamente hambrientos, la observaban.

¡Cuarenta y cinco años! A veces parecía como si fuera ayer cuando la Leonov había vuelto a la Tierra, y había recibido la aclamación de toda la humanidad. Sin embargo, había sido una aclamación curiosamente apagada; respetuosa, pero carente de genuino entusiasmo. La misión a Júpiter había sido un éxito rotundo, ya que había abierto una caja de Pandora, cuyo contenido todavía tenía que darse a conocer.

Cuando el Monolito Negro —conocido como Anomalía Magnética Uno de Tycho—, se excavó en la Luna, tan sólo un puñado de hombres supo de su existencia. Hasta después del malhadado viaje de la Discovery a Júpiter el mundo no se enteró de que, cuatro millones de años atrás, una forma de inteligencia había pasado a través del Sistema Solar y había dejado su tarjeta de presentación. La noticia fue una revelación... pero no una sorpresa: durante décadas se había esperado que sucediera algo así.

Y todo eso había ocurrido mucho antes de que existiera la raza humana. Aunque algún accidente misterioso le había sucedido a la Discovery en su viaje hacia Júpiter, no existían pruebas verdaderas de que ese accidente entrañara algo más que una avería en el funcionamiento a bordo de la nave. Si bien las consecuencias filosóficas de la AM-1T eran profundas, para todos los fines prácticos, la humanidad seguía estando sola en el universo.

Ahora eso ya no tenía validez: a apenas minutos-luz de distancia —un mero tiro de piedra en el Cosmos—, había una inteligencia capaz de crear una estrella y que, para satisfacer sus propios objetivos inescrutables, podía destruir un planeta mil veces más grande que la Tierra. Aún más amenazador resultaba el hecho de que dicha inteligencia había demostrado tener conocimiento de la especie humana, lo que se evidenció en el último mensaje que la Discovery había transmitido desde las lunas de Júpiter, casi en el instante en que el llameante nacimiento de Lucifer la destruyó:

TODOS ESTOS MUNDOS SON VUESTROS...
CON EXCEPCIÓN DE EUROPA:
NO INTENTÉIS EFECTUAR DESCENSOS ALLÍ

La brillante estrella nueva había desterrado la noche salvo durante los pocos meses en que, todos los años, pasaba por detrás del Sol, y había traído esperanza y también miedo a la humanidad. Miedo, porque lo desconocido —en especial, cuando aparecía relacionado con la omnipotencia— no podía dejar de provocar esas emociones tan primitivas; y esperanza, debido a la transformación que había operado en la política de toda la Tierra.

Se ha dicho, con frecuencia, que lo único que podría unir a la especie humana sería una amenaza procedente del espacio. Si Lucifer era una auténtica amenaza, nadie lo sabía; pero, en todo caso, sí era un desafío. Y como demostrarían los hechos posteriores, eso fue suficiente.

Desde su favorable posición en el Pasteur, Heywood Floyd había observado los cambios geopolíticos ocurridos, casi como si él mismo fuese un observador extraterrestre. Al principio, no tenía la intención de permanecer en el espacio una vez lograda su completa recuperación; pero para desconcierto y fastidio de sus médicos, esa recuperación precisó un período totalmente desmesurado.

Al echar una mirada retrospectiva, desde la tranquilidad de los años recientes, Floyd supo con exactitud por qué sus huesos rehusaban soldarse: simplemente no deseaba regresar a la Tierra; nada había para él en ese deslumbrante globo azul y blanco que llenaba su cielo. Había ocasiones en que podía comprender bien cómo Chandra pudo haber perdido su voluntad de vivir.

Fue por pura casualidad por lo que no estuvo con su primera esposa en aquel viaje al continente europeo. Ahora Marión estaba muerta, y su recuerdo parecía formar parte de otra vida, una vida que podría haber pertenecido a alguna otra persona; y las dos hijas que había tenido con ella eran dos amables extrañas que tenían sus propias familias.

Pero como consecuencia de sus propios actos, había perdido a Caroline, aun cuando no había tenido una real alternativa en el asunto, pues ella nunca había entendido (¿lo había entendido él mismo?) por qué Floyd había dejado la bella casa que compartían, para autodesterrarse, durante años, en esos páramos distantes del Sol.

Si bien antes de que la misión estuviera semicompletada, sabía que Caroline no lo aguardaría, había anhelado con desesperación que Chris lo perdonara. Pero hasta ese consuelo le fue negado: su hijo había estado sin padre demasiado tiempo, y cuando él

regresó, Chris ya había encontrado otro padre en el hombre que había tomado el lugar de Floyd en la vida de Caroline. El alejamiento fue completo, y aunque Floyd pensó que nunca se recuperaría, por supuesto, se recuperó... en cierta medida.

Su cuerpo había conspirado de manera astuta con sus deseos inconscientes, de modo que cuando por fin regresó a la Tierra, después de su dilatada convalecencia en el Pasteur, enseguida desarrolló síntomas tan alarmantes —entre ellos, algo sospechosamente parecido a una necrosis ósea—, que de inmediato, a toda prisa, volvieron a ponerlo en órbita. Y ahí había permanecido (aparte de unos pocos viajes cortos a la Luna), adaptado por completo a la vida en el régimen de gravedad del hospital rotativo del espacio, gravedad que oscilaba entre cero y un sexto de la terrestre.

Floyd no era un recluso, ni mucho menos, ya que cuando se hallaba convaleciente incluso dictaba informes, prestaba testimonio ante innumerables comisiones y era entrevistado por representantes de los medios de comunicación. Era un hombre famoso y disfrutaba de la experiencia... mientras durase. Eso le ayudaba a cicatrizar sus heridas internas.

La primera década completa —del 2020 al 2030— parecía haber transcurrido con tanta rapidez, que ahora a Floyd le resultaba difícil concentrarse en ella. Se produjeron las crisis, escándalos, delitos y catástrofes de costumbre; de modo especialmente destacado, recordaba el gran terremoto de California, cuyas consecuencias observó —con toda la fascinación que provoca el horror— a través de los monitores de televisión de la estación espacial. Cuando empleaban el aumento óptico máximo, y en condiciones favorables, las pantallas podían mostrar a los seres humanos. Pero desde la perspectiva que le daba la altura, que hacía que contemplara esas imágenes como si estuviera sentado en el Trono de Dios, a Floyd le había sido imposible identificarse con los pequeños puntos que, corriendo como hormigas, se afanaban por huir de las ciudades en llamas. Sólo las cámaras ubicadas casi a ras del suelo revelaban el verdadero horror.

Si bien los resultados se manifestarían más adelante, durante esa década las placas tectónicas políticas se habían estado desplazando de modo tan inexorable como las geológicas... aunque en sentido opuesto, como si el tiempo hubiese estado corriendo hacia atrás. En sus comienzos la Tierra había tenido un supercontinente único, Pangea, que, en el transcurso de los evos, se había desgarrado y separado. Lo mismo había hecho la especie humana, escindida en innumerables tribus y naciones; ahora se estaba fusionando, de nuevo, a medida que las antiguas divisiones lingüísticas y culturales empezaban a volverse menos nítidas.

Aunque Lucifer lo había acelerado, ese proceso había comenzado décadas atrás, cuando el advenimiento de la era de los aviones de retropropulsión desencadenó una explosión de turismo por todo el globo terráqueo. Casi en la misma época —por supuesto, no fue una coincidencia—, los satélites y las fibras ópticas produjeron una revolución en las comunicaciones. Con la histórica abolición de las tarifas de larga distancia —hecho que ocurrió el 31 de diciembre del año 2000—, toda llamada telefónica se convirtió en una llamada local, y la raza humana recibió el nuevo milenio transformada en una sola familia, enorme y chismosa.

Al igual que la mayoría de las familias, tampoco ésa fue siempre pacífica, pero sus disputas ya no amenazaban a todo el planeta. La segunda —y última— guerra termonuclear vio el uso, en combate, de una cantidad de bombas no mayor que la usada en la primera guerra: dos, exactamente. Y aunque el kilotonelaje fue superior, las bajas fueron mucho menores, ya que ambas bombas se utilizaron contra instalaciones petrolíferas en las que había escaso personal. Cuando se llegó a ese punto, los tres grandes —China, Estados Unidos y la URSS— se movieron con loable celeridad y sabiduría, y aislaron el teatro de operaciones hasta que los combatientes supervivientes recobraron la sensatez.

Hacia la década de 2020-2030, una guerra de enormes proporciones entre las grandes potencias era tan impensable como una contienda entre Canadá y Estados Unidos en el siglo anterior. Esto no se debía a que se hubiera producido un vasto perfeccionamiento de la naturaleza humana (en todo caso, si se debía a eso, no era a causa de un factor único), sino a la normal elección de la vida, antes que de la muerte. Gran parte de la maquinaria de la paz ni siquiera había sido planeada en forma consciente: antes de que los políticos se dieran cuenta, descubrieron que aquella maquinaria estaba instalada, y que funcionaba bien...

No fue ningún estadista ni ningún idealista de tendencia alguna quien creó el movimiento «Rehén de Paz»; la expresión misma no fue acuñada sino hasta mucho después de que alguien se diera cuenta de que, en un momento dado había cien mil turistas rusos en Estados Unidos... y medio millón de estadounidenses en la Unión Soviética, la mayoría de ellos dedicada al tradicional pasatiempo de quejarse de las cañerías. Y quizás insistiendo aún más en la cuestión, ambos grupos comprendían una desmesurada cantidad de personas en absoluto sacrificables: los hijos e hijas de la riqueza, de los privilegios y del poder político.

Y aun cuando alguien lo hubiera deseado ya no era posible planear una guerra en gran escala. La Era de la Transparencia había empezado a desarrollarse en la década de 1990,

cuando emprendedores medios de comunicación comenzaron a lanzar satélites provistos de equipos fotográficos, con resolución comparable a la de los satélites que los militares habían poseído con exclusividad durante tres décadas. Tanto el Pentágono como el Kremlin estaban furiosos, pero ninguno de los dos era rival ni para Reuter ni para Associated Press, y tampoco para las cámaras del Servicio Orbital de Noticias, que se mantenían alerta durante las veinticuatro horas del día.

Hacia 2060, el mundo, si bien no había llegado al desarme total, había sido pacificado de modo efectivo, y las cincuenta armas termonucleares que quedaban se encontraban bajo control internacional. De modo sorprendente, apenas hubo oposición cuando el popular monarca Eduardo VIII fue elegido Primer Presidente Planetario; solamente disintió una docena de Estados, cuyo tamaño e importancia iban desde la aún testarudamente neutral Suiza (aunque sus restaurantes y hoteles recibieron a la nueva burocracia con los brazos abiertos) hasta los todavía más fanáticamente independientes malvineros, que ahora resistían todos los intentos que efectuaban los exasperados británicos y argentinos para escamoteárselos entre sí.

El desmantelamiento de la vasta y por completo parásita industria de armamento dio un impulso sin precedentes (en ocasiones, malsano, a decir verdad) a la economía mundial: las materias primas vitales y los brillantes talentos en ingeniería ya no eran devorados por un virtual agujero negro ni, lo que era aún peor, empleados para la destrucción. Ahora podían ser utilizados para componer los estragos y la indiferencia de siglos, a través de la reconstrucción del mundo.

Y de la construcción de otros nuevos, pues, en verdad, la humanidad ya había encontrado el «equivalente moral de la guerra», así como un desafío que podía absorber las energías excedentes de la especie... durante tantos milenios futuros como la mente se atreviese a imaginar.

4. EL MAGNATE

Cuando William Tsung nació, había sido denominado «el bebé más caro del mundo», título que sólo retuvo durante dos años, antes de que lo reclamara su hermana. Ésta todavía lo ostentaba, y ahora que había sido revocado el Derecho de Familia, nadie nunca lo cuestionaría.

El padre de esos niños, el legendario Sir Lawrence, había nacido cuando China había vuelto a instituir la estricta regla de «un solo hijo, una sola familia». La generación de Sir Lawrence había suministrado a psicólogos y sociólogos material para la realización de

interminables estudios. Dado que sus miembros no tenían hermanos ni hermanas —y, en muchos casos, tampoco tíos ni tías—, esa generación constituía un caso único en la historia humana. Si el crédito se debe a la elasticidad de la especie o a los méritos del extenso sistema familiar chino, es algo que, probablemente, nunca se determinará. Lo que subsistió fue el hecho de que fue notable el modo en que los hijos de aquella extraña época estuvieron exentos de cicatrices, aunque, de todos modos, no dejaron de verse afectados, y Sir Lawrence había puesto, de manera bastante espectacular, lo mejor de sí mismo para compensar el aislamiento de su infancia.

Cuando su segundo hijo nació, en 2022, el sistema de concesión de licencias se había convertido en ley. Se podía tener el número de hijos que se deseara, siempre y cuando se pagara el arancel correspondiente. (Los comunistas de la vieja guardia que aún sobrevivían no eran los únicos que consideraban que todo el esquema era absolutamente horroroso, pero fueron derrotados por la mayor cantidad de votos de sus pragmáticos colegas, en el congreso de la República Democrática del Pueblo.)

Los dos primeros hijos eran gratis. El tercero costaba un millón de sols. El cuarto, dos millones, el quinto, cuatro millones, y así sucesivamente. El hecho de que, en teoría, no hubiera capitalistas en la República Democrática del Pueblo se pasaba alegremente por alto.

El joven señor Tsung nunca reveló si tenía en mente algún objetivo (eso, desde luego, ocurrió años antes de que el rey Eduardo lo invistiera como Caballero Comandante de la Orden del Imperio Británico). Cuando nació su quinto hijo, seguía siendo un millonario bastante pobre; pero apenas tenía cuarenta años, y cuando la adquisición de Hong Kong no le exigió tanto capital como había temido, Tsung descubrió que disponía de una considerable cantidad de dinero.

Eso es lo que se decía, pero, al igual que con otros muchos relatos sobre Sir Lawrence, resultaba difícil distinguir los hechos de la leyenda. En realidad, no era cierto el insistente rumor de que Tsung había comenzado a hacer fortuna mediante la famosa edición pirata —del tamaño de una caja de zapatos— de la Biblioteca del Congreso: todo ese fraude del Módulo de Memoria Molecular fue una operación que se llevó a cabo fuera de la Tierra, y fue posible gracias a que Estados Unidos no había firmado el Tratado Lunar.

Aun cuando Sir Lawrence no era un multimillonario, el complejo de sociedades anónimas que había erigido lo había convertido en el poder financiero más grande de la Tierra, logro en absoluto desdeñable tratándose del hijo de un humilde vendedor ambulante de cintas de vídeo en lo que todavía se conocía como Nuevos Territorios. Probablemente nunca se percató de los ocho millones que pagó por el sexto hijo, y

tampoco de los treinta y dos que le costó el octavo. Los sesenta y cuatro que tuvo que dar de antemano por el noveno atrajeron la publicidad mundial, y después del décimo, las apuestas que se hicieron respecto de sus planes futuros muy bien pueden haber superado los doscientos cincuenta y seis millones que le costaría el hijo siguiente. Sin embargo, una vez que se llegó a ese punto, Lady Jasmine —que combinaba, en exquisitas proporciones, las mejores propiedades del acero y de la seda— decidió que la dinastía Tsung estaba adecuadamente instituida.

Se debió en gran parte a la casualidad (si es que existe tal cosa) el hecho de que sir Lawrence estableciera contacto personal con el área de las actividades espaciales. Tenía, por supuesto, amplios intereses en los sectores marítimo y aeronáutico, pero de ello se encargaban sus cinco hijos, con sus respectivos socios. El verdadero amor de Sir Lawrence eran las comunicaciones: periódicos (los pocos que quedaban), libros, revistas (tanto impresas en papel como electrónicas) y, sobre todo, las redes de televisión que abarcaban todo el planeta.

En esa época adquirió el magnífico y antiguo «Hotel Peninsular», que el niño chino pobre que él había sido consideraba el símbolo mismo de la riqueza y del poder, y lo convirtió en su residencia y oficina central. Lo rodeó de un hermoso parque, mediante el sencillo recurso de construir las enormes galerías comerciales bajo tierra (su entonces recién constituida Compañía de Excavaciones por Láser, S. A., amasó una fortuna con esa obra y sentó el precedente para muchas otras ciudades).

Cierto día, mientras estaba admirando la silueta incomparable de la ciudad recortada contra el cielo, tal como se veía desde el otro lado del puerto, consideró que era necesario introducir un perfeccionamiento más: durante décadas, la vista desde los pisos inferiores del «Hotel Peninsular» había estado bloqueada por un enorme edificio que parecía una aplastada pelota de golf. Sir Lawrence decidió que ese edificio tenía que desaparecer.

El director del Planetario de Hong Kong —considerado como uno de los cinco mejores planetarios del mundo— tenía otras ideas, y muy pronto Sir Lawrence descubrió, encantado, a alguien a quien no podía comprar a ningún precio. Los dos hombres se convirtieron en buenos amigos, pero cuando el doctor Hessenstein realizó los preparativos necesarios para celebrar el sexagésimo cumpleaños de Sir Lawrence, no podía imaginar que estaba contribuyendo a cambiar la historia del Sistema Solar.

5. FUERA DEL HIELO

Más de cien años después de que Zeiss fabricara el primer prototipo, hecho que tuvo lugar en Jena, en 1924, todavía se utilizaban algunos proyectos planetarios ópticos, que se cernían de manera espectacular sobre el público asistente. Pero ya hacía décadas que Hong Kong había dejado fuera de servicio su instrumento de tercera generación, en favor del sistema electrónico, mucho más versátil. La totalidad de la gran cúpula era, en lo esencial, una gigantesca pantalla de televisión compuesta por miles de paneles separados, en la que se podía exhibir cualquier imagen que fuese posible concebir.

El programa había comenzado —era inevitable que así ocurriera— con un tributo al desconocido inventor del cohete, en algún lugar de China, durante el siglo XIII. Los primeros cinco minutos fueron dedicados a hacer una acelerada reseña histórica que tal vez otorgaba menos reconocimiento del debido a los pioneros rusos, alemanes y norteamericanos, con el fin de concentrarse en la carrera del doctor Hsue-Shen Tsien. Dados la época y el lugar, se podía disculpar a los compatriotas de Hsue-Shen Tsien que, en la historia del desarrollo de la cohetaría, lo hicieran aparecer tan importante como Goddard, Von Braun o Koroliev. Y, de hecho, tenían verdaderos motivos para estar indignados por el arresto que sufrió Hsue-Shen en Estados Unidos —bajo acusaciones falsas— cuando, tras haber ayudado a fundar el afamado Laboratorio de Propulsión por Reacción y de ser nombrado primer profesor Goddard del Instituto Tecnológico de California, decidió regresar a su patria.

Apenas si se mencionó el lanzamiento del primer satélite chino, por parte del cohete Marzo Largo 1, en 1970, quizá debido a que, en aquel entonces, los norteamericanos ya estaban caminando sobre la Luna. Por otro lado, el resto del siglo XX desfiló en unos minutos, y la narración llegó hasta 2007 y la construcción en secreto de la cosmonave Tsien... a la vista del mundo entero.

El narrador no se regodeó en exceso al referirse a la consternación que las demás potencias exploradoras del espacio experimentaron cuando una estación espacial —supuestamente china— de forma repentina disparó sus reactores, salió de órbita y se dirigió a Júpiter, cogió por sorpresa a la misión ruso-norteamericana que iba a bordo de la Cosmonauta Alexei Leonov. El relato era lo bastante espectacular —y trágico— como para no precisar adornos.

Por desgracia, había muy poco material visual auténtico para ilustrar la narración, de modo que el programa tuvo que basarse, en gran medida, en efectos especiales y en una inteligente reconstrucción hecha a partir de posteriores reconocimientos fotográficos de larga distancia. Durante su breve permanencia en la helada superficie del Europa, la

tripulación de la Tsien había estado demasiado ocupada y no había podido filmar documentales televisivos ni montar una cámara de funcionamiento automático.

De todos modos, las palabras pronunciadas entonces transmitían gran parte del drama de ese primer descenso a las lunas de Júpiter. El comentario hecho por Heywood Floyd —y emitido desde la Leonov, que se estaba acercando— sirvió de manera admirable para representar la escena, y había abundancia de fotos de archivo del Europa, para ilustrar esa escena:

—En este preciso instante, estoy observándola a través del más poderoso de los telescopios de la nave. Con este aumento, aparece diez veces más grande que la Luna, tal como ésta se ve a simple vista. Y es una visión realmente sobrenatural.

»La superficie presenta un color rosado uniforme, con algunas pequeñas manchas pardas. Está cubierta por una intrincada red de líneas delgadas que se tuercen y entrelazan en todas direcciones. De hecho, se parece mucho a una fotografía que puede verse en un texto de medicina, y que muestre una red de venas y arterias.

»Algunas de estas formaciones tienen centenares —o hasta miles— de kilómetros de largo, y ofrecen un aspecto bastante parecido al de los ilusorios canales que Percival Lowell y otros astrónomos de comienzos del siglo XX imaginaron haber visto en Marte.

»Pero los canales de Europa no son una ilusión, si bien no son artificiales, claro está. Más aún: sí contienen agua... o, por lo menos, hielo, ya que el satélite está casi completamente cubierto por un océano que tiene una profundidad media de cincuenta kilómetros.

»Debido a que está tan lejos del Sol, la temperatura de la superficie de Europa es extremadamente baja: alrededor de ciento cincuenta grados por debajo del punto de congelación. Así, pues, cabría esperar que su único océano sea un bloque sólido de hielo.

»De modo sorprendente, no es ése el caso de Europa porque en su interior existe mucho calor, generado por las fuerzas de la marea, las mismas fuerzas que impulsan los grandes volcanes de la vecina Io.

»De ahí que el hielo continuamente se esté fundiendo, rompiendo y congelando, formando grietas y canales como los que existen en los mantos de hielo flotante de nuestras propias regiones polares. Es ese intrincado trazado de grietas lo que estoy viendo ahora; casi todas ellas son oscuras y muy antiguas; quizá tengan millones de años de antigüedad. Pero unas pocas son de color blanco casi puro, son las nuevas, que se acaban de abrir y tienen una corteza de tan sólo unos pocos centímetros de espesor.

»La Tsien descendió justo al lado de una de estas vetas blancas: una grieta de mil quinientos kilómetros de largo, a la que se bautizó con el nombre de "Gran Canal". Es

probable que los chinos pretendan desviar con una bomba el agua de la grieta hacia sus tanques propulsores, con lo cual podrán explorar el sistema de satélites jovianos y después regresar a la Tierra.

Eso puede no ser fácil, pero no hay duda de que han estudiado el lugar de aterrizaje con gran cuidado, y deben saber lo que están haciendo.

»De modo que ahora resulta evidente por qué corrieron tal riesgo... y por qué reclaman Europa: en calidad de punto de reabastecimiento de combustible. Podría ser la llave de todo el Sistema Solar...

Sin embargo, las cosas no habían resultado de esa manera, recordó Sir Lawrence, mientras se reclinaba en su lujosa silla, bajo el disco vetado y moteado que llenaba su cielo artificial. Los océanos de Europa seguían siendo inaccesibles a la humanidad, por motivos que aún eran un misterio. Y no sólo inaccesibles, sino también invisibles: desde que Júpiter se había convertido en sol, sus dos satélites interiores se habían desvanecido bajo nubes de vapor que escapaba, en ebullición, desde la parte interna. Sir Lawrence estaba mirando a Europa, tal como había sido en 2010... no como era hoy.

Por aquel entonces Sir Lawrence era un adolescente, pero aún recordaba el orgullo que sintió al saber que sus compatriotas —no importaba cuánto disentía de la política que seguían— estaban a punto de realizar el primer descenso a un mundo virgen.

Por supuesto que en el lugar no había ninguna cámara que registrara el descenso; pero la reconstrucción se efectuó de manera impecable. Sir Lawrence podía creer de verdad que ésa era la cosmonave predestinada a su destrucción, que en silencio se descolgaba desde el negrísimo cielo hacia el gélido paisaje de Europa, y que se posaba junto a la descolorida banda de agua recientemente congelada, a la que se había dado el nombre de «Gran Canal».

Todo el mundo sabía qué había ocurrido después. Quizá con buen criterio, no se había intentado reproducirlo en forma visual. En cambio, la imagen de Europa se esfumó y fue remplazada por un retrato tan familiar para cualquier chino como Yuri Gagarin lo era para cualquier ruso.

La primera fotografía mostraba a Rupert Chang el día de su graduación, en 1989: un formal estudiante joven, a quien resultaba imposible distinguir entre un millón de otros como él, completamente inconsciente de su cita con la historia, dos décadas hacia el futuro.

Con brevedad y utilizando un suave fondo musical, el comentarista resumió los aspectos destacados de la carrera del doctor Chang, hasta su designación como oficial científico a bordo de la Tsien. Mediante cortes transversales en el tiempo, se fueron

mostrando fotografías cada vez más actuales, hasta llegar a la última, tomada inmediatamente antes de la misión.

Sir Lawrence se sentía agradecido por la oscuridad del planetario, ya que tanto sus amigos como sus enemigos se habrían sorprendido al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas al escuchar el mensaje que el doctor Chang había dirigido a la cercana Leonov, sin saber si ese mensaje sería recibido alguna vez.

—...sé que están a bordo de la Leonov... es posible que no tenga mucho tiempo... dirijo la antena de mi traje hacia donde creo...

La señal se desvaneció durante unos angustiosos segundos; después retornó, mucho más clara, aunque no con mayor intensidad.

—...transmitan esta información a la Tierra: la Tsien ha sido destruida hace tres horas. Soy el único superviviente. Estoy usando la radio de mi traje espacial; no sé si tiene suficiente alcance, pero es mi única posibilidad. Por favor, escuchen con atención: HAY VIDA EN EUROPA. Repito: HAY VIDA EN EUROPA...

La señal volvió a desvanecerse...

—...poco después de la medianoche local. Bombeábamos sin descanso, y los tanques estaban llenos casi hasta la mitad. El doctor Li y yo hemos salido para revisar la aislación de la tubería. La Tsien está detenida... Se ha detenido a unos treinta metros del borde del «Gran Canal». Los tubos salen directamente de la nave y descienden a través de la capa de hielo, que es muy delgada; no es seguro caminar sobre ella. El ascenso del agua cálida desde abajo del hielo...

Otra vez, un largo silencio...

—...no es problema: cinco kilovatios de luces dispuestas en forma de rosario sobre la nave. Como un hermoso árbol de Navidad que brillaba directamente a través del hielo. Gloriosos colores. Li ha sido el primero en verla: era una enorme masa oscura que subía desde las profundidades. Al principio, hemos pensado que se trataba de un banco de peces porque era demasiado grande para ser un solo organismo; después ha empezado a abrirse paso a través del hielo...

»...como enormes hebras de algas marinas húmedas que reptaban por el suelo. Li ha regresado corriendo a la nave para traer una cámara; yo me he quedado para observar e informar a través de la radio. La masa se movía con tanta lentitud, que sin dificultad podría haber corrido más de prisa que ella. Creía saber qué clase de ser era éste —he visto imágenes de los bosques de algas pardas, del litoral de California—, pero estaba por completo equivocado.

»...he podido darme cuenta de que ese ser tenía problemas: no le era posible sobrevivir a una temperatura de ciento cincuenta grados inferior a la de su ambiente normal. A medida que avanzaba, se iba congelando hasta volverse sólido y cristalino; se iban desprendiendo de él pedacitos que parecían cristales, pero seguía avanzando en dirección a la nave, como una gigantesca ola negra que continuamente iba disminuyendo su velocidad.

»Yo todavía estaba tan sorprendido que no podía pensar con normalidad ni podía imaginar qué estaba tratando de hacer...

»...ha ido trepando por la nave y, a medida que avanzaba, iba formando una especie de túnel de hielo. Quizás eso lo estaba protegiendo del frío, del mismo modo que las termitas se protegen de la luz solar mediante sus pequeñas galerías de lodo.

»...toneladas de hielo sobre la nave. Las antenas de radio han sido las que primero se han roto. Después, he podido ver que las patas de aterrizaje empezaban a combarse. Todo se veía en cámara lenta, como si fuera un sueño.

»Hasta el momento en que la nave se ha empezado a derrumbar no me he dado cuenta de lo que esa cosa estaba tratando de hacer... pero ya era muy tarde: podríamos habernos salvado con sólo haber apagado aquellas luces.

»Tal vez sea un organismo fototrópico,¹ y su ciclo biológico sea puesto en acción por la luz solar que se filtra a través del hielo. O puede haber sido atraído, al igual que una mariposa nocturna por la llama de una vela. Nuestros reflectores tienen que haber sido más brillantes que cualquier cosa que Europa haya conocido jamás...

«Después, la nave se ha precipitado con violencia. He visto que el casco se partía y que se formaba una nube de copos de nieve cuando se ha condensado la humedad. Todas las luces se han extinguido, salvo una que oscilaba hacia delante y hacia atrás, en un cable, a un par de metros del suelo.

»No sé qué ha ocurrido inmediatamente después de eso. Lo siguiente que recuerdo es que estaba parado bajo la luz, al lado de los restos de la nave, mientras un fino polvillo de nieve caía a mi alrededor; en ese polvillo podía ver mis huellas con mucha claridad. Debo de haber corrido, quizá sólo había transcurrido un minuto, o dos...

»La planta (seguía pensando en esa cosa como si fuera una planta) estaba inmóvil. Me intrigaba saber si la habría dañado el golpe, ya que grandes porciones —gruesas como el brazo de un hombre— se habían hecho astillas, como si fueran ramitas rotas.

«Luego, el tronco principal ha empezado a desplazarse otra vez. Se ha separado del casco de la cosmonave y ha empezado a reptar hacia mí. Ha sido en ese momento

cuando he sabido, con toda certeza, que esa cosa era fotosensible, pues yo estaba de pie exactamente debajo de la lámpara de mil vatios, que ya había dejado de balancearse.

«Imagínense un roble —mejor aún, un banano, con sus múltiples troncos y raíces— aplastado por la gravedad y tratando de reptar por el suelo. Se ha detenido a unos cinco metros de la luz; después, se ha empezado a extender, hasta que ha formado un círculo perfecto a mi alrededor. Cabe suponer que ése era el límite de su tolerancia, el punto en el cual la fotoatracción se convertía en repulsión. Después de eso, nada ha ocurrido durante varios minutos. Me preguntaba si ese ser estaría muerto o, por lo menos, completamente congelado.

«Entonces, he visto que se estaban formando grandes yemas en muchas de las ramas. Era como mirar una película de flores que se abren, filmada en intervalos prefijados y después unidos en una sola secuencia. De hecho, he pensado que eran flores... cada una tan grande como la cabeza de un hombre.

»Han empezado a desplegarse membranas delicadas y de hermosos colores. Aun en ese momento, me ha venido a la mente que ningún ser vivo —ninguna cosa— puede haber visto esos colores en ninguna oportunidad anterior; no existían hasta que trajimos nuestras luces —nuestras fatales luces— a este mundo.

»Zarcillos y estambres, que oscilaban débilmente... He andado hacia esa pared viviente que me rodeaba, con el fin de poder ver con exactitud qué estaba ocurriendo. Ni entonces, ni en ningún otro momento, había experimentado el menor temor ante aquel ser. Estaba seguro de que no era maligno... si es que, en verdad, por lo menos tenía conciencia.

»Había muchísimas flores, de gran tamaño y en diversos estadios de apertura; en ese momento, me recordaban mariposas recién surgidas de la crisálida, con las alas contraídas, todavía débiles. Cada vez me estaba acercando más a la verdad.

»Pero se estaban congelando, morían tan pronto como se formaban. Después, una tras otra, han ido cayendo de las yemas madre. Durante unos instantes, han aleteado cerca de donde habían caído, como peces fuera del agua... hasta que, por fin, me he dado cuenta con exactitud de lo que eran: esas membranas no eran pétalos; eran aletas, o su equivalente. Esto era el estadio larval, nadador, de este ser. Es probable que pase gran parte de su vida enraizado en el lecho del mar; después, envía a estos vástagos móviles a buscar nuevo territorio. Exactamente como hacen los corales de los océanos de la Tierra.

»Me he puesto en cuclillas para poder ver más de cerca a uno de esos pequeños seres. Ahora, los bellos colores se estaban borrando y eran remplazados por un débil color pardo amarillento. Algunos de los pétalos-aleta se habían soltado y se convertían en

quebradizas escamas cuando se congelaban. Pero el ser todavía se movía débilmente, y cuando me he acercado, ha tratado de evitarme. Me he preguntado cómo percibía mi presencia.

»En ese momento, me he percatado de que todos los estambres —así los había denominado yo— tenían en el ápice puntos de color azul brillante que parecían diminutas constelaciones de zafiros. Mientras observaba, el azul brillante se ha decolorado; y los zafiros se han transformado en piedras opacas y ordinarias.

»Doctor Floyd —o cualquier otro que esté escuchando—, no tengo mucho más tiempo, pues pronto Júpiter bloqueará mi señal.

»Pero ya casi he terminado.

»En ese momento, he sabido qué tenía que hacer. El cable que alimentaba esa lámpara de mil voltios colgaba casi hasta el suelo. Le he dado varios tirones, y la luz se ha apagado, con una lluvia de chispas.

»Me preguntaba si sería demasiado tarde. Durante unos instantes, nada ha sucedido, así que he andado hasta la pared de ramas entrelazadas que me rodeaba y le he propinado un puntapié.

»Poco a poco, el ser ha empezado a destejarse y a retirarse para volver al Canal. Había mucha luz y podía ver todo a la perfección: Ganimedes y Calisto estaban en el cielo; Júpiter era una enorme y delgada medialuna, y había una gran exhibición auroral en el lado en que era de noche, en el extremo joviano del tubo de flujo magnético de Io. No había necesidad de usar la luz de mi casco.

»He seguido al ser durante todo su trayecto de regreso al agua, alentándolo con más puntapiés cuando reducía su velocidad, y sintiendo todo el tiempo los fragmentos de hielo que se quebraban bajo mis botas... A medida que se acercaba al canal, el ser parecía ganar fuerza y energía, como si supiese que se estaba acercando a su hogar natural. Me preguntaba si sobreviviría para volver a producir yemas.

»Ha desaparecido a través de la superficie y ha ido dejando unas cuantas larvas muertas sobre ese terreno que no era el suyo. El agua fría expuesta ha burbujeado algunos minutos, hasta que una protectora capa de hielo la ha aislado herméticamente del vacío. Después, he regresado a la cosmonave, para ver si había algo que rescatar... No quiero hablar de eso.

»Sólo quiero formular dos peticiones, doctor: cuando los taxonomistas clasifiquen a este ser, tengo la esperanza de que su denominación científica recuerde mi nombre. Y cuando la próxima nave espacial regrese a casa, pidan a su tripulación que lleven nuestros huesos a China.

»Júpiter nos va a incomunicar dentro de pocos minutos. Ojalá supiera si alguien me ha estado recibiendo. De todos modos, repetiré este mensaje cuando volvamos a estar en la visual... si el sistema de mi traje para mantenimiento de vida dura el tiempo suficiente.

»Éste es el profesor Chang en Europa, e informa sobre la destrucción de la nave espacial Tsien. Descendimos al lado del «Gran Canal» y montamos nuestras bombas en el borde del hielo...

La señal se desvaneció bruscamente, volvió un instante y después desapareció por completo, por debajo del nivel de ruido.

Nunca habría ningún mensaje posterior del profesor Chang, pero el que llegó ya había alterado el curso de las ambiciones de Lawrence Tsung, y las había dirigido hacia el espacio.

6. EL REVERDECIMIENTO DE GANIMEDES

Rolf van der Berg fue el hombre preciso, que estuvo en el sitio preciso, en el momento preciso: ninguna otra combinación habría funcionado. (Así es, por supuesto, la manera en que se escribe gran parte de la Historia.)

Fue el hombre preciso porque era un refugiado afrikaner de segunda generación, y un geólogo excelente, y ambos factores eran igualmente importantes. Estuvo en el sitio preciso, porque ésa tenía que ser la más grande de las lunas jovianas, la tercera hacia el exterior en la secuencia Io, Europa, Ganímedes, Calisto. El momento no era un factor tan crítico, pues la información había estado detenida en los bancos de datos —como una bomba de acción retardada— durante una década, por lo menos. Van der Berg no se topó con ella hasta 2057; aun entonces, necesitó otro año para convencerse de que no estaba loco... y se llegó a 2059, antes de que él apartara de forma silenciosa los registros originales. Sólo entonces, cuando ya se hallaba a salvo, pudo dedicar toda su atención al problema principal: qué hacer a continuación.

Como sucede con mucha frecuencia, todo había comenzado con una observación en apariencia trivial, en un campo que ni siquiera le concernía de manera directa a Van der Berg. En su condición de miembro de la Fuerza Específica de la Ingeniería Planetaria, su trabajo consistía en estudiar y catalogar los recursos naturales de Ganímedes, así que no tenía por qué estar perdiendo el tiempo con el cercano satélite prohibido.

Pero Europa era un enigma que nadie (y mucho menos sus vecinos inmediatos), podía pasar por alto durante largo tiempo. Cada siete días pasaba entre Ganímedes y el brillante minisol que otrora había sido Júpiter, y producía eclipses que podían durar

alrededor de doce minutos. Cuando se hallaba en su punto máximo de acercamiento, parecía ser ligeramente más pequeño que la Luna, tal como ésta se veía desde la Tierra; pero disminuía hasta apenas una cuarta parte de su tamaño cuando se encontraba en el otro lado de su órbita.

A menudo los eclipses eran impresionantes: poco antes de que se deslizara entre Ganimedes y Lucifer, Europa se convertía en un ominoso disco negro que cuando la luz del nuevo sol se refractaba a través de la atmósfera que había ayudado a crear, se veía rodeado por un anillo de fuego carmesí.

En menos de la mitad del tiempo que dura la vida humana, Europa se había transformado: la corteza de hielo, en el hemisferio que siempre estaba enfrentado a Lucifer, se había derretido, para formar el segundo océano del Sistema Solar. A lo largo de una década había hecho espuma y había hervido en el vacío que tenía sobre sí, hasta que se alcanzó el equilibrio. Ahora Europa poseía una atmósfera tenue pero utilizable — aunque no por seres humanos—, constituida por vapor de agua, sulfuro de hidrógeno, bióxido de carbono y de azufre, nitrógeno y una mezcla de gases nobles. Si bien el un tanto mal llamado «Lado Nocturno» seguía estando en permanente congelación, en aquel momento una superficie del satélite tan grande como África tenía clima templado, agua líquida y unas pocas islas diseminadas.

Todo esto —y no mucho más— había sido observado a través de telescopios instalados en la órbita terrestre. En la época en que se había lanzado la primera expedición en gran escala hacia las lunas galileanas, en 2028, Europa ya había quedado oculta por un manto permanente de nubes. Cuidadosos sondeos con radar poco revelaron, excepto un liso océano en una de las caras, y hielo, casi igualmente liso en la otra. Europa seguía conservando la reputación de ser el lote de tierra más llano del Sistema Solar.

Diez años después, esa afirmación ya no era cierta: algo drástico le había sucedido a Europa. Ahora poseía una montaña solitaria, casi tan alta como el Everest, que se proyectaba a través del hielo de la zona del crepúsculo. Era probable que alguna actividad volcánica —como la que de forma continua tenía lugar en la vecina Io— hubiese empujado esta masa de material hacia arriba. Era posible que el muy incrementado flujo de calor procedente de Lucifer hubiera desencadenado tal fenómeno.

Pero esta obvia explicación planteaba varios problemas. El monte Zeus era una pirámide irregular, no el habitual cono volcánico, y las exploraciones hechas mediante el radar no mostraban ninguna de las características coladas de lava. Durante una momentánea brecha en las nubes y a través de los telescopios montados en Ganimedes,

se obtuvieron algunas fotografías de mala calidad, que sugerían que el monte estaba constituido por hielo, al igual que el congelado paisaje que lo circundaba. Fuera cual fuera la respuesta, la creación del monte Zeus había sido una experiencia traumática para el mundo sobre el que se erguía, pues la totalidad del patrón del pavimento, constituido por grandes bloques de hielo de forma irregular, y que se extendía por el Lado Nocturno, había cambiado por completo.

Un científico independiente —es decir, que no pertenecía a ninguna institución— había propuesto la teoría de que el monte Zeus era un «iceberg cósmico», un fragmento cometario que había caído en Europa desde el espacio; la vapuleada Calisto brindaba abundantes pruebas de que tales bombardeos habían ocurrido en un pasado remoto. Esta teoría fue muy impopular en Ganimedes, cuyos potenciales colonizadores ya tenían suficientes problemas; de modo que quedaron muy aliviados cuando Van der Berg refutó esa teoría de manera convincente: cualquier masa de hielo de ese tamaño se habría hecho añicos al chocar, y si no se hubiese deshecho, la poca gravedad de Europa enseguida la habría hecho desplomarse. Mediciones efectuadas con radar demostraban que, aunque el monte Zeus en verdad se estaba hundiendo de forma progresiva, su forma total permanecía por completo inalterada. Era evidente que el hielo no era la respuesta.

Desde luego, el problema se habría podido resolver enviando una sola sonda a través de las nubes de Europa. Pero, por desgracia, fuera lo que fuera lo que hubiese debajo de esa lúgubre y casi permanente capa de nubes no alentaba la curiosidad.

TODOS ESTOS MUNDOS SON VUESTROS... CON EXCEPCIÓN DE EUROPA: NO INTENTÉIS EFECTUAR DESCENSOS ALLÍ.

El último mensaje transmitido desde la cosmonave Discovery, inmediatamente antes de su destrucción, no había caído en el olvido, pero se habían producido interminables discusiones con respecto a la interpretación que debía dársele. ¿«Descensos» se refería a sondas-robot o tan sólo a vehículos tripulados? ¿Y en cuanto a los vuelos cercanos de circunvalación, fueran o no tripulados? ¿O los globos que flotaban en la atmósfera superior?

Los científicos estaban impacientes por averiguarlo, pero el público en general era indudable que estaba nervioso. Cualquier potencia que podía hacer estallar el planeta más poderoso del Sistema Solar, no podía de ningún modo ser tomada a la ligera. Y llevaría muchos siglos explorar y explotar lo, Ganimedes, Calisto y las docenas de satélites menores: Europa podía esperar.

En consecuencia, más de una vez, a Van der Berg se le había dicho que no desperdiciara su valioso tiempo en investigaciones carentes de importancia práctica,

cuando había tanto por hacer en Ganimedes. («¿Dónde podemos encontrar nitratos de carbono y de fósforo para las granjas hidropónicas? ¿Cuál es el grado de estabilidad de la Escarpa Barnard? ¿Hay peligro de que se produzcan más deslizamientos de lodo en Frigia?, etc., etcétera...»)

Pero Van der Berg había heredado la merecida reputación de terquedad que tenían sus antepasados, los bóers; de manera que, incluso cuando se hallaba trabajando en sus otros numerosos proyectos, por encima del hombro seguía mirando a Europa.

Y cierto día, tan sólo durante unas horas, un ventarrón proveniente del Lado Nocturno limpió el cielo, por encima del monte Zeus.

7. TRÁNSITO

También yo digo adiós a todo lo que alguna vez tuve...

¿Desde qué profundidades de la memoria había surgido ese verso, hasta llegar a la superficie? Heywood Floyd cerró los ojos y trató de concentrarse en el pasado: era indudable que pertenecía a un poema... y apenas si había leído algún verso desde que había acabado sus estudios universitarios. Y aun entonces, había leído bastante poco, salvo durante un breve seminario sobre la lengua inglesa.

Sin indicios adicionales, a la computadora de la estación le podría llevar un buen rato —quizás alrededor de diez minutos— localizar ese verso dentro de todo el cuerpo de literatura en inglés. Pero eso sería hacer trampa (además de resultar caro), y Floyd prefirió aceptar el desafío intelectual.

Se trataba de un poema dedicado a la guerra, eso era evidente..., pero ¿a cuál de ellas? Había habido tantas guerras durante el siglo XX...

Todavía estaba buscando entre la niebla de su mente, cuando llegaron sus invitados, quienes se desplazaban como en cámara lenta, con esa gracia exenta de esfuerzo de los residentes de larga data en un ambiente con un sexto de gravedad. La sociedad del Pasteur estaba poderosamente influenciada por la que había sido llamada «estratificación centrífuga»; algunas personas nunca abandonaban la gravedad cero del Eje de la estación, en tanto que quienes tenían la esperanza de regresar un día a la Tierra preferían el régimen de peso casi normal, en el borde del enorme disco que giraba con lentitud.

George y Jerry eran, ahora, los más viejos e íntimos amigos de Floyd, lo que resultaba sorprendente, dado que tenían tan pocos puntos obvios en común. Al echar una mirada retrospectiva a su propia y, hasta cierto punto, variada vida afectiva (dos matrimonios, tres

contratos formales, dos informales, tres hijos); a menudo envidiaba a sus dos amigos, la larga estabilidad de su relación, a la que, en apariencia, para nada afectaban los «sobrinos» que procedentes de la Tierra o de la Luna, los visitaban de vez en cuando.

—¿Habéis pensado alguna vez en el divorcio? —les había preguntado una vez, para provocarlos.

George —cuyo manejo acrobático, aunque profundamente serio, de la batuta había sido, en gran medida, la causa del retorno de la orquesta clásica— tuvo, como siempre, la respuesta rápida y oportuna.

—En el divorcio, nunca. En el asesinato, a menudo.

—Por supuesto, nunca le saldría bien —había replicado Jerry con mordacidad—, porque Sebastian revelaría lo ocurrido.

Sebastian era un loro hermoso y parlanchín, que ambos habían importado después de una prolongada batalla con las autoridades del hospital. No sólo sabía hablar, sino que también podía reproducir los compases iniciales del Concierto para violín de Sibelius, con el que Jerry —con la considerable ayuda de Antonio Stradivarius— se había hecho famoso, medio siglo atrás.

Había llegado el momento de decir adiós a George, a Jerry y Sebastian... quizá durante tan sólo algunas semanas, quizá para siempre. Floyd ya había pronunciado todas sus otras despedidas, en una serie completa de fiestas que habían vaciado, en forma grave, la bodega de vinos de la estación, y no se le ocurría qué cosa podría haber dejado sin hacer.

Su computadora-secretaria de modelo primitivo pero todavía perfectamente útil, Archie, había sido programada para atender todas las llamadas que entraran, bien mediante el envío de respuestas adecuadas, bien encauzando cualquier mensaje urgente y personal hacia Floyd, a bordo de la Universe. Sería extraño, pasados todos estos años, que no pudiera hablar con quien deseara... si bien, como compensación, también podía evitar a los interlocutores indeseables. Después de algunos días de viaje, la cosmonave estaría lo bastante lejos de la Tierra como para hacer que la conversación en tiempo real fuera imposible, y todas las comunicaciones tendrían que desarrollarse a través de la voz grabada o de teletexto.

—Creíamos ser tus amigos —se quejó George—. Fue una jugada sucia convertirnos en tus albaceas... en especial cuando no nos vas a dejar cosa alguna.

—Puede que recibáis algunas sorpresas —replicó Floyd, sonriendo—. Sea como fuere, Archie se hará cargo de todos los detalles. Tan sólo querría que controlarais mi correo, por si hay algo que Archie no entiende.

—Sí él no lo entiende, tampoco lo entenderemos nosotros. ¿Qué sabemos sobre tus sociedades científicas y todas esas tonterías?

—Pueden cuidarse por sí mismas. Por favor, vigilad que el personal de limpieza no lleve demasiado mis cosas mientras estoy fuera y, si no regreso, aquí hay algunos objetos personales que me gustaría que fueran enviados... a mi familia.

¡Su familia! Había penas, así como alegrías, en el hecho de vivir durante tanto tiempo, como Floyd.

Habían transcurrido sesenta y tres años —¡sesenta y tres!— desde la muerte de Marión, ocurrida en un accidente aéreo. Ahora Floyd sentía una punzada de culpa porque ni siquiera podía revivir el recuerdo de la aflicción que con toda seguridad padeció.

En el mejor de los casos, su pena era una reconstrucción forzada, no un recuerdo genuino.

¿Qué habrían significado el uno para el otro, en el caso de haber estado Marión aún viva? En estos momentos, ella habría tenido exactamente cien años...

Y las dos niñas a las que una vez tanto amó, ahora eran dos amables extrañas de cabello gris, que rayaban los setenta años y tenían hijos —¡y nietos! —propios. Según el último cómputo, había habido nueve descendientes en ese lado de la familia; sin la ayuda de Archie, Floyd nunca habría podido estar al corriente del nombre de sus nietos. Pero, por lo menos, todos lo recordaban en Navidad, aunque sólo fuera por obligación, ya que no por afecto.

Desde luego, su segundo matrimonio había encubierto los recuerdos del primero, como sucede con lo último que se escribe en un palimpsesto medieval. Eso también había terminado, cincuenta años atrás, en algún punto entre la Tierra y Júpiter. Aunque Floyd había tenido la esperanza de una reconciliación —tanto con su esposa como con su hijo— sólo hubo tiempo para un breve encuentro, entre todas las ceremonias de bienvenida, antes de que el accidente lo obligara a exiliarse en el Pasteur.

El encuentro no había tenido éxito; tampoco el segundo, arreglado a costa de considerables gastos y dificultades; había tenido lugar a bordo del mismo hospital espacial... de hecho, en esa misma habitación. En aquel momento, Chris tenía veinte años y estaba recién casado. Si había algo que unía a Floyd y a Caroline era la desaprobación de la elección hecha por su hijo.

No obstante, Helena demostró tener notables condiciones, ya que fue una buena madre para Chris, nacido apenas un mes después de la boda; y cuando, al igual que muchas otras jóvenes esposas, quedó viuda como consecuencia del Desastre en Copérnico, supo mantenerse controlada.

Había una curiosa ironía en el hecho de que tanto Chris I como Chris II hubieran perdido a sus padres a causa del Espacio, si bien los habían perdido de manera diferente. Floyd había regresado por un período breve de tiempo, como un completo extraño, a su hijo de ocho años: Chris II, al menos, había conocido un padre durante la primera década de su vida, antes de perderlo para siempre.

¿Dónde estaría Chris ahora? Ni Caroline ni Helena —que se habían convertido en excelentes amigas— parecían saber si estaba en la Tierra o en el Espacio. Pero eso era típico: en su momento, sólo tarjetas postales, cuyo sello postal decía BASE CLAVIUS, habían informado a la familia que Floyd había hecho su primera visita a la Luna.

La postal de Floyd todavía estaba pegada sobre su escritorio, en un lugar destacado. Chris II tenía un gran sentido del humor... y de la historia: a su abuelo le había enviado aquella famosa fotografía del monolito, que se alzaba ante las figuras enfundadas en sus trajes espaciales reunidas en torno a él, en la excavación en el Tycho, más de medio siglo atrás. Todos los demás componentes del grupo ahora estaban muertos, y el monolito en cuestión ya no se hallaba en la Luna. En 2006, tras muchas controversias, había sido llevado a la Tierra, y emplazado —eco sobrenatural del edificio principal— en la Plaza de las Naciones Unidas. Fue colocado allí con el propósito de recordar a la raza humana que ya no estaba sola. Cinco años después, con Lucifer ardiendo furiosamente en el cielo, ya no fue necesario tal recordatorio.

Los dedos de Floyd no se mantenían muy firmes (en ocasiones, la mano derecha parecía tener voluntad propia) mientras despegaba la postal y se la metía en el bolsillo; ésa sería casi la única posesión personal que habría de llevar cuando subiera a bordo de la Universe.

—Veinticinco días... Estarás de vuelta antes de que nos demos cuenta de que te has ido —dijo Jerry—. Y a propósito: ¿es cierto que tendrás a Dimitri a bordo?

—¡Ese pequeño cosaco! —bufó George—. Diríj su Segunda Sinfonía, allá por 2022.

—¿No fue cuando el primer violín vomitó durante el Largo?

—No. Eso sucedió con Mahler, no con Mijáilovich. Y de todos modos, fue con un instrumento de viento, por lo que nadie se dio cuenta... salvo el desafortunado ejecutor de la tuba, que vendió su instrumento al día siguiente.

—¡Esto lo estás inventando!

—Claro que sí. Pero transmite cariños al viejo bribón, y pregúntale si recuerda aquella noche que pasamos en Viena. ¿Quién más estará a bordo?

—He oído rumores terribles sobre patrullas de reclutamiento —dijo Jerry, con expresión meditativa.

—Son exagerados en extremo, te lo aseguro. Todos fuimos personalmente elegidos por Sir Lawrence, en función de nuestra inteligencia, agudeza, hermosura, carisma o alguna otra virtud que nos redimiera.

—¿No por ser sacrificables?

—Bueno, ahora que lo mencionas, todos tuvimos que firmar un deprimente documento jurídico, por el que absolvíamos a Líneas Espaciales Tsung de cualquier responsabilidad imaginable. A propósito, mi copia está en esa carpeta.

—¿Existe alguna posibilidad de que cobremos algo por ese contrato? —preguntó George, esperanzado.

—No, mis abogados me dijeron que es tremendamente riguroso. Tsung acuerda llevarme al Halley y traerme de vuelta; darme alimentos, agua, aire y un camarote con vista al exterior.

—¿Y a cambio de eso?

—Cuando regrese, pondré lo mejor de mí para promover futuros viajes, haré algunas presentaciones en televisión, escribiré algunos artículos, todo lo cual es muy razonable, a cambio de esta posibilidad, que se da una vez en la vida. Ah, sí: también brindaré entretenimiento a mis compañeros de viaje... y viceversa.

—¿Cómo? ¿Canto y baile?

—Bueno, tengo la esperanza de infligir partes selectas de mis memorias a una audiencia obligada a verme y escucharme. Pero no creo ser capaz de competir con los profesionales. ¿Sabíais que Yva Merlin estará a bordo?

—¿¡Qué!?! ¿Cómo habéis logrado engatusarla para que abandone su celda de Park Avenue?

—Debe de tener ciento... oh, lo siento, Hey.

—Tiene alrededor de setenta años... cinco más o cinco menos.

—Olvida el menos. Yo no era más que un niño cuando se estrenó Napoleón.

Se produjo una prolongada pausa mientras cada uno de los tres miembros del grupo evocaba aquella famosa interpretación. Aunque algunos críticos consideraban que el de Scarlett O'Hara había sido su mejor papel, para el gran público Yva Merlin (nacida con el nombre de Evelyn Miles, en Cardiff, Gales del Sur) aún se identificaba con Josefina. Casi medio siglo atrás, la controvertida película épica de David Griffin había encantado a los franceses y enfurecido a los británicos... si bien ambos bandos ahora coincidían en que, de vez en cuando, Griffin había permitido que sus impulsos artísticos trataran sin seriedad los registros históricos, en la espectacular secuencia final de la coronación del Emperador, en la Abadía de Westminster.

—Ésa es toda una primicia para Sir Lawrence —dijo George, meditativo.

—Creo que puedo reclamar crédito por eso. El padre de Yva era astrónomo —hubo un tiempo en que trabajó para mí— y ella siempre se interesó mucho por la ciencia. Así que hice algunas videollamadas.

Heywood Floyd no consideró necesario añadir que, al igual que una parte sustancial de la raza humana, él se había enamorado de Yva desde el momento de la aparición del GWTW Mark II.

—Por supuesto —prosiguió—, Sir Lawrence estaba encantado, pero lo tuve que convencer de que Yva tenía más que un interés superficial por la astronomía. De lo contrario, el viaje podría ser un desastre, en el aspecto social.

—Eso me recuerda algo —dijo George, y sacó un pequeño paquete que, no con mucho éxito, había estado escondiendo a sus espaldas—. Tenemos un regalito para ti.

—¿Lo puedo abrir ahora?

—¿Crees que debe abrirlo? —preguntó Jerry con impaciencia.

—En ese caso, lo abriré de inmediato —dijo Floyd. Desató la brillante cinta verde y desenvolvió el papel.

En el interior, había una pintura bellamente enmarcada. Aunque Floyd sabía poco de arte, la había visto antes, en realidad, ¿quién podría olvidarla?

La precaria balsa, zarandeada por las olas, estaba repleta de naufragos semidesnudos, algunos ya moribundos; otros agitaban las manos con desesperación, en dirección a un barco que se veía en el horizonte. Al pie, estaba el título:

LA Balsa de la Medusa (Théodore Géricault, 1791-1824)

Debajo del título había un mensaje, firmado por George y Jerry: «Llegar allá es la mitad de la diversión».

—Sois un par de bastardos, pero os quiero muchísimo —dijo Floyd, y los abrazó.

En el teclado de Archie, la luz que indicaba ATENCIÓN parpadeaba con rapidez: era hora de partir.

Sus dos amigos salieron en silencio, silencio que era más elocuente que las palabras. Por última vez, Heywood Floyd recorrió con la mirada el pequeño cuarto que había sido su universo durante casi la mitad de su vida.

Y de pronto recordó cómo terminaba el poema:

He sido feliz; feliz, ahora me voy.

8. FLOTA ESTELAR

Sir Lawrence Tsung no era un hombre sentimental, y era demasiado cosmopolita como para tomar en serio el patriotismo, si bien, antes de acabar sus estudios universitarios, había ido, por poco tiempo, con una de las coletas artificiales usadas durante la Tercera Revolución Cultural. Sin embargo, la reconstrucción del desastre de la Tsien hecha en el planetario, le conmovió profundamente, e hizo que concentrara gran parte de su enorme influencia y su energía en el espacio sideral.

No pasó mucho tiempo antes de que hiciera viajes de fin de semana a la Luna, y nombró a su octavo hijo, Charles (el que le costó treinta y dos millones de sols) vicepresidente de Astrocargas Tsung. La nueva sociedad anónima sólo tenía dos estatocohetes, alimentados con hidrógeno y lanzados por catapulta, de menos de mil toneladas de masa en vacío. Pronto estarían obsoletos, pero podrían brindar a Charles la experiencia que —Sir Lawrence estaba seguro de ello— resultaría necesaria en las décadas futuras. Después de mucho tiempo, la Era Espacial en realidad se hallaba aún en sus inicios.

Poco más de medio siglo había separado a los hermanos Wright del advenimiento del transporte aéreo barato y de gran capacidad; había sido necesario el doble de tiempo para responder al desafío, mucho mayor, del Sistema Solar.

No obstante, cuando Luis Álvarez y su equipo descubrieron la fusión catalizada por muones, en la década de 1950, el hecho fue considerado una mera curiosidad de laboratorio, seductora pero inalcanzable, que sólo presentaba un interés teórico. Del mismo modo que el gran Lord Rutherford se había burlado de las posibilidades que brindaría la energía atómica, el propio Álvarez tuvo dudas de que la «fusión nuclear en frío» llegara a tener importancia práctica alguna vez. De hecho, no fue sino hasta 2040 cuando la fabricación inesperada y accidental, de «compuestos» estables de muonio-hidrógeno abrió un nuevo capítulo de la historia humana, igual que el descubrimiento del neutrón había dado comienzo a la Era Atómica.

Ahora se podían construir pequeñas plantas portátiles de energía nuclear, provistas de un mínimo blindaje antirradiactivo. En la fusión convencional se habían hecho ya inversiones de tal cuantía que, al principio, las empresas de servicios eléctricos de todo el mundo no se vieron afectadas, pero el impacto sobre los viajes espaciales fue inmediato; tan sólo se podía comparar con la revolución que la retropropulsión había significado para el transporte aéreo, un centenar de años antes.

Dado que ya estaban limitadas por la energía, las cosmonaves podían alcanzar velocidades mucho mayores; ahora los tiempos de vuelo en el Sistema Solar se podían medir en semanas, en vez de meses o, incluso años. Pero como la impulsión muónica seguía siendo un dispositivo de reacción, un cohete complejo —que no era diferente, en principio, de sus antecesores alimentados en forma química— necesitaba un fluido que trabajara para darle impulso. Y el más barato, más limpio y más conveniente de todos los fluidos de trabajo era... el agua común y corriente.

No era probable que en la Estación Espacial del Pacífico se agotara esta útil sustancia; pero la cuestión era distinta en la siguiente escala: la Luna. Allí, las misiones Surveyor, Apolo y Luna no habían descubierto ningún vestigio de agua. Si es que el satélite había poseído alguna vez agua nativa, incontables siglos de bombardeos meteoríticos la habían hecho hervir y salir disparada hacia el espacio.

Eso era lo que creían los selenógrafos. No obstante, indicios que señalaban lo contrario ya habían sido visibles desde el momento en que Galileo apuntó su primer telescopio hacia la Luna. Durante algunas horas posteriores al amanecer, algunas de las montañas del satélite centelleaban de tal modo, que parecía que estuvieran coronadas con nieve. El caso más famoso lo constituye el reborde del cráter Aristarco, al que William Herschel, padre de la astronomía moderna, una vez, durante la noche lunar, vio brillar con tal intensidad que consideró que debía tratarse de un volcán en actividad. Estaba equivocado; lo que vio era el brillo de la Tierra que se reflejaba desde una capa delgada y transitoria de escarcha, condensada durante las trescientas horas de glacial oscuridad.

El descubrimiento de los grandes depósitos de hielo que había debajo del Valle de Schroter, el sinuoso cañón que comenzaba en el cráter Aristarco, fue el último factor de la ecuación que transformaría la fase económica de los vuelos espaciales. La Luna podría brindar un puesto de abastecimiento de combustible, en el preciso lugar en que se necesitaba, a saber, en lo alto de las laderas más externas del campo de gravedad de la Tierra, al comienzo del largo trayecto hacia los planetas.

La Cosmos, la primera nave espacial de la flota Tsung, había sido diseñada para transportar carga y pasajeros en la ruta Tierra-Luna-Marte, y para que —merced a complejos acuerdos celebrados con una docena de empresas y gobiernos— sirviera como vehículo de prueba de la aún experimental impulsión muónica. La Cosmos había sido construida en los astilleros de Imbrium y contaba con el empuje apenas suficiente para despegar de la Luna con carga útil cero; si operaba de una órbita a otra, la cosmonave nunca volvería a tocar la superficie de un planeta. Con su acostumbrada inclinación por la publicidad, Sir Lawrence hizo los arreglos necesarios para que el viaje

inaugural de su nave comenzara en el centésimo aniversario del Día del Sputnik, el 4 de octubre de 2057.

Dos años más tarde, se unió una nave gemela a la Cosmos. La Galaxy fue diseñada para el recorrido Tierra-Júpiter y contaba con empuje suficiente para operar, de forma directa, hasta cualquiera de las lunas jovianas, aunque con un considerable sacrificio de carga útil. En caso necesario, incluso podía regresar a su dársena en la Luna para ser reabastecida y reparada. Esta cosmonave era, sin duda alguna, el vehículo más veloz jamás construido por el Hombre: si quemaba toda su masa propulsante en un solo orgasmo de aceleración, podría alcanzar una velocidad de mil kilómetros por segundo, lo que la llevaría de la Tierra a Júpiter en una semana, y a la estrella más cercana en no mucho más de diez mil años.

La tercera nave de la flota —y orgullo y alegría de Sir Lawrence— encarnaba todo lo que se había aprendido en la construcción de sus dos compañeras. Sin embargo la Universe no estaba destinada, de modo principal, al transporte de carga. Desde el principio fue diseñada para ser la primera cosmonave de línea para pasajeros, para surcar las rutas espaciales... hasta llegar hasta Saturno, la joya del Sistema Solar.

Sir Lawrence había planeado algo aún más espectacular para el vuelo de la Universe, pero el cronograma fue alterado por demoras en la construcción, ocasionadas por un pleito con la Filial Lunar de la Asociación de Conductores y Afines. Apenas habría tiempo para los vuelos iniciales de prueba y para el certificado de la Lloyds, en los meses finales de 2060, antes de que la Universe abandonara la órbita de la Tierra para cumplir su cita. De modo que los márgenes de tiempo serían muy estrechos: el cometa Halley no iba a esperar a nadie, ni siquiera a Sir Lawrence Tsung.

9. MONTE ZEUS

El satélite de reconocimiento Europa VI había estado en órbita durante casi quince años, y había sobrepasado en exceso la vida útil, que indicaba su diseño. La cuestión de si debía o no ser remplazado fue motivo de no pocas discusiones en el seno del pequeño asentamiento científico de Ganímedes.

El Europa VI llevaba el acostumbrado conjunto de instrumentos para la recopilación de datos, así como un sistema (en esos momentos, virtualmente desprovisto de utilidad) de presentación de imágenes. Si bien todavía se hallaba en perfecto funcionamiento, todo lo que este instrumental mostraba de Europa era, en general, un oscuro panorama sin solución de continuidad. El personal científico de Ganímedes, que ya se hallaba

sobrecargado de trabajo, una vez por semana escudriñaba los registros en modalidad Mirada Rápida; después, lanzaba la lista de datos sin compilar, en dirección a la Tierra. En términos generales, los miembros del equipo científico se sentirían bastante aliviados cuando el Europa VI pasara a mejor vida y su torrente de gigabytes carentes de interés por fin se agotara.

Ahora, por primera vez desde hacía años, había mostrado algo emocionante.

—Órbita 71934 —dijo el astrónomo jefe delegado, quien había llamado a Van der Berg no bien se hubo evaluado la transcripción de datos que se acababa de hacer—. Entra desde Lado Nocturno y se dirige directamente hacia monte Zeus. Sin embargo, no verá usted nada en absoluto durante diez segundos más.

Aunque la pantalla estaba negra del todo, Van der Berg pudo imaginar el congelado paisaje que pasaba por debajo de su manto de nubes, mil kilómetros más abajo. Dentro de pocas horas, el lejano Sol estaría brillando allí, pues Europa rotaba sobre su eje una vez cada siete días de la Tierra. «Lado Nocturno» tendría que haber sido llamado, en realidad, «Lado Crepuscular», puesto que la mitad del tiempo recibía abundante luz... pero nada de calor. Pero, aun así, el inexacto nombre había perdurado, debido a su validez emocional: Europa conocía la salida del Sol, pero nunca la salida de Lucifer.

Y la salida del Sol se estaba produciendo ahora, acelerada mil veces por la sonda que avanzaba a toda velocidad. Una banda tenuemente luminosa bisecó la pantalla cuando el horizonte emergió de la oscuridad.

La explosión de luz fue tan repentina que Van der Berg casi pudo imaginar que estaba contemplando el fulgor de una bomba atómica. En una fracción de segundo el resplandor pasó por todos los colores del arco iris; después, adquirió un color blanco puro, cuando el Sol saltó por encima de la montaña... y luego se desvaneció, cuando los filtros automáticos interfirieron en el circuito.

—Es una pena que no haya habido ningún operador de servicio en ese momento; podría haber hecho una toma panorámica dirigiendo la cámara hacia abajo, y obtener una buena vista de la montaña cuando pasamos sobre ella. Pero yo sabía que a usted le gustaría ver esto... aun cuando refuta su teoría.

—¿Cómo? —preguntó Van der Berg, más perplejo que molesto.

—Cuando lo pueda seguir en cámara lenta, verá lo que quiero decir. Esos hermosos efectos de arco iris no son atmosféricos; los produce la montaña misma. Sólo el hielo podría hacer eso. O el cristal, lo que no parece ser muy probable.

—Pero no es imposible. Los volcanes pueden producir cristal natural, pero suele ser negro... ¡Por supuesto!

—¿Sí?

—Ah... no me voy a comprometer dando una opinión hasta que haya estudiado los datos. Pero mi conjetura sería que se trata de cristal de roca, es decir, de cuarzo transparente. Se pueden hacer hermosos prismas y lentes con él. ¿Hay alguna posibilidad de que se hagan más observaciones?

—Me temo que no. Ésa se debió a la suerte, ya que el Sol, la montaña, y la cámara estuvieron alineados en el momento oportuno. No volverá a ocurrir hasta dentro de mil años.

—Gracias de todos modos. ¿Me puede enviar una copia? No hay prisa ya que estoy a punto de salir de viaje hacia Perrine para explorar el terreno, y no podré estudiar estos datos hasta que regrese. —Van der Berg lanzó una risa breve, bastante pesarosa—. ¿Sabe?, si de verdad es cristal de roca, valdría una fortuna. Hasta podría ayudar a resolver nuestro problema con la balanza de pagos...

Pero ésa era, por supuesto, una absoluta fantasía. Fuera cual fuere la maravilla o tesoro que pudiese ocultar Europa, la raza humana tenía prohibido el acceso a ello, en virtud de aquel último mensaje de la Discovery.

Cincuenta años más tarde, no había señal alguna de que la interdicción fuera levantada alguna vez.

10. LA NAVE DE LOS BUFONES

Durante las primeras cuarenta y ocho horas del viaje, Heywood Floyd todavía no podía creer en la comodidad, la espaciosidad y la absoluta extravagancia de las secciones de la Universe destinadas al alojamiento de los pasajeros. Y sin embargo, la mayoría de sus compañeros de viaje daba eso por sentado; aquéllos que nunca antes habían salido de la Tierra suponían que todas las naves espaciales tenían que ser así.

Floyd tuvo que echar una mirada retrospectiva a la historia de la aeronáutica para situar la cuestión en su correcta perspectiva: en el transcurso de su propia vida, había presenciado —en realidad, había experimentado— la revolución que había tenido lugar en el cielo del planeta que, en estos momentos, iba disminuyendo de tamaño a sus espaldas. Entre la antigua y tosca Leonov y la refinada Universe mediaban exactamente cincuenta años. (Desde el punto de vista emocional, Floyd no podía creer que eso fuera verdad, pero era inútil discutir con la aritmética.)

Y tan sólo otros cincuenta años habían separado a los hermanos Wright de las primeras aeronaves comerciales de retropropulsión. En los comienzos de ese medio siglo,

aviadores intrépidos habían ido de campo en campo, con los ojos protegidos por gafas y todo el cuerpo castigado por el viento, ya que iban sentados en asientos descubiertos, hacia el final de ese medio siglo, las abuelas habían dormitado pacíficamente entre continentes a mil kilómetros por hora.

De modo que quizá Floyd no debería haberse asombrado por el lujo y el elegante decorado de su camarote; ni siquiera por el hecho de que disponía de un camarero para mantener la habitación ordenada. La ventana, de generosas proporciones, era el aspecto más sorprendente de este apartamento, y al principio Floyd se sintió bastante incómodo al pensar en las toneladas de presión de aire que ese cristal estaba soportando contra el implacable vacío del espacio, que ni por un momento se daba descanso.

Su mayor sorpresa (aun cuando los folletos de información previa deberían haberlo preparado para ello) fue la presencia de gravedad: la Universe era la primera nave espacial construida para desplazarse bajo una aceleración continua, con la salvedad de las pocas horas que se empleaban para hacer el giro a mitad de curso. Cuando los enormes tanques propulsores estaban completamente llenos con sus cinco toneladas de agua, la nave podía intentar alcanzar un décimo de g , lo que no era mucho, pero sí suficiente para evitar que los objetos sueltos flotaran a la deriva. Esto resultaba conveniente, en especial a la hora de las comidas, si bien los pasajeros necesitaron varios días para aprender a no revolver la sopa con vigor.

Cuarenta y ocho horas después de haber salido de la Tierra los ocupantes de la Universe ya se habían estratificado en cuatro clases distintas.

La aristocracia estaba compuesta por el capitán Smith y sus oficiales; a continuación, estaban los pasajeros; después, la tripulación (suboficiales y camareros) y, por último, los pasajeros de tercera clase...

Ésa era la descripción que los cinco jóvenes científicos espaciales habían dado de sí mismos, primero en broma, pero después con cierta amargura. Cuando Floyd comparó sus camarotes, estrechos y precariamente equipados, con su propia cabina fastuosa, pudo entender el punto de vista de los científicos, y pronto se convirtió en el emisario que presentaba las quejas al capitán.

No obstante, cuando se hacía el balance general, tenían pocos motivos para protestar; a causa del revuelo que se había armado para tener la nave lista, había resultado extremadamente incierto si habría algún lugar para alojar a esos jóvenes científicos y su equipo. Ahora podían observar complacidos el despliegue de instrumentos en torno —y sobre— al cometa, durante los críticos días previos a su paso alrededor del Sol y a su partida, una vez más, hacia los confines del Sistema Solar. Los miembros del equipo

científico cimentarían su reputación en este viaje, y lo sabían. Tan sólo en los momentos de agotamiento, o cuando se enfurecían porque los instrumentos no funcionaban, empezaban a quejarse del ruidoso sistema de ventilación, de los camarotes que les producían claustrofobia, y de ocasionales y extraños olores de origen desconocido.

Pero nunca se quejaban de la comida, con respecto a la cual todos coincidían en que era excelente.

—Es mucho mejor —les aseguraba el capitán Smith— que la que Darwin tuvo a bordo del Beagle.

A lo que Victor Willis de inmediato dio una réplica mordaz:

—¿Cómo lo sabe él? Y a propósito: el capitán del Beagle se cortó la garganta cuando regresó a Inglaterra.

Eso era bastante típico de Victor, tal vez el comunicador de ciencias más popular del planeta para sus ardientes admiradores, o un científico pop para sus igualmente numerosos detractores. Habría sido injusto llamarlos «enemigos», pues la admiración por el talento de Willis era universal, si bien, en ocasiones, se la concedían de mala gana. Su suave acento del Pacífico Medio, y los gestos expansivos que hacía ante la cámara eran ampliamente parodiados, y se le había atribuido el mérito (o la culpa) de haber hecho renacer el uso de la barba larga. A sus críticos les agradaba decir: «Un hombre que se deja crecer tanto pelo debe de tener mucho que esconder.»

No había duda de que era el más rápidamente reconocible de los seis VIP,¹ aunque Floyd, que ya no se consideraba a sí mismo una celebridad, siempre que se refería a ellos, los llamaba, en tono irónico, «Los Cinco Famosos». En las raras ocasiones en que Yva Merlin salía de su apartamento, podía caminar por Park Avenue sin ser reconocida. Y en cuanto a Dimitri Mijáilovich, para su considerable fastidio, se hallaba unos diez centímetros por debajo de la estatura media, hecho que podría contribuir a explicar su apego por las orquestas de mil instrumentos —reales o sintetizados— pero que no mejoraba su imagen pública.

Clifford Greenberg y Margaret M'Bala también se encontraban dentro de la categoría de «famosos desconocidos», aunque era indudable que esta situación cambiaría cuando regresaran a la Tierra. El primer hombre que había pisado Mercurio tenía uno de esos rostros agradables, pero carentes de rasgos notables, que resultan muy difíciles de recordar; por añadidura, los días en que ese hombre acaparaba las noticias se hallaban ahora treinta años atrás, en el pasado. Y tal como ocurría con muchos escritores poco aficionados a exhibirse en entrevistas ni a las sesiones de firma de autógrafos, Ms.¹ M'Bala sería irreconocible para la gran mayoría de sus millones de lectores.

Su fama literaria había sido uno de los hechos sensacionales de la década de 2040. Un docto estudio sobre el Partenón griego no acostumbra ser candidato para figurar en las listas de bestsellers, pero Ms. M'Bala había situado los eternamente inagotables mitos de aquellos dioses en el contemporáneo escenario de la Era Espacial. Nombres que un siglo atrás sólo habían resultado familiares para los astrónomos y especialistas en la antigüedad clásica, ahora formaban parte del conocimiento que toda persona educada tenía del mundo. Casi cada día había noticias procedentes de Ganimedes, Calisto, Io, Titán, Tapeto, o incluso de mundos todavía más oscuros como Carmen, Pasifae, Hiperión, Febe...

Sin embargo, ese libro de Ms. M'Bala no habría tenido más que un modesto éxito de no haberse centrado la autora en la complicada vida familiar de Júpiter-Zeus, Padre de todos los Dioses (y de mucho más). Y debido a un golpe de buena suerte, un editor de genio había cambiado el título original dado por la autora, La vista desde el Olimpo, por el de Las pasiones de los Dioses. Académicos envidiosos solían referirse al libro como Olímpicas lujurias, pero de manera invariable deseaban haberlo escrito ellos.

A nadie le sorprendió que fuese Maggie M —como pronto la bautizaron sus compañeros de viaje— quien empleara por primera vez la frase nave de los locos. Victor Willis la adoptó de muy buena gana, y pronto descubrió una desconcertante resonancia histórica: casi un siglo atrás, Katherine Anne Porter y un grupo de científicos y escritores se habían embarcado en un transatlántico para observar el lanzamiento de la Apolo 17 y el fin de la primera fase de la exploración lunar.

—Lo tendré en cuenta —había comentado Ms. Bala en tono de presagio, cuando se le informó sobre aquel hecho—. Quizá haya llegado el momento de elaborar una tercera versión. Pero eso no lo sabré, por supuesto, hasta que volvamos a la Tierra...

11. LA MENTIRA

Pasaron muchos meses antes de que Rolf van der Berg pudiera volver a dirigir sus pensamientos y sus energías hacia el monte Zeus. La colonización de Ganimedes era un trabajo sumamente complicado, y cada vez que dejaba su central, en la Base Dárdano, lo hacía por espacio de varias semanas, para explorar la ruta del monorraíl que se había propuesto entre Gilgamés y Osiris.

La geografía de la tercera —y más grande —luna galileana había variado de forma drástica desde la detonación de Júpiter, y seguía cambiando. El nuevo Sol que había derretido el hielo de Europa no era tan poderoso aquí, a cuatrocientos mil kilómetros de

distancia, pero era lo bastante cálido como para producir clima templado en el centro de la cara vuelta para siempre hacia ese sol. Había mares pequeños y poco profundos — algunos tan grandes como el Mediterráneo terrestre— que llegaban hasta las latitudes cuarenta, norte y sur. No eran muchas las características de los mapas generados por las misiones Voyager, alrededor del siglo XX, que seguían siendo válidas. Un subsuelo permanentemente congelado, que se derretía, y ocasionales movimientos tectónicos desencadenados por las mismas fuerzas de marea que operaban en las dos lunas interiores, convertían a la nueva Ganimedes en la pesadilla de los cartógrafos.

Pero eran esos factores, precisamente, los que también la convertían en el paraíso de un ingeniero planetario. Aquí estaba el único mundo (con excepción del árido y mucho menos hospitalario Marte) en el que los hombres podrían, algún día, caminar sin protección, a cielo abierto. Ganimedes contaba con abundante agua, todas las sustancias químicas necesarias para la existencia de vida y —por lo menos allí, donde brillaba Lucifer— un clima más cálido que el que existía en gran parte de la Tierra.

Lo mejor de todo era que ya no eran necesarios los trajes espaciales que cubrían todo el cuerpo; la atmósfera, si bien todavía era irrespirable, tenía la densidad para permitir el empleo de simples mascarillas y tubos de oxígeno. Y aunque los microbiólogos no daban fechas exactas, habían prometido que al cabo de unas pocas décadas más hasta estos equipos se podrían descartar. Cepas de bacterias generadoras de oxígeno ya se habían soltado sobre la superficie de Ganimedes; la mayoría había muerto, pero algunas habían florecido, y la curva que ascendía poco a poco en la gráfica de análisis atmosférico era la primera prueba que se exhibía con orgullo a todos los visitantes de Dárdano.

Durante mucho tiempo, Van der Berg concentró su atención en los datos que fluían desde el Europa VI, con la esperanza de que un día las nubes se volvieran a disipar cuando el satélite estuviera en órbita sobre el monte Zeus. Sabía que las probabilidades eran escasas, pero mientras existiera la más mínima posibilidad no haría esfuerzo alguno por explorar otro enfoque de la investigación. No había prisa; tenía trabajo mucho más importante entre manos, y, de todos modos, la explicación podría resultar ser algo bastante trivial y carente de interés.

Entonces el Europa VI feneció de forma súbita, casi con certeza como resultado del choque al azar con algún meteorito. En la Tierra, Victor Willis había quedado como un tonto —en opinión de muchos— al entrevistar a los «Eurochiflados» que en estos momentos ocupaban de manera muy adecuada el vacío dejado por los entusiastas de los ovnis del siglo anterior. Algunos de esos «chiflados» sostenían que la muerte de la sonda se debía a la acción hostil del mundo que estaba abajo: el hecho de que se hubiera

permitido operar al satélite sin interferencia alguna durante quince años —casi el doble de la vida útil que le concedía su diseño —no le molestaba en lo más mínimo. El mérito de Victor radicaba en que él había hecho hincapié en este detalle y había demolido la mayor parte de los restantes argumentos de esos fanáticos: pero el consenso general era que él nunca les tendría que haber dado publicidad en primer lugar.

A Van der Berg le gustaba la descripción que de él hacían sus colegas, quienes lo llamaban «holandés testarudo», y él ponía lo mejor de sí para estar a la altura de esa definición. Para él, la falla del Europa VI era un desafío al que no había que resistirse. No existía la menor esperanza de obtener fondos para un sustituto, pues el acallamiento de la charlatana y embarazosamente longeva sonda se había recibido con considerable alivio.

Así, pues, ¿cuál era la alternativa? Van der Berg se puso a reflexionar sobre sus opciones. Dado que era geólogo y no astrofísico, pasaron varios días antes de que se diera cuenta de pronto, de que la respuesta la había tenido frente a sus narices desde el mismo instante de su descenso en Ganímedes.

El afrikaans es uno de los mejores idiomas del mundo para maldecir; incluso cuando se habla con cortesía, puede magullar a los circunstantes no advertidos. Van der Berg dejó salir vapor durante unos minutos; después consiguió que le pasaran una llamada al Observatorio de Tiamat, situado precisamente en el Ecuador, el diminuto y deslumbrante disco de Lucifer establecido para siempre en la vertical que caía a plomo sobre el Observatorio.

Los astrofísicos, preocupados por los objetos más espectaculares del Universo, tienen tendencia a tratar con condescendencia a los simples geólogos, que dedican su vida a cosas pequeñas y faltas de pulcritud como los planetas. Pero aquí afuera, en la frontera, todos se ayudaban entre sí, y el doctor Wilkins no sólo estaba interesado sino que también estaba de acuerdo con lo que se le decía.

El Observatorio de Tiamat había sido construido con un único objetivo, objetivo que en realidad había constituido una de las razones principales para establecer una base en Ganímedes. El estudio de Lucifer tenía una importancia enorme no solo para los investigadores de ciencia pura sino también para ingenieros nucleares, meteorólogos, oceanógrafos, etc., y, no en menor medida, para estadistas y filósofos. El hecho de que hubiera entidades que podían convertir un planeta en un sol era una idea que producía vértigo y que había quitado el sueño a numerosos científicos. Podría ser bueno que la humanidad aprendiera todo lo posible sobre ese proceso: un día podría haber necesidad de imitarlo... o de evitarlo...

De modo que, durante más de una década, Tiamat había estado observando a Lucifer con todo tipo de instrumental posible; había registrado sin cesar el espectro que producía a través de toda la banda electromagnética, y también lo había sondeado activamente con radar, desde un modesto disco de cien metros de diámetro, suspendido mediante eslingas a través de un pequeño cráter producido por el impacto de un meteorito.

—A menudo miramos a Europa e lo —dijo el doctor Wilkins—, pero nuestro haz de luz principal está fijado en Lucifer, por lo que no podemos ver esos satélites más que durante algunos minutos, cuando están en tránsito. Y el monte Zeus que usted busca se encuentra en otro lado, en el Lado Diurno, así que siempre está oculto para nosotros.

—Me doy cuenta de eso —dijo Van der Berg, algo impaciente—, pero, ¿no podrían desviar el haz tan sólo un poco, para así poder echarle un vistazo a Europa, antes de que se alinee? Diez o veinte grados les harían llegar a ustedes bastante lejos, en el Lado Diurno.

—Un grado sería suficiente para perder a Lucifer y conseguir a Europa, en posición de luna llena, en el otro lado de su órbita. Pero entonces estaría a más del triple de su distancia y sólo recibiríamos una centésima parte de la potencia reflejada. Sin embargo, podría funcionar; haremos un intento. Déme los datos específicos sobre frecuencias, envolventes de onda, polarización y sobre cualquier otra cosa que su personal de captación remota crea que puede ayudar. No nos ocupará mucho tiempo montar una red transformadora de fase que desplace el haz un par de grados. A partir de aquí ya no sé qué ocurrirá, pues no es un problema que alguna vez hayamos tomado en cuenta. Aunque tal vez debimos haberlo hecho... De todos modos, ¿qué espera encontrar en Europa, salvo hielo y agua?

—Si lo supiera, no estaría pidiendo ayuda, ¿no cree? —repuso Van der Berg.

—Y yo no estaría solicitando que se me otorgue todo el mérito, cuando usted publique su hallazgo. Es una lástima que mi nombre esté al final del abecedario; usted estará delante de mí nada más que por una letra.

Eso había ocurrido un año atrás. Las exploraciones de larga distancia no habían sido suficientemente buenas, y desviar el haz para mirar el Lado Diurno de Europa había resultado ser más difícil de lo que se esperaba. Pero por fin entraron los resultados; las computadoras los habían procesado y Van der Berg fue el primer ser humano que vio un mapa mineralógico del Europa posLucifer.

Tal como había conjeturado el doctor Wilkins, se observaba ante todo hielo y agua, con afloramientos de basalto entremezclados con depósitos de azufre. Pero se percibían dos anomalías.

Una parecía ser producto del proceso de presentación de imágenes; había una prominencia recta por completo, de dos kilómetros de largo, que, para todos los fines prácticos, no producía eco en el radar. Van der Berg dejó que el doctor Wilkins se devanara los sesos con ese problema. A él sólo le incumbía el monte Zeus. Había tenido que emplear mucho tiempo para hacer la identificación, porque sólo un loco —o un científico verdaderamente desesperado— habría imaginado que una cosa así fuese posible. Aun ahora, a pesar de que cada parámetro se había revisado hasta los límites de la exactitud, todavía no podía creerlo del todo. Y ni siquiera había intentado reflexionar sobre su próximo movimiento.

Cuando llamó el doctor Wilkins, ansioso por ver su nombre y su reputación difundidos por los bancos de datos, Van der Berg dijo entre dientes que todavía estaba analizando los resultados. Pero al final no lo pudo retrasar por más tiempo.

—No es nada demasiado emocionante —le dijo a su confiado colega—. Se trata simplemente de una forma de cuarzo...

Todavía estoy tratando de clasificarla, mediante la comparación con muestras de la Tierra.

Era la primera vez que le mentía a otro científico y se sentía muy incómodo por ello.

Pero, ¿cuál era la alternativa?

12. OOM PAUL

Rolf van der Berg no veía a su tío Paul desde hacía diez años, y no era probable que alguna vez lo volviera a ver vivo. Y no obstante, se sentía muy cerca del viejo científico, el último de su generación y el único que podía recordar (cuando deseaba hacerlo, lo que no ocurría con frecuencia) la forma de vida de sus antepasados.

El doctor Paul Kreuger —«Oom Paul», para toda su familia y la mayor parte de sus amigos— siempre estaba cerca cuando se le necesitaba, y brindaba información y consejos, bien en persona, bien en el otro extremo de un enlace radial de quinientos millones de kilómetros. Se decía que sólo una extrema presión política había forzado a la Comisión de los Nobel a desdeñar las contribuciones del doctor Kreuger a la física de las partículas, ahora, una vez más, en desesperado desorden, tras la reorganización general que había tenido lugar a fines del siglo XX.

Si esto era cierto, el doctor Kreuger no albergaba resentimientos. Modesto y sin pretensiones, carecía de enemigos personales, incluso entre las pendencieras facciones de sus compañeros de exilio. En verdad, el respeto que se le tenía era tan universal, que

había recibido varias invitaciones para volver a visitar los Estados Unidos de África del Sur, pero siempre las había rechazado con cortesía, no —se apresuraba a explicar porque sintiera que en los EUAS correría peligro físico— sino porque temía que la sensación de nostalgia fuese abrumadora.

Aun utilizando la seguridad de un idioma que ahora entendía menos de un millón de personas, Van der Berg había sido muy discreto y había empleado circunloquios y referencias que, salvo un familiar cercano, nadie habría comprendido. Pero Paul no tuvo dificultades para entender el mensaje de su sobrino, aunque no lo podía tomar en serio. Temía que el joven Rolf se hubiera puesto en ridículo e intentaría disuadirlo con la máxima delicadeza. Era una suerte que no se hubiera apresurado a publicar nada; había tenido la sensatez de mantenerse callado...

Tan sólo el pensar en la posibilidad de que fuera cierto hacía que sus escasos cabellos de la parte posterior de la cabeza se le pusieran de punta. Todo un espectro de posibilidades —científicas, financieras, políticas— se abrió de repente ante sus ojos, y cuanto más reflexionaba sobre ellas más pavorosas parecían ser.

A diferencia de sus devotos antepasados, el doctor Kreuger no tenía un Dios al que dirigirse en los momentos de crisis o perplejidad. Ahora casi deseaba tenerlo, pero incluso si supiera rezar, la verdad era que tampoco eso ayudaría. Cuando se sentó frente a su computadora y empezó a tener acceso a los bancos de datos, no sabía si abrigar la esperanza de que su sobrino hubiese realizado un descubrimiento estupendo... o si había estado diciendo tonterías. ¿Podía ser que el Viejo le hiciese una jugarreta tan increíble a la especie humana? Paul recordó el comentario de Einstein: si bien Él era sutil, nunca era maligno.

«Deja de soñar despierto —se dijo el doctor Paul Kreuger—. Tus gustos y tus aversiones, tus esperanzas y tus miedos no tienen nada que ver con la cuestión...»

Se le había lanzado un desafío, a través de la mitad de la anchura del Sistema Solar, y el doctor Paul Kreuger no descansaría en paz hasta haber descubierto la verdad.

13. «NADIE NOS DIJO QUE TRAJÉRAMOS BAÑADORES...»

El capitán Smith reservó su pequeña sorpresa hasta el día 5, apenas pocas horas antes del Giro de Inversión. Su anuncio, como era de esperar, fue recibido con absoluta incredulidad.

Victor Willis fue el primero en recobrase:

—¡Una piscina! ¡En una nave espacial! ¡Usted está bromeando!

El capitán echó el torso hacia atrás, se apoyó contra el respaldo de la silla y se preparó para divertirse. Dirigió una sonrisa a Heywood Floyd, a quien ya se había hecho partícipe en secreto.

—Bueno, supongo que Colón se habría asombrado ante algunas de las comodidades con que contaban los barcos posteriores a su época.

—¿Hay trampolín? —preguntó Greenberg, con cierto anhelo—. Yo era campeón en la facultad.

—A decir verdad, sí lo hay; sólo tiene cinco metros, pero eso le dará tres segundos de caída libre, a nuestro décimo nominal de g. Y si desea un tiempo mayor, estoy seguro de que al señor Curtis le alegrará reducir el empuje.

—¿De veras? —preguntó el jefe de ingenieros, con sequedad—. ¿Y arruinar todos mis cálculos de órbita? Por no mencionar el peligro de que el agua rebose... ya saben, la tensión superficial...

—¿No hubo una vez una estación espacial que tenía una piscina esférica? —preguntó alguien.

—Lo intentaron en el eje del Pasteur, antes de que comenzaran a hacer girar la estación sobre si mismo —respondió Floyd—, pero no resultó práctica. En gravedad cero la piscina tenía que estar completamente encerrada. Y si una persona era presa del pánico, se podía ahogar con bastante facilidad dentro de una gran esfera llena de agua.

—Sería una manera de figurar en los libros de récords: la primera persona que muere asfixiada bajo el agua, en el espacio.

—Nadie nos dijo que trajéramos bañadores —se quejó Maggie M'Bala.

—Quienquiera que tenga que usar bañador es probable que lo haga —le susurró Mijáilovich a Floyd.

El capitán Smith dio un golpecito seco sobre la mesa para restablecer el orden:

—Esto es importante, por favor. Como saben, a medianoche alcanzaremos la velocidad máxima y tendremos que empezar a frenar. Por eso, el impulso se cortará a las veintitrés y la nave se pondrá en marcha atrás. Tendremos dos horas de falta total de peso, antes de que reanudemos el avance a las veintiuna.

»Como pueden imaginar, la tripulación estará bastante ocupada. Aprovecharemos la oportunidad para hacer una revisión de los motores y para inspeccionar el casco, todo lo cual no se puede efectuar cuando hay paso de energía. En consecuencia, les aconsejo que duerman con las correas de sujeción levemente sujetas a lo ancho de la cama. Los camareros verificarán que no haya objetos sueltos que puedan producir problemas cuando vuelva el peso. ¿Preguntas?

Hubo un profundo silencio, como si los pasajeros reunidos todavía estuvieran algo atontados por la revelación, y estuvieran decidiendo qué hacer al respecto.

—Pensaba que me harían preguntas relativas al aspecto económico de un lujo así... pero como no las han hecho, les informaré de todas maneras. No se trata, en absoluto de un lujo; no cuesta nada, aunque confiamos en que sea un elemento muy valioso en los viajes futuros.

»Verán: tenemos que llevar cinco mil toneladas de agua que actúa como masa de reacción, así que será mejor que hagamos el mejor de los usos de esa agua. El tanque Número Uno ahora está vacío en sus tres cuartas partes, y lo mantendremos así hasta el final del viaje. De modo que, después del desayuno de mañana... los veré allá abajo, en la playa.

Si se tenía en cuenta el revuelo que se había levantado para conseguir que la Universe saliera al espacio, resultaba sorprendente que se hubiese hecho tan buen trabajo en algo tan espectacularmente superfluo.

La «playa» era una plataforma metálica de unos cinco metros de ancho, que se curvaba alrededor de un tercio de la circunferencia del gran tanque. Aunque la pared opuesta sólo estaba a otros veinte metros, un inteligente juego de imágenes proyectadas producía la impresión de que estaba en el infinito. Transportados por las olas, en la media distancia, los bañistas se dirigían a una costa que nunca podrían alcanzar. Más allá de ellos, un hermoso clíper de pasajeros (que cualquier agente de viajes reconocería al instante como el Tai-Pan, de Tsung Mar-Espacio Sociedad Anónima) corría a lo largo del horizonte, con las velas totalmente desplegadas.

Para completar la ilusión, había arena en el suelo (ligeramente magnetizada, de modo que nadie pudiera alejarse demasiado del lugar asignado), y el breve trecho de «playa» terminaba en un bosquecillo de palmeras que resultaban muy convincentes hasta que eran examinadas de cerca. En lo alto, un sol tropical completaba la idílica imagen, por lo que resultaba difícil darse cuenta de que, precisamente más allá de esas paredes, el verdadero Sol refulgía pero ahora con el doble de ferocidad que en cualquier playa de la Tierra.

En verdad el diseñador había hecho un magnífico trabajo en el limitado espacio de que disponía. Así que pareció un poco injusto que Greenberg se quejara:

—Lástima que no haya oleaje.

14. LA INVESTIGACIÓN

En el área de la ciencia, se considera un buen principio no aceptar ningún «hecho» — no importa lo bien demostrado que esté— hasta que encaje en algún sistema de referencia aceptado. Es natural que, en ocasiones, una observación haga añicos ese sistema y fuerce la construcción de uno nuevo, pero es muy poco frecuente.

El doctor Kreuger aceptaba plenamente este principio: no creería en el descubrimiento de su sobrino hasta que éste lo pudiera explicar, y en tanto pudiera ver que exigía nada menos que una acción directa de Dios. Mientras blandía la todavía útil navaja de Occam, Kreuger pensaba que lo más probable era que Rolf hubiese cometido un error; de ser así, debía de ser bastante fácil encontrarlo.

Para gran sorpresa del tío Paul, eso resultó ser en realidad muy difícil. El análisis de las observaciones por lectura a distancia con radar era ahora un arte venerable y bien instituido, y todos los expertos a quienes Paul había consultado le dieron la misma respuesta, tras una considerable demora. También le habían preguntado:

—¿Dónde ha obtenido ese registro?

—Lo siento —había respondido—. No estoy autorizado a decirlo.

El paso siguiente consistió en suponer que lo imposible era correcto, y empezar a buscar en la bibliografía existente. Ello podía comportar un trabajo enorme, pues ni siquiera sabía por dónde comenzar. Una cosa sí era segura: un ataque frontal, realizado por la fuerza estaba condenado al fracaso. Sería casi como si Roentgen, a la mañana siguiente de su descubrimiento de los rayos X, hubiese empezado a buscar la explicación de ellos en las publicaciones sobre física que existían en aquella época: la información que él precisaba sólo se hallaría años más adelante.

Pero, por lo menos, quedaba la deportiva posibilidad de que lo que estaba buscando se encontrara oculto en alguna parte del inmenso cuerpo del conocimiento científico existente. Lenta y cuidadosamente, Paul Kreuger elaboró un programa de búsqueda automática, diseñado para lo que excluiría, así como para lo que abarcaría. Debía eliminar todas las referencias relacionadas con la Tierra (por supuesto, la cantidad de esas referencias se mediría en millones) y concentrarse por completo en las citas sobre hechos extraterrestres.

Uno de los beneficios de la eminencia del doctor Kreuger era que disponía de un presupuesto ilimitado para el procesamiento electrónico de datos; esa prerrogativa formaba parte de los honorarios que exigía de las diversas sociedades comerciales que requerían su sabiduría. Aunque esta investigación podría ser costosa, el doctor Kreuger no tenía que preocuparse por la factura de los gastos.

Pero esa factura resultó ser muy pequeña. Kreuger tuvo suerte: la búsqueda llegó a su fin tan sólo al cabo de dos horas treinta y siete minutos, en la referencia número veintiún mil cuatrocientos cincuenta y seis.

El título era suficiente. Paul estaba tan emocionado que su propia computadora-secretaria se negó a reconocerle la voz, y el físico tuvo que repetir la instrucción para pedir una salida impresa completa.

Nature había publicado el trabajo en 1981 —¡casi cinco años antes de que Kreuger naciera!— y cuando sus ojos recorrieron con rapidez la única página que constituía el artículo en cuestión, no sólo supo que su sobrino tenía toda la razón, sino también —y esto era tan importante como lo anterior— la forma exacta en que pudo haber sucedido un milagro de ese tipo.

El editor de esa publicación de ochenta años de antigüedad tuvo que haber tenido un gran sentido del humor. Un artículo científico que discurría sobre el núcleo de los planetas interiores no era algo que pudiese captar la atención del lector casual; sin embargo, este artículo tenía un extraño y sorprendente título. La computadora-secretaria pudo haberle dicho a Kreuger, con suficiente rapidez, que ese título otrora había sido parte de la letra de una canción famosa, pero, eso por supuesto, en modo alguno hacía al caso.

De todos modos, Paul Kreuger nunca había oído hablar de los Beatles ni de sus fantasías psicodélicas.

II - EL VALLE DE NIEVE NEGRA

15. ENCUENTRO

Y ahora el Halley estaba demasiado cerca como para que se lo pudiera ver; irónicamente, los observadores de la Tierra tendrían una vista mucho mejor de la cola, que ya se extendía a lo largo de cincuenta millones de kilómetros y formaba un ángulo recto con la órbita del cometa, como un gallardete que flameara en la intensa corriente del viento solar.

La mañana del encuentro Heywood Floyd despertó temprano, después de haber dormido inquieto. No era frecuente que soñara —o, por lo menos, que recordara sus sueños— y no cabía duda de que ello era debido a las emociones que tenían que producirse en las próximas horas. También estaba un poco preocupado por un mensaje de Caroline, en el que preguntaba si había sabido algo de Chris últimamente. Floyd había

contestado (también por radio y de forma bastante concisa) que Chris nunca se había molestado en darle las gracias cuando le había ayudado a obtener su puesto actual en la Cosmos, la nave gemela de la Universe; tal vez se había hartado de la trayectoria Tierra-Luna y estaba buscando emociones en algún otro sitio.

Inmediatamente después del desayuno, los pasajeros y los miembros del equipo científico se reunieron para oír la serie final de detalladas instrucciones que les dio el capitán Smith. Sin duda, los científicos no las necesitaban, pero si experimentaron alguna irritación, esa emoción tan infantil pronto se disipó ante el sobrenatural espectáculo que aparecía en la pantalla principal.

Era más fácil imaginar que la Universe estaba volando en el interior de una nebulosa que en el interior de un cometa. Todo el cielo que se extendía ante ella era ahora una borrosa niebla blanca, no uniforme sino moteada por condensaciones más oscuras y vetada por bandas luminosas y chorros de brillante incandescencia, todo ello irradiando desde un punto central. Con esta ampliación, el núcleo se veía apenas como una diminuta mancha negra, aunque era, sin duda, la fuente de todos los fenómenos que se producían a su alrededor.

—Interrumpiremos nuestro impulso dentro de tres horas —dijo el capitán—. En ese momento, estaremos tan sólo a mil kilómetros del núcleo, con una velocidad prácticamente nula. Haremos algunas observaciones finales y confirmaremos el lugar de nuestro descenso.

»Por consiguiente, nos quedaremos sin peso a las doce, exactamente. Antes de que eso ocurra, los camareros de las cabinas verificarán que todo esté estibado en forma correcta. Será todo como el Giro de Inversión, con la diferencia de que esta vez van a pasar tres minutos, no treinta, antes de que volvamos a tener peso.

»Olvídense de la gravedad del Halley. Es de menos de un centímetro por segundo al cuadrado... alrededor de un milésimo de la gravedad terrestre. Podrán percatarse de ella si esperan el tiempo suficiente pero es prácticamente así. Un objeto tarda quince segundos en descender un metro.

»Por seguridad, me gustaría que todos permanezcan aquí, en el salón de observación, con los cinturones de seguridad adecuadamente ajustados, durante el encuentro y la toma de contacto con el cometa. De cualquier forma, dispondrán de la mejor vista desde aquí y la operación entera no durará más de una hora. Sólo emplearemos correcciones muy pequeñas de avance, pero pueden provenir de cualquier ángulo y podrían ocasionar perturbaciones sensorias de poca monta.

Por supuesto, estas últimas palabras del capitán significaban «mareo espacial», pero esa expresión, por acuerdo general, era tabú a bordo de la Universe. Sin embargo, muchas manos se dirigieron a la parte inferior de los asientos, para verificar que las bolsas plásticas de mala fama estuvieran disponibles, en caso de precisárselas con urgencia.

La imagen de la pantalla se expandió cuando se aumentó el enfoque óptico. Por un instante, Floyd tuvo la sensación de que se hallaba en un avión y descendía a través de nubes leves, en vez de estar en una nave espacial que se aproximaba al más famoso de todos los cometas. El núcleo se estaba volviendo más grande y más definido: ya no era un punto negro, sino una elipse irregular; ahora, una isla pequeña y plagada de cráteres, perdida en el océano cósmico; después, de pronto, un mundo por derecho propio.

Todavía no había sentido de escala. Aunque Floyd sabía que todo el panorama que se extendía ante ellos tenía menos de diez kilómetros de ancho, no le costó imaginar que estaba contemplando un mundo tan grande como la Luna. Pero los bordes de la Luna no eran tan imprecisos, ni había en ella pequeños chorros de vapor —y dos grandes— que brotaran de la superficie.

—¡Dios mío! —gritó Mijáilovich—. ¿Qué es eso?

Señaló en dirección al borde inferior del núcleo, exactamente dentro de la línea límite de iluminación. De modo inconfundible —de modo imposible—, una luz destellaba allí, en el Lado Nocturno del cometa, siguiendo un ritmo perfectamente regular: se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba, una vez cada dos o tres segundos.

El doctor Willis emitió el habitual carraspeo que precedía a su «Se lo puedo explicar en términos sencillos», pero el capitán Smith habló primero:

—Lamento decepcionarlo, señor Mijáilovich, pero eso es nada más que la baliza de la Sonda Extractora de Muestras Dos. Ha estado reposando aquí durante un mes, a la espera de que viniéramos y la recogiéramos.

—¡Qué lástima! He pensado que allá podría haber alguien —o algo— para darnos la bienvenida.

—Me temo que no tendremos esa suerte. Ahí afuera dependeremos mucho de nuestra propia suerte. Esa baliza está justo en el sitio en el que pretendemos descender: cerca del Polo Sur del Halley, que, por el momento, se halla en una oscuridad permanente. Eso facilitará las cosas a nuestros sistemas de mantenimiento de la vida, pues la temperatura llega incluso a ciento veinte grados en el lado iluminado por el Sol... muy por encima del punto de ebullición.

—Con razón el cometa está animado —dijo el descarado Dimitri—. Esos chorros no me dan la impresión de ser muy saludables. ¿Está seguro de que no hay peligro si entramos?

—Ése es otro de los motivos por los que descenderemos en el Lado Nocturno: no hay actividad allá. Y ahora, si me disculpan, tengo que regresar al puente. Ésta es la primera oportunidad que jamás he tenido de aterrizar en un mundo nuevo... y dudo que tenga otra.

El grupo reunido por el capitán Smith se dispersó poco a poco y en desacostumbrado silencio. La imagen que aparecía en la pantalla experimentó un alejamiento rápido de cámara, volvió a su tamaño normal y, una vez más, el núcleo se achicó hasta convertirse en un punto apenas visible. No obstante, aun en esos pocos minutos, pareció haberse vuelto ligeramente más grande, y quizás eso no fue una ilusión óptica. Menos de cuatro horas antes del encuentro, la nave seguía avanzando hacia el cometa a cincuenta mil kilómetros por hora.

Haría un cráter más impresionante que cualquiera de los que el Halley se jactase de tener ahora, si algo le ocurría a la impulsión principal en esta etapa del juego.

16. TOMA DE CONTACTO CON EL HALLEY

El descenso fue tan decepcionante como el capitán Smith había deseado que lo fuera. Fue imposible determinar el instante en que la Universe hizo contacto; transcurrió todo un minuto antes de que los pasajeros se hubiesen dado cuenta de que la toma de contacto con el cometa se había completado y lanzaron un tardío «¡Hurra!».

La nave se había posado en uno de los extremos de un valle poco profundo rodeado por colinas de poco más de cien metros de altura. Cualquiera que hubiese estado esperando contemplar un paisaje lunar se habría sorprendido en grado sumo; estas formaciones no se asemejaban en absoluto a las laderas lisas y suaves de la Luna, azotadas por el bombardeo de micrometeoritos a lo largo de miles de millones de años.

Aquí no había nada que tuviera más de mil años de antigüedad; las pirámides egipcias eran mucho más antiguas que este paisaje. Cada vez que el Halley pasaba alrededor del Sol, los vientos solares volvían a moldearlo y a reducir su tamaño. Ya desde el pasaje perihélico de 1986, la forma del núcleo había cambiado de manera sutil. Aun combinando metáforas de manera desvergonzada, Victor Willis lo expresó bastante bien, cuando dijo a sus telespectadores:

—¡El maní ha conseguido tener cintura de avispa!

En efecto, había indicios de que, después de unas cuantas revoluciones más en torno al Sol, el Halley se podría escindir en dos fragmentos más o menos iguales, como había ocurrido en 1846 con el cometa de Biela, ante el asombro de los astrónomos.

La virtual falta de gravedad también contribuía a dar carácter extraño al paisaje. Alrededor había formaciones que presentaban delgadas líneas angulares que parecían las fantasías de un artista surrealista, y apilamientos de rocas inclinadas en ángulos inverosímiles, que no podían haber sobrevivido más que unos pocos minutos, ni siquiera en la Luna.

Aunque el capitán Smith había optado por hacer que la Universe descendiera a las profundidades de la noche polar —a no menos de cinco kilómetros del ardiente calor del Sol—, había abundante iluminación. La enorme cobertura de gas y polvo que rodeaba al cometa formaba un halo incandescente que parecía apropiado para esta región; resultaba fácil imaginar que era una aurora austral que jugaba sobre el hielo antártico. Y si eso no era suficiente, Lucifer aportaba su cuota de varios centenares de Lunas llenas.

Aunque esperada, la total ausencia de color fue una decepción: la Universe podía haber estado posada en una mina de carbón a cielo abierto. Ésa, en realidad, no era una mala analogía, pues gran parte de la negrura circundante se debía al carbono o a sus compuestos, íntimamente mezclados con nieve y hielo.

El capitán Smith, cumpliendo con su deber, fue el primero en salir de la nave; empujó con suavidad hacia delante desde la esclusa principal de aire de la Universe. Pareció que transcurría una eternidad antes de que llegara al suelo, dos metros más abajo; después, levantó un puñado de la polvorienta superficie y lo examinó en su mano enguantada.

A bordo de la nave, todos aguardaban las palabras que pasarían a integrar los futuros libros de historia:

—Parece sal y pimienta —dijo el capitán—. Si esto se descongelara, podría producir una cosecha muy buena.

El plan de la misión incluía pasar en el Halley un «día» completo de cincuenta y cinco horas en el Polo Sur; después, si no había problemas, un traslado de diez kilómetros hacia el muy mal definido Ecuador, para estudiar uno de los géiseres durante un ciclo completo día-noche.

El jefe del grupo de científicos Pendrill, no perdió el tiempo. Casi de inmediato partió con un colega, en un trineo de dos plazas de retropropulsión, en dirección a la baliza de la sonda que los esperaba. Regresaron antes que hubiera transcurrido la hora, con muestras de cometa que ya habían empaquetado y que, con orgullo, mandaron conservar en el congelador.

Mientras tanto, los demás equipos instalaron a lo largo del valle una telaraña de cables, tendidos entre postes introducidos en la friable corteza. Estos cables no sólo servían para conectar los numerosos instrumentos a la nave, sino que también facilitaban mucho los desplazamientos por el exterior. Permitían explorar esa parte del Halley sin el empleo de las engorrosas Unidades Externas de Maniobra; sólo era necesario enganchar una correa al cable y trasladarse a lo largo de él, desplazando una mano delante de la otra. Eso también era mucho más divertido que operar las UEM que, para todos los fines prácticos, eran naves espaciales para una sola persona, con todas las complicaciones que ello acarrea.

Los pasajeros observaban todo esto fascinados, escuchaban las conversaciones que se hacían a través de la radio y trataban de unirse a la excitación del descubrimiento. Después de unas doce horas —considerablemente menos, en el caso del ex astronauta Clifford Greenberg—, el placer de constituir un público forzado a presenciar el espectáculo comenzó a menguar. Pronto todos empezaron a hablar de «ir afuera», salvo Victor Willis, quien, contrariamente a lo habitual en él, estaba muy apaciguado.

—Creo que tiene miedo —dijo Dimitri, con desdén.

Nunca le había gustado Victor, en especial desde que descubrió que el científico carecía por completo de oído musical. Si bien ya esto era terriblemente injusto para Victor (quien, con valentía, había permitido ser utilizado como conejillo de Indias para estudios sobre esa curiosa peculiaridad), Dimitri era aficionado a añadir que «un hombre que no tiene música en sí mismo es apropiado para cometer traiciones y estragos y para urdir artimañas».

Floyd se había decidido antes de abandonar la órbita de la Tierra. Maggie M tenía suficiente espíritu como para intentar cualquier cosa, y no necesitaría que se la alentara (su lema, «un escritor nunca debe rechazar la oportunidad de probar una nueva experiencia», había influido de manera notable sobre su vida emocional).

Yva Merlin, como siempre, había mantenido a todo el mundo en vilo, pero Floyd estaba resuelto a llevarla en una gira personal por el cometa. Era lo mínimo que él podía hacer para conservar su reputación, ya que todos sabían que había sido en parte responsable de conseguir que la fabulosa reclusa se incorporara al grupo de pasajeros, y ahora corría el rumor de que ambos mantenían una relación sexual ilícita. Dimitri y el médico del barco, el doctor Majindran, quienes fingían mirarlos con envidioso temor reverencial, se complacían en tergiversar cualquier comentario que hicieran, por inocente que fuera.

Tras cierta molestia inicial —porque, de manera demasiado precisa, todo eso le recordaba emociones de su juventud— Floyd había seguido adelante con la broma. Pero

no sabía cómo se sentía Yva al respecto y hasta ahora le había faltado coraje para preguntárselo. Incluso en esa compacta sociedad en miniatura en la que pocos secretos duraban más de seis horas, Yva conservaba mucho de su famosa reserva, ese halo de misterio que había fascinado al público durante tres generaciones.

En cuanto a Victor Willis, acababa de descubrir uno de esos pequeños y devastadores detalles que pueden destruir los planes mejor trazados de ratones y de hombres del espacio.

La Universe estaba equipada con los más modernos trajes Mark XX, provistos de cascos con viseras que no se empañaban ni producían reflejos y que garantizaban una vista sin parangón del espacio. Pero aunque los cascos venían en varios tamaños, Victor Willis no podía colocarse ninguno sin que se le practicara cirugía mayor.

Había tardado quince años en perfeccionar su marca registrada («un triunfo del arte topiario», lo había denominado un crítico, quizá con admiración).

Ahora sólo su barba se interponía entre Victor Willis y el cometa Halley. Pronto tendría que optar por uno de los dos.

17. EL VALLE DE NIEVE NEGRA

De manera sorprendente, el capitán Smith había planteado pocas objeciones a la idea de las AEV de los pasajeros, pues estaba de acuerdo en que era absurdo haber llegado hasta allí y no poner los pies sobre el cometa.

—No habrá problemas si obedecen las instrucciones —dijo durante la inevitable sesión de instrucciones—. Incluso si nunca han usado trajes espaciales —y creo que sólo lo han hecho el comandante Greenberg y el doctor Floyd— verán que son bastante cómodos y totalmente automáticos. No hay necesidad de preocuparse por controles o ajustes, después de que se haya registrado la salida de ustedes en la esclusa de aire.

»Deben seguir esta regla estricta: sólo dos de ustedes pueden ir cada vez a realizar AEV. Tendrán una escolta personal, por supuesto, atada a ustedes por cinco metros de cuerda de seguridad, que se puede extender hasta veinte, en caso necesario. Además, los dos que salgan van a estar unidos por una correa a los dos cables guía que hemos tendido a todo lo largo del valle. La regla para desplazarse es la misma que en la Tierra: ¡circulen por la derecha! Si quieren pasar a alguien, sólo tienen que desabrochar la hebilla, pero uno de ustedes siempre tiene que permanecer enganchado a la línea; de esa manera, no habrá peligro de que floten a la deriva hacia el espacio. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuánto tiempo podemos estar fuera?

—Tanto como deseen, Miz1 M'Bala. Pero les recomiendo que regresen en cuanto sientan la más leve incomodidad. Quizás una hora sea lo mejor para la primera salida, aunque puede que les parezca que sólo han sido diez minutos...

El capitán Smith, en efecto, tenía razón. Cuando Heywood Floyd miró su pantalla indicadora del tiempo transcurrido, le pareció increíble que ya hubiesen pasado cuarenta minutos. Sin embargo, no tendría que haberle resultado tan sorprendente, ya que la nave se encontraba a un kilómetro de distancia.

En su condición de pasajero más antiguo —de acuerdo con casi cualquier cómputo—, se le había concedido el privilegio de realizar la primera AEV. Y en realidad no quedaba más remedio que aceptar ese acompañante:

—¡AEV con Yva! —exclamó Mijáilovich, y lanzó una sonora carcajada—. ¡Eso es irresistible! —Luego agregó con una sonrisa lasciva—: Aun cuando esos malditos trajes no les permitirán realizar todas las actividades extravehiculares que ustedes querrían.

Yva había estado de acuerdo, sin vacilación alguna, aunque tampoco con entusiasmo. Floyd pensó con amargura que eso era típico. No sería del todo cierto decir que estaba desilusionado —a su edad, le quedaban muy pocas ilusiones—, pero sí se sentía decepcionado. Y consigo mismo, más que con Yva; ella estaba más allá de la crítica o del elogio, como la Mona Lisa... con quien a menudo había sido comparada.

La comparación era, por supuesto, ridícula, la Gioconda era misteriosa, pero no era ni mucho menos erótica. El poder de Yva había residido en la combinación única que hacía de ambos elementos, a los que agregó una dosis de inocencia, para completar las cosas. Medio siglo después, vestigios de estos tres ingredientes todavía eran visibles... por lo menos, para los ojos de la fe.

Lo que le faltaba —como con tristeza Floyd se había visto forzado a admitir— era verdadera personalidad. Cuando trataba de centrar su mente en Yva, todo lo que podía visualizar eran los papeles que ella había interpretado. Habría coincidido, a regañadientes, con el crítico que dijo una vez: «Yva Merlin es el reflejo de los deseos de todos los hombres; pero un espejo no tiene carácter.»

Y ahora, este ser único y misterioso estaba flotando a su lado, sobre una de las caras del cometa Halley, mientras ellos y su guía se desplazaban a lo largo de los cables gemelos que se extendían de un extremo a otro del Valle de Nieve Negra. Ese nombre se lo había puesto Floyd, quien estaba puerilmente orgulloso de él, aunque nunca aparecería en ningún mapa. No podía haber mapas de un mundo en el que la geografía era tan efímera como el clima en la Tierra. Floyd se deleitó con la idea de que ningún otro ojo

humano había contemplado antes el escenario que lo rodeaba... ni lo volvería a contemplar.

En Marte o en la Luna, en ocasiones se podía —con un ligero esfuerzo de imaginación, y si se dejaba de lado el cielo de un mundo extraño— pensar que se estaba en la Tierra. Eso era imposible allí, porque las elevadas y a menudo sobresalientes esculturas de nieve no exhibían más que una leve concesión a la gravedad. Había que mirar con mucha atención para decidir dónde quedaba «arriba».

El Valle de Nieve Negra se salía de lo corriente porque era una estructura bastante sólida: un arrecife rocoso, desgastado por corrientes volátiles de agua y hielo de hidrocarburos. Los geólogos todavía discutían sobre su origen; algunos de ellos sostenían que, en realidad, era parte de un asteroide que había chocado con el cometa hacía ya muchísimo tiempo. La extracción de muestras había revelado complejas mezclas de compuestos orgánicos, bastante parecidos al carbón de hulla, si bien era seguro que la vida nunca había desempeñado ningún papel en la formación de esos compuestos.

La «nieve» que alfombraba el suelo del pequeño valle no era del todo negra; cuando Floyd la recorrió con el haz de su linterna, relumbró y centelleó como si hubiera sido rascada con un millón de microscópicos diamantes. Floyd se preguntó si en verdad habría diamantes en el Halley: era incuestionable que había suficiente carbono. Pero era casi seguro que las temperaturas y presiones necesarias para crearlos nunca existieron.

Llevado por un súbito impulso, Floyd bajó las manos y reunió dos puñados de nieve: para hacerlo tuvo que empujar los pies contra la cuerda de seguridad, y tuvo una visión cómica de sí mismo, como si fuera un trapecista que anduviera sobre la cuerda floja... pero cabeza abajo. La frágil corteza no ofreció resistencia cuando hundió en ella la cabeza y los hombros; entonces se irguió tirando con suavidad de su correa, y emergió con un puñado de Halley.

Mientras apretaba la masa de pelusilla cristalina para formar una bola compacta que le cupiera justo en la palma de la mano, deseó haber podido sentirla a través del material aislante de los guantes. Allí estaba, negra como el ébano, y emitía fugitivos destellos de luz cuando la hacía girar de un lado a otro.

Y de pronto, en su imaginación, la bola se volvió del color blanco más puro y otra vez fue un niño, en el patio de juegos y se vio rodeado por los fantasmas de su niñez. Hasta podía oír los gritos de sus compañeros, que lo insultaban y lo amenazaban con lanzarle sus propios proyectiles, también de inmaculada nieve...

El recuerdo fue fugaz, pero demoledor, pues le produjo una abrumadora sensación de tristeza. Llegado al otro extremo de un siglo de vida, ya no podía recordar a aquellos

amigos fantasmales que se hallaban a su alrededor; sin embargo, a algunos —lo sabía— otrora los había amado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y los dedos se convirtieron en garfios alrededor de la bola de nieve de otro mundo.

Entonces la visión se esfumó: era él mismo otra vez. Éste no era momento de tristezas sino de triunfo.

—¡Dios mío! —gritó Heywood Floyd, y sus palabras sonaron como un eco en el diminuto y reverberante universo de su traje espacial—. ¡Estoy pisando el cometa Halley! ¡Qué más puedo pedir! ¡Si un meteorito me golpeará ahora, no tendría una sola queja!

Levantó los brazos y lanzó la bola de nieve hacia las estrellas. Era tan pequeña y tan oscura que se desvaneció casi de inmediato, pero Floyd mantuvo la vista fija en el cielo.

Y entonces, de forma súbita, inesperada, la bola apareció en una repentina explosión de luz, cuando ascendió hasta penetrar en los rayos del oculto Sol.

Pese a estar tan negra como el hollín, reflejaba lo bastante de esa deslumbrante brillantez como para ser fácilmente visible contra el cielo apenas luminoso. Floyd la contempló hasta que por fin desapareció, quizás al disminuir de tamaño por la distancia. No duraría mucho en el desenfrenado torrente de radiación que había en lo alto, pero, ¿cuántos hombres podían proclamar que habían creado un cometa propio?

18. OLD FAITHFUL

La cautelosa exploración del cometa ya había comenzado mientras la Universe aún permanecía en la sombra polar. Primero los UEM de una sola plaza realizaron un vuelo para recorrer tanto el lado diurno como el nocturno y registrar cualquier cosa que resultara de interés. Una vez finalizados los reconocimientos preliminares, grupos de hasta cinco científicos partían en el transbordador para montar equipos e instrumentos en puntos estratégicos.

La Lady Jasmine era muy diferente de las primitivas naves espaciales con múltiples compartimientos de la época de la Discovery, que sólo podían operar en un ambiente exento de gravedad. La Lady Jasmine era de hecho una pequeña nave espacial, diseñada para transportar personal y carga liviana entre la Universe, puesta en órbita, y la superficie de Marte, la Luna o los satélites de Júpiter. Su piloto principal —que trataba a la nave como a la grande dame¹ que era— se quejaba, con falsa amargura, de que volar alrededor de un miserable cometa pequeño estaba muy por debajo de la dignidad de la Lady Jasmine.

Cuando el capitán Smith tuvo la absoluta seguridad de que el Halley —en la superficie, al menos— no contenía sorpresas, despegó del polo. Un desplazamiento de menos de una docena de kilómetros llevó a la Universe a un mundo diferente: de un crepúsculo con una luz trémula que duraba meses, a una región que conocía el ciclo de días y noches. Y con la alborada el cometa poco a poco se iba animando.

A medida que el Sol se deslizaba por encima del horizonte irregularmente dentado, absurdamente próximo, sus rayos caían al sesgo sobre los incontables pequeños cráteres que acribillaban la corteza. La mayoría de ellos se mantenía inactiva, con sus estrechas gargantas selladas por incrustaciones de sales minerales. En ningún otro lugar del Halley se observaban tan brillantes despliegues de color; habían confundido a los biólogos, quienes habían creído que aquí la vida estaba empezando, como había sucedido en la Tierra, en forma de floraciones de algas. Muchos investigadores no habían abandonado aún esa esperanza, si bien se resistían a admitirlo.

Desde otros cráteres, chorros de vapor flotaban hacia el cielo y se desplazaban en trayectorias anormalmente rectas porque no había vientos que los desviaran. Por lo general, sólo ocurría a lo largo de una hora o dos; después, cuando el calor del Sol penetraba en el congelado interior, el Halley empezaba a acelerar —según la descripción de Victor Willis— «como una manada de ballenas».

Aunque pintoresca, no era una de sus metáforas más exactas, ya que los chorros que manaban del Lado Diurno del Halley no eran intermitentes, sino que surgían de manera continuada durante horas cada vez. Y tampoco se encrespaban y volvían a caer a la superficie, sino que seguían ascendiendo, hacia el cielo hasta que se perdían en la refulgente niebla que ayudaban a producir.

Al principio, el equipo científico trató a los géiseres con la misma cautela que tendrían los vulcanólogos que se acercaran al Etna o al Vesubio durante uno de sus más o menos predecibles estados de ánimo. Pero pronto descubrieron que las erupciones del Halley, aunque a menudo temibles en apariencia, eran singularmente apacibles y bien educadas: el agua surgía casi tan deprisa como lo haría desde una manguera de incendios normal y corriente, y era apenas tibia. A los pocos segundos de escapar de su depósito subterráneo, se inflamaba y se convertía en una mezcla de vapor y cristales de hielo. El Halley estaba envuelto en una tormenta permanente de nieve, que caía hacia arriba. Aun a esta modesta velocidad de evacuación, nada del agua habría de regresar alguna vez a su fuente. Cada vez que el cometa daba la vuelta alrededor del Sol, más y más de su savia vital se precipitaba hacia el insaciable vacío del espacio.

Después de una considerable persuasión, el capitán Smith accedió a llevar la Universe hasta un centenar de metros del Old Faithful, el geiser más grande que había en el Lado Diurno. Era una visión pavorosa: una columna de bruma gris blancuzca que se alzaba, como si fuera alguna especie de árbol gigantesco, desde un orificio sorprendentemente pequeño, en un cráter de trescientos metros de diámetro que parecía ser una de las formaciones más antiguas del cometa. Al poco tiempo, los científicos estaban trepando por todo el cráter, recogiendo especímenes de sus (por completo estériles, ¡ay!) minerales multicolores y, de paso, metiendo sus termómetros y tubos recolectores de muestras en el mismo interior de la elevada columna de agua-hielo-bruma.

—Si arroja a cualquiera de ustedes al espacio —advirtió el capitán—, no esperen ser rescatados en el acto. De hecho, puede ocurrir que aguardemos exactamente hasta que el que haya sido arrojado regrese.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Dimitri Mijáilovich, perplejo.

Como siempre, Victor Willis dio una respuesta rápida:

—En mecánica celeste, las cosas no siempre suceden de la manera que se espera, de modo que cualquier cosa que se arroje del Halley a una velocidad razonable se seguirá desplazando básicamente en la misma órbita (se necesita un enorme cambio de velocidad para lograr una gran diferencia). Así, una revolución más tarde, las dos órbitas se volverían a cruzar... y usted se hallará exactamente de vuelta en el sitio de partida. Setenta y seis años más viejo, claro.

No lejos del Old Faithful se verificaba otro fenómeno que, mediante el uso exclusivo del razonamiento, nadie podía haber previsto. Cuando lo observaron por primera vez, los científicos apenas podían dar crédito a sus ojos: extendido sobre varias hectáreas del Halley, expuesto al vacío del espacio, había lo que aparentaba ser un lago perfectamente normal, sólo notable por su extremada negrura.

Era obvio que no podía ser agua, ya que los únicos líquidos que podían ser estables en este ambiente eran los aceites o los alquitranes orgánicos pesados. De hecho, el lago Tuonela resultó ser una especie de brea, bastante sólido, excepto en una pegajosa capa superficial de menos de un milímetro de espesor. Dada esta gravedad desdeñable, debían haber pasado años —quizá varios viajes en torno a los furiosos fuegos del Sol— para que el lago adoptara su actual aspecto de llanura de espejo.

Hasta que el capitán tomó cartas en el asunto, el lago se convirtió en una de las principales atracciones turísticas del cometa Halley. Alguien (nadie reclamó el dudoso honor) descubrió que era posible caminar por la superficie del lago de forma perfectamente normal, casi como en la Tierra; la película superficial tenía la adhesión

suficiente como para sostener el pie en el lugar que pisara. Al poco tiempo, la mayoría de los miembros de la tripulación se había hecho videograbar mientras, en apariencia, caminaba sobre el agua.

Entonces el capitán Smith inspeccionó la esclusa, descubrió las paredes generosamente manchadas con alquitrán, y exhibió lo más cercano a una demostración de ira que alguien le hubiera observado alguna vez:

—Ya resulta bastante desagradable —dijo con los dientes apretados— tener el exterior de la nave recubierto de... hollín.

El cometa Halley no dista mucho de ser el sitio más asqueroso que haya yo visto jamás.

Después de eso, no hubo más paseos sobre el lago Tuonela.

19. AL FINAL DEL TÚNEL

En un universo pequeño, encerrado en sí mismo, en el que todo el mundo se conoce, no puede existir mayor impacto emocional que encontrarse con un perfecto desconocido.

Heywood Floyd estaba flotando con suavidad por el pasillo en dirección a la sala de estar principal, cuando tuvo esta perturbadora experiencia. Asombrado por completo, clavó la mirada en el intruso, a la vez que se preguntaba cómo un polizón se las había arreglado, durante tanto tiempo, para evitar ser descubierto. El otro hombre le devolvió la mirada, en la que se combinaban la turbación y la baladronada, esperando, evidentemente, que Floyd hablara primero.

—¡Bueno, Victor! —dijo Floyd por fin—. Disculpa que no te haya reconocido. Así que has hecho el supremo sacrificio por la causa de la ciencia... ¿o debería decir «por tu público»?

—Sí —dijo Willis con un gruñido—. Me las he arreglado para estrujarme y entrar en uno de los cascos... pero los malditos pelos hacían un ruido tan áspero que nadie podía oír una palabra de lo que yo decía.

—¿Cuándo vas a salir?

—En cuanto regrese Cliff, que ha salido a explorar cuevas con Bill Chant.

Los primeros vuelos de circunvalación del cometa, realizados en 1986, habían sugerido que era considerablemente menos denso que el agua, lo que sólo podía significar, o que estaba constituido por un material muy poroso, o que estaba acribillado por cavidades. Ambas explicaciones resultaron ser correctas.

Al principio, el siempre precavido capitán Smith prohibió de manera rotunda toda exploración de cuevas; pero al final se ablandó cuando el doctor Pendrill le recordó que su ayudante principal, el doctor Chant, era un espeleólogo experimentado; de hecho, ésta era una de las razones precisas por las que había sido elegido para la misión.

—Los derrumbes son imposibles con esta gravedad tan baja —le había dicho Pendrill al renuente capitán—, así que no existe peligro de quedar atrapado.

—¿Y no podrían perderse?

—Chant tomaría esa sugerencia como un insulto a su profesionalidad. Se ha adentrado veinte kilómetros en la Cueva del Mamut. De todos modos, llevará consigo una línea de guía.

—¿Y con respecto a las comunicaciones?

—La línea tiene fibra óptica en su interior. Y la radio del traje probablemente funcionará la mayor parte del trayecto.

—Hmm... ¿Dónde quiere entrar?

—El mejor sitio es ese geiser extinguido, en la base del Etna Júnior. Está muerto desde hace mil años, por lo menos.

—Así que supongo que permanecerá tranquilo durante otro par de días. Muy bien. ¿Alguien más quiere ir?

—Cliff Greenberg se ha ofrecido como voluntario. Hizo muchas exploraciones de cuevas submarinas, en las Bahamas.

—Yo lo intenté una vez... y fue suficiente. Dígale a Cliff que él es demasiado valioso, así que puede entrar hasta una profundidad tal que le permita seguir viendo la entrada... y no más allá. Y si pierde contacto con Chant, no debe ir en su busca sin mi autorización. «Que yo sería muy reacio a dar» —añadió el capitán para sus adentros.

El doctor Chant conocía todas las bromas relativas a que los espeleólogos querían regresar al útero, y estaba seguro de poder refutarlas.

—Ése tiene que ser un sitio condenadamente ruidoso, con todos esos porrazos y topetazos y gorgoteos —solía decir—. Yo adoro las cavernas porque son pacíficas e intemporales. Uno sabe que nada ha cambiado en cien mil años, salvo que las estalactitas se han vuelto un poco más gruesas.

Pero ahora, mientras flotaba y descendía cada vez más hacia las profundidades del Halley, y a medida que iba desenrollando el hilo delgado pero irrompible que lo unía a Clifford Greenberg, se dio cuenta de que eso ya no era una verdad absoluta. Hasta el momento carecía de pruebas científicas, pero su instinto de geólogo le decía que este

mundo subterráneo había nacido apenas ayer, en la escala cronológica del Universo. Era más reciente que algunas de las ciudades creadas por el hombre.

El túnel a través del cual planeaba dando saltos largos y poco profundos tenía unos cuatro metros de diámetro, y la casi total carencia de peso le traía intensos recuerdos del buceo en cavernas de la Tierra. La poca gravedad contribuía a la ilusión; la sensación exacta era la de estar llevando un peso ligeramente excesivo y, por eso seguía derivando con suavidad hacia el fondo. Sólo la falta de toda resistencia le hacía recordar que se estaba desplazando a través del vacío, no del agua.

—Estás empezando a desaparecer de mi campo visual —dijo Greenberg, que se encontraba a cincuenta metros de la entrada—. El enlace radial sigue muy bien. ¿Cómo es el paisaje?

—Es muy difícil decirlo. No puedo identificar las formaciones, así que carezco del vocabulario para describirlas. No es una clase común de roca: se desmenuza cuando la toco. Siento como si estuviera explorando un gigantesco queso gruyere...

—¿Quieres decir que es sustancia orgánica?

—Sí. Nada que ver con la vida, por supuesto... pero sí la perfecta materia prima para ella. Hay toda clase de hidrocarburos; los químicos estarán entretenidos con estas muestras. ¿Todavía puedes verme?

—Sólo el brillo de tu linterna, y se está desvaneciendo con rapidez.

—Ah, aquí hay roca genuina, que no parece pertenecer a este ambiente... Es probable que sea una intrusión. Ah... ¡he encontrado oro!

—¡Estás bromeando!

—Engañó a mucha gente, en el viejo Oeste. Es pirita de hierro. Es común en los satélites exteriores, desde luego, pero no me preguntes qué está haciendo aquí...

—Contacto visual perdido. Te has adentrado doscientos metros.

—Estoy pasando a través de un estrato distinto... Parece ser detrito meteorítico. Algo emocionante debió ocurrir en aquel entonces... Espero que lo podamos datar. ¡Uaahh!

—¡No me des estos sustos!

—Lo siento. Me ha dejado casi sin aliento. Hay una gran cámara adelante... Es lo último que pensaba encontrar. El Halley está lleno de sorpresas; hay estalactitas y estalagmitas.

—¿Qué tiene eso de sorprendente?

—No hay agua libre, no hay piedra caliza, claro está, y con tan poca gravedad... Parece como si fuera alguna especie de cera. Un momento, nada más, mientras obtengo un buen

plano en videograbación. Veo formas fantásticas... la clase de formas que produce una vela al derretirse. Es extraño...

—¿Y ahora qué ocurre?

La voz del doctor Chant había experimentado una súbita alteración en el tono, que Greenberg, percibió al instante.

—Algunas de las columnas han sido rotas. Están esparcidas por el suelo. Es como si...

—¡Sigue!

—...como si algo hubiera tropezado con ellas.

—Eso es una locura. ¿Puede haberlas arrancado un terremoto?

—No hay terremotos aquí, sólo microseísmos causados por los géiseres. A lo mejor ha habido un gran escape de vapor en algún momento. Sea como fuere, ocurrió hace siglos. Sobre las columnas caídas hay una película de esta sustancia cerosa, una capa de varios milímetros de espesor.

Poco a poco, el doctor Chant iba recuperando la compostura. No era un hombre muy imaginativo —la exploración deportiva de cavernas elimina a esa gente con bastante rapidez—, pero la sensación táctil de aquel lugar había desencadenado en él algún recuerdo perturbador. Y el conjunto de todas esas columnas caídas se parecía demasiado a los barrotes de una jaula, rotos por algún monstruo en su intento por escapar...

Desde luego, todo eso era por completo absurdo... pero el doctor Chant había aprendido a no desdeñar jamás premonición alguna ni señal alguna de peligro hasta haberla rastreado hasta sus orígenes. Esta precaución le había salvado la vida en más de una ocasión; así, pues, no iría más allá de aquella cámara hasta que hubiese identificado la fuente de su miedo. Y era lo bastante honesto como para admitir que «miedo» era la palabra correcta.

—Bill, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

—Todavía estoy filmando. Algunas de estas formas me recuerdan las esculturas de los templos hindúes. Son casi eróticas.

De forma deliberada estaba alejando su mente del enfrentamiento directo con sus miedos, con la esperanza de poder, de ese modo, atacarlos sin previo aviso, sin pensar en ellos, pero con una especie de visión mental no enfocada sobre el blanco. Mientras tanto los actos puramente mecánicos de registrar y recoger muestras ocupaban la mayor parte de su atención.

Se recordó a sí mismo que no había nada de malo en el miedo sano; sólo cuando alcanzaba la categoría de pánico, el miedo se convertía en asesino. Había conocido el pánico dos veces en su vida (una vez, en la ladera de una montaña; otra, bajo el agua) y

todavía se estremecía al recordar su toque viscoso. No obstante —y estaba agradecido por eso—, ahora se hallaba lejos de aquella sensación por una razón incomprensible pero curiosamente reconfortante: había un elemento de comedia en la situación.

Y de pronto se echó a reír, no con histeria sino con alivio.

—¿Alguna vez has visto una de esas antiguas películas como La guerra de las galaxias? —le preguntó a Greenberg.

—Por supuesto; media docena de veces.

—Bueno, ya sé qué es lo que me preocupaba. En ésta había una secuencia en la que la astronave de Luke cae en picado sobre un asteroide... y se encuentra con un gigantesco ser con forma de serpiente que acecha dentro de las cavernas de ese asteroide.

—No era la cosmonave de Luke, sino el Halcón Milenario de Han Solo. Y siempre me he preguntado cómo se las arreglaba esa pobre bestia para proveerse el sustento. Tiene que haber padecido mucha hambre esperando el bocado exquisito que le cayera del espacio. Y la princesa Leia no habría sido más que un entremés, de todos modos.

—Para lo que, sin duda, no pretendo servir —dijo el doctor Chant, ya del todo relajado—. Aunque hubiera vida aquí —lo que sería maravilloso—, la cadena alimentaria sería muy corta. Por eso me sorprendería encontrar algo que fuese más grande que un ratón o más factible que un hongo... Ahora veamos hacia dónde vamos desde aquí... Hay dos salidas al otro lado de la cámara. La de la derecha es más grande. Iré por ese lado...

—¿Cuánta línea te queda?

—Oh, más de medio kilómetro. Allá vamos. Estoy en medio de la cámara... Maldición, he rebotado contra la pared. Ahora tengo un punto para asirme... meto la cabeza primero. Paredes suaves, roca auténtica para romper la monotonía... Es una lástima...

—¿Cuál es el problema?

—No puedo ir más allá... hay más estalactitas... demasiado juntas para que pueda pasar entre ellas... y demasiado gruesas para romperlas sin explosivos. Y eso sería una pena... los colores son hermosos. Son los primeros verdes y azules que veo en el Halley. Un minuto, nada más, mientras las videograbo...

El doctor Chant se afianzó contra la pared del estrecho túnel, y enfocó la cámara. Con los dedos enguantados palpó en busca del interruptor de alta intensidad, pero se equivocó y apagó por completo las luces principales.

«Diseño inmundito —masculló—. Es la tercera vez que me pasa esto.»

No corrigió de inmediato su error porque siempre le habían encantado ese silencio y esa oscuridad total que únicamente se pueden experimentar en las cuevas más

profundas, los suaves ruidos de fondo de su equipo de mantenimiento de vida impedían que el silencio fuera absoluto pero, por lo menos...

¿Qué era eso? Desde más allá de la empalizada de estalactitas que bloqueaba cualquier avance ulterior, Chant pudo distinguir un brillo tenue, como la primera luz del alba. A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, el brillo pareció aumentar de intensidad y el geólogo pudo discernir un matiz verde.

—¿Qué pasa? —preguntó Greenberg, angustiado.

—Nada. Sólo estoy observando.

Y pensando, pudo haber agregado. Había cuatro explicaciones posibles.

Tal vez la luz solar se estuviera filtrando a través de algún conducto natural de hielo, cristal o lo que fuese. Pero, ¿a esta profundidad? No era muy probable...

¿Radiactividad? Chant no se había molestado en llevar un contador; para todos los fines prácticos, allí no había elementos pesados. Pero valdría la pena volver para verificarlo.

Podría tratarse de algún material fosforescente; ésa era la posibilidad a la que concedía mayor peso. Pero había una cuarta... la más improbable y también la más emocionante de todas.

El doctor Chant nunca había olvidado una noche sin Luna —y sin Lucifer— a orillas del océano Indico, cuando había estado caminando bajo brillantes estrellas por una playa arenosa. Aunque el mar estaba muy tranquilo, de vez en cuando una ola lánguida se desplomaba a sus pies... y detonaba en una explosión de luz.

Había entrado caminando en los bajíos (todavía podía recordar la sensación del agua alrededor de los tobillos, como un baño tibio) y, a cada paso que daba, se producía otra descarga de luz. Incluso podía generarla golpeando las palmas cerca de la superficie.

¿Sería posible que organismos bioluminiscentes similares se hubieran desarrollado allí, en el corazón del cometa Halley? A Chant le encantaría creerlo. Sería lamentable tener que destruir algo tan exquisito como esa obra de arte de la Naturaleza —con ese fulgor detrás de ella, la barrera ahora le recordaba el retablo que una vez vio en alguna catedral— pero tendría que volver con explosivos. Mientras tanto, estaba el otro corredor...

—No puedo seguir adelante en esta dirección —le dijo a Greenberg—, así que intentaré ir por la otra. Regresaré a la bifurcación. Voy a rebobinar el carrete. —No mencionó el fulgor misterioso, que se desvaneció no bien hubo encendido sus luces otra vez.

Greenberg no respondió en el acto, lo que no era usual; probablemente estaba hablando con la nave. Chant no se preocupó; repetiría su mensaje tan pronto como se hubiera vuelto a poner en marcha. Tampoco se molestó, porque hubo un breve acuso de recibo por parte de Greenberg.

—Bien, Cliff, por un instante, creí que te había perdido. Regreso a la cámara... ahora entraré en el otro túnel. Ojalá no haya nada que lo bloquee.

Esta vez, Greenberg respondió enseguida.

—Lo lamento, Bill. Regresa a la nave. Hay una emergencia... No, no aquí; todo marcha bien en la Universe. Pero puede ser que tengamos que volver a la Tierra de inmediato.

El doctor Chant tardó pocas semanas en encontrar una explicación muy plausible para las columnas rotas: cuando el cometa despedía con violencia su sustancia hacia el espacio, en cada pasaje perihélico, la distribución de su masa se alteraba de manera continua. Y de esta forma, en intervalos de mil años, su rotación se volvía inestable, y eso variaba la dirección de su eje de modo bastante violento, como si se tratara de un trompo que está a punto de caer cuando pierde impulso.

Cuando eso ocurría, el movimiento telúrico que se producía en el cometa podía alcanzar un respetable 5 en la escala de Richter.

Pero Chant nunca resolvió el misterio del fulgor luminoso. Aunque el problema pronto quedó eclipsado por el drama que se estaba desarrollando, la sensación de haber perdido la oportunidad de resolverlo seguiría acosando al científico durante el resto de su vida.

Y si bien en varias ocasiones se sintió tentado de hacerlo, nunca mencionó el problema a ninguno de sus colegas. Lo que hizo fue dejar una nota para la próxima expedición. El sobre estaba lacrado, y tendría que ser abierto en 2133.

20. CONVOCACIÓN PARA REGRESAR

—¿Habéis visto a Victor? —preguntó Mijáilovich, con regocijo, mientras Floyd se apresuraba a responder a la convocatoria del capitán—. Ahora es un hombre incompleto.

—Volverá a crecerle en el camino a casa —replicó Floyd, quien por el momento, no tenía tiempo para tales trivialidades—. Estoy tratando de descubrir qué ha pasado.

El capitán Smith todavía estaba sentado en su cabina, un poco aturdido, cuando llegó Floyd. Si se hubiera tratado de una emergencia que afectara a su propia nave, Smith habría sido un tornado de energía controlada, emitiendo órdenes a diestra y siniestra. Pero no había cosa alguna que pudiera hacer con respecto a esta situación, excepto aguardar el próximo mensaje procedente de la Tierra.

El capitán Laplace era un antiguo amigo: ¿cómo podía haberse metido en un lío así? No cabía imaginar accidente, error de navegación o fallo del equipo que pudiese explicar el brete en el que se encontraba Laplace. Y, por lo que Smith podía apreciar, tampoco había ningún modo de que la Universe pudiera ayudarlo a salir de ese problema. El Centro de Operaciones simplemente daba vueltas y vueltas en círculo ya que ésta parecía ser una de esas emergencias —acontecimiento demasiado frecuente en el espacio— en la que nada se podía hacer, salvo transmitir los pésames y grabar los últimos mensajes. Pero Smith no dejó que se traslucieran sus dudas y reservas cuando le informó las novedades a Floyd:

—Ha habido un accidente —dijo—. Hemos recibido órdenes de regresar a la Tierra en seguida con el fin de que se nos equipe para efectuar una misión de rescate.

—¿Qué clase de accidente?

—Se trata de nuestra nave gemela, la Galaxy. Estaba haciendo un reconocimiento de los satélites jovianos. Ha tenido que hacer un aterrizaje de emergencia.

El capitán vio que la mirada de Floyd expresaba sorpresa e incredulidad.

—Sí, sé que es imposible. Pero todavía hay más: la nave está varada... en Europa.

—¡Europa!

—Eso me temo. La Galaxy está dañada, pero al parecer no hay bajas. Todavía estamos esperando los detalles.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace doce horas. Ha habido una demora, antes de que la nave pudiera informar a Ganimedes.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros? Nos encontramos en el otro lado del Sistema Solar. Tendríamos que regresar a la órbita lunar para reabastecernos de combustible y después tomar la órbita más rápida hacia Júpiter... Eso nos llevaría... oh, cuando menos, ¡un par de meses! —(«Y, allá por la época de la Leonov —pensó Floyd—, nos habría llevado un par de años...»)

—Lo sé, pero no hay otra cosmonave que pueda hacer algo.

—¿Y qué sucede con los propios transportadores intersatélite de Ganimedes?

—Sólo están diseñados para operaciones en órbita.

—Descendieron en Calisto...

—Fue una misión que exigió mucha menor cantidad de energía. Ah, sí, se las podrían arreglar para llegar a duras penas hasta Europa, pero con una insignificante carga útil. Está siendo considerado, por supuesto.

Floyd no oía al capitán: todavía estaba tratando de asimilar esa pasmosa noticia. Por primera vez en medio siglo —¡y nada más que por segunda vez en toda la historia!—, una nave había descendido en la luna prohibida. Y eso volvía a traerle a la mente un pensamiento ominoso.

—¿Supone que quienquiera que sea, o lo que sea que está en Europa pueda ser responsable? —preguntó.

—Me estaba haciendo esa pregunta —dijo el capitán, con tono sombrío—. Pero he estado husmeando por ese lugar durante años, sin que ocurriera absolutamente nada.

—Lo que nos acerca aún más al nudo del asunto: ¿qué podría ocurrir con nosotros, si intentáramos el rescate?

—Eso es lo primero que se me ha ocurrido; pero todas son meras especulaciones. Tendremos que esperar hasta que tengamos más datos. Mientras tanto, le comunicaré el verdadero motivo por el que lo he llamado: acabo de recibir la nómina de la tripulación del Galaxy, y me preguntaba...

Con vacilación, empujó hacia el otro extremo de su escritorio las planillas impresas. Pero incluso antes de recorrer la lista con la mirada, Heywood Floyd supo, de alguna manera, qué era lo que habría de encontrar.

—Mi nieto —dijo con tristeza.

«Y la única persona que puede llevar mi nombre más allá de la sepultura», agregó para sí mismo.

III - RULETA EUROPEANA

21. LA POLÍTICA DEL EXILIO

A pesar de todas las predicciones más sombrías, la revolución sudafricana había sido relativamente incruenta... tanto como pueden serlo esos sucesos. La televisión —a la que se había culpado de muchos males— se merecía algún reconocimiento por ese hecho. En la anterior generación se había sentado un precedente en Filipinas: cuando sabe que el mundo la está observando, la gran mayoría de los hombres y mujeres tiende a comportarse de manera responsable, y aunque hubo vergonzosas excepciones, pocas matanzas tienen lugar frente a las cámaras.

Cuando los afrikaners tuvieron que aceptar lo inevitable, la mayor parte de ellos ya había dejado el país, mucho antes de que se produjese la toma del poder. Y, tal como se

había quejado con amargura el nuevo gobierno, no se habían ido con las manos vacías: miles de millones de rands habían sido transferidos a Bancos suizos y holandeses; hacia el final, casi cada hora se habían efectuado misteriosos vuelos, desde Ciudad del Cabo y Jo'burg,¹ hacia Zurich y Amsterdam. Se decía que, para el Día de la Libertad, no se encontraría una onza troy de oro ni un quilate de diamantes en la moribunda República de Sudáfrica... y los trabajos en las minas habían sido saboteados con eficacia. Desde su lujoso apartamento de La Haya, un conspicuo refugiado se jactaba de que «pasarán cinco años antes de que los kaffir² puedan conseguir que Kimberley³ vuelva a funcionar... si es que alguna vez lo hace». Pero ante la sorpresa de este refugiado, De Beers volvió a la actividad, en menos de cinco semanas, bajo nueva razón social y nueva administración, y los diamantes fueron, sin duda, el elemento más importante en la economía de la nueva nación.

En el lapso de una generación y a pesar de las desesperadas acciones que, en la retaguardia, libraron sus mayores, de mentalidad conservadora, los refugiados habían sido absorbidos por la cultura sin prejuicios raciales del siglo XXI. Y aunque rememoraban con orgullo, pero sin jactancia, el coraje y la determinación de sus antepasados, se distanciaban de las estupideces que habían cometido. Prácticamente ninguno de los jóvenes hablaba afrikaans, ni siquiera en el seno del hogar.

Y sin embargo, tal y como había ocurrido con la revolución rusa un siglo antes, había muchos que soñaban con hacer que el reloj de la historia fuese hacia atrás... o, por lo menos, con sabotear los esfuerzos de aquéllos que los habían despojado del poder y los privilegios. Por lo general, esos reaccionarios canalizaban su frustración y su amargura a través de la propaganda, las demostraciones, los boicots, las peticiones al Consejo Mundial... y mucho menos mediante las obras de arte: a menudo *The Voortrekkers*, de Wilhelm Smut, era considerada, sin discusión pero con ironía, por todo el mundo, incluso por los más acerbos detractores del autor, la obra maestra de la literatura inglesa.

Pero también existían grupos que creían que la acción política era inútil, y que sólo la violencia podía restaurar el anhelado *statu quo*. Aunque en realidad sólo unos cuantos de ellos pensaban que podrían reescribir las páginas de la Historia, eran bastantes los que, si bien sabían que la victoria era imposible, aceptarían complacidos el desquite.

Entre esos dos extremos constituidos por los totalmente asimilados y los completamente intransigentes, había todo un espectro de partidos políticos... y apolíticos. *Der Bund* no era el más grande, pero sí el más poderoso y, sin lugar a dudas, el más rico, desde que controlaba gran parte de la riqueza de contrabando de la república perdida a

través de una red de grandes sociedades anónimas y de compañías. La mayor parte de ellas era ahora perfectamente legal y, en verdad, por completo respetable.

Había quinientos millones de rands del Bund en la Tsung Aeroespacial, debidamente asentados en el estado anual de cuenta. En 2059, Sir Lawrence se sintió feliz cuando recibió otro medio millón, que le permitió acelerar la puesta en servicio de su pequeña flota.

Pero ni siquiera su extraordinaria inteligencia estableció conexión alguna entre el Bund y la última misión de fletamento de la Galaxy. De todos modos, por aquel entonces el Halley se estaba acercando a Marte, y Sir Lawrence estaba tan ocupado preparando a la Universe para la partida, que prestó poca atención a las operaciones de rutina de las naves gemelas de aquélla.

Aunque el Lloyd de Londres sí planteó algunas objeciones con respecto a la ruta propuesta para la Galaxy, enseguida fueron acalladas. El Bund tenía personal en puestos claves y por doquier; ello perjudicaba a los corredores de seguros, pero beneficiaba a los abogados especializados en Derecho Espacial.

22. CARGA PELIGROSA

No es fácil administrar una línea de navegación entre destinos que no sólo cambian de posición millones de kilómetros cada pocos días, sino que también oscilan con una velocidad comprendida en el orden de las decenas de kilómetros por segundo. Ni pensar en algo así como un horario regular; hay ocasiones en las que se tiene que olvidar todo el asunto y permanecer en puerto —o, por lo menos, en órbita— a la espera que el Sistema Solar se reordene de una manera conveniente para la especie humana.

Por fortuna, estos períodos se conocen con años de antelación, por lo que es posible aprovecharlos al máximo para revisar los equipos e introducir modificaciones retroactivas y para dar licencia en el planeta a la tripulación. Y, de vez en cuando, con buena suerte y un enérgico despliegue de recursos para vender, se puede arreglar algún fletamiento local, aunque no sea más que el equivalente del viaje en lancha «para recorrer la playa de punta a punta» que se hacía antaño.

El capitán Eric Laplace estaba encantado porque la permanencia de tres meses frente a Ganimedes no sería una completa pérdida. Una subvención anónima e inesperada, hecha a la Fundación de Ciencia Planetaria financiaría una exploración previa del sistema joviano de satélites (incluso ahora, nadie lo llamaba jamás «luciferino»), durante la cual se

prestaría especial atención a una docena de las desdeñadas lunas menores, algunas de las cuales nunca se habían estudiado de manera apropiada y, mucho menos, visitado.

No bien hubo oído hablar sobre la misión, Rolf van der Berg llamó al agente consignatario de las naves Tsung, e hizo algunas discretas indagaciones.

—Sí, primero volaremos directamente a lo; después, haremos un vuelo de circunvalación de Europa...

—¿Sólo un vuelo de circunvalación? ¿A qué distancia?

—Un momento, por favor... ¡Qué raro! El plan de vuelo no brinda detalles. Pero, por supuesto, la nave no entrará en la Zona de Prohibición.

—Esa zona se redujo a diez mil kilómetros, como consecuencia del último fallo... hace quince años. Sea como fuere, querría ofrecerme como voluntario, en calidad de planetólogo de la misión. Enviaré mis antecedentes...

—No es necesario, doctor Van der Berg, pues ya han solicitado que usted vaya.

Siempre resulta fácil predecir el lunes cuál es el caballo que ganó el domingo anterior. Cuando el capitán Laplace pensó en lo sucedido (tuvo mucho tiempo para eso, después), recordó varios aspectos curiosos de este viaje especialmente contratado: dos miembros de la tripulación enfermaron de forma repentina, y fueron remplazados con poco tiempo de aviso; él se alegró tanto de contar con suplentes, que no les revisó los papeles con toda la atención con que debería haberlo hecho. (Y aunque lo hubiese hecho, habría descubierto que se encontraban en perfecto orden.)

Luego vino el problema con la carga. En su condición de capitán, Laplace tenía derecho a inspeccionar cualquier cosa que se subiese a bordo de la nave. Por supuesto, resultaba imposible revisar cada artículo, pero él nunca vacilaba en investigar si tenía buenos motivos para hacerlo. Las tripulaciones espaciales eran, en general, grupos de hombres sumamente responsables; pero las misiones prolongadas podían llegar a ser muy aburridas, de modo que, para aliviar el tedio, existían estimulantes químicos cuyo empleo, si bien era por completo legal en la Tierra, debía ser desaprobado fuera de ella.

Cuando el segundo oficial Chris Floyd expuso sus sospechas, el capitán supuso que el sabueso cromatográfico de la nave había descubierto otro cargamento oculto del opio de alta calidad que la tripulación, mayoritariamente constituida por chinos, consumía con regularidad. Esta vez, sin embargo, el asunto era serio, muy serio.

—Bodega de Carga Tres, Artículo 2/456, capitán. La nota dice: «Aparatos científicos», pero contiene explosivos.

—¡Qué!

—No hay duda al respecto, señor. Aquí está el electrograma.

—Me basta con su palabra, señor Floyd. ¿Ha inspeccionado el artículo?

—No, señor. Está en una caja sellada, de medio metro por uno por cinco, más o menos. Es uno de los bultos más grandes que el equipo de científicos trajo a bordo. Lleva el rótulo FRÁGIL-MANIPULAR CON CUIDADO; pero todo es frágil, por supuesto.

Meditativo, el capitán Laplace tamborileó con los dedos sobre la «madera» plástica de su escritorio, la que imitaba las vetas de la madera legítima. (Laplace odiaba ese diseño y se proponía deshacerse de él en el próximo reequipamiento de la nave.) Incluso esa leve actividad hizo que se empezara a elevar de su asiento y de forma automática colocó el pie alrededor de una pata de la silla para «anclarse».

Aunque el capitán no dudó ni por un instante del informe de Floyd —su nuevo segundo oficial era muy competente y al capitán le complacía que nunca hubiera mencionado el tema de su famoso abuelo—, podía haber una explicación inocente. Al sabueso podían haberlo confundido otros compuestos químicos que tuviesen nerviosos enlaces moleculares.

Podían descender a la bodega y abrir el bulto por la fuerza. No, eso podría ser peligroso y también ocasionar problemas jurídicos.

Lo mejor sería ir directamente al grano; de todos modos, antes o después tendría que hacerlo.

—Por favor, vaya a buscar al doctor Anderson... y no hable de esto con nadie más.

—Muy bien, señor.

Chris Floyd hizo un saludo respetuoso pero del todo innecesario, y abandonó la habitación con suavidad y ligereza.

El jefe del equipo de científicos no estaba acostumbrado a la gravedad cero y su ingreso fue bastante torpe. Su obvia y genuina indignación no ayudaba, y se tuvo que aferrar al escritorio del capitán varias veces en una actitud desprovista de dignidad.

—¡Explosivos! ¡Claro que no! Déjeme ver la nota... 2/456...

El doctor Anderson tecleó la referencia en su teclado portátil, y leyó despacio:

—«Penetrómetros Mark V, cantidad, tres». Por supuesto: no hay problema.

—¿Y exactamente qué es un penetrómetro? —preguntó el capitán. Éste, a pesar de su preocupación, apenas si pudo contener una sonrisa; el nombre sonaba un poco obscuro.

—Es un dispositivo de uso corriente para la extracción de muestras planetarias. Se deja caer y, con suerte, tomará una muestra columnar de diez metros de largo, incluso en roca dura. Después devuelve un análisis químico completo. Es la única manera segura de estudiar sitios como el Lado Diurno de Mercurio, o de lo, donde dejaremos caer el primero.

—Doctor Anderson —dijo el capitán, tratando de dominarse—. Usted podrá ser un excelente geólogo, pero no sabe mucho sobre mecánica celeste. No se pueden dejar caer cosas así como así, cuando se está en órbita...

La acusación de ignorancia carecía de todo fundamento, como lo demostró la reacción del científico:

—¡Esos idiotas! —exclamó—. Claro, usted debió haber sido notificado.

—Exacto. Los cohetes con combustible sólido son considerados carga peligrosa. Quiero el visto bueno de la compañía aseguradora y su promesa formal, la suya, de que los sistemas de seguridad son adecuados. En caso contrario, los tiraremos por la borda. Ahora, ¿hay alguna otra pequeña sorpresa? ¿Estaba planeando hacer prospecciones sísmicas? Creo que, en general, esas exploraciones implican el empleo de explosivos...

Al cabo de algunas horas el algo apaciguado científico admitía que también había encontrado dos botellas de flúor en estado elemental, que se empleaba para suministrar energía a los rayos láser que podían acertar a cuerpos celestes que pasaran a distancias de tiro de mil kilómetros, con el fin de tomar muestras para espectrografía. Como el flúor puro era la sustancia más ferozmente incontrolable que conocía el ser humano, figuraba en la lista de materiales prohibidos... pero, al igual que los cohetes que impulsaban los penetrómetros hacia su blanco, resultaba esencial para la misión.

Cuando hubo quedado satisfecho, en cuanto al hecho de que se habían tomado todas las precauciones necesarias, el capitán Laplace aceptó las disculpas del científico, junto con su promesa formal de que el descuido se debía de manera exclusiva a la prisa con que se había organizado la expedición.

Estaba seguro de que el doctor Anderson estaba diciendo la verdad, pero aun así, sentía que había algo extraño en lo referente a la misión.

Tan extraño como jamás se habría podido imaginar.

23. INFIERNO

Antes de la detonación de Júpiter, lo ocupaba el segundo puesto, precedido sólo por Venus, como lugar más cercano al Infierno, dentro del Sistema Solar. Pero ahora que la temperatura de la superficie de Lucifer se había elevado en otro par de centenares de grados, ni siquiera Venus podía competir.

Los volcanes de azufre y los géiseres habían multiplicado su actividad, y habían vuelto a moldear los rasgos del atormentado satélite en cuestión de años, en vez de décadas. Los planetólogos habían abandonado todo intento de hacer levantamientos cartográficos,

y se contentaban con tomar —con intervalos de días— fotografías desde equipos puestos en órbita. A partir de tales fotografías habían compuesto películas cinematográficas con fotogramas tomados a intervalos prefijados y que inspiraban un temor reverencial.

El Lloyds de Londres había cobrado una muy elevada prima por este tramo de la misión, pero lo no planteaba peligro alguno para la nave que hiciese un vuelo de circunvalación a una distancia mínima de diez mil kilómetros... y, por añadidura, por encima del relativamente tranquilo Lado Nocturno.

Mientras observaba el globo amarillo y anaranjado que se aproximaba —el objeto más improbablemente ostentoso de todo el Sistema Solar—, el segundo oficial Chris Floyd no pudo evitar que le volviera a la memoria la ocasión —había transcurrido medio siglo— en que su abuelo había llegado a estos lares; aquí la Leonov había efectuado su encuentro con la abandonada Discovery, y aquí el doctor Chandra había vuelto a despertar a la computadora HAL, que aguardaba en estado latente. Después ambas naves habían proseguido el vuelo para explorar el enorme monolito negro que se hallaba suspendido en el espacio, en LI, el Punto Lagrange Interior, situado entre lo y Júpiter.

Ahora el Monolito se había ido, y lo mismo había sucedido con Júpiter. El minisol que, como un Ave Fénix, había surgido de la implosión de Júpiter había convertido los satélites del gigantesco planeta en lo que de hecho era otro Sistema Solar, aunque sólo en Ganimedes y en Europa existían regiones con temperaturas parecidas a las de la Tierra. Durante cuánto tiempo seguiría siendo ése el caso, nadie lo sabía. Las estimaciones sobre la duración máxima de la vida de Lucifer oscilaban entre mil y un millón de años.

El equipo de científicos de la Galaxy observaba, anhelante, el punto LI, pero en esos momentos era extremadamente peligroso acercarse a él. Siempre había existido un río de energía eléctrica —el «tubo de flujo» de lo— que corría entre Júpiter y su satélite interior, y la creación de Lucifer había incrementado la fuerza de ese río varios centenares de veces. En ocasiones esa corriente de energía hasta se podía ver a simple vista, refulgiendo en amarillo, con la luz característica del sodio ionizado. Algunos ingenieros de Ganimedes habían hablado de aprovechar los gigawatios que se estaban desperdiciando ahí al lado, pero nadie había hallado una manera plausible de hacerlo.

Se lanzó el primer penetrómetro, acompañado por vulgares comentarios de la tripulación; dos horas más tarde, el instrumento se metió, como una aguja hipodérmica, en el ulcerado satélite; prosiguió operando durante casi cinco segundos —el décuplo de la vida útil para la que había sido diseñado— y transmitió, en frecuencia radial, miles de mediciones geológicas, físicas y químicas, antes de que lo lo demoliera.

Los científicos estaban maravillados, pero Van der Berg simplemente se sentía satisfecho. Él había previsto que la sonda funcionaría; lo era un blanco absurdamente fácil. Pero, si tenía razón con respecto a Europa, era seguro que el segundo penetrómetro iba a fallar.

Y, aun así, eso nada probaría, pues la sonda podría fallar por una docena de buenas razones. Y cuando lo hiciese, no quedaría otra alternativa que un descenso.

Lo que, por supuesto, estaba totalmente prohibido... y no sólo por las leyes del Hombre.

24. SHAKA EL GRANDE

ASTROPOL —que, pese a su rimbombante título, tenía muy poco que hacer fuera de la Tierra— no iba a admitir que Shaka existía en realidad. EUAS adoptó exactamente la misma posición, y sus diplomáticos se aturdían o indignaban cuando alguien tenía la suficiente falta de tacto como para mencionar ese nombre.

Pero la Tercera Ley de Newton rige en política, al igual que en todo lo demás. El Bund tenía sus extremistas (aunque trataba, a veces no con demasiada vehemencia, de repudiarlos), quienes no cesaban de conspirar contra los EUAS. En general, esos terroristas se limitaban a intentar cometer actos de sabotaje comercial, pero había ocasionales explosiones, desapariciones y hasta asesinatos.

Huelga decir que los sudafricanos no tomaban estos hechos a la ligera: reaccionaron instituyendo sus propios servicios oficiales de contrainteligencia, que también contaban con una gama de operaciones bastante independientes, y que, de manera análoga, afirmaban no saber nada sobre Shaka. A lo mejor estaban empleando la útil invención de la CIA: la «negación plausible». Hasta es posible que estuvieran diciendo la verdad.

Según una de las teorías, Shaka había empezado siendo una palabra clave y luego —de forma parecida a lo sucedido con el «Teniente Kiyé», de Prokofieff —había adquirido vida propia, porque resultaba útil para varias burocracias clandestinas. Era indudable que esto explicaría el hecho de que ninguno de sus miembros hubiera desertado jamás y tampoco hubiera sido arrestado.

Pero quienes creían que Shaka de verdad existía daban otra explicación (algo forzada, por cierto). Todos sus agentes habían sido psicológicamente preparados para autodestruirse ante la más mínima posibilidad de ser sometidos a un interrogatorio.

Fuera cual fuere la verdad, nadie pudo imaginar seriamente que, más de dos siglos después de su muerte, la leyenda del gran tirano zulú extendería su sombra a través de mundos que el propio Shaka nunca conoció.

25. EL MUNDO OCULTO

Durante la década posterior a la ignición de Júpiter y a la diseminación del Gran Descongelamiento a través del sistema de satélites del ex planeta, Europa había sido dejada en la más estricta soledad. Después los chinos habían llevado a cabo un rápido vuelo de circunvalación y habían sondeado las nubes con radar en un intento por localizar los restos de la Tsien. No habían tenido éxito, pero los mapas que hicieron del Lado Diurno fueron los primeros en mostrar los nuevos continentes que surgían ahora, cuando se fundía la cubierta de hielo.

También habían descubierto una formación perfectamente recta, de dos kilómetros de largo, cuyo aspecto era tan artificial que pronto se le impuso el nombre de «La Gran Muralla». Debido a su forma y tamaño se supuso que era el Monolito... o un monolito, ya que millones de ellos se habían reproducido en las horas previas a la creación de Lucifer.

No obstante no se había producido ninguna reacción o indicio de señal inteligente procedentes de la parte inferior de las nubes, que se iban espesando de forma continua y regular. De ahí que algunos años más tarde se colocaran en órbita permanente satélites de reconocimiento y que se dejaran caer en la atmósfera globos sonda para grandes alturas, con el fin de estudiar el patrón que seguían los vientos; los meteorólogos terrestres opinaban que esos vientos tenían un interés absorbente porque Europa —con un océano central y un sol que nunca se ponía— ofrecía un modelo, bellamente simplificado, para los libros de texto.

De esta manera había comenzado el juego de la «Ruleta Europea», como solían denominarlo los administradores cada vez que los científicos proponían acercarse más al satélite. Tras cincuenta años sin peripecia alguna, eso se había vuelto algo tedioso. El capitán Laplace tenía la esperanza de que se mantuviera de esa manera, y había exigido una considerable reafirmación de que todo iría bien por parte del doctor Anderson.

—Personalmente —le había dicho al científico—, consideraría un acto poco amistoso el hecho de hacer que una tonelada de hierros capaces de perforar un blindaje se dejen caer sobre mí a mil kilómetros por hora. Estoy bastante sorprendido de que el Consejo Mundial le haya concedido el permiso.

El doctor Anderson también estaba un poco sorprendido, aunque no lo hubiera estado de haber sabido que el proyecto era el último punto de una larga agenda de un Subcomité de Ciencias que se había reunido un viernes por la tarde. Con pequeñeces así se escribe la Historia.

—Coincido con usted, capitán. Pero estamos operando bajo limitaciones muy estrictas y no hay posibilidad de interferir con los europeos, quienesquiera que sean. Estamos apuntando a un blanco que se encuentra a cinco kilómetros por encima del nivel del mar.

—Eso tengo entendido. ¿Qué es lo que resulta tan interesante del monte Zeus?

—Es un total misterio, ya que ni siquiera estaba ahí hace unos años. Así que ya se puede imaginar por qué vuelve locos a los geólogos.

—Y su aparatito lo analizará cuando se meta en el satélite.

—Exacto. En realidad, no debería estar diciendo esto, pero se me pidió que mantenga en secreto los resultados, y que los envíe de vuelta a la Tierra expresados en clave. Es obvio que alguien está sobre la pista de un gran descubrimiento y que tomen la delantera en la publicación. ¿Habría creído que los científicos podían ser tan mezquinos?

Al capitán Laplace no le costaba mucho creerlo, pero no quiso desilusionar al doctor Anderson, cuya ingenuidad resultaba conmovedora. Fuera lo que fuere lo que estaba ocurriendo —y al capitán ya no le quedaba ninguna duda de que en esta misión había mucho más de lo que se podía ver—, Anderson no sabía nada al respecto.

—Sólo me queda la esperanza, doctor, de que a los europeos no les dé por el alpinismo. Odiaría tener que interrumpir cualquier intento de colocar una bandera en su Everest local.

Se produjo una sensación de desacostumbrada excitación a bordo de la Galaxy cuando se lanzó el penetrómetro; incluso dejaron de hacerse las consabidas bromas. Durante las dos horas que duró la larga caída de la sonda hacia el Europa la práctica totalidad de los miembros de la tripulación encontró alguna excusa, perfectamente legítima, para visitar el puente y contemplar la operación de guía. Cincuenta minutos antes del impacto el capitán Laplace declaró el puente zona prohibida para todos los visitantes menos para la nueva azafata de la nave, Rosie, sin cuyo ininterrumpido suministro de peras elásticas llenas de excelente café la operación no habría podido continuar.

Todo iba a la perfección. Poco después del ingreso en la atmósfera se extendieron los frenos para aire, que frenaron el penetrómetro hasta darle una aceptable velocidad de impacto. La imagen del blanco recibida a través del radar —sin detalles distintivos, sin indicación de escala de referencia— crecía constantemente en la pantalla. A la hora del

impacto menos un segundo todos los grabadores automáticamente pasaron a velocidad de registro...

Pero no hubo nada en absoluto que registrar.

—Ahora sé —dijo el doctor Anderson, con tristeza— qué es exactamente lo que sintieron en el Laboratorio de Propulsión a Chorro cuando aquellos primeros Ranger chocaron con la Luna, con sus cámaras ciegas.

26. VIGILANCIA NOCTURNA

Sólo el tiempo es universal; el día y la noche no son más que costumbres locales exquisitamente arcaicas que se encuentran en aquellos planetas a los que las fuerzas de marea todavía no les ha arrebatado la rotación. Pero sea cual sea la distancia que recorran desde su mundo nativo, los seres humanos nunca pueden huir del ritmo diurno, impuesto desde tiempo inmemorial por su ciclo de luz y oscuridad.

Por esta razón a la una y cinco minutos, tiempo universal, el segundo oficial Chang estaba solo en el puente mientras toda la nave dormía a su alrededor. Tampoco había verdadera necesidad de que Chang estuviese despierto, ya que los sensores electrónicos de la Galaxy descubrirían cualquier falla de funcionamiento mucho antes de lo que jamás podría hacer el hombre. Pero un siglo de cibernética había demostrado que los seres humanos seguían siendo ligeramente superiores a las máquinas para habérselas con lo inesperado, y más pronto o más tarde lo inesperado siempre ocurría.

«¿Dónde estará mi café?», pensó Chang de mal humor. No era propio de Rosie llegar tarde. Se preguntaba si la azafata se habría visto afectada por la misma indisposición que afligía por igual a científicos y tripulantes, después de los desastres de las veinticuatro horas pasadas.

Con posterioridad al fracaso del primer penetrómetro, se había convocado una apresurada reunión para deliberar y decidir cuál sería el siguiente paso. Quedaba una de las unidades, y aunque se había pensado emplearla en Calisto, podría ser usada igualmente bien aquí.

—Y de todos modos —había argumentado el doctor Anderson—, ya hemos descendido en Calisto y hemos verificado que no hay nada allí, salvo variedades de hielo agrietado.

No había habido desacuerdo. Después de una demora de doce horas para hacer modificaciones y pruebas, el penetrómetro número tres fue lanzado hacia el paisaje europeo, siguiendo la invisible huella de su precursor.

Esta vez los grabadores de la nave sí obtuvieron algunos datos... durante cerca de medio milisegundo. El medidor de aceleración de la sonda —que estaba calibrado para operar bajo una gravedad de hasta veinte mil g— emitió una sola pulsación breve antes de salir de escala. Todo tuvo que haberse destruido en menos de un abrir y cerrar de ojos.

Tras un segundo y aún más lúgubre informe de necropsia se decidió informar a la Tierra y, en órbita elevada en torno a Europa, aguardar la llegada de más instrucciones antes de proseguir el vuelo a Calisto y las lunas exteriores.

—Lamento llegar tarde, señor —dijo Rosie McMahon (uno nunca supondría, por su nombre, que Rosie era ligeramente más oscura que el café que servía)—. Debo de haber puesto mal el despertador de mi reloj.

—Es una suerte —dijo el oficial de guardia, con una risita ahogada— que usted no esté dirigiendo esta nave.

—No entiendo cómo alguien puede dirigirla —respondió Rosie—. Todo parece ser tan complicado...

—Ah, no es tan feroz como aparenta —dijo Chang—. ¿Y no les imparten algo de teoría espacial básica, en su curso de entrenamiento?

—Bueno... sí. Pero nunca lo entendí mucho. Órbitas y todas esas tonterías.

El segundo oficial Chang estaba aburrido, de modo que consideró que sería una delicadeza por su parte aclarar las dudas de su público. Y si bien Rosie no era exactamente su tipo, saltaba a la vista que era atractiva; un pequeño esfuerzo ahora podría significar una inversión valiosa. En ningún momento se le ocurrió pensar que, después de haber cumplido su trabajo, era muy posible que Rosie quisiera seguir durmiendo.

Veinte minutos más tarde el segundo oficial Chang señaló, con un amplio movimiento de la mano, la consola de navegación, y concluyó de forma expansiva:

—Así que, como puede ver, en realidad es casi automático. Sólo se necesita ingresar unos números por el teclado y la nave se encarga del resto.

Rosie parecía que empezaba a cansarse; no dejaba de mirar su reloj.

—Lo siento —dijo Chang, súbitamente contrito—. No debería haberla mantenido despierta.

—Oh, no... es sumamente interesante. Por favor, continúe.

—Claro que no. Quizás en otra ocasión. Buenas noches, Rosie... y gracias por el café.

—Buenas noches, señor.

La azafata de tercera clase Rosie McMahon se dirigió (no con demasiada destreza) hacia la puerta aún abierta. Chang no se molestó en mirar hacia atrás cuando oyó que la puerta se cerraba.

Por eso fue un considerable choque emocional oír que, pocos segundos después, una voz femenina, en absoluto familiar, lo llamaba.

—Señor Chang, no se moleste en apretar el botón de alarma porque está desconectado. Aquí están las coordenadas de descenso. Haga bajar la nave.

Poco a poco y mientras se preguntaba si se había quedado dormido y se trataba de una pesadilla, Chang giró su silla.

La persona que había sido Rosie McMahon estaba flotando al lado de la escotilla oval y se mantenía inmóvil debido a que se había cogido a la palanca que cerraba la puerta. Todo en ella parecía haber cambiado; en un instante, se habían invertido los papeles del hombre y la mujer: la tímida azafata que nunca había mirado a Chang a los ojos ahora lo observaba de hito en hito, con una mirada impía, fría, que hacía que el segundo oficial se sintiera como un conejo hipnotizado por una serpiente. La pistola —pequeña pero de aspecto letal— que sostenía la mano libre de la mujer parecía un ornamento innecesario:

Chang no tenía la menor duda de que Rosie lo podría matar con suma eficiencia sin necesidad de usar el arma.

No obstante, tanto la autoestima de Chang como su orgullo profesional exigían que no se rindiera sin alguna especie de lucha. Al menos tal vez lograra ganar tiempo.

—Rosie —dijo. Y en ese momento, sus labios tuvieron dificultad para formar un nombre que, de repente, se había vuelto inadecuado—. Esto es totalmente ridículo. Lo que le acabo de decir... sencillamente, no es cierto; tomaría horas computar la órbita correcta, y yo precisaría de alguien que me ayudara. Un copiloto, por lo menos.

La pistola no tembló.

—No soy tonta, señor Chang. Esta nave no tiene limitaciones de energía como los antiguos cohetes impulsados por combustible químico. La velocidad de liberación de Europa es tan sólo de tres kilómetros por segundo. Parte del entrenamiento que usted recibió consistía en hacer un aterrizaje de emergencia, estando la computadora principal fuera de servicio. Ahora puede poner esos conocimientos en práctica. La ventana correspondiente a un contacto óptimo con la tierra, en las coordenadas que le di, se abrirá dentro de cinco minutos.

—Ese tipo de operación —dijo Chang, que ahora estaba empezando a transpirar con abundancia— tiene un índice estimado de fallo del veinticinco por ciento. —La cifra verdadera era del diez por ciento, pero dadas las circunstancias, el segundo oficial

consideró que quedaba justificada su exageración—. Además, han pasado años desde que hice la prueba de efectuar ese tipo de descenso.

—En ese caso —replicó Rosie McMahon—, tendré que eliminarlo a usted y solicitar al capitán que me envíe a alguien más cualificado. Lo que será molesto, porque perderemos esta ventana y tendremos que esperar un par de horas hasta la siguiente. Quedan cuatro minutos.

El segundo oficial Chang sabía cuándo era vencido; por lo menos, lo había intentado.

—Déme esas coordenadas —dijo.

27. ROSIE

El capitán Laplace se despertó de inmediato, cuando se oyeron los primeros golpes, suaves y repetidos como los de un lejano pájaro carpintero, provenientes de los cohetes para control de altura. Durante un instante se preguntó si estaba soñando; pero no, no cabía duda de que la nave estaba girando en el espacio.

Quizá se estaba poniendo demasiado caliente de uno de los lados y el sistema de control térmico estaba haciendo algunos ajustes menores. Eso sí ocurría de vez en cuando, y constituía un baldón para el oficial que estaba de servicio, quien debía haberse dado cuenta de que se estaba alcanzando la curva envolvente de temperatura.

Extendió la mano hacia el botón del intercomunicador, para llamar a... ¿quién se hallaba al frente...? Sí, el señor Chang se hallaba en el puente. La mano nunca llegó a completar el movimiento.

Después de haber pasado días en estado de ausencia de peso, hasta un décimo de la gravedad resulta ser un choque emocional. Al capitán le pareció que habían transcurrido minutos —aunque sólo tuvieron que haber sido unos pocos segundos— antes de que pudiera destrabar su arnés de contención y levantarse de su litera con grandes esfuerzos. Esta vez encontró el botón y hundió el dedo con furia. No hubo respuesta.

Trató de pasar por alto el ruido ahogado de los golpes y topetazos que se daban entre sí y que daban contra la nave los objetos inadecuadamente afianzados, a los que la repentina iniciación de la gravedad había cogido desprevenidos. Las cosas parecían seguir cayendo durante largo tiempo, pero en esos momentos el único sonido anormal era el alarido apagado, muy distante, del sistema impulsor, que estaba funcionando a todo vapor.

Laplace abrió de un tirón la cortina que cubría la ventanilla de la cabina y miró las estrellas. Sabía, de manera aproximada, hacia dónde debía de estar apuntando el eje de

la nave; incluso si sólo lo podía estimar con una aproximación de treinta o cuarenta grados, eso le permitiría establecer la distinción entre dos alternativas posibles.

El curso de la Galaxy se podía fijar para que ganara o para que perdiera velocidad de mantenimiento en órbita. Ahora estaba perdiendo velocidad... y, en consecuencia, estaba preparándose para caer hacia Europa.

Se oía un golpeteo incesante en la puerta, y el capitán se dio cuenta de que podía haber transcurrido poco más de un minuto. El segundo oficial Floyd y otros dos miembros de la tripulación estaban apretujados en el corredor, que se estaba volviendo más estrecho.

—El puente está bajo llave, señor —informó Floyd, sin aliento—. No nos podemos meter... y Chang no responde. No sabemos qué ha sucedido.

—Me temo que yo sí lo sé —respondió el capitán Laplace, mientras se ponía los pantalones cortos—. No cabía duda de que algún loco lo iba a intentar, más pronto o más tarde. Nos están secuestrando, y sé hacia dónde. Pero de lo que no tengo la más remota idea es del porqué.

Echó un vistazo a su reloj e hizo un rápido cálculo mental:

«Con esta intensidad de avance habremos abandonado órbita dentro de quince minutos..., digamos que dentro de diez, para dejarnos un margen. Sea como fuere, ¿podemos cortar la energía impulsora, sin poner la nave en peligro?»

El segundo oficial Yu, de Ingeniería, tenía aspecto de sentirse muy desdichado, pero de manera voluntaria brindó una renuente respuesta:

—Podríamos abrir los interruptores de circuito que hay en las líneas de bombeo que llegan a los motores, y cortar el suministro propulsor.

—¿Podemos llegar hasta esos interruptores?

—Sí. Están en la Cubierta Tres.

—Entonces, vamos.

—Eh... entonces el sistema independiente de respaldo tomaría el control. Con fines de seguridad, ese sistema se encuentra detrás de un mamparo herméticamente cerrado, en la Cubierta Cinco... Tendríamos que conseguir pinzas cortantes... No, no se podría hacer a tiempo.

El capitán Laplace lo había temido, pues los genios que habían diseñado la Galaxy habían tratado de proteger la nave contra toda forma razonable de accidente. No había habido forma alguna de salvaguardarla de la malevolencia humana.

—¿Alternativas?

—No, con el tiempo de que se dispone, me temo que no.

—Entonces vayamos al puente y veamos si podemos hablar con Chang... y con quienquiera que se halle con él.

¿Y quién podría ser ese alguien?, se preguntaba Laplace. Se resistía a creer que pudiese ser un miembro de la tripulación regular. Eso dejaba... claro, ¡ésa era la respuesta! Ya lo podía ver: «Investigador monomaniaco trata de probar teoría; experimentos frustrados; decide que la búsqueda de conocimientos tiene prioridad sobre todo lo demás...»

Resultaba incómodo pensar que parecía uno de esos melodramas baratos en los que aparece algún científico loco, pero ello encajaba a la perfección con los hechos. Laplace se preguntaba si el doctor Anderson habría decidido que ése era el único camino que llevaba al premio Nobel.

Esa teoría quedó rápidamente descartada cuando apareció el geólogo jadeando, sin aliento y desgreñado.

—Por el amor de Dios; capitán, ¿qué está pasando? ¡Nos estamos desplazando con plena potencia! ¿Vamos hacia arriba... o hacia abajo?

—Hacia abajo —respondió el capitán Laplace—. Dentro de unos diez minutos, estaremos en una órbita de colisión con Europa. Sólo me queda la esperanza de que quienquiera que esté en el control sepa lo que está haciendo.

Ahora se hallaban en el puente, frente a la puerta cerrada. Ningún sonido llegaba del otro lado.

Laplace golpeteó la puerta de la forma más sonora que le fue posible sin rasparse los nudillos.

—¡Habla el capitán! ¡Déjenos entrar!

Se sintió bastante estúpido al dar una orden a la que seguramente se le haría caso omiso, pero esperaba que hubiera alguna reacción, por lo menos. Ante su sorpresa, sí la hubo.

El altavoz exterior se activó con un siseo, y una voz dijo:

—No intente nada necio, capitán. Tengo un arma y el señor Chang está obedeciendo mis órdenes.

—¿De quién se trata? —musitó uno de los oficiales—. ¡Parecía una mujer!

—Tiene razón —dijo el capitán, con gesto sombrío.

Sin duda eso reducía las alternativas, pero en modo alguno ayudaba a resolver la cuestión.

—¿Qué espera lograr? ¡Sabe que no tiene posibilidad alguna de salirse con la suya! —gritó, tratando de que su voz sonara autoritaria y no quejumbrosa.

—Descenderemos en Europa. Y si quiere volver a despegar, no trate de detenerme.

—El cuarto de esa mujer está completamente limpio —informó el segundo oficial Chris Floyd treinta minutos más tarde, cuando el impulso de la nave se hubo reducido a cero y la Galaxy estaba cayendo por el elipse que pronto pasaría rasante por la atmósfera de Europa. La situación era comprometida; si bien en este momento era posible inmovilizar los motores, hacerlo sería un suicidio. Se les volvería a necesitar para hacer el descenso... aunque eso tan sólo podía ser una forma más demorada de suicidio.

—¡Rosie McMahon! ¡Quién lo hubiera creído! ¿Suponen que está drogada?

—No —dijo Floyd—. Esto ha sido planeado con todo detalle. Ella debe de tener una radio oculta en algún lugar de la nave. Tendríamos que buscarla.

—Hablas como un maldito policía.

—Eso es todo, caballeros —dijo el capitán.

Los ánimos se estaban caldeando como consecuencia sobre todo, de una absoluta frustración y del fracaso total para establecer contacto ulterior con el parapetado puente. Laplace miró su reloj.

—Menos de dos horas para que penetremos en la atmósfera... o lo que queda de ella. Estaré en mi camarote; es muy posible que traten de llamarme ahí. Señor Yu, por favor, quédese junto al puente e informe en seguida sobre cualquier cosa que suceda.

Nunca se había sentido tan indefenso en toda su vida, pero hay ocasiones en las que no hacer nada es lo único que se puede hacer. Mientras salía de la sala de oficiales, oyó que alguien decía en tono anhelante:

—Me vendría bien una taza de café. Rosie hacía el mejor que yo haya tenido oportunidad de probar.

«Sí —pensó el capitán con expresión sombría—, no cabe duda de que es eficiente. Cualquiera que sea la tarea que ella aborde, la realizará de forma concienzuda.»

28. DIÁLOGO

Sólo había un hombre, a bordo de la Galaxy, que podía considerar la situación de manera diferente a un desastre total. «Puede que esté a punto de morir», se dijo Rolf van der Berg, «pero, por lo menos, tengo la oportunidad de ganar la inmortalidad científica». Aunque ése pudiera ser un pobre consuelo, era más que la esperanza que podía albergar cualquier otra de las personas que se encontraban en la nave.

Que la Galaxy se dirigía al monte Zeus era algo que Van der Berg no dudó ni por un instante, ya que ninguna otra cosa había en Europa que tuviera importancia. En realidad no existía nada que fuese siquiera remotamente comparable, en ningún planeta.

Así que su teoría —y tenía que admitir que seguía siendo sólo una teoría— ya no era un secreto. ¿Cómo se pudo haber filtrado?

Implícitamente confiaba en su tío Paul, pero éste podía haber sido indiscreto. Era más probable que alguien le hubiera intervenido las computadoras, quizá como un asunto de rutina. De ser así, el anciano científico bien podría estar en peligro; Rolf se preguntó si podría —o si debería— prevenirlo. Sabía que el oficial de comunicaciones estaba tratando de ponerse en contacto con Ganimedes, a través de uno de los transmisores de emergencia; ya se había activado un aviso por radiofaro automático y en ese momento la noticia ya estaría a punto de llegar a la Tierra; había sido enviada hacía ya casi una hora.

—Entre —dijo en respuesta al golpe suave que oyó en la puerta de su cabina—. Ah, hola, Chris. ¿Qué desea?

Le había sorprendido ver al segundo oficial Chris Floyd, a quien no conocía mejor que a cualquier otro de sus colegas. Si descendían sanos y salvos en Europa, pensó lúgubrementemente, podrían llegar a conocerse mucho mejor de lo que habrían deseado.

—Hola, doctor. Usted es la única persona que se halla por aquí, y me preguntaba si me podría ayudar.

—No estoy seguro de que alguien pueda ayudar a nadie en estos momentos. ¿Qué es lo último que se sabe del puente?

—Nada nuevo. Acabo de dejar ahí arriba a Yu y a Gillings, que están tratando de fijar un micrófono en la puerta. Pero nadie parece estar hablando allá dentro; no me sorprende, Chang debe de estar sumamente ocupado.

—¿Nos puede hacer bajar sanos y salvos?

—Es el mejor. Si hay alguien que lo puede hacer, ese alguien es él. Me preocupa más cómo volver a despegar.

—Dios... no me había anticipado tanto. Pensaba que eso no representaba un problema.

—Podría ser marginal. Recuerde que esta nave ha sido diseñada para hacer operaciones en órbita. No habíamos planeado bajar en ninguna de las lunas importantes... aunque temamos la esperanza de encontrarnos con Ananke y Carmen. Así que podríamos quedar varados en Europa... sobre todo si Chang ha tenido que desperdiciar propulsor al buscar un buen sitio para descender.

—¿Sabemos dónde está tratando de descender? —preguntó Rolf, que intentaba no parecer más interesado de lo que razonablemente cabría esperar. No lo consiguió, pues Chris le dirigió una mirada penetrante:

—No hay forma de que podamos saberlo en esta etapa, aunque podremos tener una idea más clara cuando empiece a frenar. Pero usted conoce estas lunas, ¿dónde cree usted que bajaremos?

—Sólo hay un lugar interesante: el monte Zeus.

—¿Por qué querría alguien descender ahí?

Rolf se encogió de hombros.

—Ésa era una de las cosas que esperábamos descubrir. Costó dos penetrómetros caros.

—Y parece que va costar mucho más. ¿Se le ocurre alguna idea?

—Habla como un policía —dijo Van der Berg con una amplia sonrisa, pues no fue su intención decirlo en serio.

—¡Qué raro! Ésta es la segunda vez que me dicen eso en la última hora.

En ese instante se produjo una sutil alteración en la atmósfera de la cabina, casi como si el sistema de mantenimiento de la vida se hubiese reajustado a sí mismo.

—Oh, tan sólo estaba bromeando... ¿Lo es usted?

—Si lo fuera, no lo admitiría, ¿no es así?

«No es una respuesta», pensó Van der Berg, aunque, si lo pensaba mejor, quizá lo fuera.

Miró con atención al joven oficial, y reparó —no por primera vez— en el extraordinario parecido que tenía con su famoso abuelo. Alguien había mencionado que Chris Floyd sólo se había incorporado a la Galaxy para esta misión, procedente de otra nave de la flota Tsung, y ese mismo alguien había añadido, con sarcasmo, que en cualquier negocio resultaba útil tener conexiones. Pero no se había enjuiciado la capacidad de Floyd, ya que era un excelente oficial de navegación espacial. Esas aptitudes podrían habilitarlo también para otros trabajos de tiempo parcial; bastaba con considerar el caso de Rosie McMahon, quien, ahora que Rolf lo pensaba, también se había incorporado a la Galaxy inmediatamente antes de esta misión.

Rolf van der Berg sentía que se había enredado en alguna basta y tenue telaraña de intrigas interplanetarias, y en su condición de científico habituado a obtener respuestas por lo general directas a los interrogantes que le planteaba a la Naturaleza, no disfrutaba de esta situación.

Pero difícilmente podría sostener que era una víctima inocente. Había intentado ocultar la verdad, o al menos lo que él creía que era la verdad. Y ahora las consecuencias de ese engaño se habían multiplicado como los neutrones de una reacción en cadena, con resultados que podrían ser igualmente desastrosos.

¿De qué lado estaba Chris Floyd? ¿Cuántos lados había?

Era indudable que el Bund estaría implicado, una vez que el secreto se hubo filtrado. Pero existían grupos disidentes dentro del Bund mismo, y grupos que se oponían a esos grupos. Era como la galería de espejos de un parque de diversiones.

Había un punto, sin embargo, del que Rolf se sentía seguro, dentro de límites razonables: en Chris Floyd se podía confiar, aunque sólo fuera debido a sus conexiones. «Apostaría —pensó Van der Berg— a que fue asignado a la ASTROPOL mientras durara la misión, sea ésta prolongada o breve, esa misión podría ser ahora...»

—Me gustaría ayudarle, Chris —dijo lentamente—. Como probablemente sospechará, sí, tengo algunas teorías. Pero pueden seguir siendo un completo disparate... En menos de media hora es posible que sepamos la verdad. Hasta ese momento, prefiero no decir nada.

«Y esto no es tan sólo innata terquedad bóer», agregó para sus adentros. Si se había equivocado, preferiría no morir entre hombres que supieran que él era el idiota que los había llevado a la destrucción.

29. DESCENSO

El segundo oficial Chang había estado luchando con todas sus fuerzas con el problema, desde que la Galaxy —lo cual le sorprendió y al mismo tiempo le alivió— se había introducido con éxito en una órbita de transferencia. Durante las dos horas siguientes la nave iba a estar en las manos de Dios o, por lo menos, de Sir Isaac Newton. No se podía hacer nada en absoluto salvo esperar hasta la realización de la última maniobra de frenado y descenso.

Durante un breve lapso, Chang pensó en tratar de engañar a Rosie, aplicando a la nave un vector inverso en el instante de máxima aproximación y, de ese modo, volviendo a llevarla al espacio. En ese momento volvería a estar en una órbita estable y, con el tiempo, se podría organizar una partida de rescate desde Ganimedes. Pero había una objeción fundamental a esta treta: sin lugar a dudas, él no estaría vivo en el momento del rescate. Aunque Chang no era cobarde, había preferido no convertirse en héroe póstumo de las rutas espaciales.

De todas formas, sus oportunidades de sobrevivir durante la siguiente hora parecían ser remotas. Se le había ordenado que hiciera descender, sin ayuda alguna, una nave de tres mil toneladas, en territorio totalmente desconocido. Ésta era una hazaña que ni siquiera se atrevería a intentar en la familiar superficie de la Luna.

—¿Cuántos minutos faltan para que empiece a frenar? —preguntó Rosie. Parecía más una orden que una pregunta; era evidente que la mujer conocía los principios esenciales de la astronáutica, y Chang abandonó sus últimas alocadas fantasías de engañarla con tretas.

—Cinco —respondió con renuencia—. ¿Puedo avisar al resto de los ocupantes de la nave para que se preparen?

—Yo lo haré. Déme el micrófono... ÉSTE ES EL PUENTE. EMPEZAMOS A FRENAR DENTRO DE CINCO MINUTOS. REPITO: CINCO MINUTOS. FUERA.

Para los científicos y oficiales congregados en la sala de oficiales el mensaje no fue en absoluto inesperado. Habían tenido suerte en un punto: no se habían hecho apagar los monitores externos de televisión. Tal vez Rosie se había olvidado de ellos; aunque lo más probable era que ni se hubiera preocupado de ellos. Así que ahora, en su calidad de espectadores indefensos —en un sentido estrictamente literal, en su calidad de espectadores que no podían dejar de presenciar el programa—, podían contemplar cómo se iba desarrollando su propia destrucción.

La nublada media luna de Europa ocupaba ya todo el campo visual de la cámara posterior. No había solución de continuidad en ninguna parte del compacto cielo, cubierto de nubes de vapor de agua que se volvía a condensar mientras regresaba al Lado Nocturno. Eso no era importante, ya que el descenso se controlaría por radar hasta el último momento. Pero prolongaría la agonía de los observadores que tuviesen que depender de la luz visible.

Nadie fijaba la vista con más atención en el mundo que se acercaba que el hombre que lo había estudiado con tanta frustración durante casi una década. Rolf van der Berg, sentado en una de las endebles sillas de poca gravedad, con el cinturón de contención levemente ajustado, apenas sí se dio cuenta de la primera aparición del peso, cuando empezó a disminuir la velocidad.

En un lapso de cinco segundos alcanzaron pleno impulso. Todos los oficiales hacían rápidos cálculos en sus comsets; sin acceso a Navegación sólo podían hacer conjeturas y el capitán Laplace aguardó a que hubiera consenso.

—Once minutos —anunció al cabo de unos instantes—, suponiendo que no vaya a detenerlo en el aire, a diez kilómetros, justo por encima del manto de nubes, y que después vaya en línea recta. Eso podría durar otros cinco minutos.

No fue preciso que añadiera que el último segundo de esos cinco minutos sería el más crítico.

Europa parecía decidida a conservar sus secretos hasta el último momento. Cuando la Galaxy estuvo en vuelo estacionario, inmóvil, exactamente por encima del paisaje de nubes, todavía no se recibió señal alguna de que hubiera tierra firme —ni mar— abajo. Después, durante unos segundos angustiosos, las pantallas quedaron completamente en blanco... excepto por una fugaz visión del ahora extendido y muy raramente empleado tren de aterrizaje. El ruido de su salida, unos minutos antes, había producido una breve agitación entre los pasajeros; ahora, sólo podían confiar en que ese dispositivo cumpliera con su deber.

«¿Qué espesor tendrá esta maldita capa de nubes? —se preguntó Van der Berg—. ¿Llegará hasta bien abajo...?»

No, se estaba deshaciendo, se hacía más delgada, hasta transformarse en un conjunto de plumas y mechones... y allí estaba la nueva Europa, extendida, según parecía, a apenas unos miles de metros por debajo de la nave espacial.

En realidad, era nueva; no era preciso ser geólogo para darse cuenta. Cuatro mil millones de años atrás, la Tierra, en su infancia, quizás había tenido este aspecto, cuando la tierra y el mar se preparaban para comenzar su eterno conflicto.

Hasta hacía cincuenta años aquí no había habido ni tierra ni mar; sólo hielo. Pero ahora el hielo se había fundido en el hemisferio que miraba a Lucifer y el agua que había resultado de esa fusión había hervido hacia las alturas... y se había depositado en el Lado Nocturno, que de forma constante tenía temperaturas bajo cero. El traslado de miles de millones de toneladas de líquido de un hemisferio a otro había sacado a la superficie antiguos lechos marinos que nunca antes habían conocido la luz, ni siquiera la pálida luz del muy lejano Sol.

Tal vez algún día estos retorcidos paisajes serían suavizados y amansados por un manto de vegetación que se extendería sobre ellos; ahora, eran estériles coladas de lava y fangosos llanos que humeaban de modo apacible interrumpidos, de vez en cuando, por masas de rocas que tenían estratos inclinados en extraños ángulos. Era evidente que ésta había sido una zona en la que habían tenido lugar grandes perturbaciones tectónicas, lo que apenas podía sorprender, teniendo en cuenta que había sido testigo del nacimiento reciente de una montaña del tamaño del Everest.

Y ahí estaba, alzándose sobre el extrañamente cercano horizonte. Rolf van der Berg sintió una opresión en el pecho y un hormigueo en la nuca. Ya no a través de los distantes sentidos impersonales de los instrumentos sino con sus propios ojos, estaba contemplando la montaña de sus sueños.

Como muy bien sabía, la montaña tenía la forma aproximada de un tetraedro, inclinado de tal modo, que una de las caras era casi vertical. (Ése sería un atractivo desafío para los escaladores, incluso con esta gravedad, en especial porque no podrían hincar los pitones...) La cumbre estaba escondida entre las nubes, y gran parte de la suave ladera que daba donde estaban ellos se hallaba cubierta de nieve.

—¿Es por eso por lo que se ha armado todo este alboroto? —refunfuñó alguien—. A mí me parece que es una montaña perfectamente normal. Pienso que una vez se ha visto una... —Se le obligó a callar con un airado «¡silencio!».

En ese momento, la Galaxy estaba descendiendo lentamente hacia el monte Zeus, mientras Chang buscaba un buen sitio para aterrizar. La nave tenía muy poco control lateral, pues el noventa por ciento de ese control lateral se tenía que usar tan sólo para sostenerla. Había propulsor suficiente para seguir en vuelo estacionario durante unos cinco minutos; después, Chang todavía podría posar la nave de forma segura... pero nunca podría volver a despegar.

Neil Armstrong se había enfrentado al mismo dilema, casi cien años atrás. Pero no había estado pilotando con un arma apuntándole a la cabeza.

Y sin embargo, durante los últimos cinco minutos, Chang se había olvidado por completo tanto del arma como de Rosie. Todos sus sentidos estaban concentrados en la tarea que lo aguardaba; virtualmente, el segundo oficial formaba parte de la gran máquina a la que estaba controlando. La única emoción humana que le quedaba no era el miedo sino el júbilo. Éste era el trabajo para cuya realización había sido entrenado; éste era el momento descollante de su carrera profesional... aun cuando pudiera ser la escena final.

Y era hacia eso hacia lo que parecía estar abocándose, pues ahora el pie de la montaña estaba a menos de un kilómetro de distancia... y Chang todavía no encontraba un sitio para descender. El terreno era increíblemente escabroso y estaba desgarrado por cañones y salpicado por bloques gigantescos. El segundo oficial no había visto una sola superficie horizontal que fuese más grande que una cancha de tenis, y la línea roja del medidor de propulsor estaba tan sólo a treinta segundos de distancia.

Pero por fin, a lo lejos, Chang divisó una superficie lisa, muchísimo más lisa que cualquier otra que hubiera visto. Era su única oportunidad, dado el margen de tiempo de que disponía.

Como si fuera un malabarista, Chang mantuvo con delicadeza el equilibrio del gigantesco e inestable cilindro, y lo llevó hacia la zona de terreno horizontal... que parecía estar cubierto de nieve... Sí, lo estaba... el chorro del escape estaba haciendo volar la nieve... pero, ¿qué había debajo...? Parecía ser hielo... debía ser un lago congelado... ¿Qué espesor tendría? ¿QUÉ ESPESOR...?

Con un mazazo, las quinientas toneladas de las toberas principales de la Galaxy golpearon la traidora superficie: una telaraña de líneas que salían en todas direcciones, desde el punto de incidencia del chorro de la nave, se extendió a toda velocidad de punta a punta de esa congelada superficie; el hielo se agrietó y grandes láminas empezaron a darse vuelta. Olas concéntricas de agua en ebullición se lanzaron hacia fuera, mientras la furia del chorro impulsor soplaba dentro del lago, súbitamente expuesto.

Gracias a la pericia que le daba el ser un oficial bien entrenado, Chang reaccionó en el acto, sin las fatales vacilaciones del pensamiento: su mano izquierda arrancó con violencia la barra del cerrojo de seguridad, y la derecha aferró la palanca roja protegida de dicho cerrojo, y tiró de ella hasta llevarla a la posición de «abierto».

El programa ABORTAR, que dormía pacíficamente desde el momento mismo del lanzamiento de la Galaxy, asumió el control y arrojó la nave de regreso hacia el cielo.

30. CAÍDA DE LA GALAXY

En la cabina de oficiales la súbita sacudida del avance en intensidad máxima llegó como el aplazamiento de una ejecución: los horrorizados oficiales habían visto el hundimiento del sitio elegido para descender y sabían que sólo había un camino para escapar. Ahora que Chang lo había tomado, una vez más se permitieron el lujo de respirar.

Pero nadie podía conjeturar por cuánto tiempo podrían continuar gozando con esa experiencia, ya que únicamente Chang sabía si la nave tenía propulsor suficiente para alcanzar una órbita estable. El capitán Laplace pensó con pesimismo que, aunque la alcanzara, la demente que tenía el arma le podría ordenar a Chang que volviese e descender. (En realidad, ni por un instante creyó que la mujer de verdad estuviera loca: sabía muy bien qué estaba haciendo.)

De repente, se produjo un cambio en la intensidad del impulso.

—El motor número cuatro se acaba de apagar —dijo un oficial de ingeniería—. No me sorprende, pues es probable que esté sobrecalentado. Su capacidad operativa no está diseñada para mantener tanto tiempo este nivel.

No hubo, por supuesto, sensación de que se hubiera producido alteración alguna en la dirección —la reducción del impulso seguía estando a lo largo del eje de la nave—, pero las imágenes que aparecían en las pantallas de los monitores se ladeaban de manera enloquecida. La Galaxy todavía estaba ascendiendo, pero ya no lo hacía en posición vertical. Se había convertido en un misil balístico que apuntaba en dirección a algún blanco desconocido, en Europa.

Una vez más, el impulso disminuyó con brusquedad; a través de los monitores de vídeo el horizonte volvió a tomar la posición horizontal.

—Ha apagado el motor opuesto; es la única manera de hacer que dejemos de dar volteretas de costado. Pero, ¿podrá mantener la altura? ¡Es muy hábil!

Los científicos que estaban observando no alcanzaban a ver qué había de bueno en esa maniobra. La imagen de los monitores había desaparecido por completo, oculta por una cegadora niebla blanca.

—Está dejando salir el exceso de propulsor... para aligerar la nave...

El impulso de los motores disminuyó hasta cero; la cosmonave estaba en caída libre. En cuestión de segundos, había caído a través de la enorme nube de cristales de hielo que se había producido al explotar el propulsor drenado de los tanques en el espacio. Y allí, debajo de la Galaxy, acercándose con una pausada aceleración de un octavo de la gravedad terrestre, estaba el mar central de Europa. Al menos Chang no tendría que elegir un sitio para el descenso; a partir de ahora sería un proceso operativo normal, tan familiar como un juego de vídeo para los millones de personas que nunca habían ido al espacio y que nunca lo harían.

Todo lo que había que hacer era equilibrar el impulso con la acción de la gravedad, de modo que la cosmonave que descendía alcanzara una velocidad cero a la altura cero. Existía cierto margen de error, pero no mucho, ni siquiera para los acuatizajes que los primeros astronautas norteamericanos habían preferido y que ahora Chang estaba emulando de mala gana. Si el segundo oficial cometía un error —y después de estas horas pasadas, difícilmente se le podría culpar por ello— ninguna computadora de uso familiar le diría: «Lo siento: acaba de estrellarse. ¿Querría probar de nuevo? Responda SÍ/NO...»

Tanto el segundo oficial Yu como sus dos compañeros, quienes, con sus armas improvisadas, estaban al otro lado de la trabada puerta del puente, habían recibido quizá la misión más dura de todas. No disponían de pantallas de monitor que les dijeran qué estaba ocurriendo, y tenían que depender de los mensajes que les llegaban desde la sala de oficiales. No se había oído nada en absoluto a través del micrófono espía, lo que

apenas si podía sorprender. Chang y McMahon tenían muy poco tiempo, o muy poca necesidad, de entablar ningún tipo de conversación.

El contacto con la superficie fue soberbio, apenas hubo alguna sacudida, después volvió a emerger y, gracias al peso de los motores, quedó flotando verticalmente, con la proa hacia arriba.

Fue en ese momento cuando se oyeron los primeros sonidos inteligibles que llegaron a través del micrófono espía.

—Eres una maniática, Rosie —dijo la voz de Chang, más en tono de agotamiento resignado que de ira—. Espero que estés satisfecha. Nos has matado a todos.

Hubo un solo disparo de arma de fuego; después, un largo silencio.

Yu y sus colegas aguardaron ansiosos, a sabiendas de que necesariamente algo habría de suceder pronto. En ese momento oyeron cómo se descorrían los cerrojos y cada uno agarró la llave inglesa o la barra de metal que sostenía: la mujer podría disparar a uno de ellos, pero no a todos.

La puerta giró sobre sus goznes y se abrió muy despacio.

—Lo siento —dijo el segundo oficial Chang—, debo de haberme desvanecido durante un minuto.

Después, como cualquier hombre razonable, se volvió a desmayar.

31. EL MAR DE GALILEA

«Nunca he conseguido entender cómo un hombre se puede convertir en médico, o en sepulturero —pensó el capitán Laplace—. Son dos trabajos realmente repugnantes...»

—Bueno, ¿han encontrado algo?

—No, capitán. Por supuesto, no tengo la clase de equipo adecuada. Existen algunas implantaciones que solamente se podrían localizar a través de un microscopio... al menos, eso me han dicho. Sólo podrían ser de muy corto alcance, de todos modos.

—Quizá hasta un radiotransmisor colocado en alguna parte de la nave... Floyd ha sugerido que hagamos una investigación. Usted ha tomado huellas digitales y... ¿algunos otros elementos de identidad?

—Sí... Cuando nos pongamos en contacto con Ganimedes los transmitiremos junto con los documentos de Rosie. Pero dudo que alguna vez lleguemos a saber quién era o para quién estaba operando. O por qué lo hizo por el amor de Dios.

—Al menos ha demostrado tener instintos humanos —dijo Laplace, meditativo—. Ha debido comprender que había fallado cuando Chang ha tirado de la palanca de aborto de secuencia. Ella podría haberle disparado, en lugar de permitirle que descendiera.

—Eso no nos sirve de mucho, me temo. Permítame decirle algo que ha ocurrido cuando Jenkins y yo hemos lanzado el cadáver a través del vertedero de desechos.

El médico frunció los labios, en una mueca de disgusto.

—Usted tenía razón, claro está: era lo único que se podía hacer. Bueno, no nos hemos molestado en atarle ningún lastre y el cuerpo ha flotado durante algunos minutos. Lo estábamos contemplando para ver si se alejaba de la nave, y entonces...

El médico parecía estar luchando por hallar las palabras adecuadas.

—¿Qué ha pasado, maldita sea?

—Algo ha salido del agua... Algo parecido al pico de un loro, pero unas cien veces más grande. Ha cogido a Rosie de un solo bocado, y ha desaparecido. Estamos en excelente compañía aquí... Aunque pudiéramos respirar en el exterior, lo cierto es que yo no recomendaría a nadie practicar la natación.

—Puente al capitán —dijo el oficial de servicio—. Gran perturbación en el agua. Cámara tres... le daré la imagen.

—¡Eso es lo que he visto! —aulló el médico. Sintió un súbito escalofrío ante el pensamiento inevitable y siniestro: «Espero que no haya vuelto por más.»

De pronto un inmenso bulto emergió con violencia a través de la superficie del océano y se arqueó en el cielo. Por un instante, toda la forma monstruosa quedó suspendida entre el aire y el agua.

Lo familiar puede resultar tan conmocionante como lo extraño... cuando está en el sitio inadecuado: el capitán y el médico exclamaron a la vez:

—¡Es un tiburón!

Apenas hubo tiempo para observar algunas diferencias sutiles —además del monstruoso pico de loro—, antes de que el gigante se volviera a estrellar contra el mar: vieron un par adicional de aletas, y no parecía tener agallas. Ni tenía ojos, pero a cada lado del pico poseía extrañas protuberancias que podrían haber sido otros órganos sensorios.

—Evolución convergente, por supuesto —dijo el médico—. Para los mismos problemas, las mismas soluciones, en cualquier planeta. Considere la Tierra: tiburones, delfines, ictiosaurios... todos los predadores oceánicos tienen que contar con el mismo diseño básico. Sin embargo, ese pico de loro me deja perplejo...

—¿Qué está haciendo ahora?

El ser había vuelto a salir a la superficie, pero ahora se estaba moviendo con mucha lentitud, como si ese solo salto gigantesco lo hubiera agotado. En verdad, parecía encontrarse en dificultades... Tal vez estuviera agonizando, pues agitaba la cola contra el mar, sin intentar desplazarse en ninguna dirección definida.

De repente vomitó su última comida, dio una vuelta de campana y quedó tendido sin vida, con el vientre hacia arriba, al tiempo que el suave oleaje lo movía.

—¡Oh, Dios mío! —susurró el capitán, con la voz impregnada por una súbita sensación de asco—. Creo que ya sé qué ha ocurrido.

—Bioquímicas totalmente incompatibles —dijo el médico. También él parecía haberse estremecido ante el espectáculo—. Rosie ha conseguido una víctima, después de todo.

El Mar de Galilea fue llamado así por el hombre que había descubierto Europa... Y ese hombre, a su vez, había tomado ese nombre de un mar mucho más pequeño, que estaba en otro mundo.

Éste era un mar muy joven, dado que tenía menos de cincuenta años de antigüedad; y al igual que la mayoría de los niños recién nacidos, podía ser bastante turbulento. Si bien la atmósfera de Europa todavía era demasiado tenue como para generar verdaderos huracanes, un viento constante soplabla desde la tierra circundante en dirección a la zona tropical, en el punto por encima del cual se encontraba Lucifer. Aquí, en el punto de mediodía perpetuo, el agua hervía sin interrupción, aunque en esta tenue atmósfera su temperatura era apenas la bastante elevada como para hacer una buena taza de té.

Por fortuna la región turbulenta y humeante de vapor de agua, que estaba inmediatamente debajo de Lucifer, se hallaba a mil kilómetros de distancia; la Galaxy había descendido en una zona de relativa calma, a menos de cien kilómetros de la tierra más próxima. A velocidad máxima la nave podía cubrir esa distancia en una fracción de segundo, pero ahora, mientras planeaba por debajo de las nubes bajas del cielo permanentemente cubierto de Europa, la parte de la tierra parecía estar tan lejana como el más remoto cuásar. Para empeorar aún más las cosas —si es que eso era posible—, el eterno viento que soplabla desde la costa hacia fuera estaba llevando a la Galaxy cada vez más hacia mar adentro. E incluso si la nave se las hubiera podido arreglar para encallar en alguna playa virgen de este nuevo mundo, podría no encontrarse en mejores circunstancias que aquéllas en las que se hallaba ahora.

No obstante, estaría en mejor situación; las cosmonaves, si bien están dotadas de admirable impermeabilidad, pocas veces tienen buenas condiciones para navegar. La Galaxy estaba flotando en posición vertical, subiendo y bajando con oscilaciones suaves pero perturbadoras: la mitad de la tripulación ya estaba mareada.

Una vez el capitán Laplace hubo terminado de leer los informes referentes a los daños, su primer acto consistió en convocar a quienquiera que tuviese experiencia en el manejo de barcos de cualquier tamaño o forma. Parecía razonable suponer que entre treinta ingenieros en astronáutica y científicos espaciales habría una considerable cantidad de talentos para viajar por el mar. Enseguida localizó a cinco navegantes aficionados e incluso a un profesional, el comisario de la cosmonave Frank Li, que había comenzado su carrera con las líneas navieras Tsung y después había optado por el espacio.

Aunque los comisarios que iban a bordo estaban más habituados a manejar máquinas de calcular (a menudo, en el caso de Frank Li, un ábaco de marfil, de doscientos años de antigüedad) que instrumentos de navegación, debían seguir aprobando exámenes sobre elementos básicos de marinería. Li no había puesto a prueba sus aptitudes marítimas: ahora, a mil millones de kilómetros del Mar del Sur de China, su momento había llegado.

—Debemos inundar los tanques del propulsor —le dijo al capitán—. Entonces bajaremos el centro de gravedad y ya no seguiremos subiendo y bajando de este modo.

Parecía disparatado permitir que todavía ingresara más agua en la nave y el capitán vaciló.

—¿Y si encallamos?

Nadie hizo el obvio comentario: «¿Cuál sería la diferencia?», pues sin discusión sería alguna, se había dado por sentado que estarían mejor en tierra firme... si es que alguna vez podían alcanzarla.

—Siempre será posible volver a vaciar los tanques con aire. Tendremos que hacerlo de todos modos, cuando lleguemos a la costa, para poner la nave en posición horizontal. Gracias a Dios, tenemos energía...

La voz de Li perdió intensidad; todos sabían lo que quería decir. Sin el reactor auxiliar que estaba haciendo funcionar los sistemas para mantenimiento de la vida, todos morirían en cuestión de horas. Ahora —salvo que se produjera una avería del reactor— la nave los podía mantener por tiempo indefinido.

En última instancia, por supuesto, morirían de hambre: acababan de efectuar la espectacular comprobación de que en los mares de Europa no había alimento sino tan sólo veneno.

Por lo menos habían entrado en contacto con Ganimedes, de modo que en ese momento, toda la especie humana conocía ya la difícil situación en que se hallaban. Ahora los mejores cerebros del Sistema Solar estarían tratando de salvarlos. Si fracasaban, los pasajeros y la tripulación de la Galaxy tendrían el consuelo de morir iluminados con todo el fulgor de la publicidad.

IV - EN LA CHARCA

32. MANIOBRA DE DISTRACCIÓN

—La última noticia —dijo el capitán Smith a sus pasajeros reunidos— es que la Galaxy está a flote y totalmente en buenas condiciones. Un miembro de la tripulación —una azafata— ha muerto. Desconozco los detalles, pero todos los demás están sanos y salvos.

»Todos los sistemas de la nave están funcionando; hay unas pocas filtraciones de agua, pero han sido controladas. El capitán Laplace dice que no hay peligro inmediato, aunque el viento predominante los está empujando cada vez más lejos de tierra firme, hacia el centro del Lado Diurno. Eso no constituye un problema grave, pues existen varias islas grandes a las que están prácticamente seguros de poder llegar. En estos momentos se encuentran a noventa kilómetros de la tierra más próxima. Han visto algunos animales marinos grandes, pero no dan señal de ser hostiles.

»Si se excluyen ulteriores accidentes, los ocupantes de la Galaxy deben de poder sobrevivir varios meses, hasta que se les acabe la comida... que, desde luego, ahora se está racionando de forma estricta. Pero, según el capitán Laplace, la moral sigue estando alta.

»Y aquí es donde entramos nosotros. Si regresamos a la Tierra de inmediato, recargamos combustible y nos reaprovisionamos, podremos llegar a Europa, describiendo una órbita de impulso retrógrado, dentro de ochenta y cinco días. La Universe es la única nave actualmente en servicio activo que puede descender allá y despegar con una razonable carga útil. Los transbordadores de Ganimedes pueden tener la capacidad de dejar caer suministros, pero eso es todo... si bien eso puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

»Lamento, damas y caballeros, que nuestra visita haya sido interrumpida, pero creo que coincidirán conmigo en que les hemos mostrado todo lo que prometimos. Y estoy seguro de que darán su aprobación a nuestra nueva misión... aun cuando las probabilidades de éxito sean con franqueza, bastante escasas. Eso es todo por ahora. Doctor Floyd, ¿podría hablar con usted?

Mientras los demás abandonaban el salón principal —escenario de tantas reuniones de instrucción menos solemnes— desplazándose con lentitud, sin rumbo fijo y meditando, el capitán recorrió con la vista un tablero portátil, cuyo broche de resorte apretaba muchos mensajes. Todavía había ocasiones en que las palabras impresas en papel eran el medio más conveniente de comunicación; pero incluso en esto la tecnología había dejado su huella: las hojas que el capitán estaba leyendo estaban hechas con el material multifacsimilar que se podía volver a utilizar de forma indefinida y que tanto había hecho por reducir la carga de la humilde papelería.

Acabadas las formalidades, el capitán se dirigió a Heywood.

—Como se puede imaginar, los circuitos están que arden. Y están pasando muchas cosas que no entiendo.

—Lo mismo digo —repuso Floyd—. ¿Todavía no se sabe nada de Chris?

—No, pero Ganimedes transmitió el mensaje que usted envió, así que Chris ya debe de haberlo recibido. Hay un orden de prioridades impuesto sobre las comunicaciones privadas, como se puede usted imaginar... pero, desde luego, su nombre pasó por encima de todo.

—Gracias, capitán. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—A decir verdad, no. Se lo haré saber.

Casi fue esta la última vez, durante un tiempo considerable, que se dirigieron la palabra. Al cabo de unas pocas horas el doctor Heywood Floyd se convertiría en «¡Ese viejo loco!», y el breve «Motín de la Universe» habría comenzado... dirigido por el capitán.

De hecho, no fue idea de Heywood Floyd; él sólo deseaba que lo hubiese sido...

El segundo oficial Roy Jolson era «Estrellas», el oficial de navegación; Floyd apenas sí lo conocía de vista y nunca había tenido ocasión de decirle algo más que «Buenos días». Quedó sumamente sorprendido, en consecuencia, por la tímida manera en que el astronauta llamó a la puerta de la cabina.

Jolson llevaba consigo un conjunto de cartas de navegación y parecía sentirse un poco incómodo. No podía estar intimidado por la presencia de Floyd —a aquellas alturas todos los que estaban a bordo tomaban como algo natural la presencia del centenario ingeniero—, así que tenía que existir alguna otra razón.

La voz del astronauta tenía tal tono de ansiedad que trajo a la memoria de Floyd la imagen de un vendedor cuyo futuro depende de la concreción de la venta siguiente.

—Doctor Floyd, necesito su consejo... y su ayuda.

—Por supuesto... pero, ¿qué puedo hacer?

Jolson desenrolló la carta que mostraba la posición de todos los planetas que estaban dentro de la órbita de Lucifer.

—Su antiguo ardid de acoplar la Leonov y la Discovery para escapar de Júpiter antes de que estallara me dio la idea.

—No fue mío. Se le ocurrió a Walter Curnow.

—Oh... no sabía eso. Desde luego, aquí no tenemos otra nave que nos dé el impulso necesario de traslación... pero tenemos algo mucho mejor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Floyd desconcertado por completo.

—No se ría. ¿Por qué volver a la Tierra para cargar propulsor... cuando el Old Faithful está expeliendo toneladas a cada segundo, a un par de centenares de metros de nosotros? Si nos surtiéramos con eso, podríamos llegar a Europa no dentro de tres meses sino dentro de tres semanas.

El concepto era tan obvio y, aun así, tan osado, que dejó a Floyd sin aliento. Al instante pudo ver media docena de objeciones, pero ninguna de ellas parecía ser insalvable.

—¿Qué piensa el capitán de la idea?

—No se la he expuesto. Ésa es la razón por la que necesito que usted me ayude. Me gustaría que revisara mis cálculos... y después le presentase la idea al capitán. A mí me la rechazaría —estoy completamente seguro— y no lo culpo; si yo fuese capitán, creo que también lo haría...

Se produjo un prolongado silencio en la pequeña cabina. Después Heywood Floyd dijo lentamente:

—Permítame que le dé todas las razones por las que no se puede hacer. Después, usted podrá decirme por qué estoy equivocado.

El segundo oficial Jolson conocía a su superior en el mando; el capitán Smith nunca había oído una sugerencia tan disparatada en toda su vida...

Todas sus objeciones estaban bien fundadas y exhibían pocos vestigios —si es que mostraba alguno, en primer lugar— del síndrome «No inventado aquí».

—Oh, funcionaría en teoría —admitió— pero, ¡piense en los problemas prácticos, hombre! ¿Cómo metería esa agua en los tanques?

—He hablado con los ingenieros. Llevaríamos la nave hasta el borde del cráter... es bastante seguro acercarse hasta cincuenta metros. En una de las secciones hay tuberías que podríamos desmontar... Después, tenderíamos una línea hacia el Old Faithful y esperaríamos a que empiece a brotar. Ya sabe usted cuán formal y bien educado es.

—¡Pero nuestras bombas no pueden operar en condiciones que prácticamente son de vacío!

—No las precisamos: podemos confiar en la propia velocidad del geiser para que nos dé una entrada de al menos cien kilos por segundo. Old Faithful hará todo el trabajo.

—Tan sólo dará cristales de hielo y vapor de agua, no agua líquida.

—Se condensará cuando llegue a bordo.

—En verdad ha planeado esto con todo detalle, ¿no? —dijo el capitán, con admiración expresada de mala gana—. Pero, en realidad no creo que sea posible. En primer lugar, ¿es el agua suficientemente pura? ¿Qué pasa con los contaminantes, en especial las partículas de carbono?

Floyd no pudo evitar sonreír. En el capitán Smith se estaba desarrollando una obsesión con el hollín.

—Podemos filtrar las partículas grandes; el resto no afectará a la reacción. Ah, sí... la relación de isótopos de hidrógeno aquí parece ser mejor que en la Tierra, así que hasta puede ser que se obtenga algo de impulso adicional.

—¿Qué piensan sus colegas de la idea? Si fuésemos en línea recta hacia Lucifer, podrían pasar meses antes de que puedan volver a casa.

—No he hablado con ellos. ¿Pero importa eso, cuando hay en juego tantas vidas? ¡Podemos llegar a la Galaxy setenta días antes de la fecha fijada! ¡Setenta días! ¡Piense en lo que podría acontecer en Europa en ese tiempo!

—Estoy perfectamente al tanto del factor tiempo —replicó el capitán—. Eso rige también para nosotros. Es posible que no tengamos provisiones para un viaje tan prolongado.

«Ahora está buscando los tres pies al gato —pensó Floyd—, y seguro que sabe que lo sé. Será mejor que proceda con tacto...»

—¿Un par adicional de semanas? No puedo creer que tengamos un margen tan estrecho. Ustedes nos han estado alimentando demasiado bien, de todos modos. A algunos de nosotros nos hará bien tener la comida racionada durante algún tiempo.

El capitán se las arregló para esbozar una gélida sonrisa.

—Le puede decir eso a Willis y Mijáilovich. Pero me temo que toda la idea es una locura.

—Por lo menos, intentémoslo con los propietarios. Me gustaría hablar con Sir Lawrence.

—No puedo impedir que lo haga, por supuesto —dijo el capitán Smith, en un tono que sugería que hubiera deseado poder hacerlo—. Pero sé con exactitud qué es lo que él dirá. Estaba completamente equivocado.

Sir Lawrence Tsung no había hecho una apuesta desde hacía treinta años; eso ya no estaba a la altura de la augusta posición que él ocupaba en el mundo del comercio. Pero de joven a menudo había disfrutado haciendo alguna pequeña apuesta en la Pista de Carreras de Hong Kong, antes de que una administración puritana la hubiese clausurado en un exceso de moralidad pública. Era típico de la vida, pensaba a veces Sir Lawrence con nostalgia, que cuando él podía apostar, no tuviera dinero... y ahora no podía hacerlo porque el hombre más rico del mundo tenía que dar buen ejemplo.

Y sin embargo, nadie sabía mejor que el propio Tsung que toda su carrera en el mundo de los negocios había sido un solo y largo juego de azar. Había hecho todo lo posible para controlar las ventajas, reuniendo la mejor información y escuchando a los expertos, quienes, según su corazonada, le brindarían el mejor asesoramiento. En general se había retirado a tiempo cuando esos expertos estaban equivocados, pero siempre había existido un elemento de riesgo.

Ahora, mientras leía el memorando enviado por Heywood Floyd, volvió a sentir el antiguo estremecimiento que no había conocido desde que viera a los caballos a galope tendido doblar el codo para iniciar la recta final. Aquí había una auténtica apuesta —quizá la última y más grande de la carrera de Lawrence Tsung—, aunque nunca se atrevería a decírselo a su junta directiva. Y menos todavía a Lady Jasmine.

—Bill, ¿qué piensas? —preguntó.

Su hijo (juicioso y razonable, pero carente de esa chispa vital que tal vez no se precisara en esta generación) le dio la respuesta que esperaba:

—La teoría es completamente lógica. La Universe lo puede hacer... en teoría. Pero ya hemos perdido una nave. Estaremos arriesgando otra.

—Va en dirección a Júpiter-Lucifer, de todos modos.

—Sí..., pero después de una revisión completa en órbita terrestre. ¿Te das cuenta de lo que habrá de entrañar esta misión directa que se propone? La nave hará pedazos todos los récords de velocidad... ¡desplazándose a más de mil kilómetros por segundo en la Inversión de Posición!

Fue lo peor que pudo decir: una vez más, el estruendo de los cascos retumbó en los oídos de su padre.

Pero Sir Lawrence se limitó a decir:

—No les vendrá mal efectuar algunas pruebas, si bien el capitán Smith está luchando a brazo partido contra la idea; hasta amenaza con renunciar. De momento se limita a estudiar la situación con el Lloyds, ya que es posible que tengamos que dar marcha atrás en nuestra reclamación de la Galaxy.

«En especial —pudo haber agregado—, si vamos a poner sobre la mesa a la Universe, en calidad de ficha de valor aún mayor.»

Y estaba preocupado por el capitán Smith. Ahora que Laplace estaba varado en Europa, Smith era el mejor comandante que le quedaba.

33. PARADA EN EL POZO

—Es el trabajo más chapucero que he visto desde que salí de la Universidad —refunfuñó el jefe de ingenieros—. Pero es lo mejor que podemos hacer dado el tiempo de que disponemos.

La improvisada tubería se extendía, a través de cincuenta metros de roca deslumbrante y con incrustaciones de compuestos químicos, hasta alcanzar el ahora inactivo respiradero del Old Faithful. El Sol acababa de aparecer sobre las colinas, y ya el suelo había empezado a temblar ligeramente cuando los depósitos subterráneos —o subhalleanos— sintieron el primer toque de calor.

Mientras miraba desde la sala de observación, Heywood Floyd apenas podía creer que hubiesen ocurrido tantas cosas en tan sólo veinticuatro horas. Ante todo, la nave se había dividido en dos facciones rivales: una dirigida por el capitán, la otra, por fuerza, encabezada por Heywood. Habían sido fríamente corteses el uno con el otro, y no hubo un intercambio real de golpes, pero Floyd sabía que algunos grupos se regocijaban aplicándole el apodo de «Suicidio Floyd». No era un honor por el que Heywood sintiera especial aprecio.

Y no obstante, nadie podía hallar error fundamental alguno en la Maniobra Floyd-Jolson. (Ese nombre también era injusto, ya que Floyd había insistido en que Jolson recibiera todo el mérito, pero nadie le había escuchado. Y Mijáilovich le había preguntado: «¿No estás preparado para compartir la culpa?»)

El primer ensayo tendría lugar veinte minutos después de que el Old Faithful, con bastante retraso, saludara el amanecer. Pero incluso si eso funcionaba y los tanques de propulsor se empezaran a llenar con chispeante agua pura —en vez de la suspensión lodosa que había predicho el capitán Smith—, el camino a Europa todavía no estaba abierto.

Un factor de menor cuantía, pero no exento de importancia, era el de los deseos de los distinguidos pasajeros, quienes habían previsto volver a casa al cabo de dos semanas; ahora, ante su sorpresa —y, en algunos casos, consternación—, se enfrentaban con la

perspectiva de realizar una misión peligrosa en mitad del Sistema Solar... y, aunque esa misión tuviera éxito, no había una fecha fija para el regreso a la Tierra.

Willis estaba muy turbado; todos sus cronogramas quedarían totalmente desbaratados. Iba de un lado a otro, mascullando acerca de entablar demandas, pero nadie expresaba la más leve conmiseración.

Greenberg, por el contrario, estaba entusiasmado; ¡ahora, de verdad volvería a estar en la actividad espacial! Y Mijáilovich —que pasaba mucho tiempo componiendo, de manera ruidosa, en su cabina, que estaba lejos de estar a prueba de sonidos— mostraba casi la misma alegría. Estaba seguro de que la desviación del curso le inspiraría y le permitiría alcanzar nuevas cimas de creatividad.

Maggie M adoptó una actitud filosófica:

—Si esto puede salvar muchas vidas —decía, mirando con mordacidad a Willis—, ¿cómo puede alguien poner reparos?

En cuanto a Yva Merlin, Floyd hizo un esfuerzo especial por explicarle las cosas, y descubrió que la ex actriz entendía la situación bastante bien. Y fue Yva, ante el asombro de Floyd, quien formuló la pregunta a la que nadie más parecía haber prestado mucha atención:

—¿Y si los europeos no quieren que descendamos... ni siquiera para rescatar a nuestros amigos?

Floyd la miró con expresión de sincera sorpresa. Aún ahora, le seguía siendo difícil aceptarla como un verdadero ser humano, y nunca sabía cuándo Yva saldría con algún pensamiento brillante o con una reverenda estupidez.

—Ésa es una muy acertada pregunta Yva. Créeme: estoy trabajando en ello.

Estaba diciendo la verdad; nunca le podría mentir a Yva Merlin, porque, de alguna manera, ello sería un sacrilegio.

Los primeros chorros de vapor estaban apareciendo sobre la boca del geiser. Se disparaban hacia arriba, se alejaban de sus antinaturales trayectorias en el vacío, y a toda velocidad se evaporaban en la furiosa luz del Sol.

Old Faithful volvió a toser y se aclaró la garganta. Blanca como la nieve y sorprendentemente compacta, una columna de cristales de hielo y gotitas de agua trepó con celeridad hacia el cielo. Todos los instintos propios de un terrestre esperaban que esa columna se inclinara y cayera, pero, por supuesto, no lo hizo; continuó hacia delante y hacia lo alto y se dispersó levemente hasta que se fusionó con la vasta y fulgurante cola del cometa todavía en expansión. Floyd observó con satisfacción que la tubería se estaba empezando a sacudir, mientras el fluido ingresaba en ella con violencia.

Diez minutos más tarde hubo un consejo de guerra en el puente. El capitán Smith, todavía enfadado, reconoció la presencia de Floyd con una ligera inclinación de cabeza; su número dos, un poco turbado, fue quien habló todo el tiempo.

—Bueno, funciona sorprendentemente bien. A esta velocidad, podemos llenar nuestros tanques en veinticuatro horas... aunque puede ser que tengamos que salir y anclar la tubería de forma más segura.

—¿Qué pasa con las impurezas? —preguntó alguien.

El segundo oficial sostuvo en alto una pera transparente de succión que contenía un líquido incoloro:

—Los filtros se deshicieron de todo lo que tuviera un tamaño menor de unos pocos micrones. Para incrementar el margen de seguridad volveremos a pasar el agua por ellos una segunda vez haciendo que circule de un tanque a otro. No habrá piscina, me temo, hasta que pasemos Marte.

Eso despertó una muy necesaria carcajada e incluso el capitán se relajó un poco.

—Haremos funcionar las máquinas con fuerza mínima para comprobar que no haya anomalías operativas con el H₂O de Halley. Si las hay, nos olvidaremos de todo el asunto y regresaremos a casa, valiéndonos de la buena y conocida agua de la Luna, FOB Aristarco.

Se produjo uno de esos «silencios en medio de la fiesta», durante el cual todo el mundo a la vez aguarda que algún otro hable. Entonces el capitán Smith rompió el embarazoso silencio.

—Como todos ustedes saben —dijo—, estoy muy descontento con toda la idea. En verdad... —alteró con brusquedad el curso de lo que iba a decir, pues era igualmente bien sabido que había pensado en enviarle su renuncia a Sir Lawrence, pese a que, dadas las circunstancias, ése habría sido un gesto un tanto fútil—. Durante estas últimas horas han sucedido dos cosas: el propietario está de acuerdo con el proyecto, si no surgen objeciones fundamentales en nuestros ensayos. Y la gran sorpresa —aunque no sé más sobre el asunto que lo que conocen ustedes— es que el Consejo Mundial del Espacio no sólo ha dado su aprobación, sino que ha solicitado que efectuemos la desviación de curso, y ha dicho que se hará cargo de todos los gastos que sea preciso hacer. Las conjeturas de ustedes son tan válidas como las mías.

»Pero todavía me queda una preocupación. —Miró con desconfianza el pequeño globo lleno de agua que Heywood Floyd ahora sostenía a la luz y agitaba con suavidad—. Soy

ingeniero, no un maldito químico. Esa agua parece estar limpia... pero, ¿qué le hará al revestimiento de los tanques?

Floyd nunca entendió del todo por qué actuó como lo hizo; tal precipitación no le era en absoluto característica. Quizá sencillamente toda esa polémica le había impacientado y quería seguir adelante con el trabajo. O tal vez sintió que el capitán necesitaba un poco de endurecimiento de sus fibras morales; con un rápido movimiento, sacó la espita e introdujo alrededor de veinte centímetros cúbicos de cometa Halley en su garganta.

—Ahí tiene la respuesta, capitán —dijo cuando hubo terminado de tragar.

—Y ésa fue una de las exhibiciones más necias que yo haya visto —dijo el médico de la nave, media hora más tarde—. ¿No sabe que hay cianuros y cianógenos y sólo Dios sabe qué más, en ese líquido?

—Claro que lo sé —rió Floyd—. He visto los análisis; pero las proporciones son ínfimas. No hay nada de que preocuparse. Aunque sí he tenido una sorpresa —agregó, con aire apesadumbrado.

—¿Cuál?

—Si se pudiese mandar esta agua a la Tierra se podría hacer una fortuna vendiéndola como Purgante Patentado del Halley.

34. LAVADERO DE AUTOS

Ahora que ya se había emprendido la tarea, a bordo de la Universe la atmósfera había cambiado. Habían cesado las discusiones; todo el mundo cooperaba aportando lo máximo posible y muy pocas personas pudieron dormir mucho durante las dos rotaciones siguientes del núcleo (cien horas del tiempo de la Tierra).

El primer día en el Halley fue dedicado a la extracción de líquido del Old Faithful, lo que todavía se hacía con bastante cautela; pero al menguar la actividad del geiser por la proximidad de la noche cometaria se tenía ya un completo dominio de la técnica. Más de mil toneladas de agua fueron llevadas a bordo, de manera que el próximo período de luz diurna daría amplia cabida para el reposo.

Heywood Floyd se mantuvo fuera del camino del capitán, pues no deseaba abusar de su suerte. De todos modos, Smith tenía mil detalles a los que prestar atención, aunque el cálculo de la nueva órbita no se contaba entre ellos: eso se había revisado y vuelto a revisar en la Tierra.

Ya no había duda alguna de que el concepto era brillante ni de que el ahorro era aún mayor de lo que Jolson había sostenido: al reabastecerse de combustible en el Halley, la

Universe había eliminado los dos cambios orbitales principales que figuraban en el encuentro con la Tierra; ahora, la nave podía ir en línea recta hacia su meta avanzando con la máxima aceleración y ahorrándose muchas semanas. A pesar de los posibles riesgos, en esos momentos todo el mundo aplaudía el plan.

Bueno, casi todo el mundo.

En la Tierra, la velozmente organizada sociedad «¡No toquen el Halley!» estaba indignada. Sus miembros (que apenas eran doscientos treinta y seis, pero que sabían cómo atraer la publicidad) no consideraban justificado el pillaje de un cuerpo celeste, ni siquiera para salvar vidas. Rehusaban aplacarse, aun cuando se les señalaba que la Universe sólo estaba haciendo uso de un material que el cometa iba a perder de todos modos. Ése era, argüían los miembros de la sociedad, el principio que sustentaba la cuestión. Sus iracundos comunicados brindaban un muy necesario solaz a bordo de la Universe.

Cauteloso como siempre, el capitán Smith efectuó las primeras pruebas en baja potencia con uno de los impulsores de control de la posición de vuelo; si este equipo quedaba inutilizado la nave se las podía arreglar sin él. No se produjeron anomalías; el motor se comportaba exactamente como si estuviese operando con la mejor agua destilada procedente de los depósitos lunares.

Después sometió a prueba el motor principal del centro, el número uno; si ése quedaba dañado, no habría pérdida de capacidad de maniobra, sólo de empuje total. La nave seguiría siendo totalmente controlable, pero nada más que con los cuatro motores externos la aceleración máxima se reduciría en un veinte por ciento.

Tampoco esta vez hubo problema; hasta los escépticos empezaron a mostrarse corteses con Heywood Floyd y el segundo oficial Jolson dejó de ser un proscrito social.

El despegue se programó para que tuviese lugar bien avanzada la tarde, justo antes de que el Old Faithful tuviera que reducir su actividad. (¿Seguiría estando ahí para recibir a los próximos visitantes dentro de otros setenta y seis años?, se preguntaba Floyd. Quizá sí: ya había evidencias de su existencia en las fotografías de 1910.)

No hubo cuenta regresiva, según el espectacular estilo de Cabo Cañaveral de antaño. Cuando estuvo completamente seguro de que todo estaba en orden, el capitán Smith aplicó tan sólo cinco toneladas de empuje en el número uno, y la Universe flotó lentamente hacia arriba y se alejó del corazón del cometa.

La aceleración era modesta pero la pirotecnia inspiraba pavor... y, para la mayoría de quienes observaban la partida, fue por completo inesperada, pues, hasta ese momento, el chorro propulsor que escapaba de los motores principales había sido virtualmente

invisible, dado que estaba íntegramente constituido por oxígeno e hidrógeno ionizados en grado sumo. Aun cuando —a centenares de kilómetros de distancia— los gases se hubieran enfriado lo bastante como para combinarse químicamente, seguía sin haber cosa alguna que ver porque la reacción no generaba luz en el espectro visible.

Pero ahora la Universe se estaba alejando del Halley subida sobre una columna de incandescencia demasiado brillante como para mirarla a simple vista; casi parecía un puntal sólido de llamas: en el lugar en que las llamas chocaban contra el suelo la roca explotaba y se disparaba hacia arriba y afuera. Mientras partía para siempre, la Universe estaba tallando su firma, como si fuera una inscripción en bajo relieve, a través del núcleo del cometa Halley.

La mayor parte de los pasajeros, acostumbrada al ascenso hacia el espacio sin medios visibles de apoyo, reaccionó con no poca conmoción. Floyd aguardó la inevitable explicación, pues uno de sus placeres menores consistía en sorprender a Willis en algún error científico, pero esto rara vez ocurría. E incluso cuando ocurría, Willis siempre contaba con alguna excusa muy plausible.

—Carbono —dijo—. Carbono incandescente; igual que en la llama de una vela, aunque ligeramente más caliente.

—Ligeramente —murmuró Floyd.

—Ya no estamos quemando agua pura si me permiten el término —Floyd se encogió de hombros—. Pese a que ha sido filtrada con cuidado, hay mucho carbono coloidal en ella, así como compuestos que sólo se podrían eliminar por destilación.

—Es muy impresionante pero estoy un poco preocupado —dijo Greenberg—. Toda esa radiación, ¿no afectará a los motores y calentará demasiado la nave?

Era una pregunta muy acertada y había provocado cierta ansiedad. Floyd esperaba que Willis se encargara de responder, pero el astuto operador bursátil hizo rebotar la pelota directamente de nueva a Floyd.

—Preferiría que respondiera el doctor Floyd. Después de todo, la idea fue suya.

—Fue de Jolson, por favor. Buen argumento, sin embargo. Pero no constituye un problema real, ya que cuando estemos a pleno impulso, todos esos fuegos artificiales estarán a mil kilómetros detrás de nosotros. No nos tendremos que preocupar por ellos.

Ahora la nave estaba en vuelo estático, a unos dos kilómetros por encima del núcleo; de no haber sido por el fulgor del escape, toda la cara del diminuto mundo, iluminada por el Sol, se habría extendido bajo la nave. A esta altura —o distancia—, la columna del Old Faithful se había ensanchado levemente. Floyd recordó de pronto que parecía una de las

gigantescas fuentes que adornaban el lago Ginebra; hacía cincuenta años que no las veía, y se preguntó si seguirían haciendo sus juegos.

El capitán Smith estaba probando los controles. Hizo girar la nave con lentitud y después la hizo cabecear y guiñar a lo largo de los ejes Y y Z. Parecía que todo funcionaba a la perfección.

—La Misión Hora Cero se iniciará dentro de diez minutos, contados a partir de ahora — anunció—. G de cero coma uno, durante cincuenta horas; después, de cero coma dos hasta Inversión de Posición... ciento cincuenta horas, contadas desde ahora. —Hizo una pausa para que se entendiera de forma cabal lo que acababa de decir. Jamás nave alguna había intentado mantener una aceleración continua tan elevada y durante tanto tiempo. Si la Universe no lograba frenar de manera adecuada, también entraría en los libros de historia como el primer viajero interestelar tripulado.

Ahora la nave estaba girando hacia la horizontal —si es que se podía emplear esa palabra en este ambiente casi exento de gravedad— y estaba apuntando directamente a la blanca columna de bruma y cristales de hielo que seguía brotando del cometa sin cesar. La Universe se empezó a desplazar hacia la columna...

—¿Qué está haciendo? —preguntó Mijáilovich, con ansiedad.

Por supuesto, previendo tales preguntas, el capitán volvió a hablar. Parecía haber recuperado por completo su buen humor, y tenía un deje de diversión en la voz:

—Una pequeña tarea doméstica, nada más, antes de que partamos. No se preocupen, sé exactamente lo que estoy haciendo. Y el Número Dos coincide conmigo, ¿no es así?

—Sí, señor... aunque al principio he pensado que estaba bromeando.

—¿Qué está pasando en el puente? —preguntó Willis, quien, por una vez, no sabía qué hacer.

En ese momento la nave estaba iniciando un lento giro, al tiempo que continuaba desplazándose hacia el geiser, tan sólo a una buena velocidad de marcha a pie. Desde esta distancia —que, en esos momentos, era de menos de cien metros—, a Floyd le trajo reminiscencias, aún más vividas, de aquellas lejanas fuentes de Ginebra.

«Seguramente no nos estará metiendo dentro de...»

Pero sí lo estaba haciendo. La Universe vibró con suavidad cuando introdujo la nariz en la ascendente columna de espuma. Todavía estaba girando con mucha lentitud, como si al avanzar horudara el gigantesco geiser. Los monitores de vídeo y las ventanillas de observación no mostraban más que una blancura lechosa.

Toda la operación no duró más de diez segundos; después se encontraron al otro lado del geiser. Hubo una breve salva de aplausos espontáneos, procedente de los oficiales

que estaban en el puente; pero los pasajeros —incluido Floyd— seguían sintiendo que se había abusado de ellos.

—Ahora estamos listos para partir —dijo el capitán, con tono de gran satisfacción—. Tenemos otra vez una nave linda y limpia.

Durante la media hora siguiente, más de diez mil observadores aficionados, situados en la Tierra y en la Luna, informaron que el cometa había duplicado su brillantez. La Red de Observación del Cometa se descompuso por completo a causa de la sobrecarga, y los astrónomos profesionales estaban furiosos.

Pero al público le encantaba y, pocos días después, pocas horas antes del amanecer, la Universe brindó un espectáculo todavía mejor.

Al ganar velocidad, a razón de más de diez mil kilómetros por hora, durante cada hora, la nave se encontraba, en esos momentos, dentro de la órbita de Venus. Se acercaría aún más al Sol, antes de su paso por el perihelio —con mucha mayor rapidez que cualquier cuerpo celeste natural—, y se colocaría en dirección hacia Lucifer.

Cuando pasó entre la Tierra y el Sol la cola formada por mil kilómetros de carbono incandescente era fácilmente visible como una estrella de cuarta magnitud, y exhibía un apreciable desplazamiento con respecto a las constelaciones del cielo matutino en el transcurso de una sola hora.

En el comienzo mismo de su misión de rescate, la Universe sería vista por más seres humanos al mismo tiempo que cualquier otro artefacto en toda la historia del mundo.

35. A LA DERIVA

La inesperada noticia de que su nave gemela, la Universe, estaba en camino y que podría llegar mucho antes de lo que nadie se habría atrevido a soñar, produjo sobre la moral de la tripulación de la Galaxy un efecto que podía calificarse más que de eufórico. El hecho puro y simple de que estuviesen yendo irremediabilmente a la deriva, en un océano extraño y rodeados por monstruos desconocidos, de pronto pareció tener poca importancia.

Dichos monstruos sólo hacían apariciones ocasionales. Los «tiburones» gigantes fueron avistados algunas veces, pero nunca se acercaban a la nave, ni siquiera cuando se arrojaban desperdicios por la borda. Esto de verdad era sorprendente; sugería que esas enormes bestias —a diferencia de sus equivalentes terrestres— poseían un buen sistema de comunicación. Tal vez estuvieran más íntimamente relacionadas con los delfines que con los tiburones.

Había muchos cardúmenes de peces más pequeños a los que nadie echaría una segunda ojeada en un mercado de la Tierra. Después de varios intentos, uno de los oficiales —un astuto pescador con caña— se las arregló para capturar uno de esos peces mediante un anzuelo sin carnada. No lo pasó a través de la esclusa de aire —el capitán no lo habría permitido, de todos modos— sino que lo midió y fotografió con todo detalle antes de devolverlo al mar.

Sin embargo, el ufano deportista tuvo que pagar su precio por el trofeo: el traje espacial de presión parcial que había llevado durante el ejercicio despedía el característico hedor a huevos podridos del sulfuro de hidrógeno cuando el oficial lo llevó de vuelta a la nave, lo que hizo que el hombre se convirtiera en blanco de innumerables bromas. Era, no obstante, otro recordatorio de aquella bioquímica, distinta de todo lo conocido en la Tierra... e implacablemente hostil.

A pesar de las súplicas de los científicos, no se permitió más la pesca. Podían observar y registrar especímenes, pero no recogerlos. Y de todos modos —se les recordó—, eran geólogos planetarios, no naturalistas. Nadie había pensado en traer formol... que, probablemente no les hubiera servido de nada aquí.

En una ocasión la nave se deslizó durante varias horas a través de extensas marañas o láminas flotantes de una sustancia verde brillante que formaba óvalos de unos dos metros de ancho y todos del mismo tamaño, más o menos. La Galaxy los surcaba sin encontrar resistencia y, con rapidez, los óvalos recobraban su forma detrás de la nave. Se conjeturó que era alguna clase de colonias de organismos.

Hasta que una mañana el vigía quedó pasmado cuando un periscopio emergió del agua y el oficial se encontró a sí mismo mirando fijamente un manso ojo azul que, según dijo ese oficial después de que se hubo recuperado, parecía el ojo de una vaca enferma, que lo había mirado con tristeza durante unos instantes, sin aparentar mucho interés; después, y con lentitud, había regresado al océano.

Nada parecía moverse muy de prisa aquí. El motivo era obvio: éste seguía siendo un mundo provisto de poca energía, nada había del oxígeno libre que permitía que los animales de la Tierra vivieran según una serie de explosiones continuas, desde el instante en que comenzaban a respirar, al nacer. Sólo el «tiburón» del primer encuentro había exhibido alguna señal de actividad violenta... en su último, agónico, espasmo.

Quizás esa fuera una buena noticia para los seres humanos: incluso si sus movimientos se hallaban obstaculizados por el traje espacial, era probable que nada hubiera en Europa que los pudiera atrapar... incluso si lo quisiera hacer.

Para el capitán Laplace fue un amargo trance transferirle la operación de su nave al sobrecargo. Se preguntaba si esta situación sería única en los anales del espacio y del mar.

No es que hubiese gran cosa que Mr. Lee pudiera hacer. La Galaxy estaba flotando en posición vertical, un tercio fuera del agua, ligeramente escorada por un viento que la impulsaba a una velocidad constante de cinco nudos. Había sólo unas pocas filtraciones por debajo de la línea de flotación y podían ser controladas con facilidad. Y lo que era igualmente importante, el casco seguía conservándose hermético.

Aunque la mayor parte del equipo de navegación era inútil, sus miembros sabían con exactitud dónde se hallaban, pues cada hora Ganimedes les enviaba una triangulación precisa, con su correspondiente radiobaliza de emergencia, y si la Galaxy se mantenía en su curso actual, recalaría en una isla grande en el curso de los tres días siguientes. Si no llegaba a esa isla, se dirigiría a mar abierto y, con el tiempo, llegaría a la zona de tibia ebullición, que estaba inmediatamente por debajo de Lucifer. Si bien eso no era necesariamente catastrófico, sí constituía un porvenir casi desprovisto de atractivos. El capitán interino Li pasaba gran parte de su tiempo pensando en las maneras de evitarlo.

Aunque contaban con material y aparejos adecuados, las velas ejercerían muy poca influencia sobre el curso que llevaba la nave. Li había hecho bajar anclas improvisadas hasta una profundidad de quinientos metros en busca de corrientes que pudieran ser de utilidad, y no había encontrado corriente alguna. Tampoco había encontrado el fondo, que se hallaba a incontables kilómetros, mucho más abajo.

Tal vez fuera mejor así, pues eso los protegía contra los maremotos que sin cesar demolían ese océano nuevo. A veces la Galaxy se sacudía como si hubiese sido golpeada por un gigantesco martillo cuando una onda de choque pasaba a toda velocidad. Pocas horas después, una tsunami¹ de docenas de metros de alto iba a estrellarse sobre alguna orilla europea; pero aquí, en alta mar, las letales olas eran poco más que ondas.

Varias veces se observaron a cierta distancia súbitos vórtices que aparentaban ser bastante peligrosos. Eran remolinos que hasta podrían haberse tragado la Galaxy y haberla arrastrado hasta profundidades desconocidas; pero, por fortuna, estaban demasiado lejos como para producir un efecto mayor que el de hacer que la nave girara unas cuantas veces sobre su eje principal.

Y sólo en una ocasión una enorme burbuja de gas ascendió y estalló apenas a un centenar de metros. Fue muy impresionante y todo el mundo apoyó el comentario del médico:

—Gracias a Dios que no lo podemos oler.

Resulta sorprendente comprobar con cuánta rapidez la situación más extravagante puede volverse rutinaria. Al cabo de unos cuantos días, la vida a bordo de la Galaxy se había adaptado a las nuevas condiciones y se había convertido en una rutina constante; el principal problema del capitán Laplace consistía en mantener ocupada a la tripulación. Para el estado de ánimo no había cosa peor que el ocio, y Laplace se preguntaba cómo los patrones de los antiguos buques de vela habían mantenido a sus hombres ocupados durante esos interminables viajes; no era posible que hubieran pasado todo el tiempo trepando por las jarcias o limpiando las cubiertas.

Con los científicos, en cambio, el problema era el opuesto, ya que ellos no cesaban de proponer nuevos ensayos y experimentos, que debían ser considerados con detenimiento antes de ser aprobados. Y si Laplace lo hubiera permitido habrían monopolizado los canales de comunicación de la nave.

En estos momentos el complejo principal de antenas estaba siendo golpeado alrededor de la línea de flotación y la Galaxy ya no podía hablar con la Tierra de forma directa. Todo se tenía que transmitir a través de Ganimedes, en cinta de unos pocos miserables megahercios. Un único canal de vídeo en vivo tenía prioridad sobre todo lo demás, y Laplace había tenido que resistir el clamor de las redes terrestres. No era que desde la Galaxy hubiese gran cosa que mostrar al público telespectador, salvo mar abierto, los interiores estrechos e incómodos de la nave, y una tripulación que, si bien con buen estado de ánimo, se estaba volviendo más hosca.

Una cantidad inusitada de tráfico parecía estar dirigida al segundo oficial Floyd, cuyas respuestas cifradas eran tan breves, que no podían contener mucha información. Finalmente, Laplace decidió mantener una charla con el joven.

—Señor Floyd —le dijo, en la intimidad de su cabina—, apreciaría que me ilustrase sobre sus ocupaciones de tiempo parcial.

Floyd parecía turbado. Se agarró a la mesa cuando la nave se balanceó levemente debido a un repentino sobreviento.

—Ojalá pudiera, señor, pero no me está permitido hacerlo.

—¿Quién se lo impide, si lo puedo preguntar?

—Con franqueza, no estoy seguro.

Eso era absolutamente cierto: sospechaba que se trataba de la ASTROPOL, pero los dos caballeros —de una calma impresionante— que le habían dado instrucciones en Ganimedes no le habían suministrado esa información.

—Como capitán de esta nave (y sobre todo en las circunstancias actuales), me gustaría saber qué está pasando aquí. Si llegamos a salir de ésta, voy a pasarme los próximos años de mi vida en Tribunales de Investigación. Y es probable que usted deba hacer lo mismo.

Floyd logró esbozar una sonrisa amarga:

—Apenas sí vale la pena que se nos rescate, ¿no es así, señor? Todo lo que sé es que algún organismo de alto nivel preveía problemas serios en esta misión, pero no sabía qué forma habrían de asumir. Tan sólo se me dijo que mantuviera los ojos abiertos. Temo que no hice muy bien las cosas, pero me imagino que yo era la única persona calificada que pudieron encontrar con tiempo.

—No creo que usted se pueda culpar. ¿Quién habría imaginado que Rosie...?

El capitán se detuvo, paralizado por un súbito pensamiento.

—¿Sospecha de alguien más? —tuvo la intención de añadir: «¿De mí, por ejemplo?», pero la situación ya era bastante paranoica.

Floyd pensó un momento; después, pareció llegar a una decisión:

—Quizá debía haber hablado con usted antes, señor, pero sé cuán ocupado ha estado. Estoy seguro de que el doctor Van der Berg está involucrado de alguna manera; es medo, por supuesto; es gente extraña y de hecho no la entiendo. —«Y tampoco me gustan», debió haber agregado—. Demasiado tribales, en realidad, no demasiado amistosos con los de fuera. Y aun así, resulta difícil culparlos, pues todos los pioneros que trataban de domeñar un nuevo mundo probablemente se parecían mucho.

—Van der Berg... hummm... ¿Qué puede decirme de los otros científicos?

—Han sido revisados sus antecedentes, claro está. Todo es perfectamente legítimo y no hay nada inusitado, en ninguno de ellos.

Eso no era del todo cierto. El doctor Simpson tenía más esposas de lo estrictamente legal, por lo menos en la misma época, y el doctor Higgins tenía una enorme colección de libros muy curiosos. El segundo oficial Floyd no estaba muy seguro del porqué se le hubiera dicho todo esto; quizá sus mentores tan sólo quisieron impresionarlo con su omnisciencia. Consideró que trabajar para ASTROPOL (o quienquiera que fuese) reportaba algunos entretenidos beneficios adicionales.

—Muy bien —dijo el capitán al agente aficionado—. Pero, por favor, manténgame informado si descubre cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, que pudiera afectar a la seguridad de la nave.

En las actuales circunstancias, resultaba difícil imaginar qué podría ser eso. Cualquier riesgo posterior parecía ser más bien superfluo.

36. LA COSTA DEL OTRO MUNDO

Veinticuatro horas antes de que se avistara la isla, seguía sin saberse a ciencia cierta si la Galaxy la pasaría de largo y sería arrastrada hacia la vacuidad del océano central. Su posición, según el radar de Ganimedes, se representaba en una gran carta de navegación que todos los que estaban a bordo examinaban con ansiedad varias veces al día.

E incluso si la nave tocaba tierra, sus problemas apenas podrían estar comenzando, ya que podría hacerse pedazos contra una costa rocosa, en vez de detenerse con delicadeza en alguna conveniente playa de suave pendiente.

El capitán interino Li era consciente de todas estas posibilidades. Él mismo en una ocasión había naufragado, durante un crucero de placer; las máquinas del barco habían fallado en un momento crítico, frente a la isla de Bali. Había existido poco peligro, aunque sí una buena cantidad de teatralidad, y Li no tenía deseos de repetir la experiencia... en especial considerando que aquí no había guardacostas que vinieran a rescatarlos.

Había una verdadera ironía cósmica en el apuro en que se hallaban. Se hallaban a bordo de uno de los vehículos de transporte más evolucionados que jamás había construido el hombre —¡capaz de cruzar el Sistema Solar!—, y sin embargo en estos momentos no lo podían desviar de su curso más que unos pocos metros. No obstante, no estaban por completo desvalidos; Li aún tenía algunas cartas para jugar.

En este mundo que se curvaba con brusquedad la isla se hallaba a sólo cinco kilómetros de distancia cuando la avistaron por primera vez. Li sintió un gran alivio cuando supo que no había ningún acantilado de los que había temido encontrar. Por otra parte, tampoco había signo alguno de la playa que había tenido la esperanza de hallar. Los geólogos le habían advertido que había llegado con algunos millones de años de antelación para encontrar arena; dada la lentitud con que molían los molinos de Europa todavía no habían tenido tiempo de realizar su tarea.

No bien se tuvo la certeza de que tocarían tierra, Li dio órdenes para que se vaciaran los tanques principales de la Galaxy, que deliberadamente había inundado poco después de que la nave hubiera aterrizado. A continuación se sucedieron varias horas de mucha incomodidad, en el transcurso de las cuales un cuarto de la tripulación, como mínimo, dejó de preocuparse por los procedimientos.

La Galaxy se alzó cada vez más alto en el agua, oscilando de un modo cada vez más enloquecido... Después, se desplomó con un poderoso ruido de chapoteo, para quedar tendida sobre la superficie del mar como el cadáver de una ballena, en los malos y viejos

tiempos en que los barcos balleneros les insuflaban aire para evitar que se hundieran. Cuando Li vio cómo quedaba la nave, volvió a ajustar la flotabilidad hasta que quedó con la popa levemente sumergida y el puente anterior apenas por encima de la superficie del agua.

Tal como esperaba, la Galaxy osciló hasta quedar con el costado hacia el viento. Otro cuarto de la tripulación quedó entonces incapacitada, pero a Li le quedaban suficientes auxiliares como para sacar el ancla de mar que había preparado para el acto final. Era apenas una balsa improvisada, hecha con cajas vacías amarradas entre sí, pero su arrastre hacía que la nave apuntara en dirección a la tierra que se aproximaba.

Ahora podían ver que se dirigían, con angustiosa lentitud, hacia un estrecho tramo de playa cubierto con pequeños cantos rodados. Si no se podía tener arena, ésta era la mejor alternativa...

El puente ya se encontraba sobre la playa cuando la Galaxy encalló, y Li jugó su última carta. Sólo había llevado a cabo una prueba muy simple, ya que no se había atrevido a efectuar más por si la maltratada maquinaria se estropeaba.

Por última vez, la Galaxy extendió el tren de aterrizaje. Se produjo el ruido de algo que se trituraba, así como un estremecimiento, cuando las planchuelas de aterrizaje, ubicadas en la parte inferior, se fueron hundiendo en la superficie de este nuevo mundo. Ahora, la nave estaba bien afianzada contra los vientos y olas de ese océano sin mareas.

No había duda de que la Galaxy había encontrado el sitio final donde reposar... y, de modo más que probable, también el de su tripulación.

V - ENTRE LOS ASTEROIDES

37. LA ESTRELLA

En esos momentos la Universe se estaba desplazando con tanta rapidez que su órbita ya no se asemejaba, ni por asomo, a la de ningún astro natural del Sistema Solar. Mercurio, el más próximo al Sol, apenas superaba los cincuenta kilómetros por segundo en su perihelio, y la Universe había alcanzado el doble de esa velocidad en el primer día... y con sólo la mitad de la aceleración que alcanzaría cuando su peso se hubiera reducido en varios miles de toneladas de agua.

Durante unas pocas horas, mientras pasaban por el interior de su órbita, Venus fue el más brillante de todos los cuerpos celestes, junto con el Sol y Lucifer. Su diminuto disco

era visible por completo a simple vista, pero ni siquiera los telescopios más poderosos de la nave espacial mostraron rasgo saliente alguno: Venus guardaba sus secretos con el mismo celo que Europa.

Al ir aún más cerca del Sol —bien introducida en la órbita de Mercurio—, la Universe no estaba tomando un atajo simplemente, sino que también estaba recibiendo empuje extra del campo de gravitación del Sol. Puesto que la Naturaleza siempre equilibra sus acciones, el Sol perdió algo de velocidad en la transacción, aunque el efecto no sería mensurable hasta que hubieran transcurrido varios miles de años.

El capitán Smith utilizó el paso de la nave por el perihelio para recuperar parte del prestigio que había perdido a causa de su morosidad.

—Ahora saben con exactitud —dijo— por qué hice que la nave volara a través del Old Faithful. Si no hubiésemos lavado toda esa suciedad que tenía el casco, en estos momentos nos estaríamos sobrecalentando de manera peligrosa. A decir verdad, dudo de que los controles térmicos hubiesen podido manejar la carga, que ya es el décuplo del nivel de la Tierra.

Cuando a través de filtros casi negros los pasajeros miraron el horriblemente hinchado Sol, pudieron creer con facilidad en lo que les decía Smith. Todos se sintieron más que felices cuando el Sol recuperó su tamaño normal... y se fue alejando por la popa, mientras la Universe cruzaba la órbita de Marte y se colocaba en dirección hacia el exterior, ya en el tramo final de su misión.

Los Cinco Famosos ya se habían adaptado —según las diversas maneras de ser de cada uno— al cambio inesperado que se había producido en sus vidas. Mijáilovich estaba componiendo de forma abundante y ruidosa; rara vez se le veía, excepto cuando aparecía a la hora de comer para contar relatos atroces y atormentar a todas las víctimas que encontrara disponibles, en especial a Willis. Greenberg se había autoelegido —sin que nadie se opusiera a ello— miembro honorario de la tripulación, y pasaba gran parte del tiempo en el puente.

Maggie M contemplaba la situación con una mezcla de pesar y deleite.

—Los escritores —observó— siempre están diciendo lo mucho que podrían trabajar si tan sólo estuvieran en algún sitio en el que no hubiera interrupciones. El no comprometerse en matrimonio, los faros y las cárceles son algunos de sus ejemplos favoritos. Así que no me puedo quejar... salvo por el hecho de que mis pedidos de material de investigación siguen llegando con retraso debido a los mensajes de alta prioridad.

Hasta Victor Willis había llegado a una conclusión muy parecida. También él estaba muy atareado, pues se hallaba trabajando en diversos proyectos de largo alcance. Y tenía un motivo adicional para no salir de su camarote; todavía transcurrirían varias semanas antes de que pareciera que se había olvidado de afeitarse.

En cuanto a Yva Merlin, todos los días pasaba varias horas en el centro de entretenimiento para mantenerse al día —como se apresuraba a explicar— de sus clásicos favoritos. Había sido una suerte que los equipos y elementos de biblioteca y proyección se hubiesen instalado a tiempo para el viaje; aunque la colección aún era relativamente pequeña, había suficiente material como para pasarse varias vidas examinándola.

Todas las obras famosas de arte visual estaban ahí, a partir de las que pertenecían al vacilante alborar del cine. Yva conocía la mayor parte de ellas y se sentía feliz de compartir sus conocimientos.

Floyd, desde luego, disfrutaba escuchándola porque, en esos momentos, Yva cobraba vida y dejaba de ser un icono para convertirse en un ser humano normal y corriente. A Floyd le resultaba triste y lamentable al mismo tiempo que esa mujer sólo pudiera establecer contacto con el mundo real a través de un universo artificial de imágenes transmitidas por vídeo.

Una de las experiencias más extrañas de la vida de Heywood Floyd —bastante llena de acontecimientos memorables— fue la de sentarse en la semioscuridad, exactamente detrás de Yva, en alguna parte fuera de la órbita de Marte, mientras miraban juntos la versión original de Lo que el viento se llevó. Hubo momentos en los que pudo ver el famoso perfil de la Merlin recortado contra el de Vivien Leigh y comparar a ambas... aunque resultaba imposible decir que una de las actrices era mejor que la otra, ya que ambas eran sui generis.

Cuando las luces se encendieron, lo asombró ver que Yva estaba llorando. Le cogió la mano y le dijo con ternura:

—Yo también he llorado cuando ha muerto Bonny.

Yva logró esbozar una débil sonrisa:

—En realidad, estaba llorando por Vivien —dijo—. Mientras estábamos filmando la segunda versión leí mucho acerca de ella. Tuvo una vida tan trágica... Y hablar sobre ella, precisamente aquí, en medio de los planetas, me trae a la memoria algo que Larry dijo cuando a la pobrecita la trajo de vuelta de Ceilán tras el colapso nervioso que ella había sufrido.

Dijo a sus amigos: «Me he casado con una mujer del espacio extraterrestre.»

Yva se detuvo un instante, y otra lágrima se deslizó por su mejilla. (Floyd no pudo evitar pensar que las lágrimas eran bastante teatrales.)

—Y hay algo todavía más extraño. Vivien hizo su última película hace exactamente cien años... ¿y sabes cuál fue?

—Prosigue... sorpréndeme otra vez.

—Espero que le sorprenda a Maggie... si es que de veras está escribiendo el libro con el que nos sigue amenazando. La última película de Vivien fue El barco de los locos.

38. ICEBERGS DEL ESPACIO

Ahora que disponían de tanto tiempo inesperado, el capitán Smith finalmente había aceptado concederle a Victor Willis la muy demorada entrevista que formaba parte del contrato. El propio Victor la había estado aplazando sin cesar debido a lo que Mijáilovich insistía en denominar «la amputación» de Victor. Dado que transcurrirían muchos meses antes de que pudiera recomponer su imagen pública, al final decidió hacer la entrevista fuera de cámara; en la Tierra, el estudio podría luego falsificar la presencia de Willis con fotos de archivo.

Habían estado sentados en la todavía parcialmente amueblada cabina del capitán, saboreando uno de los excelentes vinos que, constituían gran parte de la concesión de equipaje de Victor. Como la Universe iba a detener sus motores y a comenzar el vuelo inercial dentro de las próximas horas, ésta sería la última oportunidad durante varios días. Victor sostenía que el vino sin peso era una abominación; de modo que se negaba a poner sus preciosos vinos añejos en bolsas de plástico compresibles.

—Les habla Victor Willis, a bordo de la cosmonave Universe, a las 18. 30 del viernes 15 de julio de 2061. Aunque todavía no estamos en el punto medio de nuestro viaje, ya nos encontramos mucho más allá de la órbita de Marte, y casi hemos alcanzado nuestra velocidad máxima. ¿Cuál es, capitán?

—Mil cincuenta kilómetros por segundo.

—Más de mil kilómetros por segundo... ¡casi cuatro millones de kilómetros por hora!

La sorpresa de Victor Willis sonó sincera; nadie habría sospechado que conocía los parámetros orbitarios casi tan bien como el capitán. Pero uno de sus puntos fuertes era su gran capacidad para ponerse en el lugar de los espectadores y no sólo anticiparse a las preguntas que harían sino despertar su interés.

—Así es —confirmó el capitán, con sereno orgullo—. Estamos viajando al doble de la velocidad a que lo haya hecho ser humano alguno desde el comienzo de los tiempos.

«Ésa debería haber sido una de mis líneas de texto», pensó Victor. No le gustaba que su entrevistado se le adelantara. Pero como buen profesional que era, se adaptó enseguida.

Consultó su famosa y pequeña memoagenda con pantalla direccional, cuya imagen sólo él podía ver.

—Cada doce segundos recorremos una distancia igual al diámetro de la Tierra. Y aun así, tardaremos otros diez días en llegar a Júpi... ah, ¡Lucifer! Eso les da una idea de la escala del Sistema Solar... Ahora, capitán, éste es un tema delicado, pero se me hicieron muchas preguntas al respecto, en el curso de la semana pasada.

«¡Oh, no! —gimió Smith para sus adentros—. ¡Que no sea otra vez lo de los inodoros para gravedad cero!»

—En este preciso instante estamos pasando justo a través del corazón del cinturón de asteroides...

«Ojalá hubieran sido los inodoros», pensó Smith.

—...y aunque jamás ninguna cosmonave ha sido seriamente dañada por un choque, ¿no estamos corriendo un gran riesgo? Después de todo hay, en sentido literal, millones de cuerpos, cuyo tamaño puede llegar a ser tan reducido como el de una pelota de playa, que se hallan en órbita en esta sección del espacio. Y sólo figuran unos pocos miles en las cartas de navegación espacial.

—Más que unos pocos: por encima de diez mil.

—Pero existen millones de los que nada conocemos.

—Es cierto. Pero no nos serviría de mucho conocerlos.

—¿Qué quiere decir?

—No hay nada que podamos hacer con respecto a ellos.

—¿Por qué no?

El capitán Smith hizo una pausa, para pensar con cuidado. Willis tenía razón: éste era, en efecto, un asunto delicado. La oficina central lo reprendería con elegancia, si él dijera algo que desalentara a los potenciales clientes.

—En primer lugar, el espacio es tan vasto que incluso aquí —como usted ha dicho, en el corazón del cinturón de asteroides— la posibilidad de choque es infinitesimal. Albergábamos la esperanza de mostrar un asteroide, y el mejor que podemos exhibir es el Hanuman, de lastimosos trescientos metros de diámetro, a lo sumo que nos acercamos a él es a un cuarto de millón de kilómetros.

—Pero Hanuman es gigantesco en comparación con todos los desechos desconocidos que están flotando por aquí. ¿No le preocupa eso?

—A decir verdad, una vez me escapé de uno por milagro, en el Pico Pike, en Colorado. El relámpago y el trueno fueron simultáneos. Pero usted admite que el peligro sí existe... ¿y no estamos aumentando el riesgo al viajar a tan enorme velocidad?

Willis, por supuesto, conocía muy bien la respuesta; pero una vez más, se estaba poniendo en el lugar de sus legiones de desconocidos oyentes, que se hallaban en el planeta que, a cada segundo que transcurría, se estaba alejando mil kilómetros.

—Resulta difícil de explicar sin recurrir a las matemáticas —dijo el capitán (¡cuántas veces había empleado esa frase, aun cuando no era verdad!)—, pero no hay una relación directa entre velocidad y riesgo. Chocar con cualquier cosa, a las velocidades que despliega una nave espacial, sería catastrófico. Si, por ejemplo, usted se halla al lado de una bomba atómica cuando explota, no importa si el arma tiene la potencia de kilotón o de un megatón.

Esa no era una declaración precisamente tranquilizadora, pero era lo mejor que podía hacer Smith, y antes de que Willis pudiese insistir sobre ese asunto, se apresuró a proseguir.

—Y permítame recordarle que cualquier... leve riesgo adicional que podamos estar corriendo, persigue el mejor de los propósitos: una sola hora puede salvar vidas.

—Sí, estoy seguro de que todos apreciamos eso profundamente. —Willis se contuvo; pensando añadir: «Y, por supuesto, yo también estoy metido en el baile», pero decidió no hacerlo. Podría causar una impresión de inmodestia, si bien la modestia no había sido nunca su virtud más destacada. De todos modos, difícilmente podría convertir una necesidad en virtud; en estos momentos, tenía muy pocas alternativas, a menos que decidiera regresar a casa andando.

—Todo esto —prosiguió— me lleva a otra cuestión: ¿sabe qué ocurrió hace exactamente un siglo y medio, en el Atlántico Norte?

—¿En 1911?

—Bueno, pues, en realidad, en 1912...

El capitán Smith adivinó de qué se trataba pero, fingiendo ignorancia, se negó con tozudez a cooperar:

—Supongo que usted se refiere al Titanic —dijo.

—Así es —contestó Willis, ocultando con gallardía su decepción—. He recibido veinte recordatorios por lo menos de personas que creen ser las únicas que se han percatado del paralelismo.

—¿Qué paralelismo? El Titanic estaba corriendo riesgos inadmisibles, nada más que para intentar romper un récord.

Estuvo a punto de agregar: «Y no llevaba suficientes botes salvavidas», pero por suerte se contuvo a tiempo, cuando recordó que el primero y único transbordador de la nave espacial no podía transportar más de cinco pasajeros. Si Willis se agarraba a eso habría que dar demasiadas explicaciones.

—Bueno, acepto que la analogía es bastante forzada. Pero hay otro paralelismo llamativo que todo el mundo señala: ¿tiene usted idea de cómo se llamaba el primer, y último, capitán del Titanic?

—No tengo la más remota... —empezó a decir el capitán Smith. Y entonces, se le aflojó la mandíbula.

—Exacto —dijo Victor Willis, con una sonrisa que sería caritativo denominar de autocomplacencia.

De muy buena gana, el capitán Smith habría estrangulado a todos esos investigadores aficionados. Pero difícilmente podría culpar a sus padres por haberle legado el más común de los apellidos ingleses.

39. LA MESA DEL CAPITÁN

Era una lástima que los espectadores de (y fuera de) la Tierra no pudieran disfrutar de las discusiones menos formales que tenían lugar a bordo de la Universe. Ahora la vida en la nave se había calmado y se había convertido en una rutina constante, interrumpida de forma puntual por algunos hitos fijos, de los cuales el más importante y, además, el más tradicional, era la Mesa del Capitán.

A las dieciocho horas en punto los seis pasajeros y cinco de los oficiales que no estaban de servicio se reunían con el capitán Smith para cenar. Por supuesto, no había atisbos de la indumentaria formal que había sido obligatoria a bordo de los palacios flotantes del Atlántico del Norte, pero, por lo general, se hacían algunos intentos por lucir novedades en el vestir. Siempre se podía confiar en que Yva luciera algún nuevo broche, anillo, collar, adorno para el cabello o perfume, procedentes de un surtido al parecer inagotable.

Si estaba encendido el sistema impulsor la comida empezaba con una sopa. Pero si la nave se encontraba en desplazamiento inercial y había falta de gravedad se ofrecía una selección de bocadillos y canapés. Tanto en un caso como en otro, antes de que se sirviera el plato principal el capitán Smith informaba sobre las últimas novedades... o trataba de disipar los rumores más recientes, alimentados en general por los noticieros procedentes de la Tierra o de Ganimedes.

Las acusaciones y las recriminaciones volaban en todas direcciones, y se habían propuesto las teorías más fantásticas para explicar el secuestro de la Galaxy. Se había levantado un dedo acusador contra cada organización cuya existencia se conocía, y contra muchas que eran puramente imaginarias. Todas estas teorías, empero, tenían algo en común: ni una sola de ellas podía sugerir un motivo plausible.

El misterio se había intensificado con el singular dato recién surgido: un tenaz trabajo de pesquisa llevado a cabo por la ASTROPOL había demostrado el sorprendente hecho de que la difunta Rose MacMahon era, en realidad, Ruth Masón, nacida en Nueva Inglaterra, reclutada por la Policía Metropolitana... y, a posteriori, tras un comienzo prometedor, despedida por actividades racistas. Había emigrado al África y luego había desaparecido. Era evidente que se había enredado en la política clandestina de ese desafortunado continente. Shaka era mencionado con frecuencia, y con la misma frecuencia lo negaba EUSA.

La relación entre estos hechos y el misterioso satélite Europa daba lugar a interminables e infructuosas discusiones en la mesa, en especial cuando Maggie M confesó en una ocasión que había estado planeando escribir una novela sobre Shaka, desde el punto de vista de una de las mil desafortunadas esposas del déspota zulú. Pero cuanto más ahondaba la autora en el proyecto, más repulsivo le parecía.

—En el momento en que abandoné a Shaka —admitió con amargura—, supe con exactitud qué es lo que un alemán de hoy siente con respecto a Hitler.

Revelaciones personales de ese tipo se hicieron cada vez más comunes, a medida que se desarrollaba el viaje. Cuando se había terminado con el plato principal, a alguno de los miembros del grupo se le concedía la palabra durante treinta minutos. Entre todos reunían una experiencia equivalente a la de doce vidas, en otros tantos cuerpos celestes, por lo que habría resultado difícil hallar una mejor fuente de relatos de sobremesa.

El orador menos efectivo era Victor Willis, lo que resultaba bastante sorprendente, si bien fue lo suficientemente franco para admitirlo y para explicar la causa.

—Estoy tan habituado —dijo, casi disculpándose, pero no del todo— a desenvolverme ante un público de millones de personas, que se me hace difícil hablar ante un pequeño grupo amistoso como éste.

—¿Podría desenvolverse mejor si no fuera amistoso? —preguntó Mijáilovich, siempre deseoso de ser útil—. Eso se podría arreglar con facilidad.

Yva, por el contrario, resultó mejor de lo que se esperaba, aun cuando sus recuerdos se limitaban, por completo, al mundo del espectáculo. Era particularmente buena para

hablar sobre los directores —famosos y no famosos— con quienes había trabajado, en especial, David Griffin.

—¿Es cierto que odiaba a las mujeres? —preguntó Maggie M, sin duda pensando en Shaka.

—De ningún modo —repuso Yva con prontitud—. Odiaba a los actores. No creía que fueran seres humanos.

Las reminiscencias de Mijáilovich también cubrían un campo algo limitado: las grandes orquestas y compañías de danza, directores y compositores famosos, y sus innumerables adulones. Pero estaba tan lleno de relatos graciosos sobre intrigas y relaciones sexuales ilícitas entre bastidores, así como de narraciones sobre noches de estreno saboteadas y enemistades a muerte entre prime donne, que conseguía que hasta los oyentes más reacios a la música se murieran de risa, por lo que se le concedía tiempo adicional.

Las narraciones prosaicas y desprovistas de emoción que el coronel Greenberg hacía de sucesos extraordinarios no pudieron haber sido un mejor contraste. Tanto se había escrito sobre el primer aterrizaje en el relativamente templado Polo Sur de Mercurio, que apenas había nada nuevo que añadir al respecto. La pregunta que les interesaba a todos era: «¿Cuándo regresaremos?», a la que le sucedía por lo general otra pregunta: «¿Le gustaría volver?»

—Si me lo piden, por supuesto que iré —respondía Greenberg—. Aunque yo pienso que con Mercurio va a suceder lo mismo que con la Luna: recuerden, aterrizamos en ella en 1969 y no volvimos durante media vida. Sea como fuere, Mercurio no es tan útil como la Luna... quizás algún día lo sea. No hay agua allá, por supuesto; fue toda una sorpresa encontrarla en la Luna. O tal vez deba decir dentro de la Luna...

»Aunque careció del encanto que envolvió al viaje a Mercurio, hice un trabajo más importante al establecer el tren de muías desde Aristarco.

—¿Un tren de mulas?

—Sí. Antes de que se construyera el gran dispositivo ecuatorial de lanzamiento, y se empezara a disparar el hielo, poniéndolo directamente en órbita, lo teníamos que transportar desde la parte superior de la fosa hasta el Puerto Espacial, en el mar de las Lluvias. Eso comportó allanar el terreno y hacer un camino a través de las llanuras de lava, así como tender puentes a través de gran cantidad de grietas. El Camino del Hielo lo llamábamos... nada más que trescientos kilómetros, pero su construcción costó muchas vidas...

»Las "muías" eran tractores de ocho ruedas, con neumáticos enormes y suspensión independiente. Arrastraban hasta doce acoplados, cada uno de los cuales llevaba cien

toneladas de hielo. Se solía viajar de noche, así que no había necesidad de proteger la carga.

»Viajé con ellos varias veces. El proyecto duraba unas seis horas (no salíamos a batir récords de velocidad); después, se descargaba el hielo en tanques grandes, sometidos a presión interna, en los que se aguardaba la salida del Sol. No bien el hielo se fundía, era bombeado a las naves.

»El Camino del Hielo sigue estando allí, claro, pero ahora sólo lo utilizan los turistas. Si son sensatos, viajarán por él de noche, como solíamos hacer nosotros. Había mucho de magia, con la Tierra llena casi directamente encima de nosotros, tan brillante, que rara vez empleábamos nuestras luces. Y si bien podíamos conversar con nuestros amigos siempre que quisiéramos, a menudo apagábamos la radio y la dejábamos en respuesta automática, para decirles que estábamos bien, pues simplemente queríamos estar a solas, en esa gran vacuidad resplandeciente... mientras siguiera estando allí, porque sabíamos que no duraría.

»Ahora están construyendo el escindidor de quarks para la generación de teravoltios, que corre precisamente alrededor del Ecuador, y están surgiendo cúpulas distribuidas por todos los lugares de Lluvias y Serenidad. Pero nosotros conocimos la verdadera soledad lunar, tal y como la vieron Armstrong y Aldrin... antes de que se pudieran comprar postales con la leyenda Ojalá estuvieras aquí, en la oficina de correos de Base Tranquilidad.

40. MONSTRUOS DE LA TIERRA

...suerte que te perdiste el baile anual: lo creas o no, fue tan espantoso como el del año pasado. Y una vez más nuestro mastodonte residente, la querida Ms. Wilkinson, se las arregló para triturar los dedos del pie de su pareja de baile, incluso en la pista con medio g de gravedad.

»Y ahora, algo de negocios. Puesto que no vas a regresar hasta dentro de varios meses, en vez de un par de semanas, el administrador está mirando con lascivia tu apartamento (buen vecindario, cerca del centro comercial de la ciudad, una espléndida vista de la Tierra en los días despejados, etc.) y sugiere hacer un arrendamiento hasta que regreses. Parece ser un buen negocio y te ahorrarías un montón de dinero. Recogeremos todos los efectos personales que desees que se guarden...

»Ahora, en cuanto a este asunto de Shaka. Sabemos que te encanta gastarnos bromas, pero, con franqueza, ¡Jerry y yo quedamos horrorizados! Puedo ver por qué

Maggie M lo abandonó... Claro que hemos leído Lujurias olímpicas, del que es autora; es muy agradable, pero demasiado feminista para nosotros...

»¡Qué monstruo! Puedo entender por qué llamaron a una pandilla de terroristas africanos para que fuesen tras él. ¡Qué capricho el de ejecutar a sus guerreros si se casaban! ¡Y matar a todas las pobres vacas de su calamitoso imperio, nada más que porque eran hembras! Y lo peor de todo: esas horribles lanzas que inventó... Sus modales eran chocantes. ¡Asestar esas lanzas a gente que no había sido adecuadamente presentada...!

»¡Y qué horrible publicidad para nosotros! Casi suficiente como para hacer que se quiera pasar al otro bando. Siempre hemos sostenido que somos delicados y de buen corazón (así como que tenemos gran talento y que estamos dotados para el arte, claro), pero ahora que nos has hecho contemplar algunos de los llamados Grandes Guerreros (¡como si hubiese algo de grande en matar gente!), estamos casi avergonzados de haber tenido esas compañías...

»Sí, sí sabíamos lo de Adriano y Alejandro... pero, desde luego, no sabíamos nada sobre Ricardo Corazón de León y Saladino. O sobre Julio César, aunque él era de todo: pregúntale a Marco Antonio, así como a Cleo. O sobre Federico el Grande, que sí cuenta con algunos rasgos que lo redimen: mira cómo lo trató al viejo Bach.

»Cuando le dije a Jerry que, por lo menos, Napoleón es una excepción, y no nos tienen que hacer cargar con él, ¿sabes lo que dijo?: "Apuesto a que Josefina era, en realidad, un muchacho." Prueba a decirle eso a Yva.

»Nos has echado a perder el estado de ánimo, so bribón, al meternos a todos en la misma bolsa manchada de sangre (disculpa la confusa metáfora). Deberías habernos dejado en la feliz ignorancia...

»A pesar de eso, te enviamos nuestro cariño, y lo mismo hace Sebastián. Dile "hola" a cualquier europeo que te llegues a encontrar. A juzgar por los informes procedentes de la Galaxy, algunos de ellos serían buenas parejas de baile para Ms. Wilkinson.

41. MEMORIAS DE UN CENTENARIO

El doctor Heywood Floyd prefería no hablar de su primera misión a Júpiter ni de la segunda a Lucifer, realizada diez años más tarde. Todo eso había ocurrido hacía demasiado tiempo, y no había cosa alguna que no hubiese dicho cien veces, ante comisiones del Congreso, juntas del Consejo Espacial y representantes de los medios de comunicación, como Victor Wallis.

No obstante, tenía un deber hacia sus compañeros de viaje, deber que no podía soslayar. En su condición de único hombre vivo que fue testigo del nacimiento de un nuevo sol —y un nuevo Sistema Solar—, todos esperaban que tuviese cierta comprensión especial de los mundos hacia los que ahora se estaban acercando con tanta rapidez. Era una suposición ingenua: Floyd les podía decir mucho menos, con respecto a los satélites galileanos, que los científicos e ingenieros que habían estado trabajando allí durante más de una generación. Cuando se le preguntaba: «¿Cómo son las cosas, en realidad, en Europa (o Ganimedes, o Io, o Calisto...)?», era factible que remitiera al consultante, con bastante rudeza, a los voluminosos informes de que se disponía en la biblioteca de la nave.

Y sin embargo, había un solo campo en el que la experiencia de Floyd no tenía competidores: medio siglo después, aún se preguntaba a veces si realmente había ocurrido, o si se habría quedado dormido a bordo de la Discovery, cuando David Bowman se le había aparecido. Lo segundo era casi más fácil de creer que el que una nave espacial pudiera estar embrujada...

Pero no pudo haber estado soñando cuando las motas de polvo flotante se juntaron y formaron esa imagen espectral de un hombre que debió de haber estado muerto durante muchísimos años. Sin la advertencia que ese fantasma le había hecho (¡con cuánta claridad recordaba que los labios de la aparición estaban inmóviles, y que la voz había salido del altavoz de la consola!), la Leonov y todos los que estaban a bordo se habrían vaporizado en la detonación de Júpiter.

—¿Por qué lo hizo? —se preguntó Floyd durante una de las sesiones de sobremesa—. Me he devanado los sesos pensando en eso a lo largo de cincuenta años. Fuera lo que fuere aquello en lo que se convirtió después de salir en la góndola autónoma de la Discovery para investigar el monolito, tuvo que seguir conservando algunos lazos con la especie humana; no era por completo extraterrestre. Sabemos que Bowman regresó fugazmente a la Tierra, debido a aquel suceso con la bomba puesta en órbita. Y existen sólidas pruebas de que visitó tanto a su madre como a su antigua novia. Ésa no es la manera de actuar de un ente que haya descartado todas las emociones.

—¿Qué supone usted que él es ahora? —preguntó Willis—. Y en cuanto a eso, ¿dónde está?

—Quizás esa última pregunta carezca de sentido... incluso para los seres humanos. ¿Sabe usted dónde reside su conciencia?

—La metafísica me aburre. En alguna parte, en la superficie general de mi cerebro, donde fuere.

—Cuando yo era joven —suspiró Mijáilovich, que tenía especial talento para hacer que las discusiones más serias perdieran importancia—, la mía se hallaba alrededor de un metro más abajo.

—Supongamos que él esté en Europa; sabemos que hay un monolito allá y que no cabe duda de que Bowman estaba relacionado con él de alguna manera. Recuerden cómo transmitió esa advertencia.

—¿Cree usted que él también transmitió la segunda, en la que decía que nos mantuviéramos alejados?

—La que ahora vamos a pasar por alto...

—...en nombre de una buena causa...

Por lo general, el capitán Smith se contentaba con dejar que la discusión tomara el rumbo que se quisiera. Pero ahora hizo una de sus excepcionales intervenciones.

—Doctor Floyd —dijo, con expresión taciturna—, usted se encuentra en una posición singular y deberíamos aprovecharla. Bowman en una ocasión se desvió de su camino para ayudarlo. Si es que todavía se encuentra por aquí, es posible que esté dispuesto a hacerlo de nuevo. Me preocupa mucho esa orden de que no se intenten aterrizajes en Europa. Si Bowman nos pudiera asegurar que fue, digamos, temporalmente suspendida, yo me sentiría mucho más tranquilo.

Hubo varios «sí, sí» alrededor de la mesa, antes de que Floyd contestara:

—Sí. He estado pensando en esos mismos términos. Ya le he dicho a la Galaxy que esté alerta ante cualquier... manifestación, en caso de que Bowman trate de entrar en contacto.

—Por supuesto —dijo Yva—, puede que esté muerto en estos momentos... si es que los fantasmas pueden morir.

Ni siquiera Mijáilovich tuvo un comentario adecuado para esa frase, y aunque Yva comprendió, sin duda, que nadie tenía una elevada opinión de la aportación que ella acababa de hacer, impertérrita, volvió a intervenir:

—Woody, querido, ¿por qué no le haces, sencillamente, una llamada por radio? Para eso está, ¿no?

La idea se le había pasado a Floyd por la cabeza, pero, le había parecido demasiado ingenua para tomarla en serio.

—Lo haré —dijo—. No creo que resulte perjudicial.

42. MONOLITO

Esta vez Floyd estaba absolutamente seguro de estar soñando...

Nunca había podido dormir bien en condiciones de gravedad cero y en estos momentos la Universe se desplazaba en vuelo inercial, sin impulso de los motores, a velocidad máxima. Dentro de dos días empezaría casi una semana de reducción continua de la velocidad, hasta que pudiera producirse el encuentro con Europa.

Aunque se ajustara las correas de fijación innumerables veces, a Floyd siempre le parecía que estaban o demasiado tensas o demasiado flojas; o bien tenía dificultades para respirar, o bien se encontraba flotando fuera de su litera.

En una ocasión se había despertado flotando en mitad de la cabina, y había agitado los brazos como aspas durante varios minutos hasta que, agotado, se las arregló para desplazarse con suavidad a lo largo de los pocos metros que lo separaban de la pared más próxima. No fue sino hasta ese momento cuando recordó que, sencillamente, tendría que haber aguardado; el sistema de ventilación del camarote pronto lo habría succionado hasta la parrilla de aspiración, sin necesidad de esfuerzo alguno por parte suya. En su calidad de viajero espacial experimentado, sabía esto muy bien; su única excusa era haber sido presa de pánico vulgar y corriente.

Pero esta noche se las había arreglado para que todo anduviese bien. Era probable que, cuando volviera a haber peso, tuviese dificultades para readaptarse a esa situación. Había estado en la cama, despierto, durante apenas unos pocos minutos, pensando en la discusión entablada durante la cena, y después se había quedado dormido.

En su sueño, había continuado la conversación de sobremesa. Se habían producido algunos cambios insignificantes, cambios que aceptó sin sorprenderse. A Willis, por ejemplo, le había vuelto a crecer la barba, aunque sólo en uno de los lados de la cara. Esto, según suponía Floyd era para apoyar algún proyecto de investigación, si bien le resultaba difícil imaginar el propósito de tal proyecto.

Sea como fuere, Floyd tenía sus propias preocupaciones. Se estaba defendiendo de las críticas del administrador espacial Millson, quien, de forma un tanto sorprendente, se había incorporado al grupito. Floyd se preguntaba cómo habría subido a bordo de la Universe (¿podría ser, quizá, que se hubiera ocultado como polizón?). El hecho de que Millson había muerto hacía por lo menos cuarenta años parecía ser mucho menos importante.

—Heywood —estaba diciendo su antiguo enemigo—, la Casa Blanca está sumamente molesta.

—No puedo imaginar el porqué.

—Ese mensaje radial que usted acaba de enviar a Europa, ¿contaba con la autorización del Departamento de Estado?

—No he creído que fuese necesario. Simplemente he solicitado permiso para descender.

—Ah, pero ésa es la cuestión. ¿A quién se lo ha solicitado? ¿Se trata de un gobierno que cuenta con nuestro reconocimiento? Me temo que todo es muy irregular.

Millson se esfumó, sin dejar de reconvenirlo mientras desaparecía. «Estoy muy contento de que esto sólo sea un sueño —pensó Floyd—. Y ahora, ¿qué?»

«Bueno, Debería habérmelo imaginado. Hola, viejo amigo. Vienes en todos los tamaños, ¿no? Claro que sí, ni siquiera el TMA-1 podría haberse introducido en mi cabina... y su Hermano Mayor fácilmente se podría haber tragado la Universe de un solo bocado.»

El monolito negro se erguía —o flotaba— apenas a dos metros de la litera de Floyd, quien, con un incómodo sobresalto de reconocimiento, se dio cuenta de que el monolito no sólo tenía la misma forma sino también el mismo tamaño que una lápida común y corriente. Aunque con frecuencia le habían señalado la semejanza, hasta entonces la incongruencia de la escala había disminuido el impacto psicológico. Ahora, por vez primera, sentía que el parecido era inquietante, incluso siniestro.

«Sé que esto no es nada más que un sueño, pero a mi edad, no quiero recordatorios...»

«De todos modos, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Traes un mensaje de Dave Bowman? ¿Eres Dave Bowman?»

«Bueno, en realidad no esperaba respuesta alguna; no eras muy locuaz en el pasado, ¿no? Pero siempre ocurrían cosas cuando estabas cerca. En Tycho, hace sesenta años, enviaste esa señal a Júpiter para decirles a sus creadores que te habíamos desenterrado. ¡Y mira lo que le hiciste a Júpiter cuando llegamos allá, muchos años después!»

«¿Qué estás tramando ahora?»

VI - REFUGIO

43. SALVAMENTO

La primera tarea que afrontaron el capitán Laplace y su tripulación —una vez se hubieron acostumbrado a estar en tierra firme— fue la de reorientarse. Todo lo que había en la Galaxy estaba colocado al revés.

Las naves espaciales están diseñadas para dos modalidades de operación: con ausencia absoluta de gravedad o, cuando los motores están generando impulso, en una dirección arriba-abajo, a lo largo del eje mayor. Pero ahora la Galaxy yacía en posición casi horizontal, y todos los pisos se habían convertido en paredes. Era exactamente como si estuviesen tratando de vivir en un faro que se hubiese derrumbado sobre un costado; cada uno de los muebles tenía que ser cambiado de lugar, y el cincuenta por ciento del equipo, por lo menos, no estaba funcionando de manera adecuada.

Y sin embargo, en cierto sentido ésta era una desgracia con suerte, y el capitán Laplace la aprovechó cuanto pudo. Dado que la tripulación estaba tan ocupada reordenando el interior de la Galaxy (se dio prioridad a la instalación de las cañerías sanitarias), Laplace no se preocupaba por el estado de ánimo de la gente. En tanto el casco permaneciese estanco y los generadores muónicos continuaran proporcionando energía, los tripulantes no corrían un peligro inmediato; tan sólo tenían que sobrevivir veinte días y la salvación llegaría desde los cielos bajo la forma de la Universe. Nadie mencionó siquiera la posibilidad de que los poderes desconocidos que regían Europa pudieran oponerse a un segundo descenso. Todo parecía indicar que habían pasado por alto el primero; seguramente no interferirían con una misión misericordiosa...

Europa en sí, empero, se mostraba ahora menos cooperativa: mientras la Galaxy estuvo a la deriva en mar abierto, prácticamente no se había visto afectada por los temblores que, de manera continua, demolían ese pequeño mundo. Pero ahora que la nave se había convertido en una estructura que permanecía demasiado tiempo en tierra era sacudida cada pocas horas por perturbaciones sísmicas. De haber tocado tierra en la posición vertical normal, no había duda de que, para estos momentos, estaría volcada.

Más que peligrosos, los temblores eran desagradables, pero provocaban pesadillas a quienquiera que hubiese experimentado el de Tokio de 2033 o el de Los Angeles de 2045. No era una gran ayuda saber que seguían un patrón completamente predecible, pues aumentaban hasta alcanzar un nivel de violencia y frecuencia, cada tres días y medio, cuando lo pasaba oscilando en su órbita interior. Tampoco consolaba demasiado saber que las propias mareas de gravedad de Europa le estaban infligiendo a lo un daño por lo menos igual.

Después de seis días de trabajo agotador, el capitán Laplace quedó satisfecho de que la Galaxy presentara el máximo orden que era posible conseguir dadas las circunstancias.

Proclamó día de fiesta —que la mayoría de la tripulación pasó durmiendo— y después trazó un cronograma para el segundo día que iban a pasar en el satélite.

Los científicos, por supuesto, quisieron explorar el nuevo mundo en el que habían ingresado de forma tan inesperada. Según los mapas de radar que Ganimedes les había transmitido, la isla tenía quince kilómetros de largo y cinco de ancho; su elevación máxima era tan sólo de cien metros. Alguien había dicho con tono sombrío que no era lo bastante alta como para evitar una tsunami realmente maligna.

Resultaba difícil imaginar un lugar más lúgubre y horrendo. Medio siglo de exposición a los tenues vientos y lluvias de Europa nada había hecho por fragmentar la capa de lava que cubría la mitad de la superficie del satélite, o por ablandar el afloramiento de granito que sobresalía a través de los ríos de roca congelada. Pero ahora era el hogar de los ocupantes de la Galaxy, y tenían que encontrarle un nombre.

Las sugerencias sombrías y deprimentes, tales como Hades, Infierno, Averno o Purgatorio fueron firmemente vetadas por el capitán, quien quería un nombre jovial. Un sorprendente y quijotesco tributo a un bravo enemigo se tomó seriamente en cuenta antes de que fuera rechazado por treinta y dos a uno y cinco abstenciones: la isla no se llamaría «Tierra de Rosie»...

Al final ganó «Refugio» por unanimidad.

44. ENDURANCE

«La Historia nunca se repite... pero las situaciones históricas vuelven a ocurrir.»

Mientras elaboraba su informe diario para Ganimedes, el capitán Laplace seguía pensando en esa frase. La había citado Margaret M'Bala —que ahora se estaba acercando a casi mil kilómetros por segundo— en un mensaje de aliento enviado desde la Universe, mensaje que Laplace transmitió con alegría a sus compañeros de naufragio.

—Por favor, díganle a la señorita M'Bala que su breve lección de historia fue sumamente buena para la moral; no pudo haber pensado en enviarnos un mensaje mejor...

»A pesar del inconveniente que significa tener las paredes y los pisos cambiados de sitio, estamos viviendo en medio del lujo, en comparación con aquellos antiguos exploradores polares. Algunos de nosotros habíamos oído hablar de Ernest Shackleton pero no teníamos idea de la epopeya de la Endurance. Haber quedado atrapados en témpanos de hielo durante más de un año; después, pasar el invierno antártico en una cueva; luego, cruzar mil kilómetros de mar en un bote abierto y trepar una cordillera de

montañas que no figuraban en los mapas, ¡para alcanzar el asentamiento humano más próximo!

»Y aun así, ése sólo fue el comienzo. Lo que nos resulta increíble —e inspirador— es que Shackleton haya regresado cuatro veces para rescatar a sus hombres, que se habían quedado en aquella isleta... ¡y que los haya salvado a todos y cada uno de ellos! Ya se puede imaginar lo que este relato supuso para nuestro estado de ánimo. Espero que nos pueda enviar su libro, a través de reproducción facsimilar, en la próxima transmisión que nos haga. Todos estamos ansiosos por leerlo.

»¡Y qué habría pensado él de eso! Sí, nos hallamos en una situación infinitamente mejor que la de cualquiera de esos exploradores de la antigüedad. Resulta casi imposible creer que, hasta bien avanzado el siglo pasado, quedaban completamente aislados del resto de la humanidad una vez que iban más allá del horizonte. Debería darnos vergüenza protestar porque la luz no es suficientemente rápida y no podemos hablar con nuestros amigos en tiempo real, o porque recibir respuestas de la Tierra cuesta un par de horas... ¡Ellos no tenían contacto durante meses, y a veces, durante años! Una vez más, señorita M'Bala... nuestro sincero agradecimiento.

»Claro está que todos los exploradores de la Tierra tuvieron una sola ventaja considerable, con respecto a nosotros: por lo menos, podían respirar aire. Nuestro equipo de científicos estuvo pidiendo a gritos que se les permitiera ir fuera, y modificamos cuatro trajes espaciales para la realización de AEV de hasta seis horas cada uno. Con esta presión atmosférica no se necesitan trajes completos (un cierre hermético a la altura de la cintura es suficiente y permito que salgan dos hombres cada vez, siempre que se mantengan en contacto visual con la nave.

»Por último, he aquí el informe meteorológico de hoy: presión, doscientos cincuenta barias; temperatura constante, veinticinco grados; viento en ráfagas de hasta treinta vueltas de anemómetro, provenientes del oeste; el habitual cielo nublado, en un ciento por ciento; temblores entre uno y tres, en la escala Richter de extremo abierto...

»Debo decirle que siempre me ha disgustado el sonido de ese "extremo abierto", en especial ahora, cuando lo está volviendo a ponerse en conjunción...

45. LA MISIÓN

Por lo general, cuando la gente solicitaba verlo en grupo, eso quería decir problemas o, al menos, alguna decisión difícil. El capitán Laplace había observado que Floyd y Van der Berg pasaban mucho tiempo dedicados a fervorosas discusiones, a menudo con el

segundo oficial Chang, y era fácil conjeturar de qué estaban hablando. Aun así, la propuesta que le hicieron lo cogió por sorpresa.

—¿Quieren ir al monte Zeus en un bote abierto? ¿Acaso ese libro de Shackleton se les ha subido a la cabeza?

Floyd parecía estar ligeramente turbado, pues el capitán había dado en el blanco: Sur había sido una inspiración en más de un sentido.

—Aunque pudiéramos construir un bote, señor, el viaje tardaría mucho tiempo... en especial ahora que parece que la Universe va a llegar dentro de diez días.

—Y no estoy seguro —agregó Van der Berg— de que me interese navegar en este Mar de Galilea: no todos sus habitantes pueden haber recibido el mensaje de que no somos comestibles.

—Así que eso sólo deja una alternativa, ¿no? Soy escéptico, pero estoy dispuesto a que se me convenza. Prosigan.

—Hemos discutido sobre eso con el señor Chang, y él confirma que se puede hacer, ya que el monte Zeus está sólo a trescientos kilómetros de distancia y el transbordador puede volar hasta allí en menos de una hora.

—¿Y encontrar un sitio para descender? Como sin duda recordarán, el señor Chang no tuvo demasiado éxito con la Universe.

—No hay problema, señor. El William Tsung sólo tiene un centésimo de nuestra masa, de manera que es probable que hasta aquel hielo lo hubiera podido sostener. Hemos estado revisando las videograbaciones y hemos encontrado muchos buenos sitios para el descenso.

—Además —dijo Van der Berg—, el piloto no tendrá una pistola que le esté apuntando. Eso podría ayudar.

—Estoy seguro de que sí. Pero el mayor problema se halla en este lado. ¿Cómo van a conseguir que el transbordador salga de su garaje? ¿Pueden montar una grúa? Incluso con esta gravedad sería una carga bastante considerable.

—No hay necesidad de hacer esa maniobra, señor. El señor Chang lo puede sacar volando.

Se produjo un prolongado silencio mientras el capitán Laplace meditaba —desde luego, sin mucho entusiasmo— sobre la idea de que dispararan motores cohete dentro de la nave. El pequeño transbordador de cien toneladas William Tsung —conocido familiarmente como Bill T— estaba diseñado pura y exclusivamente para operaciones en órbita; en general, era sacado de su «garaje» empujándolo con suavidad, y los motores

no se encendían hasta que el pequeño vehículo se encontraba bien lejos de la nave madre.

—Es evidente que han planeado todo esto al detalle —dijo el capitán, de mala gana—, pero, ¿qué pasa con respecto al ángulo de despegue? No van a decirme que quieren hacer que la Universe gire sobre sí misma, de modo que el Bill T pueda salir directamente... El garaje está semihundido por un lado; es una suerte que no haya quedado debajo al tocar tierra.

—El despegue se tendrá que hacer a sesenta grados en relación con la horizontal; los impulsores laterales se pueden encargar de eso.

—Si el señor Chang lo dice, no hay duda de que es cierto... pero, ¿qué le hará a la nave el disparo de los cohetes?

—Pues arruinará el interior del garaje, pero nunca se volverá a utilizar, de todos modos. Y los mamparos se diseñaron de modo que resistan explosiones accidentales, por lo que no existe el peligro de daños para el resto de la nave. Por si acaso, tendremos preparadas cuadrillas de extinción de incendios.

Era una idea brillante, sin duda alguna. Si funcionaba, la misión no sería un fracaso total. En el transcurso de la semana anterior, el capitán Laplace apenas sí había pensado un instante en el misterio del monte Zeus que los había metido en este brete; lo único que había importado había sido la supervivencia. Pero ahora tenían esperanza —y tiempo— para pensar en lo que iba a suceder. Valdría la pena correr algunos riesgos para descubrir por qué ese pequeño mundo era el foco de tantas intrigas.

46. EL TRANSBORDADOR

—Esto me recuerda algo —dijo el doctor Anderson—: el primer cohete de Goddard voló alrededor de cincuenta metros. Me pregunto si el señor Chang superará ese récord.

—Será mejor que lo haga... o todos tendremos problemas.

La mayor parte del equipo científico se había reunido en la sala de observación. Todo el mundo tenía la mirada ansiosamente clavada en la parte posterior, a lo largo del casco de la nave. Aunque la entrada del garaje no era visible desde ese ángulo, verían al Bill T muy pronto, cuando emergiera... si es que lo hacía.

No hubo cuenta regresiva; Chang se tomaba su tiempo haciendo todas las comprobaciones posibles, y dispararía los cohetes cuando le pareciera conveniente. El transbordador había sido desprovisto de equipo para dejarlo reducido a su masa mínima, y llevaba propulsor en cantidad apenas suficiente para efectuar cien segundos de vuelo.

Si todo salía bien, esa cantidad sería bastante; en caso contrario, más propulsor no sólo sería superfluo sino peligroso.

—Ahí vamos —dijo Chang en tono casual.

Fue casi como un pase de prestidigitación; todo ocurrió tan de prisa que engañó la vista. Nadie vio al Bill T saltar fuera del garaje porque lo ocultó una nube de vapor. Cuando la nube se disipó el transbordador ya estaba descendiendo doscientos metros más allá.

Un gran «¡viva!» de alivio resonó por toda la sala.

—¡Lo ha logrado! —gritó el ex capitán interino Li—. ¡Ha batido el récord de Goddard, y lo ha hecho con toda facilidad!

Apoyado sobre sus cuatro gruesas patas, en el inhóspito paisaje europeo, el Bill T parecía una versión más grande y aun menos elegante de un módulo lunar Apollo. Ése no fue, sin embargo, el pensamiento que se le ocurrió al capitán Laplace mientras miraba desde el puente.

Le pareció que su nave se parecía más a una ballena inmovilizada que se las había arreglado para tener un parto difícil en un medio extraño. Laplace tenía la esperanza de que el nuevo ballenato sobreviviera.

Cuarenta y ocho muy activas horas después, el William Tsung había sido cargado y probado en un circuito de diez kilómetros sobre la isla... y ya estaba listo para partir. Todavía quedaba mucho tiempo para cumplir la misión, pues, según las estimaciones más optimistas, la Universe no podría llegar hasta al cabo de tres días, y el viaje al monte Zeus —incluso dando tiempo para el despliegue de la extensa colección de instrumentos del doctor Van der Berg— sólo duraría seis horas.

No bien el segundo oficial Chang hubo descendido, el capitán Laplace lo llamó a su cabina. Chang pensó que el capitán parecía estar algo intranquilo.

—Buen trabajo, Walter... pero, claro está, eso no es nada más que lo que esperamos que ocurra.

—Gracias, señor. Entonces, ¿cuál es el problema?

El capitán sonrió. En una tripulación bien integrada no podía haber secretos.

—La Central, como siempre. Odio decepcionarlo, pero he recibido órdenes de que únicamente el doctor Van der Berg y el segundo oficial Floyd realicen el viaje.

—Entiendo... —replicó Chang, con un deje de amargura—. ¿Qué les ha dicho usted?

—Nada aún. Ése es el motivo por el que deseaba hablar con usted. Estoy totalmente dispuesto a decirles que usted es el único piloto que puede hacer volar el transbordador.

—Ellos saben que eso es absurdo; Floyd puede hacer el trabajo tan bien como yo. No existe el más mínimo riesgo, salvo algún fallo en el funcionamiento, cosa que le podría ocurrir a cualquiera.

—Y yo sigo dispuesto a arriesgar el pellejo si usted insiste. Después de todo, nadie me puede detener, y todos seremos héroes cuando regresemos a la Tierra.

Era evidente que Chang estaba haciendo algunos cálculos intrincados. Pareció quedar bastante satisfecho con el resultado.

—Reemplazar un par de centenares de kilos de carga útil por propulsor nos brinda una interesante nueva opción. Yo lo hubiera mencionado antes, pero no había modo alguno de que el Bill T se hubiera podido arreglar con todo ese equipo adicional y una tripulación completa...

—No me lo diga: la Gran Muralla.

—Por supuesto; podríamos hacer un reconocimiento completo en una sesión o dos y descubrir qué es en realidad.

—Creí que teníamos una idea muy buena, y no estoy seguro de que debamos acercarnos a ella. Eso podría significar que estamos abusando de nuestra suerte.

—Tal vez. Pero existe otro motivo que, para algunos de nosotros, es aún más importante que el otro...

—Prosiga.

—Tsien. Está sólo a diez kilómetros de la Muralla. Nos gustaría dejar caer una guirnalda allí.

Así que eso era lo que sus oficiales habían estado discutiendo con tanta solemnidad; no por primera vez, el capitán Laplace deseó haber sabido un poco más de chino mandarín.

—Comprendo —dijo con calma—. Tendré que pensarlo... y hablar con Van der Berg y Floyd, para ver si están de acuerdo. —¿Y la Central? —No, maldición. La decisión será mía.

47. FRAGMENTOS

—Es mejor que se apuren —había aconsejado la Central de Ganimedes—. La próxima conjunción va a ser mala; vamos a desencadenar movimientos sísmicos, del mismo modo que lo hará lo. Y no queremos asustarles, pero a menos que nuestro radar se haya vuelto loco, la montaña de ustedes se ha hundido otros cien metros desde la última vez que fue observada.

«A esa velocidad —pensó Van der Berg—, Europa volverá a ser plana en un lapso de diez años.» ¡Cuánto más de prisa que en la Tierra sucedían aquí las cosas! Ésa era una de las razones por la que este lugar gozaba de tanta popularidad entre los geólogos.

Ahora que su correa lo mantenía sujeto en la posición número dos, inmediatamente detrás de Floyd y rodeado por consolas de su propio equipo, Van der Berg sintió una curiosa mezcla de excitación y pesar. Dentro de unas horas, la gran aventura intelectual de su vida habría culminado... de una forma o de otra. Ya nada de lo que alguna vez le volviera a ocurrir se podría comparar siquiera.

No tenía el menor asomo de temor; su confianza, tanto en el hombre como en la máquina, era absoluta. Una emoción inesperada fue una irónica sensación de gratitud hacia la difunta Rose McMahon; de no haber sido por ella, él nunca habría tenido esta oportunidad, y habría muerto sumido aún en la incertidumbre.

El excesivamente cargado Bill T a duras penas podía habérselas con un décimo de la gravedad en el momento del despegue; no había sido diseñado para esta clase de trabajo, pero se desenvolvería mucho mejor en el trayecto de regreso, cuando hubiera depositado su carga. Pareció que tardaba una eternidad en trepar y alejarse de la Galaxy, y los expedicionarios tuvieron tiempo más que suficiente para observar los daños sufridos por el casco, así como las señales de corrosión producida por las ocasionales lluvias, levemente ácidas. Al tiempo que Floyd se concentraba en el despegue, Van der Berg transmitía un rápido informe sobre el estado de la nave espacial desde el punto de mira de un observador privilegiado. Le parecía que hacer eso era lo correcto, aun cuando, con suerte, las aptitudes de la Galaxy para navegar por el espacio pronto dejarían de ser motivo de preocupación para todos.

Ahora podían ver todo Refugio, que se extendía por debajo de ellos, y Van der Berg se dio cuenta del brillante trabajo que había realizado el capitán interino Li cuando hizo encallar la nave. Sólo había unos pocos sitios donde la Galaxy podía haber varado de forma segura; aunque también había intervenido una buena dosis de suerte, Li había aprovechado al máximo los vientos y el ancla de manga cónica.

Las brumas se cerraban en torno a ellos; el Bill T estaba ascendiendo según una trayectoria semibalística para hacer mínimo el efecto de retención, y durante veinte minutos no habría nada para ver salvo nubes. «Es una lástima —pensó Van der Berg—. Estoy seguro de que aquí abajo tienen que estar nadando algunos seres interesantes, y es posible que nadie más llegue a tener la oportunidad de verlos...»

—Me preparo para apagar motor —dijo Floyd—. Todo nominal.

—Muy bien, Bill T. No hay ningún informe de tráfico a su altura. Sigue siendo todavía el número uno en la pista de aterrizaje.

—¿Quién es ese bromista? —preguntó Van der Berg.

—Ronnie Lim. Aunque no lo crea, eso de «número uno en la pista» se remonta a la Apolo.

Van der Berg pudo entender el porqué, pues no había nada como un toque ocasional de humor —siempre y cuando no se cometieran excesos— para aliviar la tensión cuando los hombres se concentraban en la realización de alguna empresa compleja y quizás arriesgada.

—Quince minutos antes de que empecemos a reducir velocidad —dijo Floyd—, veamos quién más está en el aire.

Puso en actividad el explorador automático, y en la pequeña cabina resonó una sucesión de sonidos cortos y secos y de silbidos, separados por breves silencios que se producían cuando el sintonizador los rechazaba uno tras otro, en su veloz ascenso por el espectro de ondas radiales.

—Tus transmisiones de datos y radiobalizas locales —dijo Floyd—. Estaba esperando... ¡Ah, aquí está!

No era más que un débil tono musical que subía y bajaba con rapidez, como el trémolo de una soprano demente. Floyd lanzó una mirada al medidor de frecuencias.

—Casi ha desaparecido el corrimiento Doppler... se está reduciendo con rapidez.

—¿Qué es... texto?

—Imagen de vídeo lenta, creo. Están transmitiendo mucho material a la Tierra, mediante la gran antena de plato de Ganimedes, cuando se encuentra en la posición correcta. Las emisoras de radio aúllan reclamando noticias.

Escucharon el sonido hipnótico pero carente de significado durante unos minutos; después, Floyd lo apagó. Pese a que era incomprendible para sus sentidos desprovistos de la ayuda de equipo especial, la transmisión que se hacía desde la Universe sí comunicaba el único mensaje que tenía importancia. La ayuda estaba en camino y pronto estaría allí.

En parte para romper el silencio, pero también porque estaba genuinamente interesado, Van der Berg preguntó en tono casual:

—¿Ha hablado con su abuelo recientemente?

«Ha hablado» era, por supuesto, un término incorrecto cuando de distancias interplanetarias se trataba; pero a nadie se le había ocurrido una alternativa admisible. El oralgrama, el audiocorreo y la verbotarjeta habían florecido durante un breve espacio de

tiempo para desvanecerse luego en el limbo. Aun ahora, la mayoría de los seres humanos probablemente no creía que la conversación en tiempo real fuese imposible en la tremenda vastedad del Sistema Solar, y de vez en cuando se oían protestas indignadas: «Por qué ustedes los científicos, no pueden hacer algo al respecto?»

—Sí —respondió Floyd—. Se mantiene muy bien, y aguardo con gusto el encuentro con él.

Había una ligera tensión en su voz. «Me gustaría saber —pensó Van der Berg— cuándo se vieron por última vez.» Pero se dio cuenta de que preguntar eso sería una falta de tacto. En lugar de hacerlo, pasó los diez minutos siguientes ensayando con Floyd los procedimientos de descarga y montaje del equipo, de modo que no hubiese innecesarias confusiones cuando tocaran tierra.

La alarma que indicaba «comienzo de disminución de velocidad» empezó a sonar apenas una fracción de segundos después de que Floyd hubiera puesto en marcha el dispositivo que establecía el orden de ejecución del programa. «Estoy en buenas manos —pensó Van der Berg—. Puedo descansar y concentrarme en mi trabajo. ¿Dónde está esa cámara? No me digas que otra vez se ha ido flotando...»

Las nubes se estaban disipando. Aunque el radar había mostrado con exactitud lo que había debajo del transbordador, con una imagen tan buena como la que podía brindar la visión normal, seguía causando conmoción ver el frente de la montaña que se alzaba apenas a unos kilómetros por delante de ellos.

—¡Mire! —gritó Floyd de repente—. ¡Hacia la izquierda... al lado de esa cima doble...! ¡Le doy una oportunidad para adivinar!

—Estoy seguro de que usted tiene razón. No creo que hayamos hecho daño alguno... Simplemente, salpicó. Me pregunto dónde dio la otra...

—Altura mil. ¿Qué lugar de descenso? El Alfa no se ve tan bien desde aquí.

—Tiene razón... Pruebe en Gamma. Está más cerca de la montaña, de todos modos.

—Quinientos. Gamma ha de ser. Haré vuelo estacionario durante veinte minutos. Si no le gusta, cambiamos por Beta. Cuatrocientos... Trescientos... Doscientos...

—Buena suerte, Bill T —dijo la Galaxy brevemente.

»Gracias, Ronnie... Ciento cincuenta... Cien... Cincuenta... ¿Qué le parece? Nada más que unas pocas rocas pequeñas y... Eso es peculiar... Parecen ser cristales rotos, esparcidos por todo el lugar. Alguien ha celebrado una orgía aquí... Cincuenta... Cincuenta... ¿Sigue todo bien?

—Perfecto... Descienda.

—Cuarenta... Treinta... Veinte... Diez... ¿Seguro que no quiere cambiar de opinión...? Diez... Levantamos un poco de polvo, como dijo Neil en aquella ocasión... ¿o fue Buzz?1 Cinco... ¡Contacto! Fácil, ¿no? No sé por qué se molestan en pagarme.

48. LUCY

—Hola, Central Gani. Hemos hecho un descenso perfecto —Chris lo ha hecho, quiero decir— sobre una superficie plana constituida por alguna clase de roca metamórfica; probablemente, el mismo pseudogranito al que hemos bautizado «refugita». La base de la montaña está sólo a dos kilómetros de distancia, pero ya les puedo decir que no hay verdadera necesidad de acercarse más...

»Ahora nos estamos poniendo los trajes espaciales para el torso y comenzaremos a descargar dentro de cinco minutos. Dejaremos los monitores funcionando, claro, y llamaremos cada cuarto de hora. Cambio y fuera.

—¿Qué quiso decir con eso de que «no hay necesidad de acercarse más»? —preguntó Floyd.

Van der Berg sonrió. En esos últimos minutos parecía haberse sacado años de encima y casi haberse vuelto un muchacho alegre y sin preocupaciones.

—Circumspice! —dijo con júbilo—. En latín, quiere decir «mira a tu alrededor». Saquemos la cámara grande primero... ¡huy!

El Bill T experimentó una repentina sacudida y por un momento subió y bajó rítmicamente sobre los amortiguadores de su tren de aterrizaje con un movimiento que, de haberse prolongado unos segundos más, habría sido ideal para provocar un mareo al instante.

—Ganimedes tenía razón con respecto a esos temblores —dijo Floyd, una vez se hubieron recuperado—. ¿Hay algún peligro grave?

—Probablemente, no. Todavía faltan treinta horas para la conjunción, y ésta parece ser una sólida losa de roca. Pero no vamos a perder tiempo aquí... por suerte, no tendremos necesidad de hacerlo. ¿Mi mascarilla está recta? Creo que no la llevo bien puesta.

—Permítame ajustarle la correa. Así está mejor. Inhale profundamente... Sí, ahora encaja bien. Yo saldré primero.

Van der Berg habría deseado que el suyo hubiese sido ese primer paso, pero Floyd era el comandante y era su deber revisar que el Bill T estuviera en buen estado... y listo para un despegue inmediato.

Floyd dio una vuelta alrededor de la pequeña nave espacial para examinar el tren de aterrizaje; después le hizo la señal de «pulgares arriba» a Van der Berg, quien empezó a bajar por la escalerilla para unirse a él. Aunque en su exploración de Refugio había llevado el mismo equipo liviano de respiración autónoma, se sentía un poco desmañado con él, y se detuvo un momento en la plataforma de descenso para hacer algunos ajustes. Después, alzó la cabeza... y vio lo que Floyd estaba haciendo:

—¡No lo toque! —aulló—. ¡Es peligroso!

Floyd dio un salto que lo alejó un metro de los fragmentos de roca vítrea que estaba examinando. Para su ojo inexperto parecían una fundición desafortunada de un gran horno para vidrio.

—No es radiactivo, ¿no? —pregunto con ansiedad.

—No. Pero manténgase apartado hasta que yo llegue ahí.

Floyd notó, sorprendido, que Van der Berg llevaba puestos guantes gruesos. En su condición de oficial del espacio, Floyd había tardado mucho tiempo en acostumbrarse al hecho de que aquí, en Europa, resultaba seguro exponer la piel desnuda a la atmósfera. En ningún otro sitio del Sistema Solar —ni siquiera en Marte— era posible hacer eso.

Con mucho cuidado, Van der Berg estiró la mano y recogió una larga astilla del material cristalino. Incluso con esa luz difusa centelleaba de extraña manera, y Floyd pudo ver que tenía un filo maligno.

—El cuchillo más afilado del universo conocido —dijo Van der Berg con alegría.

—¡Hemos pasado por todo esto para encontrar un cuchillo!

Van der Berg empezó a reír, pero se dio cuenta de que no era fácil hacerlo dentro de la mascarilla.

—¿Así que todavía no sabe de qué se trata este asunto?

—Estoy empezando a creer que soy el único que no lo sabe.

Van der Berg tomó a su compañero por el hombro y lo hizo girar, de manera que quedase de cara a la inmensa y amenazadora mole del monte Zeus. Desde esa distancia, el monte llenaba la mitad del cielo; no era solamente la más grande sino la única montaña de todo ese mundo.

—Admire la vista durante un minuto. Tengo que hacer una llamada importante.

En su comsec, marcó una secuencia en código, esperó a que destellara la luz correspondiente, y dijo.

—Central Ganimedes Uno Cero Nueve... Aquí, Van. ¿Me reciben?

Después del retraso mínimo, una voz, por supuesto electrónica, respondió:

—Hola, Van. Aquí Central Ganimedes Uno Cero Nueve. Listos para recibir.

Van der Berg se detuvo un instante, paladeando el momento que habría de recordar el resto de su vida:

—Comunicar Tierra Sangría Tío Siete Tres Siete. Transmitir mensaje siguiente: LUCY ESTA AQUÍ. LUCY ESTA AQUÍ. Fin mensaje. Por favor, repetir.

«Quizá le debí haber impedido que dijera eso, sea lo que fuere lo que signifique — pensó Floyd, mientras Ganimedes repetía el mensaje—. Pero ya es demasiado tarde. Llegará a la Tierra dentro de una hora.»

—Lamento haber hecho eso, Chris —dijo Van der Berg, con una amplia sonrisa—. He querido establecer una prioridad... entre otras cosas.

—A menos que empiece a hablar pronto, voy a empezar a trincharlo con uno de estos cuchillos de cristal.

—¡Cristal, en efecto! Bueno, la explicación puede esperar; es absolutamente fascinante, pero bastante complicada. Así que le diré los hechos sin rodeos.

»El monte Zeus es un solo diamante, con una masa aproximada de un millón, un millón, de toneladas. O, si lo prefiere de esta manera alrededor de dos veces diez, elevado a diecisiete, quilates. Pero no puedo garantizar que todo tenga calidad de gema.

VII - LA GRAN MURALLA

49. SANTUARIO

Mientras descargaban el equipo del Bill T y lo disponían sobre la pequeña plataforma de granito en la que habían descendido, a Chris-Floyd le resultaba difícil quitar la vista de la montaña que se erguía, imponente, ante ellos. ¡Un solo diamante, más grande que el Everest! ¡Vaya, si los fragmentos dispersos alrededor del transbordador tenían que valer miles de millones, no millones...!

Aunque, por otra parte, podrían no valer más que... bueno, lo que valen los fragmentos de cristal roto. El valor de los diamantes siempre había sido controlado por los comerciantes y los dueños de las minas, pero si una montaña —en sentido literal— de gemas llegaba de pronto al mercado, resultaba obvio que los precios se derrumbarían por completo. En ese momento Floyd empezó a entender por qué tantas partes interesadas habían concentrado su atención en Europa; las ramificaciones políticas y económicas eran ilimitadas.

Ahora que por lo menos había demostrado su teoría, Van der Berg se había convertido, una vez más, en el aplicado científico que, con el pensamiento puesto en un solo propósito, estaba deseoso de completar su experimento sin sufrir más distracciones.

No resultó fácil conseguir que algunos de los equipos más voluminosos salieran de la estrecha cabina del Bill T. Van der Berg y Floyd extrajeron primero una muestra-testigo de un metro de largo mediante un taladro eléctrico portátil, y la trasladaron con sumo cuidado al transbordador.

Floyd habría establecido un conjunto diferente de prioridades, pero reconoció que tenía sentido hacer primero las tareas difíciles. No fue sino hasta después de que tendieron un dispositivo de captación sismográfica y levantaron una cámara panorámica de televisión —montada sobre un trípode bajo y pesado—, que Van der Berg aceptó recoger algunas de las incalculables riquezas que estaban esparcidas alrededor de ellos.

—En última instancia —dijo, mientras seleccionaba con cuidado algunos de los fragmentos menos letales—, servirán de buenos recuerdos.

—A menos que los amigos de Rosie nos asesinen para conseguirlos.

Van der Berg miró con severidad a su compañero. Se preguntaba cuánto sabría Chris en realidad... y hasta qué punto, al igual que todos los demás, estaba haciendo conjeturas.

—No valdría la pena, ahora que el secreto ha sido revelado. Dentro de una hora, más o menos, las computadoras del mercado de valores van a enloquecer.

—¡Bastardo! —exclamó Floyd, más con admiración que con rencor—. Así que ése ha sido el mensaje.

—No hay ley alguna que diga que un científico no pueda obtener algún pequeño provecho colateral... pero les dejo los detalles sórdidos a mis amigos de la Tierra. Con franqueza, estoy mucho más interesado en el trabajo que estoy haciendo aquí. Permítame esa llave inglesa, por favor...

Por tres veces, antes de que hubieran terminado de levantar la Estación Zeus, casi fueron derribados por temblores. Los podían sentir, cuando empezaban, como una vibración que se producía bajo los pies; después, todo comenzaba a sacudirse... y luego se oía ese horrible quejido, que sonaba como desde muy lejos y que parecía llegar desde todos lados al mismo tiempo. Hasta se transmitía por el aire, que era a Floyd lo que le parecía lo más extraño de todo. No podía habituarse por completo al hecho de que alrededor de ellos había atmósfera suficiente para permitir conversaciones a corta distancia, sin radio.

Van der Berg continuaba asegurándole que los temblores todavía eran bastante inofensivos, pero Floyd había aprendido a no confiar nunca demasiado en los expertos, pese a que era innegable que el geólogo acababa de demostrar, de manera espectacular, que tenía razón. Mientras miraba al Bill T, que oscilaba hacia arriba y hacia abajo sobre sus amortiguadores como un barco sacudido por una tormenta, Floyd deseó sinceramente que la suerte de Berg durase algunos minutos más, por lo menos.

—Eso parece ser todo —dijo por fin el científico, para gran alivio de Floyd—. Ganimedes está recibiendo buenos datos en todos los canales. Las baterías durarán años, puesto que el panel solar está para seguir recargándolas.

—Me sorprendería que este equipo siga estando en pie dentro de una semana. Juraría que, desde que hemos descendido, esa montaña ha cambiado de posición. Larguémonos antes de que se desplome sobre nosotros.

—Me preocupa más —dijo Van der Berg, con una carcajada— que el escape de nuestro motor deshaga nuestro trabajo.

—No hay peligro de que eso ocurra. Estaremos bien alejados y, ahora que hemos descargado tanta chatarra, sólo vamos a necesitar la mitad de la potencia para despegar... a menos que usted quiera llevar a bordo algunos miles de millones más. O millones de billones.

—No seamos codiciosos. De todos modos, ni siquiera puedo conjeturar cuánto valdrá esto cuando lo llevemos a la Tierra. Los museos se quedarán con la mayor parte, claro. Después de eso... ¿quién sabe?

Los dedos de Floyd volaban sobre el panel de los controles mientras intercambiaba mensajes con la Galaxy.

—Primera etapa de la misión, cumplida. Bill T listo para despegar. Plan de vuelo según lo acordado.

No se sorprendieron cuando el capitán Laplace preguntó:

—¿Están completamente seguros de que desean seguir adelante? Recuerden: la decisión final es de ustedes. Yo los respaldaré, sea cual sea esa decisión.

—Sí, señor, los dos estamos contentos. Entendemos cómo se siente la tripulación. Y el rédito científico podría ser enorme... Ambos estamos muy excitados.

—Esperen un momento. ¡Todavía estamos esperando su informe sobre el monte Zeus!

Floyd miró a Van der Berg, quien se encogió de hombros y después tomó el micrófono:

—Si se lo dijéramos ahora, capitán, pensaría que estamos locos... o que le estamos gastando una broma. Por favor, espere un par de horas, hasta que hayamos regresado... con las pruebas.

—Hummm. No tiene mucho sentido darles una orden, ¿no? De todos modos, buena suerte. Y lo mismo les desea el propietario: cree que ir a la Tsien es una excelente idea.

—Sabía que Sir Lawrence lo aprobaría —le comentó Floyd a su compañero—. Y de cualquier manera, dado que la Galaxy ya es una completa pérdida, el Bill T no es mucho riesgo adicional, ¿no es así?

Van der Berg comprendía su punto de vista, si bien no se suscribía a él del todo. Se había hecho su reputación como científico; pero todavía esperaba poder disfrutarla.

—Oh, a propósito, ¿quién es Lucy...? ¿Alguien en especial?

—No, por lo que yo sé. Nos topamos con ella durante una búsqueda con la computadora, y decidimos que el nombre serviría como código; todo el mundo supondría que tenía algo que ver con Lucifer, lo que es una verdad a medias suficiente como para dar lugar a una divertida confusión.

»He oído decir que hace unos cien años, hubo un grupo de músicos que gozaban del favor popular, y que tenían un nombre muy extraño: los Beatles, que se deletrea B-E-A-T-L-E-S, no me pregunte por qué. Ellos escribieron una canción con un título igualmente extraño: Lucy en el cielo con diamantes. Misterioso, ¿no? Casi como si lo hubiesen sabido...

Según el radar de Ganimedes, los restos de la Tsien se hallaban a trescientos kilómetros al oeste del monte Zeus, en dirección a la llamada Zona del Crepúsculo y a las tierras frías que se encontraban más allá. Estaban permanentemente frías, pero no oscuras, ya que la mitad del tiempo estaban brillantemente iluminadas por el distante Sol. Sin embargo, incluso al culminar el largo día solar europeo, la temperatura seguía estando muy por debajo del punto de congelación. Como el agua líquida sólo podía existir en el hemisferio que miraba a Lucifer, la región intermedia era un lugar de continuas tormentas, en las que la lluvia y el granizo, la nevisca y la nieve competían por la supremacía.

A lo largo del medio siglo transcurrido desde el desastroso descenso de la Tsien, la nave se había desplazado casi mil kilómetros. Debía de haber flotado a la deriva —al igual que la Galaxy— durante varios años, en el recientemente creado Mar de Galilea, antes de venir a descansar en la inhóspita costa de este mar europeo.

Floyd captó el eco del radar en cuanto el Bill T adoptó la posición horizontal de vuelo, al final de su segundo tramo del viaje a través de Europa. La señal era sorprendentemente débil, tratándose de un objeto tan grande. Al dejar atrás las nubes, se dieron cuenta del porqué.

Las ruinas de la cosmonave Tsien, el primer vehículo tripulado por seres humanos que había descendido en un satélite de Júpiter, se encontraban en el centro de un pequeño lago circular que, por supuesto, era artificial y estaba conectado, mediante un canal, con el mar, situado a menos de tres kilómetros de distancia. Sólo quedaba el esqueleto, y ni siquiera estaba completo: el armazón se había quedado desnudo.

«Pero, ¿por acción de qué?», se preguntó Van der Berg. Aquí no había señales de vida: el lugar tenía el aspecto de haber estado desierto durante años. Y aun así, el geólogo no tenía la menor duda de que algo había desmantelado los restos de la nave, con precisión deliberada y en realidad casi quirúrgica.

—Desde luego, es seguro para descender —dijo Floyd, y aguardó unos segundos para obtener el casi distraído asentimiento de Van der Berg, dado con una leve inclinación de cabeza. El geólogo ya estaba grabando en cinta magnetovideofónica todo lo que había a la vista.

El Bill T se asentó sin esfuerzo al lado del estanque, y ambos miraron al otro lado del agua fría y oscura ese monumento a los impulsos exploradores del Hombre. No parecía existir una manera conveniente de llegar hasta allí, pero eso en realidad no importaba.

Tras ponerse los trajes, llevaron la guirnalda hasta el borde del agua, la sostuvieron un instante frente a la cámara, con solemnidad, y después lanzaron ese tributo que rendía la tripulación de la Galaxy. La guirnalda era muy hermosa; a pesar de que las únicas materias primas disponibles eran papel común, papel metalizado y plástico, fácilmente se podría haber creído que las flores y hojas eran verdaderas. Alrededor de ellas, prendidas con alfileres, había notas e inscripciones, muchas escritas en la ahora oficialmente obsoleta forma manuscrita.

Mientras caminaban de vuelta al Bill T, Floyd dijo con aire pensativo:

—¿Lo ha visto? Prácticamente no quedaba metal. Sólo vidrio, plásticos y productos sintéticos.

—¿Y con respecto a esas cuadernas y esos largueros de sostén?

—Material compuesto... principalmente, boro y carbono. Alguien de estos alrededores tiene mucha hambre de metal... y lo reconoce cuando lo ve. Interesante...

«Muy interesante», pensó Van der Berg. En un mundo en el que el fuego no pudiera existir, los metales y aleaciones serían casi imposibles de fabricar, y serían tan preciosos como... bueno, como los diamantes...

Una vez Floyd se hubo comunicado con la base y hubo recibido un mensaje de agradecimiento del segundo oficial Chang y de sus colegas, hizo que el Bill T ascendiera hasta mil metros y prosiguió hacia el oeste.

—Ultimo tramo —dijo—. No tiene sentido subir más. Vamos a estar allí dentro de diez minutos. Pero no aterrizaremos; si la Gran Muralla es lo que creo que es, preferiría no hacerlo. Haremos un rápido vuelo de aproximación y nos dirigiremos a casa. Tenga listas las cámaras; esto podría ser aún más importante que el monte Zeus.

«Y es posible que pronto sepa qué sintió el abuelo Heywood, no muy lejos de aquí, hace cincuenta años —pensó—. Tendremos mucho de que hablar cuando nos encontremos... dentro de menos de una semana, si todo sale bien.»

50. CIUDAD ABIERTA

«Qué sitio terrible —pensó Chris Floyd—. No hay otra cosa que una nevisca violenta, ráfagas de nieve y atisbos ocasionales de paisajes veteados de hielo... ¡Refugio era un paraíso tropical, comparado con esto!» Y sin embargo, Floyd sabía que en Lado Nocturno, tan sólo a unos centenares de kilómetros más sobre la curva de Europa, las condiciones eran todavía peores.

Ante su sorpresa, las condiciones climáticas mejoraron súbita y completamente, justo antes de que llegaran a su objetivo. Las nubes se elevaron... y allí delante vieron una muralla negra, inmensa, de casi un kilómetro de altura, que se extendía, de modo directo, a través de la trayectoria del vuelo del Bill T. Era tan enorme que resultaba obvio que estaba produciendo su propio microclima; los vientos predominantes se veían obligados a desviarse en torno a ella, y dejaban a sotavento una zona de calma local,

Al instante fue reconocible como el Monolito. Protegidas a sus pies, había centenares de estructuras semiesféricas que fulguraban con una luz de color blanco espectral, bajo los rayos del sol —situado no muy alto sobre el horizonte— que otrora había sido Júpiter. «Parecen exactamente colmenas de estilo antiguo, hechas con nieve», pensó Floyd. Algo en el aspecto de ellas evocó otros recuerdos de la Tierra. Van der Berg llevaba un salto de ventaja a Floyd.

—Iglúes —dijo—. Para el mismo problema, la misma solución. Por aquí no hay otro material de construcción, salvo roca, que sería mucho más difícil de trabajar. Y la poca gravedad tiene que ayudar: algunas de esas cúpulas son bastante grandes. Me pregunto quién vive en ellas...

Todavía estaban demasiado lejos como para ver cosa alguna que se moviera en las calles de esta pequeña ciudad, en el borde del mundo. A medida que se aproximaban, fueron viendo que no había calles.

—Es Venecia, hecha con hielo —dijo Floyd—. Sólo hay iglúes y canales.

—Anfibios —dijo Van der Berg—. Era de esperar. Me pregunto dónde están.

—Puede ser que los hayamos asustado. Bill T es mucho más ruidoso por fuera que por dentro.

Durante unos instantes, Van der Berg estuvo demasiado ocupado filmando e informando a la Galaxy, para responder. Después, dijo:

—No es posible que nos vayamos sin establecer algún contacto. Y usted tenía razón: esto es mucho más grandioso que el monte Zeus.

—Y podría ser más peligroso.

—No veo señal alguna de tecnología avanzada... ¡Corrección! Eso que está allí se parece al plato de un antiguo radar del siglo XX. ¿Se puede acercar más?

—¿Y que nos disparen? No, gracias. Además, estamos consumiendo nuestro tiempo de vuelo estático. Sólo otros diez minutos... si quiere que podamos regresar a casa.

—¿No podemos al menos descender y echar un vistazo a los alrededores? Hay un bloque de roca descubierta, por ahí. ¿Dónde diablos está toda la gente?

—Asustada, como yo. Nueve minutos. Haré un solo viaje a través de la ciudad. Filme todo lo que pueda. Sí, Galaxy, estamos bien. Sólo que muy ocupados, por el momento. Llamaremos más tarde.

—Me acabo de dar cuenta de que eso no es un radar sino algo casi igual de interesante. Está apuntando en línea recta hacia Lucifer... ¡Es un horno solar! Tiene muchísimo sentido en un sitio donde el sol nunca cambia de posición... y no se puede encender fuego.

—Ocho minutos. ¡Qué lástima que todos estén escondidos en sus casas!

—O que hayan vuelto a meterse en el agua. ¿Podemos examinar ese edificio grande, el que está rodeado por un espacio abierto? Creo que es el Ayuntamiento.

Van der Berg estaba señalando una estructura mucho más grande que todas las demás, y de diseño completamente distinto. Era un conjunto de cilindros verticales que parecían enormes tubos de órgano. Por añadidura, esa estructura no era de un blanco uniforme, como los iglúes, sino que sobre su superficie exhibía un complejo jaspeado.

—¡Arte europeo! —chilló Van der Berg—. ¡Ése es algún tipo de mural! ¡Más cerca, más cerca! ¡Tenemos que conseguir un registro!

Obediente, Floyd dejó que la nave cayera más bajo... más bajo... y más bajo. Parecía haberse olvidado por completo de todas sus reservas anteriores con respecto al tiempo de vuelo estático; y de pronto, preocupado e incrédulo, Van der Berg se dio cuenta de que iba a descender.

El científico levantó su mirada del suelo, que se les acercaba con rapidez, y contempló al piloto. Aunque era obvio que todavía seguía teniendo pleno control del Bill T, Floyd parecía estar hipnotizado; tenía la vista clavada en un punto fijo, justo al frente del descendente transbordador.

—¿Qué pasa, Chris? —gritó Van der Berg—. ¿Sabe lo que está haciendo?

—Por supuesto. ¿No alcanza a verlo?

—¿A quién?

—A ese hombre, al que está parado al lado del cilindro de mayor tamaño. ¡Ese hombre no lleva ningún equipo de respiración!

—¡No sea idiota, Chris! ¡No hay nadie ahí!

—Nos está mirando. Esta agitando la mano... Creo que lo reconozco... ¡Oh, Dios mío!

—¡No hay nadie... nadie! ¡Elevémonos!

Floyd lo ignoró por completo. Pero estaba absolutamente calmado y se comportó como un profesional cuando hizo que el Bill T descendiera de manera perfecta y cuando apagó el motor, en el instante preciso que precedió a la toma de contacto con tierra.

De forma muy concienzuda, revisó las lecturas que daban los instrumentos y encendió los interruptores de seguridad. Solo cuando hubo completado la secuencia de descenso volvió a mirar por la ventanilla de observación. Su rostro mostraba una expresión de perplejidad y felicidad al mismo tiempo.

—Hola, abuelo —dijo con dulzura a nadie a quien Van der Berg pudiese ver.

51. EL FANTASMA

Ni aun en sus pesadillas más horribles, el doctor Van der Berg había jamás imaginado que alguna vez se encontraría varado en un mundo hostil, dentro de una diminuta cápsula espacial, y con la sola compañía de un demente. Pero por lo menos Chris Floyd no parecía ser violento; quizá, con tacto, lo podría convencer de que volviera a despegar y que los llevara de vuelta de manera segura, a la Galaxy...

Todavía seguía con la mirada fija en la nada y, de vez en cuando, sus labios se movían, como si estuviera manteniendo una conversación silenciosa. La ciudad europea continuaba completamente desierta, y casi se podía imaginar que había estado abandonada durante siglos. Al cabo de poco, sin embargo, Van der Berg observó algunas señales reveladoras de la presencia reciente de habitantes. Aunque los cohetes del Bill T habían hecho desaparecer la delgada capa de nieve en una zona inmediatamente circundante a la nave, el resto de la pequeña plaza todavía estaba

ligeramente cubierto de polvo. Era como una página arrancada de un libro, cubierta de signos y jeroglíficos... algunos de los cuales el geólogo pudo descifrar.

Habían arrastrado un objeto pesado en aquella dirección... o bien algo se había abierto camino en forma desmañada, desplazándose por sí mismo. Desde la ahora cerrada entrada de uno de los iglúes, salía la inconfundible huella de un vehículo con ruedas. A una distancia demasiado grande como para discernir detalles había un objeto pequeño, que pudo haber sido un recipiente desechado; a lo mejor, los europeos eran, a veces, tan descuidados como los seres humanos...

La presencia de vida era inconfundible, avasalladora. Van der Berg sentía que lo observaban mil ojos —u otros órganos sensoriales— y que no había manera de saber si las mentes que había tras esos ojos eran amistosas u hostiles. Hasta podrían ser indiferentes, y que simplemente esperaran que los intrusos se fueran para poder continuar con su interrumpida y misteriosa actividad.

En ese momento, Chris habló, una vez más, al vacío:

—Adiós, abuelo —dijo con calma y con un leve dejo de tristeza. Se volvió hacia Van der Berg, agregó en un tono normal de conversación—: Dice que es hora de que nos vayamos. Supongo que usted debe creer que estoy loco.

Van der Berg consideró que lo más sensato era no mostrarse de acuerdo. Sea como fuere, pronto tendría algo más de que preocuparse.

Ahora Floyd contemplaba con ansiedad las lecturas que le estaba suministrando la computadora del Bill T. Al cabo de un rato dijo en un comprensible tono de disculpa:

—Lamento lo sucedido, Van. Ese descenso ha consumido más combustible que el que yo me proponía usar, así que tendremos que alterar el perfil de la misión.

Van der Berg pensó con pesimismo que ésa era una forma bastante indirecta de decirle que no podían regresar a la Galaxy. Con dificultad, se las arregló para reprimir un «¡Mal rayo lo parta a tu abuelo!», y se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿qué haremos?

Floyd estaba estudiando la carta de navegación, e introduciendo más números a la computadora.

—No podemos quedarnos aquí —(«¿Por qué no? —pensó Van der Berg—. Si vamos a morir de todos modos, podríamos emplear nuestro tiempo aprendiendo todo cuanto podamos.»)—, así que deberíamos encontrar un sitio en el que el transbordador de la Universe nos pueda recoger con facilidad.

Van der Berg lanzó un enorme suspiro mental de alivio. ¡Qué estúpido había sido al no haber pensado en eso! Se sentía como un condenado a muerte que hubiese recibido el

indulto justo cuando era llevado al patíbulo. La Universe debía de llegar a Europa en menos de cuatro días, y aunque las comodidades del Bill T difícilmente podrían ser calificadas de sibaríticas, eran mil veces preferibles a la mayoría de las alternativas que Van der Berg podía imaginar.

—Lejos de este clima inmundado, en una superficie estable y plana y más cerca de la Galaxy (aunque no estoy seguro de que eso sirva de mucho), no debe de constituir problema alguno. Tenemos suficiente para recorrer quinientos kilómetros... Sólo que no podemos arriesgarnos a cruzar el mar.

Durante unos instantes, Van der Berg pensó con avidez en el monte Zeus. ¡Había tanto que se podía hacer allá! Pero las perturbaciones sísmicas —que estaban empeorando sin cesar, a medida que lo se alineaba con Lucifer— lo descartaban por completo. Van der Berg se preguntaba si sus instrumentos seguirían funcionando. Los revisaría otra vez, no bien hubiesen abordado el problema inmediato.

—Volaré bajando por la costa, hasta el Ecuador. Es el mejor sitio, de todos modos, para hacer un descenso con el transbordador. El mapa de radar mostró algunas zonas lisas casi tierra adentro, aproximadamente a los sesenta oeste.

—Ya sé: la meseta Masada.

«Y quizá la posibilidad de explorar un poco más. Nunca hay que perder una oportunidad inesperada...». Agregó Van der Berg para sus adentros.

—Será la meseta, pues. Adiós, Venecia. Adiós, abuelo...

Cuando el sordo rugido de los cohetes de frenado se hubo extinguido, Chris Floyd puso los circuitos de disparo en estado de seguridad, por última vez, se soltó el cinturón de seguridad y estiró los brazos y las piernas cuanto pudo, dado el reducido espacio del Bill T.

—No es un mal paisaje... para ser Europa —dijo con alegría—. Ahora tenemos cuatro días para descubrir si las raciones del transbordador son tan malas como afirman. Así que... ¿cuál de los dos empieza a hablar primero?

52. EN EL DIVÁN

«Ojalá hubiera estudiado psicología —pensó Van der Berg—, entonces podría explorar los parámetros de la alucinación de Floyd. Y sin embargo, ahora parece ser completamente normal... salvo por ese asunto en particular.»

Aunque ninguno de los asientos resultaba cómodo en condiciones de un sexto de gravedad, Floyd había inclinado el suyo hasta adoptar una posición totalmente reclinada,

y había entrelazado las manos detrás de la cabeza. De repente, Van der Berg recordó que ésa era la posición clásica que adoptaba el paciente en la época del antiguo y aún no del todo desacreditado análisis freudiano.

Le alegraba que fuera Floyd quien hablara primero, en parte debido a pura curiosidad, pero sobre todo porque tenía la esperanza de que cuanto antes Floyd se sacara esa tontería de la mente, más pronto se curaría... o, por lo menos, se volvería inofensivo. Pero no se sentía demasiado optimista: tenía que haber existido algún problema grave, profundamente enraizado, para que se desencadenara una alucinación tan poderosa.

Era muy desconcertante descubrir que Floyd coincidía con él por completo, y que ya había hecho su propio diagnóstico:

—La clasificación que el psiquiatra de la Tripulación me dio es A. I más —dijo—, lo que significa que hasta me permiten mirar mis propios legajos. Sólo un diez por ciento de nosotros puede hacer eso. Por eso estoy tan desconcertado como usted..., pero he visto a mi abuelo, y él me ha hablado. Nunca he creído en fantasmas —¿quién cree?—, pero esto debe significar que ha muerto. Ojalá hubiera podido llegar a conocerlo mejor; esperaba con alegría nuestro encuentro... Sin embargo, ahora tengo algo que recordar...

Al cabo de un rato, Van der Berg le pidió:

—Dígame, con exactitud, qué le ha dicho.

Chris esbozó una leve sonrisa y respondió:

—Nunca he tenido una memoria de ésas que pueden recordarlo todo, y además, he quedado tan atontado por todo el asunto, que no le puedo repetir muchas de las palabras que se han dicho en realidad. —Hizo una pausa y un gesto de concentración apareció en su rostro—: Es extraño: ahora que echo una mirada retrospectiva, no creo que, en verdad, hayamos empleado palabras.

«Aún peor: telepatía, así como supervivencia después de la muerte», pensó Van der Berg. Pero se limitó a decir:

—Bueno, déme lo sustancial de la... conversación. En ningún momento he oído a usted decir algo, recuerde.

—Es cierto. Me ha dicho algo así como: «Quería volver a verte, y me siento feliz. Estoy seguro de que todo va a salir bien y de que la Universe pronto te va a recoger.»

«Típico mensaje de un espíritu —pensó Van der Berg—. Nunca dicen algo útil o sorprendente... Sólo reflejan las esperanzas y los temores de quien los escucha. La información nula reverbera desde el subconsciente...»

—Prosiga.

—Después le he preguntado dónde estaba toda la gente, por qué el lugar se halla tan desierto. Se ha reído y me ha dado una respuesta que sigo sin entender. Ha dicho algo así como: «Sé que no intentabas hacer nada malo, pero cuando os hemos visto venir, a duras penas hemos tenido tiempo de dar la alarma. Todos los...» (y aquí ha empleado una palabra que no podría pronunciar, incluso si la pudiera recordar) «... se han metido en el agua... ¡Se pueden mover muy rápido cuando necesitan hacerlo! No van a salir hasta que os hayáis ido y el viento haya disipado el veneno». ¿Qué puede haber querido decir con eso? Nuestro escape es vapor agradable y limpio... y, de todos modos, de eso es de lo que se compone la mayor parte de la atmósfera de ellos.

«Bueno —pensó Van der Berg—, supongo que no hay ninguna ley que diga que una alucinación —al igual que un sueño— tenga que seguir la lógica. Quizás el concepto de "veneno" simboliza algún temor profundamente enraizado que Chris, a pesar de su excelente clasificación psicológica, es incapaz de afrontar. Sea lo que fuere, dudo de que sea algo que me concierna. ¡Veneno, vaya! La masa propulsora del Bill T es agua pura y destilada, puesta en órbita desde Ganimedes... Un momento... ¿A qué temperatura está cuando sale del escape? Me parece haber leído...»

—Chris —dijo Van der Berg, con cautela—, después de que el agua pasa por el reactor, ¿sale toda como vapor?

—¿Qué otra cosa podría hacer? Ah, sí, si la temperatura es realmente elevada, un diez o un quince por ciento se desdobra en hidrógeno y oxígeno.

¡Oxígeno! Van der Berg sintió un súbito escalofrío, aun cuando el transbordador mantenía una cómoda temperatura ambiente. Era sumamente improbable que Floyd entendiera las inferencias de lo que acababa de decir; ese tipo de conocimientos estaba fuera de su esfera normal de idoneidad.

—¿Sabía, Chris, que para los organismos primitivos de la Tierra —y, sin lugar a dudas, para los seres que viven en una atmósfera como la de Europa—, el oxígeno es un veneno letal?

—Está bromeando.

—No estoy bromeando. Hasta es venenoso para nosotros, a una presión elevada.

—Eso sí lo sabía. Nos lo enseñaron en el curso de buceo.

—Su... abuelo... sabía lo que decía. Es como si hubiéramos rociado la ciudad con gas mostaza. Bueno, no tan malo como eso... se dispersaría con mucha rapidez.

—Así que ahora me cree.

—Nunca he dicho que no le creyera.

—¡Habría estado loco si lo hubiera hecho!

Eso quebró la tensión, y ambos rieron.

—No me ha dicho qué llevaba puesto.

—Una bata anticuada, como las que yo recordaba de cuando era niño. Parecía muy cómoda.

—¿Algún otro detalle?

—Ahora que lo menciona, mi abuelo parecía mucho más joven y tenía más cabello que cuando lo vi por última vez. Así que no creo que fuera... ¿Cómo podría expresarlo...? No creo que fuera real. Debió de ser algo así como una imagen generada por computadora. O un holograma sintético.

—¡El monolito!

—Sí, eso es lo que he pensado. ¿Recuerda cómo Dave Bowman se le apareció a mi abuelo en la Leonov? A lo mejor, ahora es su turno. Pero, ¿por qué? No me ha hecho ninguna advertencia, ni siquiera me ha dado algún mensaje particular. Sólo ha querido decirme adiós y desearme suerte...

Durante unos embarazosos instantes el rostro de Floyd empezó a contraerse por la emoción; después, recuperó el control y sonrió a Van der Berg.

—Ya he hablado bastante. Ahora es su turno de explicar qué está haciendo, exactamente, un diamante de millones de toneladas, en un mundo compuesto, de modo principal, por hielo y azufre. Será mejor que la explicación sea buena.

—Lo es —dijo el doctor Rolf van der Berg.

53. LA OLLA DE PRESIÓN

—Cuando estudiaba en Flagstaff —empezó Van der Berg—, di en cierta ocasión con un antiguo libro de astronomía, en el que leí: «El sistema Solar consiste en el Sol, Júpiter... y diversos escombros.» Pone a la Tierra en su lugar, ¿no? Y no es del todo justo con Saturno, Urano y Neptuno, los otros tres gigantes gaseosos que representan casi la mitad de lo que constituye Júpiter.

»Pero será mejor que empiece con Europa. Como usted sabe, era hielo plano antes de que Lucifer la empezara a caldear —la elevación topográfica máxima es sólo de un par de centenares de metros— y no fue muy diferente después de que el hielo se derritiera y mucha agua se trasladara al Lado Nocturno y se congelara allí. Desde 2015 —cuando comenzaron nuestras observaciones detalladas— hasta 2038, en toda esa luna sólo hubo un punto elevado... y sabemos cuál era.

»No hay duda de que lo sabemos. Pero aun cuando lo vi con mis propios ojos, ¡todavía no me puedo imaginar el monolito como una muralla! Siempre me lo imagino erecto... o flotando libremente en el espacio.

»Creo que aprendimos qué puede hacer cualquier cosa que desee, cualquier cosa que podamos imaginar... y mucho más.

»Bueno, algo ocurrió en Europa en 2037, entre una observación y la siguiente. El monte Zeus —¡de no menos de diez kilómetros de alto!— apareció de forma repentina.

»Los volcanes de ese tamaño no aparecen en un par de semanas; además, Europa no es en absoluto tan activa como lo.

—Es suficientemente activa, para mi gusto —refunfuñó Floyd—. ¿Sintió ése?

—Además —prosiguió Van der Berg—, si hubiera sido un volcán, habría arrojado enormes cantidades de gas a la atmósfera; hubo algunos cambios, pero nada que fuera suficiente como para justificar esa explicación. Todo era un absoluto misterio y, debido a que temíamos acercarnos demasiado —y estábamos ocupados en nuestros propios proyectos—, no hicimos mucho, salvo hilar teorías fantásticas. Ninguna, como se vería después, tan fantástica como la verdad...

»Tuve la primera sospecha a partir de una observación casual que hice en 2057; pero realmente no la tomé en serio durante un par de años. Después, las pruebas adquirieron más peso; para algo que hubiera sido menos fantástico, las pruebas habrían sido por completo convincentes.

»Pero antes de que pudiera creer que el monte Zeus estaba hecho de diamante, tuve que hallar una explicación. Para un buen científico —y creo que lo soy—, ningún hecho es merecedor de respeto hasta que haya una teoría que dé razón de él. La teoría puede resultar errónea —suele serlo, en algunos detalles, por lo menos— pero tiene que brindar una hipótesis de trabajo.

»Y como usted señaló, un diamante de millones de toneladas en un mundo de hielo y azufre exige una pequeña explicación. Desde luego, ahora es perfectamente obvia y me siento como un maldito tonto por no haber hallado la respuesta hace años. Me podría haber ahorrado muchos problemas —y por lo menos, una vida— si la hubiera hallado.

Hizo una pausa, meditativo; después, de pronto preguntó a Floyd:

—¿Alguna vez alguien le mencionó al doctor Paul Kreuger?

—No. ¿Por qué habrían de hacerlo? He oído hablar de él, claro.

—Me lo preguntaba, tan sólo. Han estado ocurriendo muchas cosas, y dudo que alguna vez conozcamos todas las respuestas.

»De todos modos, ya no es un secreto, así que no importa. Hace dos años envié un mensaje confidencial a Paul. Oh, lo siento, debería habérselo dicho, es mi tío. Junto con el mensaje le envié un resumen de mis descubrimientos. Le preguntaba si los podía explicar... o refutar.

»No tardó mucho, dado todo el banco de datos que tiene al alcance de la mano. Por desgracia, fue descuidado, o bien alguien le había intervenido la red... Estoy seguro de que sus amigos, los suyos, quienesquiera que sean, en estos momentos tienen una idea clara de quién fue.

»En dos días él exhumó un trabajo de ochenta años de antigüedad, publicado en la revista científica Nature, que por aquel entonces todavía se imprimía en papel. Allí se explicaba todo. Bueno, casi todo.

»El artículo lo había escrito un hombre que trabajaba en uno de los laboratorios más grandes de los Estados Unidos (de Norteamérica, claro; los EUSA no existían en aquella época.) Era un lugar donde se diseñaban armas atómicas, así que sabían bastante sobre temperaturas y presiones elevadas...

»No sé si el doctor Ross —ése era su nombre— tuvo algo que ver con las bombas, pero sus antecedentes científicos deberían haberle hecho pensar en las condiciones imperantes en lo más profundo de los planetas gigantes. En ese trabajo de 1984, perdón, de 1981... A propósito, tiene menos de una página de longitud... Bueno, en ese trabajo, hizo algunas sugerencias muy interesantes.

»Señaló que en los gigantes gaseosos existen cantidades ingentes de carbono, bajo la forma de metano, CH₄. ¡Hasta el diecisiete por ciento de la masa total! Calculó que las presiones y temperaturas que hay en el núcleo planetario —millones de atmósferas—, el carbono se separaría, se hundiría hacia el centro y —lo adivinó— cristalizaría. Era una teoría atractiva, aunque no creo que Ross soñara siquiera con que hubiera una esperanza de ponerla a prueba...

»Así que ésa es la primera parte del relato. En algunos aspectos, la segunda parte es aún más interesante. ¿Qué le parece si tomamos un poco más de café?

—Aquí tiene. Y creo que ya he adivinado la segunda parte: por supuesto, tiene algo que ver con la explosión de Júpiter.

—No la explosión, la implosión. Júpiter sencillamente se desplomó sobre sí mismo. En cierto sentido, fue como la detonación de una bomba termonuclear, con la diferencia de que el nuevo estado fue estable... de hecho, un minisol.

»Ahora bien: durante las implosiones, ocurren cosas muy extrañas; es casi como si los pedazos pasaran unos a través de otros y salieran por el otro lado. Fuera cual fuere el

mecanismo, un trozo del núcleo diamantino, del tamaño de una montaña, se disparó hasta ponerse en órbita.

»Debió dar cientos de revoluciones —pues lo perturbaron los campos de gravedad de todos los satélites— antes de que terminara en Europa. Y las condiciones debieron de ser exactamente las correctas: uno de los cuerpos tuvo que haber dado alcance al otro, de manera que la velocidad de impacto fuera tan sólo de un par de kilómetros por segundo. Si hubiesen chocado de frente... bueno, ahora podría no haber existido una Europa, ¡y mucho menos un monte Zeus! Y yo, a veces, tengo pesadillas al pensar que muy bien nos pudo haber caído a nosotros, en Ganimedes...

»La nueva atmósfera también puede haber amortiguado el choque; aun así, la colisión debió de ser espantosa. Me pregunto qué les hizo a nuestros amigos europeos. No hay duda de que desencadenó toda una serie de perturbaciones tectónicas... que todavía continúan.

—Y políticas —dijo Floyd—. Estoy empezando a ver la importancia de algunas de ellas. Con razón los EUSA están preocupados.

—Entre otros...

—¿Pero por qué alguien habría de imaginarse seriamente que podría llegar a conseguir estos diamantes?

—Nosotros no lo hicimos tan mal —respondió Van der Berg, haciendo un gesto hacia la parte posterior del transbordador—. Sea como fuere, el mero efecto psicológico que tendría sobre el mercado sería atroz. Ésa es la causa de que tanta gente estuviera ávida por saber si era cierto o no.

—Y ahora que lo saben, ¿qué pasará?

—Ése no es mi problema, a Dios gracias. Pero tengo la esperanza de haber hecho una considerable contribución al presupuesto de Ganimedes para investigaciones científicas.

«Así como al mío propio», añadió para sí mismo.

54. LA REUNIÓN

—¿Qué demonios te hizo pensar que yo estaba muerto? —gritó Heywood Floyd—. ¡Hace años que no me siento mejor!

Paralizado por el asombro, Chris Floyd se quedó con la mirada fija en la rejilla del altavoz. Se sentía más animado, pero al mismo tiempo, le dominaba una sensación de ira. Alguien —o algo— le había gastado una broma cruel, pero, ¿por qué inimaginable razón?

A cincuenta millones de kilómetros de distancia —y acercándose varios centenares cada segundo que transcurría— Heywood Floyd también parecía ligeramente indignado. Pero también se le notaba vigoroso y alegre, y su voz irradiaba la evidente felicidad que sentía al saber que Chris estaba sano y salvo.

—Y tengo buenas noticias para ti; el transbordador os va a recoger a vosotros primero. Dejará caer algunos suministros médicos urgentes en la Galaxy, y luego os recogerá para que os reunáis con nosotros en la próxima órbita. La Universe descenderá cinco órbitas después; podrás saludar a tus amigos cuando suban a bordo.

»Nada más, por ahora... salvo decirte cuánto deseo que llegue el momento de encontrarme contigo para compensar el tiempo perdido. En espera de tu respuesta dentro de... veamos... unos tres minutos...

Durante unos momentos, hubo completo silencio a bordo del Bill T; Van der Berg no se atrevía a mirar a su compañero. Después Floyd oprimió la tecla del micrófono y dijo con lentitud:

—Abuelo... qué maravillosa sorpresa. Todavía estoy conmocionado. Pero sé que me he encontrado contigo aquí, en Europa... Sé que me has dicho adiós. Estoy tan seguro de eso como estoy seguro de que me has estado hablando hasta hace un instante... Bueno, ya tendremos mucho tiempo para hablar de eso. ¿Pero recuerdas cómo Dave Bowman te habló, a bordo de la Discovery? Quizá fue algo similar...

»Ahora nos limitaremos a sentarnos y a aguardar a que el transbordador nos recoja. Estamos bastante cómodos... Hay algún temblor de vez en cuando, pero nada de lo que haya que preocuparse. Hasta que nos reunamos, te mando, todo mi cariño.

No pudo recordar cuándo había empleado por última vez esa palabra con su abuelo.

Después del primer día, la cabina del transbordador empezó a oler. Transcurrido el segundo, los dos coincidieron que la comida ya no era tan sabrosa. También les resultaba difícil dormir, y hasta hubo acusaciones de que se roncaba.

Al llegar el tercer día, a pesar de los frecuentes boletines procedentes de la Universe, la Galaxy y la Tierra misma, el aburrimiento empezaba a surgir y ya habían agotado su provisión de chistes subidos de tono.

Pero eso ocurrió el último día. Antes de que éste terminara, el Lady Jasmine descendió, en busca de su hijo perdido.

—Baas —dijo el jefe del departamento de comset. He tenido acceso a ese programa especial procedente de Ganimedes mientras usted dormía. ¿Desea verlo ahora?

—Sí —respondió el doctor Paul Kreuger—. Velocidad, diez veces. Sin sonido.

Habría, lo sabía, mucho material introductorio que podía saltarse y examinar más tarde si así lo deseaba. Quería llegar a lo importante cuanto antes.

Centellearon los títulos y en el monitor apareció Victor Willis, desde alguna parte de Ganimedes, gesticulando de modo enloquecido en total silencio. El doctor Paul Kreuger, al igual que muchos científicos en actividad, tenía un concepto algo distorsionado de Willis, si bien admitía que éste desempeñaba una función útil.

De forma brusca Willis desapareció de la pantalla y fue remplazado por un personaje menos agitado: el monte Zeus. Pero era mucho más activo de lo que cualquier montaña bien educada debía ser. El doctor Kreuger quedó atónito al ver cuánto había cambiado desde la última transmisión proveniente de Europa.

—Tiempo real —ordenó—. Sonido.

—...casi cien metros por día, y la inclinación ha aumentado quince grados. La actividad tectónica ahora es violenta: hay extensas coladas de lava alrededor de la base. Está conmigo el doctor Van der Berg. Van, ¿qué crees?

«Mi sobrino parece hallarse en un estado físico notablemente bueno —pensó el doctor Kreuger—, si se tiene en cuenta todo lo que ha pasado. Buena cepa, claro...»

—Es evidente que la corteza nunca se recuperó del impacto original, y está cediendo bajo la acción de los esfuerzos deformantes acumulados. El monte Zeus se ha estado hundiendo lentamente desde que lo descubrimos, pero la velocidad se ha acelerado de manera tremenda en estas últimas semanas. El movimiento se puede ver de un día a otro.

—¿Cuánto falta para que desaparezca por completo?

—En verdad no puedo creer que eso ocurra...

Hubo un corte rápido a otra vista de la montaña, con Victor Willis hablando fuera de la cámara:

—Eso fue lo que el doctor Van der Berg dijo hace dos días. ¿Algún comentario ahora, Van?

—Bueno... parece que me equivoqué. Está descendiendo como un ascensor. ¡Absolutamente increíble! ¡Sólo queda afuera medio kilómetro! Me niego a hacer más predicciones...

—Muy sensato por tu parte, Van. Bueno, eso ocurrió ayer, tan sólo. Ahora les daremos una secuencia continua, con imágenes tomadas a intervalos prefijados, hasta el momento en que perdimos la cámara...

El doctor Paul Kreuger se inclinó hacia delante en su asiento para observar el acto final del prolongado drama en el que había desempeñado un papel tan lejano, pero aun así, vital.

No hubo necesidad de acelerar la reproducción de lo grabado: Kreuger ya lo estaba viendo a una velocidad casi cien veces superior a la normal. Una hora se comprimiría en un minuto... la duración de la vida de un hombre, en la de una mariposa.

Ante sus ojos, el monte Zeus se estaba hundiendo. Chorros de azufre fundido salían disparados hacia el cielo, alrededor del monte, a una velocidad deslumbrante y formaban brillantes parábolas de color azul eléctrico. Era como un barco que se hundía en un mar tormentoso, rodeado por fuegos de san Telmo. Ni siquiera los espectaculares volcanes de lo podían compararse con esta exhibición de violencia.

—El tesoro más grande jamás descubierto... está desvaneciéndose ante nuestros ojos —decía Willis en tono apaciguado y reverente—. Por desgracia, no podemos mostrar el acto final. Pronto verán por qué.

La acción redujo su velocidad hasta alcanzar tiempo real. No quedaban más que unos centenares de metros de montaña, y las erupciones que se producían en torno a ella se verificaban ahora a una velocidad más pausada.

De pronto toda la imagen se ladeó: los estabilizadores de imagen de la cámara —que habían estado resistiendo con gran esfuerzo el temblor continuo del suelo— cedieron ante la desigual batalla. Por un instante pareció como si la montaña volviera a elevarse... pero era el trípode de la cámara el que se derrumbaba. La última escena que llegó de Europa fue el acercamiento de una fulgurante ola de azufre fundido que estaba a punto de devorar al equipo.

—¡Se ha ido para siempre! —se lamentó Willis—. ¡Riquezas infinitamente superiores a todo el caudal que Golconda o Kimberley hayan producido jamás! ¡Qué pérdida trágica, desgarradora!

—¡Qué tremendo imbécil! —farfulló el doctor Kreuger—. ¿No se da cuenta...?

Era hora de enviarle otra carta a Nature. Y este secreto sería lo bastante grande como para ocultarlo.

De: Profesor Paul Kreuger, F. R. S., etc.

A: Director, Banco de Datos de NATURE (Acceso Público).

ASUNTO: MONTE ZEUS Y LOS DIAMANTES JOVIANOS.

Tal como se comprende bien ahora, la formación europea conocida como «Monte Zeus» fue, en su origen, parte de Júpiter. La sugerencia de que el núcleo de los planetas gigantes gaseosos podría consistir en diamante fue hecha por primera vez por Marvin Ross, del Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, perteneciente a la Universidad de California, en un trabajo ya clásico: La capa de hielo en Urano y Neptuno: ¿diamantes en el cielo? (Nature, vol. 292, n. ° 5822, págs. 435-436, 30 de julio de 1981). Resulta sorprendente que Ross no hiciera extensivos sus cálculos a Júpiter.

El hundimiento del monte Zeus ha provocado un verdadero coro de lamentos, todos ellos totalmente ridículos... por las razones que se indican a continuación.

Sin entrar en detalles —que se habrán de presentar en una comunicación posterior—, estimo que el núcleo diamantino de Júpiter tuvo que haber tenido una masa originaria de, por lo menos, 1028 gramos. Esto significa diez mil millones de veces la masa del monte Zeus.

Aunque gran parte de este material sin duda se debe de haber destruido en la detonación del planeta, y en la formación del —en apariencia artificial— sol Lucifer, resulta inconcebible que el monte Zeus haya sido el único fragmento que sobrevivió. Aunque mucho habría caído de regreso a Lucifer, un porcentaje sustancial tiene que haber quedado en órbita., y todavía debe de estar ahí. Una teoría elemental de las perturbaciones demuestra que este material regresará de forma periódica a su punto de origen. Por supuesto, no es posible hacer un cálculo exacto, pero estimo que una masa un millón de veces más grande, por lo menos, que la del monte Zeus sigue estando en órbita en las proximidades de Lucifer. La pérdida de un fragmento pequeño —en cualquier caso situado de manera muy inconveniente en Europa— está, por consiguiente, virtualmente desprovisto de importancia. Propongo la instalación —lo más pronto posible— de un sistema especializado de radar espacial para llevar a cabo la búsqueda de este material.

Aunque se ha estado produciendo película diamantina extremadamente delgada en cantidades industriales y desde fecha tan lejana como 1987, nunca ka sido posible fabricar diamantes a granel. Su disponibilidad en cantidades mensurables en megatoneladas podría transformar muchas industrias y crear otras totalmente nuevas. En particular, como señalaron Isaacs y sus colaboradores hace casi un siglo (véase Science, vol. 151, págs. 682-683, 1966), el diamante es el único material de construcción que haría

posible el denominado «ascensor espacial», que permitiría que el transporte desde la Tierra hacia otros planetas se hiciera con un costo insignificante. Las montañas de diamantes que en estos momentos están en órbita entre los satélites de Júpiter pueden ser la llave que abra todo el Sistema Solar. ¡Cuán triviales, en comparación, parecen ser todas las antiguas aplicaciones que se daba a la forma de cristalización cuártica del carbono!

Con el fin de completar estos conceptos, me gustaría mencionar otro lugar donde es posible que se encuentren ingentes cantidades de diamante, un lugar que, por desgracia, resulta aún más inaccesible que el núcleo de un planeta gigante...

Se ha sugerido que la corteza de las estrellas neutrónicas puede estar compuesta en gran parte por diamante. Como la estrella neutrónica conocida más cercana se encuentra a quince años-luz de distancia y tiene una gravedad superficial setenta mil millones de veces superior a la de la Tierra, difícilmente se puede considerar que ésta sea una posible fuente de abastecimiento.

Pero entonces, ¿quién pudo imaginar alguna vez que un día podríamos tocar el núcleo de Júpiter?

57. INTERMEDIO EN GANIMEDES

—¡Esos pobres y primitivos colonos! —se lamentó Mijáilovich—. ¡Estoy horrorizado! ¡No hay un solo piano de cola en todo Ganimedes! Claro, el puñadito de oprónica que hay en mi sintetizador puede reproducir cualquier instrumento musical. Pero un Steinway sigue siendo un Steinway... del mismo modo que un Stradivarius sigue siendo un Stradivarius.

Sus quejas —aunque no del todo hechas en serio— ya habían provocado algunas reacciones entre la intelectualidad local. El popular programa Morning Mede incluso había comentado con malicia: «Al honrarnos con su presencia, nuestros distinguidos huéspedes han elevado —aunque sólo sea de forma temporal— el nivel cultural de ambos mundos...»

El ataque estaba dirigido principalmente contra Willis, Mijáilovich y M'Bala, quienes se habían mostrado un poco demasiado entusiastas en cuanto al hecho de proporcionar educación a los atrasados nativos. Maggie M había desatado todo un escándalo al hacer una desinhibida narración de las tórridas relaciones sexuales de Zeus-Júpiter con Io, Europa, Ganimedes y Calisto. Que se le apareciera a la ninfa Europa disfrazado de toro blanco ya resultó bastante desagradable, y sus intentos por proteger a Io y a Calisto de

las comprensibles iras de su consorte Hera fueron considerados francamente patéticos. Pero lo que produjo una gran confusión entre muchos lugareños fue la noticia de que el mitológico Ganimedes se sentía bastante incómodo con el sexo al que pertenecía.

Para hacerles justicia, es preciso decir que las intenciones de los autodesignados embajadores culturales eran completamente loables (si bien no del todo desinteresadas), ya que a sabiendas de que estarían varados en Ganimedes durante meses, reconocieron el peligro del aburrimiento, una vez hubo pasado la novedad de la situación. Y también deseaban hacer el mejor uso posible de su talento en provecho de todos los que los rodeaban. Sin embargo, no todos deseaban recibir ese provecho —o tenían tiempo para ello— allá afuera, en la frontera de alta tecnología del Sistema Solar.

Yva Merlin, en cambio, encajaba a la perfección, y se estaba divirtiendo muchísimo. A pesar de la fama de que gozaba en la Tierra, pocos medos habían oído hablar de ella alguna vez. Podía andar errando por los corredores públicos y cúpulas de presión de la Central Ganimedes sin que la gente se volviera para mirarla ni intercambiara excitados cuchicheos de reconocimiento. Ciertamente, era reconocida... pero nada más que como otro de los visitantes llegados de la Tierra.

Greenberg, con su habitual modestia silenciosamente eficiente, había encajado en la estructura administrativa y tecnológica del satélite, y ya figuraba en media docena de comisiones asesoras. Sus servicios eran tan apreciados, que se le había prevenido que podría no permitírsele partir.

Heywood Floyd observaba las actividades de sus compañeros de viaje con descansado regocijo, pero intervenía poco en ellas. Su principal preocupación, en esos momentos, era la de construir puentes para Chris y ayudar a planear el futuro de su nieto. Ahora que la Universe —a la que le quedaban menos de cien toneladas de propulsor en los tanques— estaba segura en Ganimedes, había mucho que hacer.

La gratitud que todos los que estaban a bordo de la Galaxy sentían por sus salvadores había facilitado la fusión de las dos tripulaciones; cuando las reparaciones, el reacondicionamiento y el reabastecimiento de combustible se hubiesen completado, volarían juntos de regreso a la Tierra. La moral había recibido un gran aliciente al llegar la noticia de que Sir Lawrence estaba redactando el contrato para hacer una Galaxy II sumamente mejorada... si bien no era factible que la construcción comenzara antes de que sus abogados arreglasen el litigio que tenían con Lloyds. Los aseguradores todavía estaban tratando de alegar que el nuevo delito de secuestro espacial no estaba cubierto por su póliza.

En cuanto al delito en sí, nadie había sido condenado, ni siquiera acusado. Resultaba claro que había sido planeado, en el transcurso de un período de varios años, por una organización eficiente y bien provista de fondos. Los Estados Unidos de Sudáfrica hicieron una ruidosa protesta de inocencia y dijeron que recibirían con agrado una investigación oficial. Der Bund también expresó su indignación y, por supuesto, culpó a Shaka.

Al doctor Kreuger no le sorprendió encontrar mensajes iracundos pero anónimos en el correo que recibía, mensajes que lo acusaban de ser un traidor. Solían estar escritos en afrikaans, pero a veces presentaban sutiles errores gramaticales o de sintaxis que le hacían sospechar que formaban parte de una campaña de desinformación.

Después de pensarlo un poco, se los entregó a la ASTROPOL... «Que probablemente ya los tiene», se dijo con amarga ironía. ASTROPOL se lo agradeció, pero, tal como él esperaba, no hizo comentarios.

En diversas oportunidades, los segundos oficiales Floyd y Chang, así como otros miembros de la tripulación de la Galaxy, fueron agasajados con las mejores cenas por las dos misteriosas personas no pertenecientes al mundo de Ganimedes a quienes Floyd ya había conocido. Cuando los invitados a estas comidas en verdad decepcionantes compararon después sus notas, comprendieron que sus cortesés interrogadores estaban tratando de levantar cargos contra Shaka, aunque no consiguieron llegar muy lejos.

El doctor Van der Berg, que había iniciado todo el asunto —y que se había beneficiado mucho con él, tanto en el aspecto profesional como en el económico— se preguntaba ahora qué hacer con las nuevas oportunidades que se le presentaban. Había recibido numerosas ofertas atrayentes de Universidades y de instituciones científicas de la Tierra, pero, irónicamente, le era imposible aprovecharlas. Ya había vivido demasiado tiempo en las condiciones de un sexto de gravedad que imperaban en Ganimedes y había traspasado el punto médico más allá del cual no había posibilidad de regresar.

La Luna seguía siendo una opción, al igual que el Pasteur, como le explicó Heywood Floyd:

—Estamos tratando de fundar allí una Universidad espacial, de modo que a quienes han vivido fuera de nuestro planeta y ya no puedan tolerar su gravedad, les sea posible interactuar en tiempo real con la gente de la Tierra. Tendremos aulas, salas de conferencias, laboratorios... Algunos de estos salones sólo estarán almacenados en una computadora, pero tendrán un aspecto tan real que usted nunca se dará cuenta. Y podrá hacer compras en la Tierra por vídeo para darle aplicación a sus mal adquiridas ganancias.

Para su sorpresa, Floyd no sólo había reencontrado a un nieto, sino que también había adoptado un sobrino; ahora estaba ligado a Van der Berg tanto como a Chris por una combinación singular de experiencias compartidas. Por encima de todo, estaba el misterio de la aparición en la desierta ciudad europea, bajo la amenazadora presencia del Monolito.

Chris no tenía duda alguna:

—Te vi y te oí con más claridad que ahora —le dijo a su abuelo—. Pero tus labios no se movieron en ningún momento... y lo más extraño es que no consideré que eso fuera extraño. Me pareció absolutamente natural. Toda la experiencia estuvo envuelta en una... sensación de serenidad. Algo de tristeza... no, anhelo sería una palabra más adecuada. O quizá de resignación.

—No pudimos evitar que nos viniera a la mente su encuentro con Bowman, a bordo de la Discovery —agregó Van der Berg.

—Traté de comunicarme con él por radio, antes de que aterrizáramos en Europa. Me pareció una actitud ingenua, pero no se me ocurrió otra alternativa. Estaba seguro de que él estaba ahí, de un modo u otro.

—¿Y nunca percibiste nada que indicara que había recibido tu mensaje?

Floyd vaciló. El recuerdo se desvaneció con rapidez, pero de pronto recordó aquella noche, cuando el minimonolito se le apareció en el camarote.

Nada había ocurrido, y sin embargo a partir de aquel momento había sentido que Chris estaba sano y salvo y que se volverían a encontrar.

—No —dijo con lentitud—. Nunca tuve respuesta alguna.

Después de todo, pudo haber sido sólo un sueño.

VIII - EL REINO DE AZUFRE

58. FUEGO Y HIELO

Antes de que se inaugurara la era de la exploración interplanetaria, a fines del siglo XX, pocos científicos habrían creído que la vida pudiera haber florecido en un mundo tan alejado del Sol. Y sin embargo, durante quinientos millones de años, los ocultos mares de Europa habían sido por lo menos tan prolíficos como los de la Tierra.

Antes de la ignición de Júpiter, una corteza de hielo había protegido esos océanos del vacío que se abría sobre ellos. En la mayor parte de los lugares, el hielo tenía kilómetros

de espesor, pero había líneas de debilidad en los sitios en los que se había resquebrajado y desgarrado. Después, se había librado una breve batalla entre dos elementos implacablemente hostiles que entraron en contacto directo en ningún otro mundo del Sistema Solar. La guerra entre el Mar y el Espacio siempre terminaba en el mismo empate; el agua expuesta de forma simultánea hervía y se congelaba, para reparar el blindaje de hielo.

Sin la influencia del cercano Júpiter, los mares de Europa se habrían congelado y se habrían vuelto completamente sólidos haría ya mucho tiempo. La gravedad del gigantesco planeta moldeaba de manera constante el núcleo de ese pequeño mundo; las fuerzas que producían las convulsiones de lo también se hallaban en acción aquí, aunque con mucha menor ferocidad. El tira y afloja entre planeta y satélite ocasionaba continuos terremotos submarinos y avalanchas que, con asombrosa velocidad, barrían las planicies abisales.

Esparcidos por estas planicies había incontables oasis, cada uno de los cuales se extendía unos pocos centenares de metros alrededor de una cornucopia de salmueras minerales que manaban a borbotones desde el interior de Europa. Al depositar sus materiales químicos en una intrincada masa de tubos y chimeneas, a veces daban origen a parodias naturales de castillos o catedrales góticas en ruinas, desde donde negros y abrasadores líquidos latían según un ritmo lento, como si los impulsara el latido de algún poderoso corazón. Y al igual que la sangre, eran señales auténticas de la vida misma.

Los fluidos en ebullición hicieron retroceder el frío letal que se filtraba desde arriba y formaron islas de calor sobre el lecho marino. Y, lo que era igualmente importante, trajeron desde el interior de Europa todas las sustancias químicas de la vida. Aquí, en un ambiente hostil, había abundante energía y alimento. Esos respiraderos geotérmicos se habían descubierto en los océanos de la Tierra, en la misma década que había brindado a la Humanidad su primer vistazo de los satélites galileanos.

En las zonas tropicales cercanas a los respiraderos florecieron incontables seres delicados, parecidos a las arañas y que análogos a las plantas, si bien casi todos estaban dotados de movimiento. Entre ellos reptaban estrambóticos caracoles y gusanos, algunos de los cuales se alimentaban con esas «plantas», mientras que otros obtenían su comida directamente de las aguas que los rodeaban, plétóricas de minerales. A distancias mayores de la fuente de calor —el fuego submarino en torno al cual todos estos seres se entibiaban—, había organismos más vigorosos, no muy diferentes de los cangrejos o las arañas.

Ejércitos de biólogos podrían haberse pasado la vida entera estudiando uno solo de esos pequeños oasis. A diferencia de los mares terrestres del Paleozoico, el océano

oculto de Europa no era un ambiente estable, por lo que aquí la evolución había avanzado con rapidez y había producido multitud de formas fantásticas. Y todas gozaban de la suspensión, por tiempo indefinido, de su ejecución, ya que tarde o temprano, cada una de las fuentes de vida se debilitaría y moriría, cuando las fuerzas que proporcionaban energía desplazaran su foco hacia otra parte. Las profundidades del mar europeo estaban sembradas con la evidencia de tales tragedias: cementerios poblados por esqueletos y restos con incrustaciones minerales donde capítulos enteros habían sido suprimidos del libro de la vida.

Había enormes conchas que parecían trompetas y eran más grandes que un hombre. Había almejas de muchas formas, bivalvas y hasta trivalvas. Y había modelos pétreos en espiral, de muchos metros de ancho, que presentaban una analogía exacta con los hermosos amonites que tan misteriosamente habían desaparecido de los océanos de la Tierra a fines del período Cretáceo.

En muchos lugares, ardían fuegos en el abismo cuando ríos de lava incandescente fluían durante muchísimos kilómetros a lo largo de valles hundidos. La presión que había a esta profundidad era tan enorme que el agua, cuando entraba en contacto con el magma —que estaba al rojo vivo—, podía transformarse velozmente en vapor, y los dos líquidos coexistían en una tregua amenazante.

Aquí, en otro mundo y con personajes que no pertenecían a la Tierra, algo parecido a la historia de Egipto se había representado mucho antes del advenimiento del Hombre. Del mismo modo que el Nilo había dado vida a una estrecha franja de desierto, estos ríos de tibieza habían vivificado las profundidades europeanas. A lo largo de sus márgenes, en bandas que rara vez alcanzaban más de un kilómetro de ancho, unas especies tras otras habían evolucionado y florecido y fenecido. Y algunas habían dejado monumentos tras ellas, en forma de rocas apiladas una encima de otra, o de curiosos modelos de trincheras grabadas en el lecho del mar.

A lo largo de las estrechas bandas de fertilidad en los desiertos de las profundidades, primitivas culturas y civilizaciones se habían elevado y derrumbado. Y el resto de su mundo nunca las había conocido, pues todos estos oasis de calor estaban tan aislados los unos de los otros como lo estaban los planetas entre sí. Los seres que se tostaban bajo el fulgor del río de la lava y que se alimentaban alrededor de los cálidos respiraderos, no podían cruzar el yermo hostil que se extendía entre las islas solitarias en las que moraban. Si esos seres alguna vez hubiesen generado historiadores y filósofos, cada cultura habría estado convencida de que estaba sola en el Universo.

Y cada una de ellas estaba condenada. No sólo sus fuentes de energía eran esporádicas y se desplazaban constantemente, sino que además las fuerzas de marea que las impulsaban se debilitaban sin cesar. Aun desarrollando una verdadera inteligencia, los europeos tenían que perecer a causa de la congelación final de su mundo.

Estaban atrapados entre el fuego y el hielo... hasta que Lucifer explotó en el cielo y les abrió un nuevo Universo...

Y una inmensa forma rectangular, negra como la noche, se hizo corpórea cerca de la costa de un continente recién nacido.

59. TRINIDAD

—Eso ha estado bien. Ahora no tendrán la tentación de regresar.

—Estoy aprendiendo muchas cosas, pero sigo estando triste porque la vida se me está escapando.

—Eso también pasará. También yo regresé a la Tierra para ver a aquellos a quienes una vez amé. Ahora sé que existen cosas más grandes que el Amor.

—¿Cuáles son?

—La Compasión es una de ellas. La Justicia. La Verdad. Y hay otras.

—No me resulta difícil aceptar eso. Fui un hombre muy viejo para la especie a la que pertenecía. Hace mucho tiempo que las pasiones de mi juventud se extinguieron. ¿Qué le ocurrirá al... al verdadero Heywood Floyd?

—Ustedes dos son igualmente verdaderos. Pero él pronto morirá, sin saber jamás que se ha vuelto inmortal.

—Una paradoja... pero lo entiendo. Si esa emoción sobrevive, tal vez un día yo pueda sentir gratitud. ¿Se lo debo agradecer a usted... o al Monolito? El David Bowman que conocí hace una vida no poseía estos poderes.

—No los poseía. Muchas cosas han ocurrido en ese tiempo. Hal y yo hemos aprendido muchas cosas.

—¡Hal! ¿Está aquí?

—Sí, aquí estoy, doctor Floyd. No esperaba que nos volviéramos a encontrar... sobre todo de esta manera. Hacer su eco fue un problema interesante.

—¿Hacer mi eco? Ah... ya entiendo. ¿Por qué lo hicieron?

—Cuando recibimos su mensaje, Hal y yo supimos que usted nos podría ayudar aquí.

—¿Ayudar... a ustedes?

—Sí, aunque le resulte extraño, usted posee muchos conocimientos y mucha experiencia de los que carecemos. Llámelo sabiduría.

—Gracias. ¿Fue una actitud sabia la que tuve al aparecerme ante mi nieto?

—No. Ocasionó muchos inconvenientes. Pero fue compasiva. Es preciso confrontar estas cuestiones.

—Ha dicho que necesitaban mi ayuda. ¿Con qué propósito?

—A pesar de todo lo que hemos aprendido, todavía se nos escapan muchas cosas. Hal ha realizado la representación gráfica de los sistemas internos del Monolito, y podemos controlar algunos de los más sencillos. Es una herramienta que sirve a muchos propósitos. Su función primordial parece ser la de catalizador de la inteligencia.

—Sí, eso se había sospechado. Pero no había pruebas.

—Las hay, ahora que podemos extraer sus recuerdos... o algunos de ellos. En África, hace cuatro millones de años, dio a una tribu de simios famélicos el impulso que hizo que se llegara a la especie humana. Ahora ha repetido el experimento aquí... pero a un precio aterrador.

»Cuando Júpiter fue convertido en sol, de manera que este mundo pudiese hacer efectivo su potencial, se destruyó otra biosfera. Permítame que se la muestre, tal como otrora la vi...

Incluso mientras caía a través del rugiente corazón de la Gran Mancha Roja, con los relámpagos de sus tormentas que detonaban a su alrededor y que podían abarcar continentes, supo por qué el planeta había perdurado durante siglos, pese a estar compuesto por gases que tenían mucha menos sustancia que los que formaban los huracanas de la Tierra. El débil alarido del viento de hidrógeno se desvanecía a medida que Bowman se hundía en las profundidades, más calmadas, y una nevisca de copos céreos de nieve —algunos de los cuales ya estaban uniéndose y originando montañas, apenas palpables, de espuma de hidrocarburos— descendió desde las alturas. Ya hacía suficiente calor como para que existiera agua en estado líquido, pero no había océanos aquí: este ambiente puramente gaseoso era demasiado tenue para mantenerlos.

Descendió atravesando un estrato tras otro de nubes, hasta que se introdujo en una región en la que reinaba tal claridad que hasta la vista humana podría haber explorado una zona de más de mil kilómetros de ancho. No era más que un remolino de poca importancia en el vasto movimiento circular de la Gran Mancha Roja, y encerraba un secreto sobre el que los hombres estaban haciendo conjeturas desde hacía mucho tiempo, pero que nunca habían podido demostrar.

Bordeando los contrafuertes de las flotantes montañas de espuma, había incontables cantidades de nubes pequeñas y perfectamente definidas, casi todas del mismo tamaño y con un modelo de jaspeados similares, en rojo y marrón. Eran pequeñas en comparación con la escala extrahumana de lo que las rodeaba, pero las de tamaño ínfimo habrían cubierto una ciudad de tamaño considerable.

Resultaba claro que estaban vivas, pues se desplazaban con lenta premeditación a lo largo de los flancos de las montañas aéreas paciéndose en las laderas como si fueran ovejas descomunales. Y se llamaban unas a otras en la banda de frecuencias métricas; sus voces radiales, tenues pero claras, se destacaban contra el fondo de crepitaciones y sacudidas del propio Júpiter.

Nada menos que bolsas vivientes de gas flotaban en la estrecha zona que se extendía entre las alturas glaciales y las profundidades abrasadoras. Estrecha, si... pero constituía un dominio mucho más grande que toda la biosfera de la Tierra.

Esas bolsas de gas no estaban solas. Entre ellas se desplazaban otros seres, tan pequeños que fácilmente podrían haber pasado desapercibidos. Algunos de ellos guardaban una extraordinaria semejanza con las aeronaves terrestres, y tenían el mismo tamaño, casi. Pero también estaban vivos... quizás eran depredadores... quizá parásitos... quizás incluso pastores...

... y había torpedos de propulsión a chorro, como los calamares de los océanos de la Tierra, que cazaban y devoraban las enormes bolsas de gas. Pero los globos no estaban indefensos; algunos de ellos respondían al ataque con rayos eléctricos y con tentáculos sin garras, como motosierras de kilómetros de largo.

Había incluso formas más extrañas, que explotaban casi todas las posibilidades de la geometría: caprichosas cometas translúcidas, tetraedros, esferas, poliedros, marañas de cintas retorcidas... El gigantesco plancton de la atmósfera joviana estaba diseñado para flotar como una telaraña en las corrientes ascendentes, hasta que hubiera vivido lo suficiente como para reproducirse; entonces, sería arrastrado hacia las profundidades para ser carbonizado y se reciclaría en una nueva generación.

Bowman estaba investigando un mundo que tenía un tamaño mil veces superior a la superficie de la Tierra, y aunque veía muchas maravillas, nada había aquí que insinuara que existía inteligencia. Las voces de los grandes globos —que parecían salidas de una radio— sólo transmitían sencillos mensajes de advertencia o de miedo. Incluso los cazadores, de los que cabría haber esperado mayores grados de organización, eran como los tiburones que poblaban los océanos de la Tierra: autómatas desprovistos de inteligencia.

Y a pesar de su increíble tamaño y su novedad, la biosfera de Júpiter era un mundo frágil, un sitio de brumas y espuma, de delicadas hebras de seda y tejidos delgados como el papel, producidos por la continua nevada de sustancias petroquímicas que los relámpagos formaban en la atmósfera superior. Pocos de sus elementos tenían más sustancia que las burbujas de jabón; sus depredadores más aterradores podían ser hechos trizas por los carnívoros terrícolas, incluso por los más débiles...

—¿Y todas estas maravillas se destruyeron... para crear a Lucifer?

—Sí. Los jovianos al compararse con los europeos encontraron a éstos deficientes. Quizás, en ese ambiente gaseoso, nunca habrían podido desarrollar una verdadera inteligencia. Pero, ¿era ese motivo suficiente para condenarlos? Hal y yo todavía estamos tratando de responder a esa pregunta. Esa es una de las razones por las que necesitamos su ayuda.

—¿Pero cómo podríamos competir nosotros con el Monolito... el devorador de Júpiter?

—Se trata tan sólo de una herramienta; posee una gran inteligencia... pero no conciencia de sí mismo. A pesar de todos sus poderes, usted, Hal y yo somos superiores a él.

—Me resulta muy difícil creer eso. Sea como fuere, algo tiene que haber sido el creador del Monolito.

—Yo conocí a ese algo en una ocasión, cuando la Discovery vino a Júpiter. Me envió de regreso, tal como estoy ahora, para ejecutar el plan que tenía para estos mundos. Nada he sabido de él desde entonces. Ahora estamos solos... por lo menos, durante el presente.

—Eso me tranquiliza. El Monolito es suficiente.

—Pero ahora hay un problema mayor: algo ha salido mal.

—No había previsto que podría sentir miedo...

Cuando el monte Zeus cayó, podría haber destruido todo este mundo. Su impacto no fue planeado... No, no fue planeado. Ningún cálculo podría haber previsto tal suceso. Devastó inmensas zonas del lecho oceánico europeo, con lo que destruyó especies enteras, entre ellas algunas en las que habíamos depositado grandes esperanzas. El Monolito mismo se dio la vuelta. Incluso es posible que haya quedado dañado y su programa contaminado. No hay duda de que fallaron en su intento de cubrir todas las contingencias. ¿Qué otra cosa les podría haber ocurrido en un Universo que es casi infinito, y en el que el Azar siempre puede deshacer el plan más detallado?

—Eso es cierto... tanto para los hombres como para los monolitos.

—Nosotros tres tenemos que ser los administradores de lo imprevisto, así como los tutores de este mundo. Ya ha conocido usted a los Anfibios; todavía se tiene que encontrar con los Manipuladores de los torrentes de lava, que están recubiertos con un blindaje de silicio y con los Flotadores, que están cosechando el mar. Nuestra tarea consiste en ayudarlos a desarrollar todo su potencial... tal vez aquí, tal vez en otra parte.

—¿Y con respecto a la Humanidad?

—Hubo épocas en las que estuve tentado de inmiscuirme en los asuntos humanos..., pero la advertencia que se le hizo a la Humanidad también rige para mí.

—No la hemos obedecido muy bien.

—Pero sí lo suficiente. Mientras tanto, hay mucho que hacer antes que termine el breve verano de Europa y vuelva el largo invierno.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Bastante poco: apenas unos mil años. Y tenemos que recordar a los jovianos.

IX - 3001

60. MEDIANOCHE EN LA PLAZA

El famoso edificio —que se erguía, con solitario esplendor, por encima del bosque de Manhattan Central— había cambiado poco en mil años. Era parte de la historia, y se había conservado con reverencia. Al igual que todos los monumentos históricos, hacía mucho que había sido recubierto con una delgada microcapa de diamante, y ahora era prácticamente insensible a los estragos del tiempo.

Quienquiera que hubiese asistido a la reunión de la primera Asamblea General, nunca habría podido imaginar que habían transcurrido más de nueve siglos. Sin embargo, tal vez se hubiera quedado perplejo al ver la losa negra, carente de detalles, que se alzaba en la plaza, y que casi era una imitación del edificio mismo de las Naciones Unidas. Si él o cualquier otra persona hubiese extendido la mano para tocar esa losa, habría quedado sorprendido ante la extraña manera en que los dedos se le deslizaban sobre esa superficie de color ébano.

Pero habría quedado mucho más perplejo —en realidad, completamente intimidado— ante la transformación de los cielos...

Los últimos turistas se habían ido hacía una hora, y la plaza estaba totalmente desierta. El cielo estaba despejado y unas cuantas de las estrellas más brillantes eran apenas

visibles; las más tenues habían quedado eclipsadas por el diminuto sol que podía brillar a medianoche.

La luz de Lucifer no sólo centelleaba en los cristales negros del antiguo edificio, sino también sobre el estrecho arco iris plateado que se extendía de un extremo a otro del cielo meridional. Otras luces se desplazaban a lo largo y alrededor de él, con mucha lentitud, a medida que el comercio del Sistema Solar iba y venía entre los mundos de sus dos soles.

Y si se miraba con mucho cuidado, apenas era posible divisar la delgada hebra de la Torre de Panamá, uno de los seis cordones umbilicales de diamante que enlazaban la Tierra con sus dispersos hijos y se remontaba veintiséis mil kilómetros desde el Ecuador para reunirse con el Anillo que Rodea el Mundo.

De pronto, casi con la misma celeridad con que había nacido, Lucifer empezó a apagarse. La noche que los hombres no habían conocido durante treinta generaciones volvió a inundar el cielo. Las desterradas estrellas regresaron.

Y, por segunda vez en cuatro millones de años, el Monolito despertó.

RECONOCIMIENTOS

Mi especial agradecimiento a Larry Sessions y Gerry Snyder por haberme suministrado las posiciones del cometa Halley en su próxima aparición. Ninguno de los dos es responsable de las perturbaciones orbitales importantes que yo haya introducido.

Le estoy en particular agradecido a Melvin Ross, del Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, no sólo por sus apabullantes conocimientos sobre los planetas con núcleo diamantino, sino también por los ejemplares de su (tengo la esperanza de que así sea) trabajo histórico sobre este tema.

Confío en que mi viejo amigo, el doctor Luis Álvarez, disfrute con mi alocada extrapolación de sus investigaciones, y le agradezco la gran ayuda e inspiración que me ha brindado a lo largo de estos últimos treinta y cinco años.

Un reconocimiento especial para Gentry Lee, de la NASA —coautor de Cradle—, por trasladar a mano, desde Los Angeles hasta Colombo, la pequeña microcomputadora portátil Kaypro 2000, que me permitió escribir este libro en diversos sitios exóticos y —lo que es aún más importante— apartados.

Los capítulos 5, 58 y 59 se basan parcialmente en material adaptado de 2010: Odisea dos. (Si un escritor no se puede plagiar a sí mismo, ¿a quién puede plagiar?)

Por último, espero que el cosmonauta Alexei Leonov ya me haya perdonado por haberle vinculado al doctor Andrei Sakharov (todavía exiliado en Gorki cuando juntos le dedicamos 2010). Y expreso mi sincero pesar a mi genial anfitrión y editor de Moscú, Vasili Yárenchenko, por haberlo metido en serios problemas al reproducir el nombre de varios disidentes... la mayoría de los cuales, me alegra decirlo, ya no está en prisión. Algún día, así lo espero, los suscriptores del Téjnika Molodýii podrán leer las entregas de 2010 que desaparecieron de manera tan misteriosa...

ARTHUR C. CLARKE

Colombo, Sri Lanka

25 de abril de 1987

NOTA FINAL DEL AUTOR

Desde que concluí este libro ha sucedido algo asombroso. Estaba persuadido de que escribía ficción, pero debí de equivocarme. Hay que tener en cuenta los acontecimientos siguientes:

1. En 2010: Odisea II la nave espacial Leonov era propulsada por la «Energía Sajarov».
2. Medio siglo más tarde, en 2061: Odisea III, en el capítulo 8, las naves espaciales son propulsadas por la reacción de «fusión fría» catalizada por muones, descubierta por Luis Álvarez y otros en los años cincuenta (véase su autobiografía Álvarez, Basic Books, 1987. Nueva York).
3. Según el número de julio de 1987 de Scientific American, el doctor Sajarov trabaja ahora en la producción de energía nuclear basada «en la catálisis de muones, o fusión «fría», que aprovecha las propiedades de una exótica partícula de breve vida relacionada con el electrón... Los defensores de la «fusión fría» señalan que todas las reacciones clave se dan mejor a 900° C...» (London Times, 17 de agosto de 1987).

Espero ahora, con el mayor interés, comentarios de los profesores Sajarov y Álvarez...

ARTHUR C. CLARKE

10 de setiembre de 1987

FIN